SAGA POLICIAL BERMEJO Y RONCERO · LIBRO 3
EL MAESTRO DEL ENGAÑO
ARMANDO RODERA

El maestro del engaño

Saga Bermejo y Roncero - Libro 3

Armando Rodera

A Rober, que sigue caminando a mi lado.

Advertencia inicial

Aunque algunos escenarios, instituciones y acontecimientos que aparecen en esta novela son reales —como la Galería de las Colecciones Reales y su inauguración oficial—, otros elementos han sido adaptados o modificados con fines narrativos. En particular, la inauguración del museo se sitúa en 2018 dentro de la trama, aunque en la realidad tuvo lugar en 2023, con el único propósito de mantener la coherencia temporal de la saga. Los nombres de responsables institucionales, así como ciertos hechos y personajes, son ficticios. Esta historia es, ante todo, una obra de ficción.

Contenido

La inauguración

El encargo

El cambiazo

El descubrimiento

La puesta en marcha

La ejecución

Crimen por encargo

La coartada

Un terrible error

Caos en la universidad

El juego de la verdad

Las consecuencias de tus actos

La búsqueda

Un susto de muerte

El ensayo

La sospecha

Tensa espera

La única solución

Dos viejos amigos

Los últimos ajustes

El rostro de la culpabilidad

La confirmación

La última oportunidad

La caza del zorro

Una aguja en un pajar

Las contramedidas

El momento supremo

El precio de la verdad

El atraco

El final del trayecto

Un nuevo comienzo

El desenlace

La aventura continúa en:

El sabor de la derrota (Saga Bermejo y Roncero, Libro 4)

Nota del autor:

El origen de esta historia

El sabor de la derrota (Saga Bermejo y Roncero, Libro 4)

1

La inauguración

Madrid, 29 de agosto de 2018

El agobiante verano de la meseta castellana quiso dar un leve respiro a los vecinos y turistas que todavía andaban por Madrid a finales de agosto, después de unos días especialmente sofocantes. Según el parte meteorológico, se esperaban unas máximas de 33 grados y unas mínimas de 18 para ese día, algo bastante soportable para los madrileños, acostumbrados a sufrir los rigores del estío, que parecían incrementarse cada año, o por lo menos esa era la impresión generalizada que se había ido instalando en el imaginario colectivo.

El inspector Bermejo no había amanecido de muy buen humor esa mañana de finales de verano, aunque tendría que cambiar rápidamente de cara si no quería discutir con su pareja, la jueza Macarena Velasco, una destacada miembro de la judicatura del país.

Tenía que acudir a la inauguración oficial de la Galería de las Colecciones Reales, el impresionante nuevo museo madrileño dependiente de Patrimonio Nacional que había sido construido entre el Palacio Real y la catedral de la Almudena. Y pretendía que el policía ejerciera de acompañante, una tarea a su parecer un tanto ingrata, aunque sabía que no podía negarse.

El veterano miembro de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado nunca se había llevado muy bien con los altos mandos, ni le gustaba demasiado el politiqueo. Y

eso de acudir a un acto oficial que inaugurarían los reyes de España, acompañados del presidente del Gobierno, ministros y otros altos cargos que ni siquiera sabía nombrar, no era precisamente la mejor manera de pasar un día de verano en Madrid. A veces había que hacer sacrificios por los seres queridos, pensó Bermejo a su pesar, aunque eso supusiera ponerse traje y corbata en pleno agosto, algo que siempre había odiado.

En realidad si solo era un acompañante podría dejar a un lado durante un rato su puesto como destacado inspector de la Policía Judicial y se divertiría un poco. Con un poco de suerte, al finalizar los actos más protocolarios se serviría un *catering* digno de reyes. Solo tendría que controlar la ingesta de vino para que la lengua no se le disparara, sobre todo si se topaba con los altos cargos de Interior o con el

mismísimo delegado del Gobierno en Madrid, con los que Bermejo había tenido más de una trifulca en los últimos años.

Deseaba que esa fuera la única razón del ligero desasosiego que le rondaba el estómago, ese leve aviso con el que su cuerpo a veces le informaba de un desastre inminente. Un mal pálpito que no conseguía disipar de su mente mientras comenzaba a vestirse para la ocasión. No esperaba ningún problema relevante en el acto oficial y, aun así, sabía que no conseguiría relajarse demasiado. Su larga trayectoria como policía se lo impediría, y eso que el operativo de seguridad no dependía de él. Por una vez, imaginaba que estaría todo bien controlado en un evento de semejantes características.

Francisco Bermejo era un policía de la vieja escuela. Se había cruzado con los peores criminales de este país y se merecía una jubilación que había ido posponiendo, enfangado en los casos más complicados a los que la UDEV, una de las unidades de élite de la Policía Nacional, se había enfrentado durante los últimos años: secuestradores, asesinos en serie, traficantes de todo tipo e incluso casos de corrupción dentro del propio cuerpo. Pretendía retirarse definitivamente en septiembre, pero su amigo Mardones, su antiguo comisario ahora reconvertido en alto cargo de Interior, no iba a ponérselo fácil.

Ya lo había hablado con la jueza Velasco, Maca para los amigos, sin llegar a ningún acuerdo. Ella se acababa de incorporar a su nuevo cargo en Madrid y no lo veía tan claro. Ambos se encontraban en diferentes puntos de su carrera. El policía anhelaba retirarse a pesar de no haber cumplido todavía la edad necesaria para la jubilación.

Podría pasar a la situación administrativa de segunda actividad, con o sin destino. Una tachuela más para una convivencia complicada en el seno de una pareja en la que ambos poseían un carácter fuerte y unas convicciones muy profundas de servicio público.

Bermejo quería olvidarse de Madrid por una temporada y, si era posible, descansar del ajetreo diario en la capital retirándose en algún lugar de la costa, a orillas del Mediterráneo, y lamentaba que esa situación se demorara más en el tiempo de lo que a él le hubiera gustado.

Llegó a soñar con Málaga, tierra natal de la magistrada, aunque tampoco le importaría retirarse en la costa levantina. Así podrían disfrutar del fantástico ático que la jueza poseía en Valencia, al lado de la Ciudad de las Artes, un lugar que al veterano inspector le traía buenos y malos recuerdos, tras jugarse la vida por investigar unos

casos en los que le enfangó el maldito Mardones. Afortunadamente, todo salió bien y, además, gracias a esas investigaciones volvió a cruzarse Macarena en su camino, la persona que había logrado dulcificar un poco su carácter en los últimos tiempos.

Bermejo llevaba en la capital muchos años, llegado desde su Extremadura natal, y siempre había vivido en barrios de clase media, algo que contrastaba bastante con su actual residencia, en el domicilio que la nueva magistrada de la Audiencia Nacional poseía en el elitista barrio del Conde de Orgaz, otro motivo para el enfrentamiento diario. Una zona de alto poder adquisitivo situada al sur del distrito de Hortaleza a la que el inspector no terminaba de aclimatarse. Y eso que le venía de lujo para acercarse al complejo policial de Canillas, situado a poco más de cinco minutos en coche del chalet que compartía con la magistrada. Por eso, entre otras razones aparte del cansancio acumulado por tantos años de ejercer su profesión, prefería jubilarse lo antes posible y retirarse al lado del mar, algo que siempre había anhelado.

El evento comenzaría en torno a las siete de la tarde, aunque les habían indicado que ellos debían estar allí un poco antes para que a la llegada de los reyes todos los invitados estuvieran ya colocados en sus posiciones según el protocolo. Eso también le repateaba; solo le quedaba sacrificarse y poner buena cara. Con algo de suerte terminarían pronto y podrían ir a cenar a alguna terraza al aire libre, en una noche no demasiado sofocante en la que podrían disfrutar del verano en Madrid, a falta de algo mejor.

—Espabila, no quiero llegar tarde —le urgió Macarena, espectacular con su vestido de cóctel.

—Ya estoy preparado, aunque me mata esto de llevar traje oscuro y corbata en pleno agosto.

—No te quejes, viejo gruñón. Ese traje es de verano y, además, hoy no va a hacer mucho calor. Seguro que en el museo tienen el aire acondicionado a tope, no te preocupes. Hacemos acto de presencia y nos escaqueamos en cuanto podamos, no pienso torturarte demasiado.

—Eso estaría bien…

Bermejo sabía que la jueza lo decía con la boca pequeña. En un recinto cerrado, rodeada de las más altas autoridades del país, Macarena no iba a poder escaparse así como así. Su cargo conllevaba unas obligaciones, protocolarias y de otra índole, que le impedirían

marcharse pronto. Así que el policía recuperó su plan original: se centraría en el vino y los canapés que esperaba sirvieran al finalizar el acto, mientras su acompañante confraternizaba con personas que no tenían nada que ver con él.

Condujo hasta un parking situado en la mismísima Plaza de Oriente, junto al Palacio Real. Una zona majestuosa que a Bermejo le encantaba, a pesar de que hacía bastante tiempo que no la visitaba. Desde la Almudena, que no formaba parte precisamente de la lista de sus catedrales favoritas, hasta una Plaza de España en plena reforma, el visitante podía deleitarse con un paseo que formaba parte de la historia de Madrid.

Subir por la calle Bailén, con el Palacio Real a un lado y la Plaza de Oriente al otro, podía transportarle a uno a épocas pasadas, mientras los ojos se le iban al Paseo de las Estatuas, repleto de esculturas de monarcas españoles, con el Teatro Real a sus espaldas y muy cerca de los espectaculares Jardines de Sabatini.

Bordearon la catedral por la acera de Bailén y atravesaron la monumental plaza de la Armería, entre la catedral de la Almudena y el imponente Palacio Real. Desde el nuevo mirador de la cornisa se podía disfrutar de una de las mejores vistas de Madrid, un espacio rehabilitado coincidiendo con la inauguración del nuevo museo que pretendía convertirse en uno de los lugares más visitados de la capital. En primer término, el visitante se encontraba con el Campo del Moro, situado justo debajo del muro que separaba la zona monumental de dicho jardín. Más allá aparecía la extensa masa arbolada de la Casa de Campo y, al fondo, se distinguían las primeras estribaciones de la sierra madrileña.

Cuando se dirigía hacia la esquina situada a la izquierda, al fondo de la plaza, Bermejo creyó distinguir una cara conocida. El sol inclemente en lo alto del cielo madrileño no le ayudaba en la tarea, deslumbrándole a pesar de las gafas de sol. Solo al escuchar la voz inconfundible de un viejo amigo confirmó su primera impresión. Una voz fuerte, con carácter, que le retrotrajo a algunos de los momentos más escalofriantes de sus últimos años. No obstante, siempre le reconfortaba el corazón toparse de nuevo con Pablo Roncero, teniente de la UCO, la unidad de élite de la Guardia Civil, su equivalente como Policía Judicial dentro del cuerpo castrense.

—¡Dichosos los ojos, querido Bermejo! —exclamó Roncero al ver al inspector—. No esperaba encontrarle hoy por aquí en tan grata compañía. Buenas tardes, señoría.

—Nos conocemos hace años, Pablito, y sigues sin apearme el tratamiento. ¡Te he dicho mil veces que me llames Paco, maldita sea! —bromeó el policía—. Ya ves, Macarena me ha arrastrado hasta aquí, y ya sabes que yo no soy mucho de estas cosas.

¿Qué tal, Miriam?

—Todo bien, inspector, muchas gracias —contestó la periodista Miriam Monfort, la pareja del teniente Roncero—. Buenas tardes, señoría. Si me permite el atrevimiento, está usted guapísima con ese vestido.

—Encantada de verte de nuevo, Miriam —replicó la jueza—. Y tutéame también, no me eches más años encima de los que tengo. Los amigos me llaman Maca, así que ya sabéis los dos. Y no me seas zalamera, anda. Tú sí que estás espectacular, como siempre.

—Claro, no hay problema —respondió Miriam algo sonrojada—. De todas formas, me reitero en lo dicho, ese conjunto te sienta como un guante.

—Ojalá fuera cierto, chiquilla. Lo tuyo sí que es verdad, cada día estás más guapa. Se supone que vamos a conocer algunas de las maravillas artísticas de las Colecciones Reales, aparte de ese préstamo inesperado de última hora que tengo muchas ganas de ver en directo, pero seguro que más de un asistente se queda embobado mirando a la célebre periodista reconvertida en autora de *bestsellers*.

Bermejo y Roncero asistían atónitos al intercambio de piropos entre ellas, a pesar de que habían tenido sus rifirrafes en el pasado. Miriam había sido una periodista de investigación a la que no le importaba pisar callos y excavar en las cloacas de las altas esferas para sacar adelante sus reportajes exclusivos, hecho que a veces había confrontado directamente con el buen hacer de una jueza de instrucción.

Al inspector le parecía bien que las mujeres se olvidaran de antiguas disputas, favoreciendo el trato entre los miembros de las dos parejas. Tal vez esos pequeños detalles pertenecieran ya al pasado, aunque Bermejo conocía bien a la jueza Velasco y no le cuadraba demasiado su actitud, normalmente algo más altanera cuando se relacionaba con determinado tipo de personas. El tono la delataba; la hipocresía era una de las armas necesarias para que una mujer sobreviviera en una jungla tan hostil como el mundo judicial, repleto de machos alfa.

—Ya será menos, Maca. Hoy no vengo como prensa acreditada, los

compañeros fotógrafos ya están esperando dentro para inmortalizar la llegada de los reyes. Esto se lo debo a mi antiguo jefe. No sé si se acuerdan de Jaime Pinilla, él me ha conseguido la invitación. Y como Pablo también tenía que acudir, pues hemos decidido acercarnos.

Bermejo soltó un respingo al escuchar el nombre de Pinilla, un veterano periodista que participó de forma indirecta en el primer caso que compartió con el entonces sargento Roncero. Sabía que su buen amigo había subido en el escalafón gracias a sus numerosos méritos en la Guardia Civil a lo largo de los últimos años y merced también a la obtención de una de las notas más altas en la oposición que le otorgó el grado de teniente de la Benemérita, asignado a la Unidad Central Operativa de la Policía Judicial.

Mientras tanto, las mujeres seguían a lo suyo, parloteando como dos buenas amigas.

—Estupendo, seguro que disfrutamos de la velada. Tanto como yo he disfrutado de tu último libro, ese ambientado en el Madrid más castizo. Perdona, soy muy mala para los títulos, no lo recuerdo ahora. ¡Felicidades por tus éxitos!

—Imagino que te refieres a *El enigma de los vencidos*. Sí, muchas gracias, la verdad es que estoy muy contenta con la acogida que ha tenido, y eso que mis editores tenían sus reticencias al cambiar de registro. Se trata de una novela de aventuras e intriga ambientada en la historia reciente de nuestro país. Los protagonistas recorren las calles del viejo Madrid en busca de un secreto oculto durante décadas. Y, casualmente, incluye varios momentos importantes en escenarios cercanos a este, como el capítulo de la plaza de Oriente o el de la iglesia de San Ginés, en la calle Arenal. Eso sí, en esta ocasión, ni Pablo ni el inspector Bermejo tienen ningún protagonismo en la trama, se trata de otro tipo de novela de misterio.

—Mejor, muchacha, mucho mejor —afirmó Bermejo—. Bastante tuvimos con enfrentarnos a Jasón o las malditas operaciones de Valencia. No quiero aparecer en ningún libro más, ni tuyo ni de ningún otro escritor.

El inspector Bermejo se refería a los dos primeros libros de Miriam. En *El color de la maldad* narraba la operación conjunta en la que se conocieron Bermejo y Roncero, enfrentándose a un sanguinario asesino en serie que se hacía llamar Jasón, aunque la escritora ficcionara los hechos reales y modificara algunos nombres, situaciones y lugares para no encontrarse con problemas legales. Y después, en *El*

aroma del miedo, Miriam recreó en forma de novela las vicisitudes de los dos amigos en unas investigaciones que los llevaron a cruzarse con mafias internacionales en la costa levantina mientras otro peligroso criminal sembraba de cadáveres la capital del Turia.

—Tiene razón, inspector —intervino Roncero—. Por mi parte, estoy encantado con el cambio; prefiero ceñirme a mi trabajo y no aparecer en ninguna obra de ficción, porque al final todo el mundo te relaciona. Y, además, me he convertido en un enamorado de las aventuras de David Sanromán y sus amigos en un entorno tan reconocible para nosotros. Así que me alegra el éxito de Miriam con esta novela y, de paso, podemos olvidarnos por un momento de peligrosos delincuentes.

—Los criminales nunca descansan, esperemos que hoy por lo menos nos den una pequeña tregua —añadió Bermejo, recordando su mal presagio—. Por cierto, Pablo, no te escapes tan rápido. ¿En qué andas metido ahora? Miriam ha dicho antes que tú también tenías que acudir a este acto.

—Soy el enlace con la Interpol en determinados asuntos. Luego le cuento lo que pueda, ya sabe cómo son estas cosas.

—¡Y dale con llamarme de usted! Ya sé que soy un viejo, pero todavía no me he jubilado, querido Pablo.

—Siento interrumpiros, chicos, pero tenemos que entrar al edificio. Ya llega la comitiva real y no creo que les haga gracia vernos aquí plantados.

El teniente Roncero tuvo que darle la razón a la magistrada. Ellos seguían apoyados en el murete que separaba la plaza de la Armería de los imponentes jardines del Campo del Moro, situados muchos metros más abajo en una caída que también habían tenido que solventar los arquitectos para construir el flamante nuevo edificio que formaría un triunvirato monumental en la zona junto a la catedral de la Almudena y el Palacio Real.

Ni siquiera se habían percatado de que el presidente del Gobierno esperaba a pie firme junto a la puerta de entrada para saludar a los monarcas nada más bajarse del vehículo oficial. Las dos parejas aprovecharon ese momento para adentrarse en el recinto, pasar los controles de seguridad y colocarse en un lugar discreto en el amplio vestíbulo del edificio, repleto ya de personalidades expectantes ante el comienzo del acto.

El ojo profesional del oficial investigador se fijó en los accesos y las

medidas de seguridad, las que se veían a simple vista y las que podía intuir. A Roncero no le hizo demasiada gracia la actitud de uno de los vigilantes de seguridad privada, un cuarentón en no demasiada buena forma física a tenor de la barriga que le sobresalía por encima del cinturón. El tipo utilizaba ademanes un tanto bruscos con algunos de los visitantes a la hora de depositar sus objetos metálicos en las bandejas de plástico antes de pasar el detector de metales, aunque se esmeró con los verdaderos VIPS, pero sus formas seguían sin ser las más adecuadas para un evento de semejantes características.

Aunque las mañas de su compañero, un señor que aparentaba no menos de setenta años, tampoco le convencieron demasiado. Roncero no quería ser prejuicioso, pero debía reconocer que aquellos dos individuos no ofrecían una buena imagen dentro de una inauguración tan importante. Hasta Bermejo puso mala cara. Seguro que luego se lo comentaría en privado. Y lo peor es que tendría que reflejarlo en su informe, sobre todo después del toque de atención de la Interpol ante lo que estaba por llegar.

Roncero sabía que el museo, renombrado como Galería de las Colecciones Reales, contaba con innumerables piezas importantes adquiridas por la monarquía española a

lo largo de los últimos siglos. Ellos podrían disfrutar de las tres plantas abiertas para los visitantes, bajando desde el nivel a pie de calle para continuar la visita. Así, se adentrarían en el primer sótano, dedicado a los Austrias; después el segundo, con los Borbones; y por último, el tercer sótano, que se reservaba para exposiciones temporales y que ese día contenía una muestra inédita de carruajes reales.

El teniente había leído que la parte visitable contaba con ocho mil metros cuadrados, pero ese edificio era mucho más grande. En total, el recinto contaba con más de cuarenta mil metros cuadrados de granito, hormigón, cristal y roble. Treinta metros más abajo comenzaban las plantas inferiores, otros tres niveles dedicados a almacenaje, mantenimiento y restauración.

Imaginaba que la estrella invitada de la inauguración, una obra de arte inmortal prestada por una conocida pinacoteca extranjera, se instalaría en la sala de los Austrias por el período en el que fue realizada. O tal vez le tuvieran reservado algún otro lugar especial dentro del edificio. Pronto saldrían de dudas, aunque todavía quedaba un rato para la visita guiada, que tendría lugar tras los discursos de rigor.

Vio entonces cómo la jueza Velasco saludaba a algunos de los invitados, mientras el inspector intentaba pasar desapercibido. Roncero le señaló al policía la ubicación del auditorio, lugar al que se dirigían las personas que no iban a participar en los saludos protocolarios con los reyes, justo antes de la fotografía oficial con la placa conmemorativa de la inauguración. Así que siguieron el mismo camino, acompañados de Miriam y con la jueza haciéndoles gestos para que se adelantaran sin ella.

La sala polivalente contaba con cerca de trescientas sillas, que fueron ocupadas casi en su totalidad. Ellos se situaron en la parte media, lejos de las primeras filas, en las que se ubicarían los más altos representantes del Estado. Pablo se colocó entre Miriam y Bermejo, con un hueco al lado para la jueza, que llegó un poco después, tras saludar a unos conocidos.

Enseguida aparecieron los monarcas y comenzó el acto en sí. Primero disfrutaron de la actuación de un violonchelista, a la que siguió la intervención del presidente de Patrimonio Nacional, Arturo Muñiz. Después fue el turno del presidente del Gobierno y, por último, del discurso del rey, que destacó que la Galería que inauguraban sería el principal instrumento para la conservación y la gestión del legado histórico-artístico de la corona española.

Pablo le dio un toque discreto con el codo al inspector de policía, que parecía medio traspuesto en su silla. Parapetado tras un invitado voluminoso, quizá pretendía echarse

una cabezadita al ver que se alargaba el acto, pensó Roncero. Al ver la mirada de hielo de la jueza supo que Bermejo tendría después problemas, por lo que quiso alertar a su viejo amigo.

Afortunadamente, el monarca finalizó enseguida su intervención y se sentó unos segundos en su sitio para volver a levantarse casi al momento y salir del auditorio acompañado de la reina, seguido por el presidente del Gobierno y el resto de personalidades. Había terminado la parte más solemne de la inauguración y por fin podrían disfrutar de la exposición.

Macarena Velasco salió escopetada de su sitio sin esperar a nadie, mientras Miriam se acercó a saludar a unos compañeros de la prensa. Los dos colegas se quedaron algo más rezagados, esperando a que la sala se fuera vaciando antes de salir, lo que les permitió charlar con calma.

—Perdona, esta noche no he dormido muy bien y me estaba aburriendo con tanto violonchelo y demás zarandajas. Menos mal que se ha acabado ya, a ver si despachamos rápido la visita y rematamos bien la tarde. No sé si nos obsequiarán con un vinito o algo así después de la inauguración, la verdad es que tengo algo de hambre. ¿Por qué me miras así, alma de cántaro?

—Yo no digo nada, pero la jueza no parece muy contenta. Intuyo que no le ha sentado muy bien lo del sueñecito, solo espero que no haya represalias más tarde.

—Nada, no te preocupes. Soy veterano en estas lides. Imagínate, me tocará enmendar mi error para que no se cabree demasiado. Oye, ¿qué te parece el cambio de actitud entre Maca y Miriam?

—No quisiera adelantar acontecimientos, espero que no sea simplemente una pose.

Por mí, encantado de que las dos se lleven bien, así podremos librarnos de esos momentos tan incómodos cuando nos encontrábamos los cuatro.

—También es verdad, mucho mejor así. No sé si llegarán a ser tan buenas amigas como nosotros, pero por lo menos parece que van a intentarlo. Por cierto, antes me has dicho que me contarías no sé qué de la Interpol. Desembucha, muchacho.

Roncero hizo un aparte con el policía, lejos de miradas y oídos indiscretos; lo que pensaba explicarle debía permanecer en secreto, lejos del dominio público. Confiaba plenamente en el inspector y contar con su inestimable ayuda y experiencia podía serle de utilidad aquella tarde, por si se percataba de cualquier detalle fuera de lo normal.

—Esto no puede salir de aquí. Aparte del dispositivo habitual de seguridad en cualquier acto con los monarcas y el resto de mandatarios, hay otras capas no tan visibles que están pendientes de todo porque tenemos una posible amenaza.

—¿De qué hablas? —preguntó Bermejo—. Espero que no te refieras a los inútiles de la empresa de seguridad que controla los accesos, no me infunden nada de confianza.

Ya he visto también las cámaras, e imagino que los VIPS llevarán sus propios guardaespaldas. Aparte de los diversos dispositivos de alarma que tendrán las mejores piezas, creo que hay una empresa vasca de

confianza que se encarga de todo el sistema.

—No, es otra cosa. La Interpol tiene fundadas sospechas de que una banda internacional, experta en robos de obras de arte, ha llegado a España con la única misión de hacerse con la joya de la corona, la obra que nos han prestado los ingleses.

Por eso se han redoblado las medidas de seguridad, aunque no creo que hoy se les ocurra hacer nada.

—¡Joder, sería una locura! Creo que la pieza se quedará en Madrid solo quince días y que se expondrá con unas medidas especiales, no podemos permitir que le suceda nada mientras permanezca en territorio español. ¡Tendríamos un grave conflicto con el Reino Unido! De todos modos, no me gustan nada los ingleses, siempre han sido un poco piratas. ¿Quieres que hable con la jefa de la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional? Es amiga de Macarena y yo también he coincidido con ella en alguna ocasión, no habría mayor problema.

—No, tranquilo, está todo controlado. El grupo de patrimonio de la UCO está sobre aviso y también se ha informado a las diferentes delegaciones de la Interpol. La banda ha dado golpes importantes en algunos de los mejores museos de Europa, aunque no todos han salido a la luz y se tienen pocas pistas sobre los robos. La policía de varios países anda tras su pista, esperemos que no se les ocurra actuar en España. No sé de dónde salió el nombre, pero al jefe le conocen como el Fantasma, quizá porque no deja rastro cuando comete alguna de sus fechorías.

—Venga, vamos a continuar la visita. Esperemos que a tu fantasma no le dé por amargarnos la tarde. Entre lo que me has contado tú y el mal pálpito que me acompaña durante todo el día, no sé yo cómo va a acabar esto.

Regresaron al vestíbulo y se dirigieron hacia el primer sótano por un original sistema de rampas de granito que les condujeron hasta las entrañas del moderno edificio. Si miraban por el hueco que quedaba entre los pasamanos de granito gris se podía contemplar la altura real de todo el edificio, excavado en la ladera que separaba el

conjunto arquitectónico formado por la Almudena y el Palacio Real de los aledaños jardines del Campo del Moro y la Cuesta de la Vega.

Al bajar la primera rampa se toparon con imágenes de los Reales Sitios proyectadas sobre la pared frontal. Doblaron a la izquierda y

descendieron por la siguiente rampa directos a su destino, el comienzo de la visita oficial a la sala dedicada a los Austrias.

Roncero y Bermejo se quedaron en la entrada; la aglomeración de gente les impedía avanzar. Al parecer, los reyes de España, el gobierno y otras personalidades escuchaban las explicaciones de la directora de la Galería de las Colecciones Reales. Nada más adentrarse en la zona de los Austrias se detuvieron en la primera estancia, asombrados ante la magnificencia de las recientemente restauradas columnas salomónicas de estilo barroco churrigueresco que daban la bienvenida al visitante del museo.

El miembro de la Interpol había hecho los deberes y conocía muchos datos de las piezas expuestas que podrían contemplar durante esa inauguración. Lo que le creaba malestar era el barullo formado a la entrada mientras los reporteros gráficos inmortalizaban el momento y los monarcas atendían a las explicaciones de la directora del museo, Laura Ruiz.

Por fin pudieron adentrarse en el recinto de la exposición. Les sorprendió la magnitud de las enormes columnas que daban la bienvenida al visitante, con sus seis metros de altura y seiscientos kilos de peso, restauradas para recuperar el lapislázuli y el pan de oro originales de las capas subyacentes. Un ejemplo magnífico del barroco español, cuyo conjunto perteneció al retablo principal de la desaparecida iglesia del Real Patronato del Hospital Virgen de Montserrat, cerca de Antón Martín. El escultor Churriguera se valió de los diseños de Francisco de Herrera, el Mozo, para realizar una obra tan monumental, en la que cada columna estaba ensamblada con ocho troncos de pinos de Valsaín.

La avanzadilla de la comitiva ya había accedido a la parte principal de la sala, comenzando con la parte dedicada a los Reyes Católicos como precursores de los Austrias. La exposición estaba pensada para avanzar por el lado derecho en orden cronológico y regresar por el izquierdo hasta la salida de esa estancia antes de descender a la siguiente. Una vez superado el tapón inicial, la comitiva que acompañaba a los monarcas continuó su visita en ese orden, pero Roncero, Bermejo y otros visitantes prefirieron dispersarse por otras estancias de la sala para no crear más aglomeraciones.

—La verdad es que esa carroza negra es espectacular. Parece que perteneció a Mariana de Austria… Aquí la Tierra llamando a Roncero. ¿Te pasa algo? Menos mal que era yo el del pálpito; relájate un poco, hombre.

Roncero no las tenía todas consigo, quizá el policía le había contagiado el mal presentimiento que le acompañaba durante la visita. Sabía que los reyes estaban bien protegidos y se había hecho un exhaustivo estudio de todos los invitados a la inauguración para que no se les colara ningún indeseable. No pensaba que alguien atentara allí contra los monarcas y era materialmente imposible que nadie pudiera robar una obra de arte esa tarde, pero no consiguió desembarazarse del todo de aquella extraña sensación.

—No sé, hay algo aquí que no me gusta. Mucha aglomeración alrededor de los reyes, por aquí todo el mundo a su aire y solo veo a los vigilantes de sala, a mi modo de ver incapaces de solventar una verdadera emergencia llegado el caso.

—No te preocupes, de verdad. Le he comentado antes mis dudas a Macarena y me ha dicho que el museo cuenta con las mejores medidas de seguridad. Por lo visto, tienen una sala de control con unos sistemas muy avanzados, no se les escapa nada. Así que podemos relajarnos un poco y disfrutar del evento. ¿Dónde estará el dichoso cuadro que nos han prestado los de la Pérfida Albión?

—Imagino que en este lateral, en la parte dedicada a Felipe IV. El autor era su pintor de cámara, creo recordar. No teníamos que haber permitido que esa obra saliera de España; no entiendo que las autoridades no hayan intentado recuperarla en serio, no solo con un simple préstamo cuyas negociaciones han costado más que entrar en la Unión Europea.

Roncero recordó algunos datos sobre la obra, un lienzo que había tenido diversos dueños a lo largo de la historia, comenzando por el séptimo marqués del Carpio para pasar después a Francisco Álvarez de Toledo, a la sazón décimo duque de Alba. Carlos IV ordenó entonces que se vendiera a Manuel Godoy, su todopoderoso valido y hombre fuerte de la monarquía en la sombra. El político y militar lo tuvo expuesto en el Palacio Grimaldi, junto a las Majas de Goya.

Durante la Guerra de la Independencia, el cuadro se conservó en el Palacio de Buenavista, donde fue robado seguramente por algún miembro del ejército inglés.

Durante los siguientes años pasó por las manos de varios propietarios británicos hasta ser adquirido por la famosa pinacoteca londinense a principios del siglo XX. Y más de dos siglos después, el gobierno español seguía sin reclamarlo oficialmente a las

autoridades inglesas como parte fundamental de nuestro patrimonio expoliado en tiempos de guerra.

—Ahora veremos si es para tanto. La verdad es que yo no he visitado la *National Gallery*, así que no tengo el gusto de conocer a la bella dama… —bromeó Bermejo—. Por cierto, amigo, creo que te lo estás tomando un poco a la tremenda. ¿Estás bien? Tienes mala cara, la verdad.

Roncero tuvo que darle la razón, no se encontraba demasiado bien. El nudo de la corbata le asfixiaba y tuvo que aflojarlo un poco, ya que comenzaba a respirar con dificultad. En el interior del recinto el aire acondicionado se encontraba a una temperatura agradable, pero él sudaba profusamente y la lividez comenzó a teñir sus mejillas. No sabía si estaba agobiado por la situación o por algún otro detalle, pero tuvo la sensación de que estaba a punto de sufrir un desvanecimiento o un ataque de ansiedad.

—Tranquilo, ha sido solo un pequeño mareo —mintió—. Creo que el cuadro prestado anda por allá, e imagino que esperarán a que los reyes den toda la vuelta para enseñarlo.

En ese momento, Roncero se dio cuenta de que había perdido de vista a Miriam y tampoco sabían nada de la jueza. Seguro que la periodista andaba con los de su gremio, intentando sacarles cualquier cotilleo, aunque ahora no se dedicara exclusivamente al periodismo.

El inspector Bermejo no creyó ni por un instante a su amigo, pero no quería que se sintiera mal y prefirió seguirle la corriente. No se separaría de él por si acaso, no quería que le diera un vahído delante de tanta gente importante. Primero por su salud, y segundo porque no era el mejor sitio para desmayarse. Llamaría demasiado la atención que un tipo de casi un metro noventa de altura y con su corpulencia cayera desplomado entre tantas obras de arte.

—Muy bien, Pablo. De todas formas, puedes sentarte en ese banquito que han colocado ahí, enfrente de aquel cuadro grande con el caballo blanco. A ver si se te pasa un poco y continuamos la visita.

El inspector vio que Roncero negaba con la cabeza; solo esperaba que fuera porque se sentía mejor y no por cabezonería o cualquier otra cosa, como su desconocimiento sobre el autor de aquel enorme lienzo. En ese instante, Bermejo descubrió lo que quería decir el exguardia civil: allí en medio había un espacio cubierto que quizá fuera el

famoso préstamo que la organización no quería desvelar hasta que los

reyes llegaran a su altura.

Atravesaron las diversas estancias, de regreso al recorrido original, pero recorriéndolo un poco más deprisa que los ilustres visitantes. Dejaron atrás el casco de Fernando el Católico, que parecía mirar al retrato de su mujer, Isabel la Católica, quizá la primera monarca que adquirió obras de arte para las colecciones reales, como su afamado políptico o retablo con tablas en miniatura. Todo esto lo leía a la carrera el inspector Bermejo en las detalladas cartelas que se encontraban al lado de las diferentes obras, mientras se afanaba por no descuidar la vigilancia de un Roncero que lo miraba todo con aire distraído.

Recorrieron a buen paso la zona de los primeros Austrias, donde destacaba la armadura a caballo de Carlos V en la batalla de Mühlberg, enfrente de una copia del famoso cuadro de Tiziano. O una escultura de Felipe II bastante deteriorada por el paso del tiempo. Dejaron atrás inmensos tapices, joyas, libros e incluso esculturas como un Cristo de Bernini, todas obras de arte pertenecientes a Patrimonio Nacional, una institución que manejaba una inmensa colección con cerca de ciento setenta mil piezas de valor incalculable.

Decidieron prescindir de la época de Felipe III al ver que la comitiva real se dirigía hacia la zona principal dedicada a su hijo, Felipe IV, en la que se encontraban cuadros de Caravaggio, Giordano y otros grandes maestros, aparte de la obra que todavía permanecía tapada. La directora del museo seguía con sus explicaciones a los monarcas, mientras los fotógrafos de la prensa comenzaban a buscar la mejor posición para inmortalizar el momento estelar de la inauguración.

Laura Ruiz se colocó al lado del cuadro protagonista y cedió el turno al rey, al que invitó a destaparlo delante del resto de invitados. A nadie sorprendería reconocer en ese momento una de las obras cumbre del eminente pintor sevillano, ya que había sido imposible ocultar las negociaciones entre los gobiernos español y británico, con presiones diplomáticas de todo tipo para dejar salir de Londres una obra que a todas luces debería permanecer en territorio patrio.

Bermejo no se separó de Roncero, que parecía haber recuperado el color en el rostro.

El joven permanecía también atento, observando en derredor como un halcón al acecho.

El policía siguió su mirada, sin llegar a ver nada fuera de lo común.

Entonces el rey descubrió el cuadro y todos pudieron contemplar aquella maravilla. *La Venus del Espejo*, obra de Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, pintor de cámara de Felipe IV.

El brillo y el incesante sonido de los flashes de las cámaras fotográficas de los periodistas acallaron el murmullo general que se asentó al descubrir la obra pictórica.

Bermejo se fijó en que el lienzo con su marco se encontraba colgado en un soporte pictórico rígido, protegido todo por un vidrio de seguridad. Una medida que le pareció muy acertada, obligada quizá por el acuerdo alcanzado con las autoridades británicas para el traslado provisional del cuadro.

En cuanto se dispersara el grupo principal intentaría acercarse para contemplar el lienzo de cerca, no le fuera a pasar como aquella vez que visitó el Louvre en París junto a Macarena. Se llevó una gran decepción al tener que ver *La Gioconda* desde muchos metros de distancia, sobre todo por culpa de la aglomeración de curiosos que buscaban la foto perfecta para las redes sociales.

Entonces, sus sentidos se dispararon, alertados también por la diferente actitud y postura de Roncero. El inspector no se había percatado de ningún cambio significativo en el entorno, pero se fijó en que su amigo permanecía en tensión, al acecho, como si un depredador se dispusiera a saltar sobre una inocente víctima. Desde su posición tendrían muy complicado intervenir para intentar detener cualquier problema, ya que tenían mucha gente delante que les impedía moverse con celeridad. Bermejo creyó distinguir a quién miraba tan fijamente su fiel compañero de fatigas y descubrió el origen de su desasosiego.

Los reyes habían posado junto al lienzo frente a los medios, solos o acompañados en diferentes tomas por diversas personalidades, como el presidente del Gobierno o el ministro de Cultura. El semicírculo formado por los fotógrafos pareció cerrarse sobre el cuadro justo cuando los monarcas comenzaban a retirarse para continuar la visita.

En ese preciso momento, una de las fotógrafas rompió la formación y se acercó demasiado al cuadro, sin preocuparse de los reyes para tranquilidad del policía. Seguía haciendo fotografías del lienzo, cada vez más cerca de la obra, hasta que se escuchó una voz grave que le pedía que se apartara. Pero la mujer hizo caso omiso y se plantó frente a *La Venus del Espejo*.

En un movimiento seguramente ensayado, desmontó a toda velocidad el trípode que llevaba y sacó de su interior un pequeño artilugio indistinguible desde esa distancia.

Nadie pudo pararla. Se dio la vuelta, en una escena que Bermejo creyó contemplar a cámara lenta, mientras escuchaba a su alrededor todo tipo de murmullos e imprecaciones.

Cuando se quisieron dar cuenta, la joven comenzó a golpear con un pequeño martillo el cristal protector del cuadro. Quizá los miembros de seguridad se vieran en la misma tesitura que Bermejo y su compañero, alejados del foco principal al verse rodeados de tal muchedumbre. Así que la fotógrafa reconvertida en vándala continuó con su *performance* mientras se deshacía de su chaqueta para mostrar la camiseta que llevaba por debajo, con el lema en inglés *JUST STOP OIL*, antes de soltar su soflama contra los combustibles fósiles.

Este último detalle lo averiguaron después, ya que el ensordecedor pitido de la alarma que había saltado ante el ataque contra el principal reclamo de la exposición taladró los oídos de los presentes y ahogó cualquier otro sonido. Bermejo observó que los guardaespaldas sacaron a los reyes de allí a la carrera, mientras los políticos salían también en desbandada, acompañados de su séquito, ante el temor de que se produjera otro tipo de ataque.

El desconcierto más absoluto se apoderó del lugar durante unos minutos, mientras las autoridades y el resto de invitados eran desalojados bajo el incesante sonido de la alarma. Los miembros de seguridad, ya fueran policías de paisano, guardaespaldas de los políticos o vigilantes privados del recinto, se afanaban a su vez por asegurar la zona y poner a todo el mundo a salvo mientras se hacían cargo de la atacante y evaluaban cualquier otro peligro subyacente en el interior de la Galería de las Colecciones Reales, transformada de repente en el epicentro del caos.

La estancia comenzó a despejarse unos minutos más tarde y Bermejo pretendió acercarse, pero los miembros de seguridad del recinto se lo impidieron, mientras custodiaban a la responsable del ataque. De nada le sirvió mostrar su placa de policía a los responsables del museo, que en ese momento se afanaban para que los técnicos trasladaran a toda velocidad el armazón completo que sustentaba el cuadro hasta las dependencias de mantenimiento y restauración, donde comprobarían si la obra maestra había sufrido algún daño.

Los vigilantes desalojaron con firme determinación al resto de los

invitados que todavía pululaban por la sala, acompañándolos de nuevo rampa arriba. Parecía que la visita había terminado sin que pudieran contemplar la sala de los Borbones. Entonces comenzó a formarse un pequeño tumulto en el mismo vestíbulo. El inspector Bermejo vio cómo la gente comenzaba a arremolinarse en torno a la directora del museo, única responsable dispuesta a dar una explicación mientras los altos cargos desaparecían del edificio como por arte de magia.

El sonido de la alarma se había atenuado, pero todavía se escuchaba desde la planta baja del edificio. Laura Ruiz le hizo un gesto a un subordinado para que se encargara del asunto mientras pedía calma a los visitantes, primero gesticulando con sus manos, antes de hacerlo directamente a voz en grito.

—Señores, por favor, tengan paciencia. Todavía estamos evaluando la situación, comprendan que en estos momentos no podemos emitir ningún tipo de comunicado.

—¿Se trata de una activista radical? —preguntó entonces un periodista.

—¿Los reyes se encuentran bien? Todo ha sucedido demasiado deprisa y…

Los miembros de la prensa que todavía permanecían en el vestíbulo acribillaron a preguntas a la única persona que dio la cara después del incidente, pero ella cortó por lo sano sin querer dar una rueda de prensa improvisada. Tampoco poseía todos los datos, por lo que solventó la situación de la única manera posible.

—No les puedo dar información en estos momentos, lo siento. Como comprenderán, la inauguración y la visita han terminado por hoy, sentimos mucho los inconvenientes.

Tengo que pedirles que abandonen el edificio para que podamos evaluar lo sucedido con mayor detalle y tomar todas las medidas pertinentes. En unas horas se emitirá una nota de prensa. Muchas gracias a todos.

Se escucharon murmullos de todo tipo, pero a los allí presentes no les quedó más remedio que obedecer la orden y abandonar el recinto ante la insistencia de los vigilantes. Bermejo rezongó, porque pretendía enterarse de más detalles, pero Roncero lo acompañó a la salida con la mejor excusa posible.

—Vamos a buscar a Miriam y a Macarena, que no hemos vuelto a saber nada de ellas desde hace rato. Espero que estén bien.

—De acuerdo —accedió Bermejo—. Este asunto me tiene escamado, todo ha sucedido demasiado deprisa y me gustaría hablar con los responsables de seguridad, por si hay alguna otra amenaza pendiente.

—Yo hablaré ahora con el jefe de la unidad especial de la UCO, aunque realmente el cuadro no pertenece a Patrimonio Nacional, por mucho que fuera pintado por Velázquez y haya sido ultrajado en un museo español. Imagino que la atacante ha sido detenida, pero siendo inglesa y quién sabe si con causas pendientes en su país, entiendo que hablarán también con la justicia británica antes de juzgarla.

—No sé, yo sigo teniendo una sensación extraña en la boca del estómago. Ignoro si esta gente quería atentar contra el rey, solo contra el cuadro o si hay algo más oculto en todo esto. Me da en la nariz que no hemos acabado con las sorpresas.

—Espero que no, ojalá se quede solo en un susto. Voy a llamar a Miriam a ver dónde anda… —añadió Roncero mientras avanzaba por la plaza de la Armería, ya en el exterior de la Galería de las Colecciones Reales.

—Allí está, no hace falta que la llames. Veo que se han encontrado Macarena y ella, parece que nos están esperando.

Tras reunirse, las dos parejas comentaron lo sucedido. Miriam había hablado con periodistas amigos que no poseían ningún otro dato relevante y Macarena había llamado a su amiga de la brigada de patrimonio histórico, que no pudo avanzarle mucho más. Todos permanecían perplejos ante lo sucedido en el interior de la sala de los Austrias.

—No entiendo cómo ha ocurrido ese terrible fallo de seguridad, podía haber sido una catástrofe. Nos joden la visita y encima me quedo sin lo mejor de la tarde, el vinito español —gruñó Bermejo con el gesto torcido.

—No sé yo si se iba a servir vino y canapés al lado de unos cuadros, Paco. Aunque es cierto que podían haber organizado algo informal en la cafetería anexa al vestíbulo de entrada —intervino la jueza.

—Puede que tengas razón. No se puede comer o beber al lado de un lienzo, la mayoría de esas obras maestras no cuentan con cristal de protección y ni siquiera tienen una cinta de seguridad que las separe

del público. ¿Y si hubieran querido destrozar el cuadro del caballo blanco de Velázquez? O cualquiera de los Caravaggio, o el Cristo de Bernini, por ejemplo. Ya sé que esta gente lo hace por llamar la atención sobre algún tipo de causa, pero habría que darle una repensada al asunto.

—Al parecer la activista contaba con su acreditación oficial de prensa, alguien ha metido bien la pata en ese sentido —confirmó Miriam, tras conocer el dato de boca de un colega de profesión a través de un mensaje—. Y corren rumores de que ha golpeado el cuadro con un pequeño martillo hecho de cerámica que ha colado entre sus herramientas de trabajo, por lo que ha podido superar sin problemas el control de seguridad. Y luego, ya habéis visto el desastre. Ha saltado la alarma, pero han tardado en reducir a la atacante.

Bermejo y Roncero se miraron un segundo. Ambos habían comprobado que los responsables del control de accesos no parecían ser los más espabilados de su clase. No quisieron hacer sangre sobre ese asunto, pero alguien tendría que dar muchas explicaciones. Allí había fallado todo el mundo: la empresa de seguridad privada y los responsables del recinto, los vigilantes de sala, el dispositivo adicional de seguridad organizado para los VIP's, *etc.*

—Yo sigo con la mosca detrás de la oreja, no sé. Me estaré haciendo viejo, que no es ninguna mentira, pero algo me huele mal en todo este asunto. Y encima, sigo con hambre. Venga, os invito a cenar para olvidarnos del mal trago.

—Lo sentimos, pero nosotros ya teníamos planes. Otra vez será —dijo la periodista.

—Claro, Miriam, te tomo la palabra. Y ya hablaré también contigo para ponernos al día sobre todo este asunto que tan escamados nos tiene.

—Seguro, Bermejo —confirmó Roncero—. Estamos en contacto.

Siguieron charlando al dejar atrás aquel marco incomparable, mientras abandonaban la Plaza de la Armería para alcanzar la calle Bailén, camino cada uno de sus destinos finales. La pareja más joven se dirigía a pie hacia el centro de la ciudad mientras Bermejo se encaminaba junto a la magistrada en dirección al parking donde había dejado su coche.

La tarde se había alargado y el crepúsculo comenzaba a cernirse sobre Madrid. El inspector se dio un momento la vuelta y el resto le

acompañó en su movimiento, dispuestos a disfrutar de una bella postal. De ese modo pudieron contemplar la magnificencia del sol ocultándose sobre los jardines del Campo del Moro, enmarcando aquella zona majestuosa con tantos siglos de historia. Una imagen hermosa que llevarse a los ojos después de una jornada repleta de sobresaltos.

Se despidieron en la esquina del Palacio Real. El policía y el nuevo miembro de la Interpol ya se habían enfrentado juntos a otras situaciones peligrosas en el pasado, pero lo sucedido en el interior del museo los había descolocado un poco. Prometieron hablar en los próximos días y cada uno siguió su camino.

Lo que ninguno imaginaba en ese momento era que esa misma noche se produciría un robo en el interior de la Galería de las Colecciones Reales. No se llevarían *La Venus del Espejo*, pero el objeto sustraído también era importante. Y lo peor de todo, les

obligaría a enfangarse en una investigación policial que ocultaba numerosas aristas todavía por descubrir.

2

El encargo

Manchester, 15 de mayo de 2018

La monotonía de los días en el interior de Strangeways amenazaba con volar por los aires la estabilidad mental de Henry Brown, conocido en los bajos fondos por *The Boss*.

No llevaba mucho tiempo en una cárcel de máxima seguridad rebautizada como HM

Prison Manchester, donde tendría que pasar los próximos veinte años. A no ser que encontrara una solución que le permitiera abandonar aquella sucursal del infierno en la Tierra.

La buena suerte del capo mafioso del East End se terminó en 2015, cuando en una operación conjunta de la Guardia Civil española, la NCA británica y la OCRTIS

francesa, fue detenido en su chalet de Calpe, en la costa alicantina. Los franceses lo buscaban por una gran operación de narcotráfico, y los británicos por numerosas causas pendientes en su tierra, pero las autoridades españolas se llevaron el gato al agua. La UCO, unidad de élite de la Guardia Civil, reunió pruebas suficientes para culparle de al menos un asesinato en suelo español, aparte de investigarle por otros delitos, como el tráfico y trata de personas con el agravante de muerte, asociación ilícita para delinquir o crimen organizado.

Los ingleses no cejaron en su empeño y consiguieron al final la extradición, obligando a Henry Brown a cumplir su sentencia en una de las cárceles más peligrosas del Reino Unido. Por lo menos lo alejaron de Londres, donde tenía bastantes enemigos, aunque en Manchester no se sentía completamente a salvo.

El mafioso no era intocable en el interior de la prisión, aunque fuera respetado entre la comunidad criminal y contara con protección adicional, ya que desde siempre se las había tenido tiesas con la mafia irlandesa y con otros delincuentes del East End. Y, además, necesitaba guardarse las espaldas de los rusos y otros antiguos socios con los que no había quedado demasiado bien tras el enfrentamiento con la justicia española.

Sabía que debía andarse con mil ojos si no quería acabar acuchillado en las duchas como cualquier delincuente de medio pelo.

Pero Brown tenía un plan, y para eso había llamado a su abogado. Tenía que salir de allí de una manera u otra. Como preso con privilegios tenía acceso a la prensa, y sus

contactos en los bajos fondos también le habían hecho llegar algunas noticias que quizá pudieran servirle para revertir su situación penitenciaria.

Había oído el rumor de que el famoso cuadro de Velázquez, *La Venus del Espejo*, iba a ser trasladado gracias a un préstamo temporal desde su ubicación habitual en Trafalgar Square, dentro de la *National Gallery* londinense, hasta un nuevo museo español que iba a inaugurarse en Madrid. Una oportunidad única para dar un golpe maestro en la línea de flotación de dos instituciones que odiaba a muerte: la Corona y el resto de las autoridades inglesas, y la Guardia Civil española.

Sabía que se trataba de un golpe casi imposible, una hazaña que muy pocos delincuentes en el mundo llegarían siquiera a plantearse. No obstante, Brown había seguido de cerca la carrera delictiva del Fantasma, el jefe de una exitosa banda criminal especialista en robos de arte, y confiaba en su pericia. Conocía además a un millonario escocés que había conseguido contactar con la banda en su momento para hacerles un encargo muy especial, y los resultados fueron espectaculares. ¿Se atreverían ahora con semejante proeza? Brown no perdía nada por intentarlo, lo complicado sería dar con ellos.

El preso más famoso de Strangeways, con permiso del futbolista de la Premier que había sido trasladado a esa prisión desde Liverpool para velar por su seguridad después de ser acusado de violación, ya había tenido sus escarceos con cuadros robados en el pasado. Por su edad, no había podido siquiera acercarse a uno de los mayores golpes de arte que se había dado en la historia, el robo del museo Isabella Stewart Gardner de Boston. Sin embargo, sí había hablado con personas que decían haber participado en él, o por lo menos tener datos, sobre los famosos cuadros que desaparecieron una noche de 1990 y que nunca más se volvieron a ver.

Otros delincuentes, sobre todo mafiosos italianos e irlandeses presos en cárceles norteamericanas, habían intentado llegar a un acuerdo con el FBI para reducir o conmutar sus penas a cambio de información que pudiera desentrañar uno de los mayores misterios de la historia moderna: el paradero de las obras sustraídas en el museo Gardner. Incluso algún avispado criminal afirmó disponer de información veraz sobre su paradero para aseverar después que solo facilitaría los datos a

cambio de salir de la cárcel y, por supuesto, obtener la inmunidad total y la limpieza de su expediente policial. Algo que nunca sucedió, con lo que el misterio siguió prolongándose en el tiempo.

Hubo una época en la que Brown se obsesionó también con esos cuadros, preguntándose dónde demonios habría terminado una obra tan bella como *La tempestad*

sobre el mar de Galilea, de Rembrandt, uno de los lienzos más conocidos que desaparecieron aquella extraña noche en Boston. Ni la policía ni el FBI consiguieron pistas fiables tras años de investigación, convirtiéndose en uno de los grandes misterios modernos relacionados con el arte.

Tal vez al mafioso inglés le hubiera llegado ahora su propia oportunidad de pasar a la historia, aunque fuera como inductor anónimo de otro gran robo que sacudiera los cimientos del arte en todo el mundo. El cuadro de Velázquez tenía un valor mínimo de unos trescientos millones de euros, una cantidad más que suficiente para negociar su salida de la cárcel si ayudaba a recuperar la pieza o, en caso de que la justicia británica se negara a colaborar, a sufragar otro tipo de gastos, como la compra de armas o el pago de deudas con otros criminales.

Se relamía solo de pensar en joder de semejante manera tanto a la policía inglesa como a la española. Ni Scotland Yard ni la Guardia Civil se encontraban entre sus instituciones favoritas en el mundo, por lo que si le salía bien el plan podría contemplar el futuro con mucho más optimismo.

Tenía que ponerse en marcha, el tiempo apremiaba. El límite era el próximo verano, cuando se inauguraría en España el museo real que albergaría *La Venus del Espejo* de manera temporal. Intentaría contactar con el Fantasma para dar el golpe que le permitiera negociar su salida de Strangeways.

Era una lástima no poder contar con su antiguo lugarteniente, el siempre fiable Oliver Adams. El aguerrido galés trabajó para él durante varios años, consiguiendo ascender en el escalafón de su organización hasta alcanzar el máximo honor: situarse como mano derecha del capo durante los años dorados en Calpe, población repleta de compatriotas que no solo buscaban sol, playa y juerga sin descanso.

Brown rememoró el desastre. El idiota de Smith, uno de los hombres de Adams, la cagó en una operación con los rusos y *The Boss* se las

tuvo que ver con el maldito Volkov, el jefe de la *Mafiya* en la zona. El galés tuvo que encargarse del memo que la había liado, un cabo que no podía dejar suelto, pero cometió un error al ejecutar su plan. La Guardia Civil lo aprovechó para llegar hasta ellos, y el pobre Oliver también pringó. De hecho, todavía seguía preso en la cárcel de Fontcalent, en Alicante, donde fueron enviados los dos británicos en primera instancia. El lugar era espantoso, pero por lo menos allí Brown contaba con la compañía y protección de su lugarteniente, no como ahora, que se encontraba prácticamente solo en un lugar igual de dejado de la mano de Dios.

Las autoridades inglesas también habían solicitado la extradición de Adams y, por lo que Brown sabía, las negociaciones iban por buen camino. Mejor que finalizaran antes del Brexit, por si las moscas. Si sus abogados conseguían que el galés acabara también en la cárcel de Manchester, Brown tendría más fácil poner en marcha su otra opción: escapar de aquella prisión infame.

Había un motivo más por el que estaba preso, aparte de todas sus fechorías por media Europa. Si aquel maldito abogado no hubiera abierto el pico, el fiscal no habría podido probar muchos de los delitos de los que se le acusaba en España. La Unidad Central Operativa de la Guardia Civil convenció a las autoridades judiciales para abrir una macro causa contra la corrupción y las mafias internacionales en la región levantina, y Brown fue uno de los mayores perjudicados. El jefe de aquella unidad de élite, un tal comandante Antúnez, al que se la tenía jurada desde entonces, consiguió que los fiscales pidieran las mayores penas contra Brown y su antiguo socio, el ruso Volkov, gracias a la montaña de pruebas en la que se sustentaba la acusación.

Una imputación que tuvo su origen en la filtración de datos privados que las autoridades consiguieron por medios torticeros. Sin ir más lejos, Brown siempre había delegado sus negocios en el bufete Blanes & Cía. de Alicante, pero en 2015 cometió una terrible equivocación. Confió en Francisco Ramírez, más conocido como Kiko, uno de los asociados más jóvenes de la firma y, a la sazón, el hijo díscolo de la titular de un juzgado de instrucción en Valencia. Un niñato vividor con numerosas deudas de juego.

Sabía que el abogado había llegado a un acuerdo con la fiscalía y había vendido a todos los clientes gordos a los que asesoraba en su bufete a cambio de una condena menor. Ni su madre pudo impedir que el joven entrara en prisión, pero al parecer estuvo menos de un año en una cárcel bastante cómoda antes de obtener el tercer grado.

Kiko contaba con protección policial y Brown le había perdido la pista tiempo atrás, algo que no le había preocupado hasta entonces. Ahora tendría que mover algunos hilos para dar con él y apretarle las clavijas. Ese malnacido le debía una muy gorda y, al parecer, su madre ahora era incluso más importante que entonces.

El mafioso londinense no pensaba pisar suelo español de momento, aunque consiguiera escapar o librarse de la cárcel por un acuerdo posterior con las autoridades británicas. Pero nunca vendría mal un contacto de alto nivel en España, sobre todo si conseguía convencer a la banda de ladrones de arte para acometer tan formidable golpe y estos llegaban a tener algún problema en Madrid.

Brown llamó a Brady, uno de sus abogados, para que acudiera a entrevistarse con él.

El tipo tenía sus mañas para moverse en la clandestinidad y necesitaba darle unas

instrucciones muy concretas. En la cárcel, el delincuente inglés contaba con algunos privilegios y guardaba en un lugar de difícil acceso un móvil de prepago que utilizaba en contadas ocasiones, pero prefería hablar cara a cara con su esbirro para pedirle un par de cosas.

—Tienes que hablar con Williams —le dijo cuando lo tuvo delante—, él sabe manejarse en ese inframundo de la *deep web*. Y ya sabes, secreto absoluto sobre esta operación. Si se filtra cualquier dato, eres hombre muerto. Adviértele también a ese friki de pacotilla.

—Confíe en mí, patrón, no hay problema. ¿De qué se trata? —preguntó el abogado sin inmutarse ante la amenaza.

—Ahora te lo explico, pero antes de que se me olvide, tengo otra tarea para ti.

Quiero que le hagas llegar un mensaje a Larry Wilshire. Ahora es vicesecretario de cultura, si no me equivoco; le pierdo la pista con tanto vaivén político. Dile que sigo teniendo a buen recaudo las fotos que ni su mujer ni su partido querrían ver, por lo que tendrá que hacernos un pequeño favor llegado el momento. Solo eso, que esté preparado para cuando yo lo necesite, nada más. No le aprietes mucho, ten cuidado; tampoco nos interesa que dimita, se suicide, hable con su mujer o cualquier otra tontería que se le ocurra. Simplemente ponle un poco nervioso, en tensión, para que permanezca a la expectativa.

—De acuerdo, no hay problema —contestó Brady sin pestañear. Estaba acostumbrado a cumplir los estrambóticos deseos de su jefe, por lo que ya casi nada le sorprendía—. Hablemos entonces de lo de Williams, para saber lo que le tengo que pedir.

—Sí, claro, no se me olvidaba, listillo —contestó *The Boss*—. Seguro que no será fácil, pero tiene que conseguirme el contacto del Fantasma o alguien de su banda. Quiero proponerle un negocio de veinte millones de euros.

Henry Brown había calculado la cifra teniendo en cuenta la dificultad del robo y los gastos ocasionados para prepararlo con tan poca antelación. Recordó haber leído que *Spiderman*, un ladrón famoso años atrás por sus robos en pisos de gran altura, se había hecho con un gran botín en el Museo de Arte Moderno de París, incluyendo un Picasso, un Matisse y un Modigliani. Por lo visto, falló toda la seguridad del edificio y el trabajo de los vigilantes, por lo que el criminal, de origen balcánico, pudo trabajar con menos presión.

Tras una complicada investigación policial, lo capturaron y confesó la ridícula cantidad que supuestamente pensaba pagarle el marchante que le encargó el golpe una vez consiguiera los cuadros, algo que nunca hizo el instigador y que por eso enfadó al ladrón. Unos lienzos que seguían en paradero desconocido hasta esa fecha, aunque, en el juicio, uno de los acusados, cómplice del principal encausado, confesó haberlos destruido en un arrebato tras saber que estaba siendo investigado.

Por eso Brown quería dejar claro desde el principio que su palabra era ley, y que no pensaba escamotearles a los asaltantes ni un penique de la recompensa pactada por dar el golpe en Madrid. Otro problema sería conseguir el dinero por adelantado, aunque ya se preocuparía por ese detalle cuando llegara el momento.

Intuía que el peligro y la adrenalina de tamaño desafío, robar semejante obra maestra en el mismo día de la inauguración del museo, llamaría la atención del Fantasma. Por eso pretendía apelar a su orgullo de ladrón inmaculado, alguien que nunca había sido atrapado por las autoridades, por muy audaz que fuera el golpe. No podía insultarle ofreciéndole una minucia, los criminales conocían perfectamente el valor del cuadro en el mercado. Y eso si se subastaba de forma legal, porque en un mercado negro al alza, con los oligarcas rusos, los jeques petroleros de Oriente Medio y los millonarios chinos queriéndose convertir en los nuevos mecenas del arte, podría alcanzar una cifra estratosférica. Si por aquel cuadro horroroso de Leonardo se

habían pagado más de cuatrocientos millones de euros, ¿cuánto valdría realmente *La Venus del Espejo*? No podía entrar en pujas especulativas con una mercancía obtenida de esa manera, prefería que se lo agenciara un comprador contactado previamente, aunque perdiera valor por el camino.

La banda criminal más buscada por la Interpol, que había actuado con éxito en el Rijksmuseum de Ámsterdam, en el parisino museo de Orsay y en otras famosas pinacotecas europeas, poseía los medios técnicos para hacerse con las piezas, pero nunca se quedaba con lo sustraído ni intentaba venderlo por su cuenta. Se rumoreaba en el mundo del hampa que siempre trabajaba por encargo o con algunos intermediarios discretos que se movían bien entre las sombras de la ley. Todo por buscar ese mejor postor, un cliente final que pagaba suculentas fortunas por poseer unas piezas que jamás podría enseñar a nadie. De ahí partía la idea primigenia que se le había ocurrido a Brown para alcanzar su utópico objetivo.

—Pero, jefe, ¿de dónde vamos a sacar tanta pasta? —replicó Brady—. Nuestros fondos siguen congelados por las autoridades y no hemos podido concretar algunas de las operaciones que estaban en marcha.

—¡Maldita sea, Brady! —exclamó Brown, alterado—. Tú no tienes que preocuparte por eso, ni por supuesto mencionarle a nadie la falta de efectivo de nuestra organización. Ya me las arreglaré yo para pagar a esa gente, no nací ayer. Siempre se pueden buscar otros tipos de financiación, todavía hay personas de bien dentro de este mundillo que me deben muchos favores. Lo primero es localizar a la escurridiza banda y luego convencerles de atacar el objetivo, que no será nada fácil. De ese remate final ya me encargaré yo. Vosotros lo único que tenéis que hacer es conseguir el contacto.

—De acuerdo, cuente con ello. Le mantendré al corriente sobre las novedades, espero que pueda decirle algo pronto. ¿Qué puede contarme sobre el encargo? Es por si esta gente pregunta, ya sabe…

—No es que no confíe en vosotros, que no lo hago; es que no me la puedo jugar.

Necesito que este asunto permanezca en la sombra todo el tiempo posible para evitar filtraciones de cualquier tipo.

—Tranquilo, jefe, de mi boca no va a salir ni una palabra.

—Ya lo sé, empeñas con ello tu vida. Solo me curo en salud. Será un golpe muy goloso, y si conseguimos información relevante del

vicesecretario, podremos adelantarnos a cualquier otro que estuviera interesado. Aunque no creo que nadie esté tan pirado como para tan siquiera plantearse este ataque. Me juego mi mano derecha a que no aparecería jamás ningún otro audaz empleador que encargara y pagara ese trabajo, ni criminal tan valiente que se atreviera a meterse en semejante ratonera. Será una locura maravillosa de la que hablarán las generaciones venideras.

—¡Guau, jefe! —exclamó Brady—. Me gusta ese entusiasmo contagioso, ojalá todo salga bien. En cuanto sepa algo nuevo, le aviso.

—Espabila, Brady, y métele prisa al cabrón de Williams, es para ayer. Ya vamos tarde para planificar un golpe tan complicado, y mucho me temo que, si no localizamos pronto a esa gente, no van a querer saber nada de nosotros. Para que no sospechen de un contacto nuevo podéis decirles que somos amigos del viejo Gerry McNulty, el filántropo escocés al que seguramente conocen de sobra.

—Perfecto, así lo haremos. En unos días volveremos a hablar, no se preocupe.

—No me falles, te lo advierto. Pongo mi vida en tus manos, tú sabrás lo que haces…

A Brown le gustaba soltar aquellas frases lapidarias para marcar el terreno, aunque no le hacía falta con sus hombres de confianza. Ellos sabían perfectamente que, si le

fallaban, tenían sus días contados y, sin embargo, disfrutaba al ver la angustia reflejada en los ojos del que temía enfrentarse a su ira. Brady tragó saliva y compuso una sonrisa de medio lado al despedirse, consciente de que no podía cometer ningún desliz.

Se había acordado del maldito McNulty a última hora. Quizá le sirviera para sus intereses. Acérrimo defensor de la independencia escocesa del Reino Unido, fue uno de los precursores de aquel referéndum que no salió como esperaban. Además, odiaba a los Windsor y todo lo que tuviera que ver con el poder afincado en Londres. Vivía en su castillo cercano a Inverness, a escasos cien kilómetros de Balmoral, donde la familia real inglesa pasaba sus vacaciones, algo que le desesperaba desde hacía mucho tiempo.

Rezaba porque la dichosa reina y su marido pasaran a mejor vida pronto para no tener que aguantarlos más en su amada patria y, aún llegado ese hipotético caso, seguro que prefería que ningún miembro de los *Royals* apareciera cerca de sus tierras nunca jamás.

Brown sabía que McNulty era rico por tradición familiar, y su clan llevaba siglos gobernando ese terruño de las Highlands con mano dura. Había invertido con cabeza en los años ochenta y noventa del siglo XX, sobre todo en las empresas tecnológicas norteamericanas que empezaban a despuntar por aquel entonces y de las que obtuvo pingües beneficios. Se le conocía como un agresivo inversor con muy buena mano en los negocios, con lo que su patrimonio aumentó considerablemente. No tenía hijos, y sus sobrinos buscaban la mejor posición a la hora de heredar, teniendo en cuenta que el viejo ya había cumplido los ochenta años, aunque él prefería legar sus bienes a la beneficencia llegado el caso. Además, McNulty se conservaba en estupenda forma para su edad y seguía saliendo a cazar por sus tierras, una afición que compartía con la familia Windsor, muy a su pesar.

Sin embargo, era otra de las aficiones del millonario escocés la que podía ayudar en esos momentos a Brown: el coleccionismo de arte. McNulty poseía piezas de alto valor, tanto económico como artístico, que decoraban el vetusto castillo de Doimart. En Sotheby's y Christie's le conocían muy bien, había participado en muchas subastas de arte en las que siempre le gustaba llamar la atención, como a cualquier otro excéntrico millonario. Compraba legalmente numerosas piezas exquisitas de todo tipo y los marchantes más importantes del mundo confiaban en su buen gusto y, sobre todo, en su chequera. Lo bueno era que también contaba con un lado oscuro que no todos conocían.

El viejo *highlander* a veces coqueteaba con el peligro y adquiría piezas de dudosa procedencia. Nunca preguntaba si eran robadas, solo le importaba disfrutar de ellas, ya fuera como decoración oficial de su castillo o como parte integrante de la colección secreta que guardaba bajo siete llaves en el sótano de su inmensa propiedad.

En alguna ocasión había llegado también a encargar una pieza concreta. Tenía sus modos de contactar con gente acostumbrada a ese tipo de movimientos. Brown esperaba que la mención de su nombre relajara las posibles reticencias del Fantasma, seguro que conocían a McNulty en su mundillo. Ignoraba si ese detalle, unido a los veinte millones de euros prometidos, pondría en funcionamiento su maquinaria.

Dependía de sus hombres, en ese momento tenía las manos atadas y no podía moverse con la tranquilidad y la velocidad que demandaba una operación como la que tenía en mente.

El antiguo capo del East End se imaginó un atraco al más puro estilo

de las películas de Hollywood, aunque sabía que los golpes de la banda criminal más buscada solían ser más discretos. Confiaba en su destreza, y no le habría importado participar en semejante montaña rusa de adrenalina.

Por dinero para sufragar esas operaciones no sería, por lo que Brown consideró que el escocés podría convertirse en un buen socio para un plan todavía en pañales. No albergaba ninguna duda: a McNulty le encantaría convertirse en el único dueño de *La Venus del Espejo* y, de paso, darle en los morros a la *National Gallery*, institución con la que ya había tenido más de un encontronazo. No creía que el millonario tuviera nada en contra del museo madrileño ni de los españoles en general, por lo que tendría que convencerle de que solo se trataba de unos pequeños daños colaterales para hacerse con una auténtica joya del Barroco, la insigne obra del pintor Velázquez.

Sabía que tendría que hablar con el escocés lo antes posible. McNulty podría ayudarle a sufragar la operación y adelantar el dinero para pagar a la banda del Fantasma, algo que quizá podría entorpecer la operación. Lo único seguro era que McNulty estaría encantado de apoderarse de tan increíble lienzo, una vez que le pagara como intermediario por el valor mínimo de esos cien millones que había pensado en un principio. Y si pudiera ser en libras mucho mejor que en euros, todo sería cuestión de sentarse a negociar.

Brown tenía mucho que hacer todavía para poner en marcha la maquinaria. Y una vez que convenciera a la banda de ladrones, hablaría con Wilshire para continuar con el plan. Como alto cargo del departamento de Cultura, contaría con información actualizada sobre el traslado del cuadro de Londres a Madrid y cualquier otro detalle que pudiera servirles. No tenía escapatoria, aunque temiera que pudiera sucederle algo a la obra de arte si ayudaba a unos criminales. Era eso o aparecer en la portada del *Daily Mail* o *The Sun* en paños menores junto a su ayudante, un joven irlandés, algo que no le sentaría nada bien a su santa esposa ni al ala más conservadora de su partido, los *tories*.

La cabeza le iba a mil revoluciones a Brown, había mucho trabajo por delante. Por lo menos tenía un aliciente para no morirse de asco allí dentro. Preparar los primeros pasos de lo que esperaba que se convirtiera en el mayor golpe de la historia del arte en el mundo le mantendría vivo, alerta y en completa tensión, pendiente de muchos detalles que no dependían exclusivamente de él.

La maquinaria se ponía en marcha y solo le quedaba esperar. La

paciencia no era una de sus mejores virtudes, pero no le quedaba otra. Quizá no fuera consciente de la verdadera locura en la que se iba a embarcar, pero intuía que merecería la pena.

El destino, y sus circunstancias, como de costumbre, sería el que le daría o le quitaría la razón. Lo que nunca imaginó es lo que sucedería a la hora de la verdad. Y es que siempre había escuchado que Dios escribía con renglones torcidos, una máxima que Brown sufriría en sus propias carnes en un verano que marcaría el resto de su vida.

3

El cambiazo

Galería de las Colecciones Reales, Madrid, 29/30 de agosto de 2018

No podía perder ni un segundo, el tiempo era crucial bajo las nuevas circunstancias.

Debía sincronizar sus movimientos para lograr el objetivo durante los tres minutos en los que la alarma sonaría a pleno rendimiento. Sabía que el jefe de seguridad podía apagarla en cualquier momento y que el sistema también contaba con otras funciones de atenuación, pero en ese momento solo le preocupaba cumplir al milímetro todas las fases del plan.

Puso el cronómetro en marcha y activó todos sus músculos, con la adrenalina a tope una vez asumido que había llegado el momento de la verdad. De cara al exterior, su cuerpo y sus facciones no parecían haber acusado el sobresalto, algo que nadie le tendría demasiado en cuenta conociendo algunas de sus peculiaridades. Ya desde pequeño, su madre le había llevado a varios médicos por sus rabietas, sus cambios de humor y otros rasgos que los psicólogos del colegio habían visto en él tras las evaluaciones trimestrales.

En aquella época no existía el TDAH, ni se hablaba del síndrome de Asperger o los trastornos del desarrollo englobados ahora en el espectro autista. Le decían que era un niño inquieto, un culo de mal asiento, o que no se centraba en los estudios, poco más.

Nunca le diagnosticaron nada en concreto, aunque si él tuviera que dar una respuesta concreta se inclinaría más por el TOC, el llamado trastorno obsesivo compulsivo.

Para la mayor parte de la gente solo eran sus cosas o sus manías, como decía su madre durante su infancia, aunque su cociente intelectual le indicara que allí había algo más oculto. Rasgos que en su trabajo habitual de tantos años no había conseguido enmascarar del todo y eso que procuraba aminorarlos sin llegar a lograrlo al cien por cien. Detalles que mejorar en su nueva actividad veraniega, en la que tendría que esconderlos al máximo para garantizarse una buena coartada.

Estos pensamientos solo le ocuparon unas décimas de segundo en su

cabeza y no podía permitirse dicho lujo. En realidad, a todo el mundo le había sorprendido el potente sonido menos a él, ya preparado y con todas las fibras de su cuerpo en tensión desde que dio comienzo el evento oficial. Sabía que los activistas climáticos actuarían

durante el acto principal, aunque desconocía el momento exacto del ataque, por lo que no podía relajarse ni un solo instante. Un dato que esperaba que le ayudara en su misión.

Almacenaba los planos del edificio en su cabeza, incluyendo las tres salas principales, las rampas de acceso y las plantas no visitables por el público. Después de todo un verano colándose en cada recoveco del museo como empleado temporal, había fotografiado mentalmente cada centímetro del recinto. Y, aun así, le era imposible dictaminar el momento exacto en el que todo se descontrolaría, aunque sí el entorno aproximado en el que los hechos tendrían lugar.

Situado varios metros por debajo de los niveles principales, cada minuto se le hacía eterno. Comenzó entonces con sus ejercicios de relajación mental, los mismos que le calmaban la ansiedad y le inducían el estado de lucidez que necesitaba en lugar de hacerle perder los nervios. La tarde se consumía a marchas forzadas y solo esperaba que no le llamaran para otra tarea que lo obligara a abandonar su privilegiada posición. La impaciencia le consumía, solo le quedaba esperar un poco más.

Esa era la única pega que le veía a su plan inicial. Aborrecía ignorar el momento exacto del ataque en la sala de los Austrias. El acto de inauguración llevaba algo de retraso y no sabía cuánto tardaría la comitiva real en recorrer la exposición. Eso sí, basándose en los pocos detalles conocidos de la operación, asumía que la asaltante buscaría el momento más idóneo para su *performance*, quizá con la presencia de los reyes de España en torno al famoso cuadro para llamar más la atención sobre sus reivindicaciones.

El incesante ulular de la alarma comenzó unos minutos más tarde de su previsión más pesimista, por lo que tardó un instante de más en reaccionar ante la avalancha sonora. Su cuerpo era un templo y lo cuidaba al detalle con una dieta sana y equilibrada y ejercicio frecuente para mantenerse en forma a sus cuarenta y cinco años. Según estudios antropométricos realizados meses atrás, contaba con un organismo que no pasaba de los treinta y cinco años virtuales. Eso sí, había variado algo su rostro de eterno estudiante despistado para engañar a todo el mundo con su nueva personalidad: Iván Guerrero, empleado temporal del servicio de mantenimiento de Patrimonio

Nacional.

A lo largo de los dos últimos meses se había dejado el pelo algo más largo y llevaba una barba poblada de color castaño como el de su cabello, ribeteada por algunas canas.

Una nueva apariencia a la que le costó acomodarse durante un verano tan caluroso, acostumbrado a rasurarse completamente el rostro todas las mañanas y llevar el pelo

rapado al uno. Como mago de la cotidianeidad, esas costumbres instauradas le ayudaban a centrarse y seguir adelante con su vida, por lo que tuvo que aclimatarse al cambio. Todo fuera por el bien mayor, adaptándose a una personalidad diferente que encajaría mejor en sus planes y le proporcionaría una coartada no del todo perfecta para el caso en el que fallara su estratagema. Ligeros cambios que le ayudarían a configurar su nueva identidad mientras procuraba que no se le notaran otras de sus características más peculiares, como algunos de sus tics y manías, para alejarse todo lo posible de su personalidad habitual.

Nunca le había gustado el carnaval o las fiestas de disfraces, ni se consideraba un maestro consumado del engaño físico, por lo que hizo lo que pudo con el poco tiempo del que dispuso para organizar un plan que nunca le terminó de convencer.

Su mente analítica y racional, acostumbrada al detalle y puntillosa hasta el extremo, albergaba una señal luminosa que titilaba en una de sus esquinas desde hacía semanas.

Una advertencia silenciosa que le avisaba del inminente desastre, una rémora que le costó un esfuerzo supremo obviar si no quería volverse loco. En su fuero interno intentó luchar contra el incesante anuncio que pronosticaba el desastre más absoluto, perdiendo una batalla cruenta que le obligó a modificar sus rutinas más básicas. Estudió los pros y los contras de la operación e hizo detalladas listas. Desmenuzó las razones por las que no debería aceptar el encargo ni meterse en semejante berenjenal. Y, sin embargo, al final claudicó, sorprendiéndose incluso a sí mismo.

También había convertido sus gafas de intelectual en unas lentillas marrones que disimulaban sus llamativos iris, de un color azul verdoso. Nadie aseguraba que se tratara del disfraz más perfecto, pero le había servido durante todo ese verano y no podía fallarle a la hora de la verdad. Con suerte, cuando se dieran cuenta del golpe, él ya se

encontraría muy lejos. Y, suponiendo que las autoridades averiguaran que ese tal Guerrero había robado unas piezas de valor incalculable, les costaría dar con su verdadera identidad. Lo tenía todo planeado al dedillo, o eso quiso pensar desde un principio para no perder la concentración.

El falso empleado de mantenimiento poseía otras habilidades especiales que le habían reportado grandes beneficios en el pasado. Disfrutaba de un trabajo estable y muy bien considerado en una universidad española de prestigio, mientras su *alter ego*, conocido como Erik el Niño en el mundillo criminal, podía considerarse un consumado especialista en falsificaciones y robos de arte por encargo.

Con una tapadera tan inmejorable como era su empleo de profesor titular de universidad, nadie podría imaginar a lo que se dedicaba en sus ratos libres Julio Ortega,

el verdadero nombre del ladrón profesional. Como licenciado por la Universidad Complutense le llenaba de orgullo trabajar para su *alma mater* dentro del Departamento de Física Teórica, en la facultad de Ciencias Físicas situada en la plaza de las Ciencias, en plena Ciudad Universitaria de Madrid.

De hecho, a lo largo de los últimos cursos, los alumnos lo bautizaron con varios motes que él había escuchado entre rumores de cafetería. Le costaba hacer amigos, dentro y fuera de la facultad, y se aplicaba en su trabajo con el mayor rigor académico que podía. Todo lo que se esperaba de un científico como él, tanto en su versión de docente como en la de investigador.

Algunos de esos sobrenombres eran ofensivos, pero prefería ignorarlos y quedarse con los mejores. Por eso no le importaba que a sus espaldas le llamaran *Rain Man* o Sheldon, como el protagonista de una de sus series preferidas de la televisión, *The Big Bang Theory*. Ojalá él hubiera sido tan brillante como el profesor Cooper, pensaba al escuchar a los estudiantes, un personaje que alcanzó notables logros en el campo de la física, aunque fuera en la ficción.

En realidad, se asemejaba más al Sheldon del principio de la serie, con sus rasgos característicos mucho más marcados, que al personaje en el que se convirtió el físico con el paso de las temporadas. Le gustaba su trabajo habitual, aunque supiera que no alcanzaría grandes metas en un mundo tan especializado y cruel como el de la investigación científica en su campo.

Los insultos y ofensas varias que el personaje interpretado por Jim Parsons le dedicaba a su amigo, el ingeniero ficticio del MIT conocido como Howard Wolowitz, se habrían quedado muy cortos con él si hubiera conocido su falta de ambición en el mundo de la física teórica. Por eso utilizaba su otra ocupación para olvidarse de frustraciones diversas, aparte de que le servía para mantener a raya los peores síntomas de sus pequeños trastornos, al concentrarse en tareas para las que el detallismo y la precisión eran fundamentales.

Nunca le habían detenido en operación alguna, era muy cuidadoso y elegía siempre los lugares y momentos más propicios. Procuraba efectuar pequeños robos muy limpios, golpes en sitios abandonados o no demasiado conocidos, situados casi siempre en las zonas más rurales de la España vaciada para que no llamaran demasiado la atención. No ignoraba que la unidad de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil llevaba años tras su pista y le habían apodado Erik el Niño, por la similitud de sus robos con los que realizaba en el pasado el famoso ladrón flamenco conocido como Erik

el Belga o Erik el Rojo, un conocido criminal que inspiró en parte la carrera delictiva del profesor universitario.

No podía negar que había ciertas similitudes entre sus golpes y los del delincuente de Flandes, de ahí que las autoridades le apodaran con un sobrenombre que, en realidad, le venía grande. La vida de Erik el Belga fue mucho más interesante que la suya, con capítulos que superaban con creces los de cualquier novela de aventuras. Él prefería mantener un perfil más bajo, sin llamar tanto la atención para no acabar en la cárcel. Todo lo contrario de un delincuente que se pasó media vida entrando y saliendo de prisión, con algunas fugas sonadas en su haber, hasta acabar pactando con las autoridades para devolver piezas robadas, retirándose en la Costa del Sol e incluso escribiendo sus memorias.

Su verdadero nombre era René Alphonse Ghislain Van den Berghe, también conocido como Erik el Belga, y fue uno de los más grandes ladrones de arte en Europa durante el siglo XX. Gran pintor y restaurador de arte antiguo, aparte de falsificador, aunque se le conocía más por su faceta de latrocinio. Tras saquear su país de origen, parte de Alemania, Francia o Luxemburgo, acabó por enamorarse de España. Y aquí encontró su paraíso soñado, el mejor lugar para expoliar un patrimonio artístico descuidado, prácticamente abandonado. Castilla y León fue uno de sus lugares favoritos para acometer sus atracos perfectamente preparados. El lugar idóneo para sus saqueos, con un inmenso patrimonio de gran valor, diseminado

por pequeños pueblos con escasa población y nulas medidas de seguridad durante los años setenta y ochenta.

Un tipo peculiar y extravagante que siempre defendió que él no robaba, sino que se limitaba a poner en valor el patrimonio descuidado. No cometió delitos de sangre, pero se calcula que hizo desaparecer unas siete mil piezas en ermitas e iglesias de media España. Además, aseguraba que la mayoría de las obras que sacó del país fueron de manera legal, ya que en aquella época el Vaticano dio orden de vender arte religioso. Y

él se limitaba a llegar a acuerdos con sacerdotes y obispos, adquiriendo por un módico precio camiones enteros de arte sacro que se pudrían en sacristías de zonas rurales.

No quería acabar como el verdadero Erik, de ahí sus reticencias. Prefería dedicarse a golpes relativamente sencillos, espaciados en el tiempo, sin demasiado peligro. Por eso se había negado al principio a aceptar el último encargo de su empleador, un millonario de origen navarro apellidado Lizarraga con el que ya había trabajado en otras ocasiones. Ahora no se trataba de un retablo románico abandonado en cualquier ermita perdida de Castilla, ni de la talla de una virgen desconocida o un tapiz medieval, sino de algo mucho más complicado. El encargo era nada menos que hacerse con el *Códex Madrid I y II*, dos de los códices más famosos de Leonardo da Vinci. Un golpe de tal

calibre socavaría todo su mundo, una realidad demasiado confortable a la que se había amoldado durante los últimos años que tendría que dejar atrás.

—Tienes que escucharme —suplicó el empresario pamplonica un día de finales de mayo—. Será mi último encargo, te lo prometo. Con esas piezas podría dar por finalizada mi colección y codearme con los grandes mecenas de la historia, aunque nadie llegue a saberlo.

—No, lo siento, es imposible —se negó el ladrón muy nervioso, sin llegar a mirar a la cara a su interlocutor—. No quiero acabar en la cárcel, no duraría allí ni cinco minutos.

—Ya sé que no puedo apelar a tu avaricia, porque esto nunca lo has hecho por dinero. Sé que te encanta sentirte como un auténtico pintor de Flandes cuando restauras esas viejas tablas a las que nadie hace caso. Yo ahora te planteo un reto diferente y, además, te aseguro que la recompensa económica hará que puedas jubilarte cuando quieras. ¿No querrías emular al científico más grande de la historia en una de

sus obras magnas?

Nadie mejor que ese hombre para tocarle la fibra sensible. Conocía perfectamente su método de trabajo y su inquebrantable dedicación a la hora de afrontar un encargo. No anhelaba dinero ni gloria, solo quería seguir los pasos del que consideraba su maestro en la sombra, aunque nunca hubiera llegado a conocerle. Y ahora le planteaban un reto que amalgamaba sus dos grandes pasiones: el arte y la ciencia.

Al igual que el inigualable Erik el Belga, consideraba que aquellas piezas se encontrarían mejor con alguien que de verdad las adorara y tratara como se merecían, no abandonadas de cualquier manera en rincones oscuros de iglesias semiderruidas.

Nunca utilizaba la violencia y, si no podía cometer el robo a la primera, lo dejaba para mejor ocasión; él solo entraba y salía con la mayor velocidad y eficiencia que le permitieran hacerse con la pieza. Intentaba permanecer fuera del foco de la Guardia Civil y, aunque había tenido algún que otro susto en el pasado, había salido con bien de todas sus fechorías.

Por eso le asustaba el cariz que estaba tomando la conversación. ¿Sería capaz de falsificar esa obra maestra? Y, lo que era más importante, ¿podría dar el cambiazo? Algo habitual para él con pinturas y otras piezas poco vigiladas en edificios semiabandonados, que se convertiría en una utopía al tratarse de semejante maravilla y en el entorno en el que tendría que robarla.

Guardó un silencio cómplice y esperó la siguiente intervención del empresario. No le había dado pie, sin llegar a negarse en redondo a seguirle el juego, por lo que se preparó para escuchar el alegato que tal vez le llevara a la cárcel por primera vez en su vida.

—Venga, no me digas que no te excita la idea. ¿Serías capaz de plagiar a tu gran ídolo? Conozco tu arte al preparar esas miniaturas minimalistas de códices medievales o los retablos de los grandes maestros flamencos. Y, sin embargo, juraría que es imposible lograr una copia de calidad aceptable tratándose de obras tan sublimes.

Además, no hay otras piezas similares en el mundo con las que compararlo, ya sabes que son ejemplares únicos. No tienes que crear un falso original del maestro, esto es algo mucho más complicado.

—Más razón para negarme, se trata de un callejón sin salida. Y eso que las piezas se encuentran totalmente digitalizadas, a merced de cualquier internauta. Otra cosa sería conseguir el efecto adecuado en

el contenido y, sobre todo, en el continente.

—¡Ajá! Te lo estás planteando, así me gusta. Espero convencerte con otros detalles insignificantes. Puedo darte acceso al complejo en el que las piezas se custodiarán este verano con unas mínimas medidas de seguridad.

—Eso es imposible —dudó por un instante—. Después de lo que sucedió en la Biblioteca Nacional con los robos de los mapas de Ptolomeo y el escándalo de los Galileos, no me podré acercar de ninguna manera a la obra del maestro, la seguridad habrá aumentado exponencialmente.

Ambos estaban al tanto de lo ocurrido en la Biblioteca Nacional, aunque las autoridades no reconocieran todo el expolio sufrido. Un supuesto estudioso uruguayo, con un carnet falso de investigador, visitó durante meses la magna institución, ganándose la confianza de los empleados con regalos y buenas palabras. Llevaba escondida en el estuche de las gafas una cuchilla de afeitar que utilizó durante varias semanas para ir recortando diferentes obras. Creen que se llevó en una carpeta al menos diecinueve grabados, entre ellos dos valiosos mapamundis de Ptolomeo, aunque algunas investigaciones privadas afirman que también robó uno de los ejemplares del *Sidereus Nuncius*, de Galileo Galilei. El conocido como «Mensajero de las estrellas», una de las obras culmen de la astronomía moderna, se convirtió en una pérdida irreparable que al parecer las autoridades españolas no terminaban de asumir.

—Mi pequeño saltamontes, veo que no estás al corriente de las últimas noticias. El Museo del Prado va a montar una pequeña exposición este próximo otoño, al estilo de

la que se organizó hace años en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando o la exhibida en su momento en la misma Biblioteca Nacional. Y Patrimonio Nacional quiere comprobar el estado de las piezas, por lo que las llevará a su último y flamante taller de restauración, situado en el nuevo museo de las Colecciones Reales. Además, el cuerpo de los códices estará separado de las guardas, por lo que será más fácil transportar la verdadera esencia de los manuscritos de Leonardo, que es lo que en realidad me interesa.

Según la información de la que disponía Lizarraga, Patrimonio Nacional pretendía restaurar las cubiertas de los dos códices, cuya última rehabilitación databa de los años setenta del siglo pasado, y habían contratado una empresa especializada en el tema. En esa época

se encuadernaron en piel de cabra lisa de color rojo y decoraron ambas tapas con dos hilos dorados. En el lomo figuraban además cuatro falsos nervios con decoración cuajada en los entrenervios, realizada con hierros del siglo XVII y un florón del XVIII. Las cubiertas viajarían hasta Barcelona para su estudio y rehabilitación conforme al original en la empresa asignada, antes de ser devueltas a Madrid.

Los pliegos que formaban parte del cuerpo del libro fueron restaurados con motivo de la exposición de 2012 en la Biblioteca Nacional, pero los técnicos de Patrimonio Nacional también les darían un repaso general a las dos obras completas antes de exhibirlas ante el gran público en el Museo del Prado. Esa tarea se realizaría a finales de verano en las nuevas instalaciones de la Galería de las Colecciones Reales, por lo que las hojas originales de los manuscritos se custodiarían en la sección de almacenaje de un museo todavía por inaugurar.

—Es una información jugosa y, sin embargo, sigo con dudas. Soy bueno en lo mío, pero es imposible que yo pueda acceder a ese taller ni hacerme pasar por uno de sus restauradores. Además…

—No te preocupes, no será necesario —le interrumpió—. Hay un par de vacantes temporales como personal de mantenimiento externo en el Palacio Real para este verano. Tengo entendido que trabajarán a intervalos entre ese edificio y la Galería que acogerá el nuevo museo, situado entre el palacio y la catedral de la Almudena. Conozco a uno de los responsables de recursos humanos de la empresa de servicios que se encarga del tema y no me sería difícil colarle una recomendación para el puesto, solo haría falta preparar un buen currículo.

El ladrón conocía otra de las grandes aficiones del navarro. Dueño de varias empresas, Lizarraga había comenzado a invertir también en los últimos años en el sector tecnológico, como en los nuevos *datacenters* y otras infraestructuras punteras que

las grandes multinacionales del sector estaban comenzando a instalar en diversas ubicaciones del norte de España. Y claro, si quería emular a sus ídolos de Silicon Valley, también tendría que equipararse en gustos y adquisiciones diversas.

Los libros pioneros de la historia de la ciencia se habían convertido también en un filón durante los últimos años, ya que estos grandes empresarios tecnológicos comenzaron a coleccionarlos. Unas obras únicas sobre las que se asentaban las bases del conocimiento técnico

actual, unos tratados casi fundacionales de la ciencia que ha llegado hasta nuestros días, con un prestigio que todos los multimillonarios querían atesorar.

De ese modo comenzaron a inflarse los precios de los libros originales de Galileo, Kepler, Leonardo y otros genios, en una burbuja cada día más competitiva cuya batalla se libraba en las casas de subastas más importantes del mundo. Bill Gates reventó el mercado en 1994, cuando compró el *Codex Leicester*, de Leonardo da Vinci, por treinta millones de dólares. Una obra que, según algunos estudios, valdría ahora mismo más de ciento veinte millones de dólares.

Desde entonces, los precios no habían dejado de subir. Y como la demanda estimulaba la oferta, Lizarraga también pretendía hacerse con su propio tratado científico de un gran maestro, aunque sin pasar por ninguna casa de subastas. Un encargo demasiado peligroso que debía plantearse con seriedad antes de decidir aceptarlo.

—No sé, tengo mis obligaciones en la universidad hasta mediados de julio. No puedo dejarlo de lado si no quiero que se resquebraje mi coartada como profesor.

Exámenes finales, las actas, los TFG, ya sabes. Demasiado jaleo, lo siento. No podría compaginar ambos trabajos a la vez, aparte de preparar una falsificación en condiciones y acometer el robo en sí. Mucho riesgo y poco beneficio, no me la voy a jugar. Ni siquiera por un Leonardo…

—No pongas más pegas, lo tengo todo calculado. Puedes entrar en el turno de noche y trabajar durante el día en tu taller, si es que eres capaz de copiar semejante maravilla y encontrar los materiales y el método adecuado para realizarlo. Aparte de que estamos todavía en mayo, puedes ir adelantando trabajo en tus ratos libres. Además, no hace falta que sea perfecto, tienes otra salida.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado el profesor.

—A que solo tienes que conseguir salir del museo con las piezas y traérmelas hasta aquí sin que te pillen. Luego podrás desaparecer para siempre si así lo deseas, da igual que se percaten del engaño unas horas después. Conozco tus habilidades para falsificar pasaportes y otros documentos de identidad. Y con el dinero que te ofrezco podrás jubilarte y exiliarte en Brasil o donde te plazca. O regresar a tu labor docente si lo prefieres, siempre que nadie relacione al profesor universitario con el técnico de mantenimiento del museo.

—¿Quieres decir…? O sea, que no hace falta que sea una copia perfecta, ya que las obras no tendrían que someterse al peritaje de ningún experto antes de una exposición o subasta pública. Solo tiene que servir para procurarme tiempo y escapar, aunque tuviera que desaparecer para siempre. En el caso de que llegara a planteármelo, claro…

—Eso es, ya lo vas comprendiendo.

—No me convence, no sé si soy capaz de lograr algo semejante. Si llegara a conseguir una copia digna del maestro, algo que está todavía por ver, sería imposible que pudiera dar el cambiazo. Tendrían que alinearse demasiados astros a la vez y, como aficionado a la astronomía, ya te digo yo que las probabilidades son nimias. No me gusta apostar contra la banca si las posibilidades de éxito son cercanas al cero por ciento.

—Déjame que te explique, por favor.

—Buf, es demasiado, no sé yo…

Las reticencias del esquivo ladrón comenzaban a ceder, y eso que el reto le parecía demasiado arriesgado. ¿Podría conseguirlo? Últimamente no estaba muy conforme con su vida y a veces le apetecía un cambio de aires, aunque fuera ir en contra de todos sus principios. Y siempre tendría la opción de regresar a su rutina habitual si conseguía pergeñar el engaño adecuado de cara al exterior. Todo sería cuestión de plantearse las diferentes alternativas.

—Sé que siempre trabajas por tu cuenta, pero para este proyecto te puedo ayudar en la planificación y en todo lo que necesites: transporte, materiales… Cuenta con mi ayuda, y si me consigues ese tesoro de valor incalculable me harás el hombre más feliz del universo. Y yo te haré rico a su vez. Estoy dispuesto a pagarte cuatro millones de euros por este trabajo.

—No es solo el dinero, ya sabes que…

—Está bien, no voy a regatear contigo después de tantos años como socios. No me has fallado jamás, en toda tu carrera, y yo te lo quiero agradecer a mi modo. Pasarás a la historia de los robos de arte, aunque sea de forma anónima, y además conseguirás un buen botín. Estoy dispuesto a ofrecerte seis millones de euros. Ya sabes, mil millones de las antiguas pesetas, una verdadera fortuna.

Intentó no dejar traslucir la sorpresa en sus ojos al escuchar la

cantidad, pero el millonario había dado en el clavo. Con esa cantidad y con ayuda externa quizá pudiera replantearse todo el asunto. Al empresario le sobraba el dinero y podía pagarle en criptomonedas o a través de empresas pantalla, el mejor método para hacer llegar el dinero a esas cuentas opacas en paraísos fiscales que había ido engordando en los últimos años con los golpes realizados.

—¿Estás dispuesto a arriesgar tanto? —preguntó el ladrón—. No es solo el dinero, ya sabes. Si yo caigo, aunque no hable con la policía, podrían llegar hasta ti.

—No te preocupes por eso, yo soy casi intocable. Aquí en Navarra estoy protegido como miembro de la Obra, nadie se me va a acercar. Insisto, de verdad, no te preocupes por nada. Sabes que esas piezas valdrían ahora mismo una millonada si se sacaran a subasta, pero yo solo las quiero para contemplarlas en soledad y disfrutar de su belleza.

El Opus Dei sería muy poderoso y quizá protegiera a Lizarraga de cualquier eventualidad, pero si algo salía mal, él se llevaría la peor parte. Además, la peligrosidad y dificultad del robo se multiplicaba por dos al ser esa la cantidad exacta de códices que debería sustraer. Una hazaña que podría quedarle muy grande, todo por alimentar el ego de un millonario que se creía por encima del bien y del mal.

—Está bien, me lo pensaré —contestó no muy convencido el ladrón.

—Me parece perfecto —respondió el empresario con una sonrisa, sabedor de que había ganado la partida.

El supuesto Iván Guerrero vivía en un pequeño piso de alquiler cerca de Diego de León y no quería trasladarse, aunque hubiese heredado la casa familiar situada en un buen barrio del distrito de Retiro. Le pillaba mejor su actual domicilio para ir en metro hasta la facultad, situada en el campus de Ciudad Universitaria y, además, todavía no se veía con fuerzas para mudarse a la vivienda en la que había pasado sus años de infancia y juventud, después de que sus padres fallecieran en un accidente de tráfico unos meses atrás.

Desde pequeño le habían costado mucho los cambios y prefería seguir viviendo en su domicilio habitual. Lo que sí utilizaba era la casa de campo, ya que sus padres no pasaban por allí desde hacía muchos años. Había transformado el caserío de Perales del Río en su guarida particular, un sitio que consideraba como propio incluso antes de heredarlo todo como hijo único. Un lugar mágico, mitad descanso del guerrero, mitad despacho profesional para sus negocios al margen de

la ley. Allí tenía montado, en un sótano especialmente acondicionado y escondido a simple vista, su taller particular, en el que le gustaba trabajar durante los veranos, fines de semana y todos los ratos libres que pudiera sacar en temporada lectiva.

¿Debía jugárselo todo a una carta? Le parecía algo inimaginable lograr el objetivo solo para saciar la avaricia coleccionista de su patrón, pero también le llamaba la atención el reto. Y el destino, o la *baraka* que siempre le había acompañado en sus golpes, quizá apareciera de nuevo para ofrecerle una oportunidad de oro que no podía desaprovechar.

De vuelta a la realidad, su mente analítica se bifurcó durante un momento. Por un lado, Guerrero analizó la situación y los pasos a seguir en esos preciosos segundos en los que el museo se convirtió en un pandemónium. Todo ello mientras la alarma destrozaba los tímpanos de los allí presentes sin que nadie supiera muy bien si se trataba de un simulacro o realmente sucedía algo grave en las plantas superiores de la Galería. Y, por otra parte, recordó también todas las vicisitudes, miedos y anhelos sufridos desde que su maldito empleador le puso en aquel brete imposible. Una quimera planeada a lo largo de un verano desesperadamente largo y caluroso en Madrid, en el que había ido perfilando el plan maestro que necesitaba para no acabar con sus huesos en una prisión de máxima seguridad.

Tuvo que vencer incluso las reticencias de los funcionarios de Patrimonio Nacional que realizaban sus tareas en el Palacio Real ante la llegada de los nuevos compañeros.

Los sindicatos mayoritarios habían convocado paros y movilizaciones a comienzos del verano por sus malas condiciones de trabajo y, sobre todo, por las externalizaciones de muchos puestos con empresas de servicios para la inauguración de la joya de la corona: la Galería de las Colecciones Reales. Algo que al falso Guerrero le sirvió para conseguir un puesto de trabajo temporal gracias a los tejemanejes de Lizarraga.

Se olvidó de todo lo sufrido en las últimas semanas, de las discusiones con el empresario contratante y de las dificultades encontradas para llevar a cabo la tarea. Se aplicó a ello como un autómata, convencido de que sería el único modo de lograr su objetivo. Debía aprovechar el desconcierto del personal y cumplimentar las diversas fases de una coreografía que había repetido y probado mil veces, aunque fuera de forma teórica en su mente. Ahora llegaba el turno de llevarlo a la práctica y el ladrón contaba con una única oportunidad.

Todo el mundo se movía como pollo sin cabeza en medio de aquel caos, así que Guerrero se escabulló de su puesto y se dirigió a la planta de almacenaje. Durante el verano, ya fuera en los pasillos del edificio, en las salas comunes o en los descansos del personal, se había ido granjeando la amistad de ciertas personas que le servirían para su propósito final. Había llegado el momento de ver si su estratagema funcionaba.

Y todo gracias a la información que pudo obtener *in situ* durante sus turnos de trabajo, e incluso estudiando lo publicado en diversos reportajes aparecidos en medios de prensa, donde se mostraban numerosos detalles sobre los entresijos del museo y lo que se movía entre bambalinas. Detalles que aprovecharía en su propio beneficio.

De ese modo, el delincuente pudo conocer mejor el BMS, o *Building Management System* por sus siglas en inglés. Se trataba del sistema de gestión del edificio, un programa avanzado de software y hardware que supervisaba y controlaba la automatización total de un recinto que contaba con la más alta tecnología del sector.

Desde allí se gestionaba cada luz y cada máquina del edificio, la temperatura y humedad de las diferentes salas y otro montón de detalles que convertían el museo en un autómata gigante.

Su curiosidad no llamó demasiado la atención entre el personal, ya que como empleado de mantenimiento asignado a tareas tanto en el Palacio Real como en el nuevo museo debía controlar el manejo y puesta en marcha de sistemas complejos. De ese modo conoció también la historia del edificio, su construcción y puesta en marcha, hablando con los ingenieros y arquitectos que llevaban varios años obsesionados para que el día de la inauguración funcionara todo a la perfección.

Gracias a ello averiguó que la obra completa duró más de una década. Se movieron miles de metros cúbicos de tierra, antes de fraguar su espectacular armazón con una cantidad ingente de hormigón blanco. Tras finalizar la obra tuvieron que pasar otros ocho años de puesta a punto y mantenimiento, con vicisitudes de todo tipo hasta que el proyecto comenzó a andar de verdad.

Le encantaba admirar la inmensidad del recinto desde una de las plantas inferiores, en la zona más oriental de un gran espacio arquitectónico dividido en tres grandes crujías o secciones paralelas, si se miraba el edificio desde la entrada principal. Desde allí se contemplaba el Palacio Real a su espalda y la Cuesta de la Vega al

frente, en el extremo contrario.

En sus paseos por el edificio reconoció el verdadero centro neurálgico del museo, el lugar que albergaba sus órganos principales. Desde allí, en la crujía más cercana a la catedral, se accedía al sistema que controlaba las luces, los servicios informáticos o las cámaras de seguridad. O el sistema de filtrado de aire, con unas enfriadoras y calderas que mantenían la temperatura y la humedad de las salas en sus variables más adecuadas. Por no hablar de su parte intermedia, en la que se encontraba el inmenso patio central de cincuenta metros, medidos del suelo al techo, que canalizaba todas las instalaciones para que funcionara a la perfección la crujía que albergaba la parte pública. Una zona conformada por el gran vestíbulo central, la tienda de regalos, las consignas y el ropero, la zona de los ascensores, el auditorio y, por supuesto, las tres salas de exposiciones.

Guerrero no se consideraba un *hacker* al uso, pero sabía moverse bien entre ordenadores y sistemas avanzados de computación, por lo que no le costó comprender el manejo del sistema principal. Intentó encontrar los resquicios que le permitieran burlar la enorme seguridad del complejo, buscando a contrarreloj la mejor manera de lograr su objetivo fundamental: engañar a la máquina y a sus supervisores, colar unas piezas falsas en el museo y sacar las auténticas de un lugar fuertemente custodiado.

Algo a priori imposible que le pareció incluso probable después de estudiar a fondo sus opciones.

De vuelta a la realidad, Guerrero escuchó el bullicio formado a la entrada de la sala de restauración, donde seguramente habrían trasladado el cuadro atacado. El personal estaba preparado para eventualidades y emergencias de todo tipo, pero nadie se esperaba que sucediera algo así durante la inauguración del museo. Había llegado el momento idóneo para aplicarse en sus tareas, no le quedaba demasiado tiempo antes de que su supervisor o cualquier otro compañero se dieran cuenta de su ausencia.

Podía acceder de forma remota al BMS para controlar diferentes sistemas desde su propio móvil, al igual que los responsables de seguridad y mantenimiento, pero no le gustaba dejar su huella digital en un sistema basado en la nube. De todas maneras, no le quedó más remedio que colarse en el sistema de cámaras para grabar una imagen fija de la entrada e interior de la sala de almacenaje, completamente vacía. Fotogramas que podría clonar y después utilizar para engañar a cualquier persona que controlara las imágenes del recinto, ya fuera en

directo o comprobando después las grabaciones en diferido.

Se sirvió además de otros subterfugios para conseguir una puerta trasera adicional que le permitiera adentrarse en la sala de almacenamiento sin llamar demasiado la atención: los códigos reales de acceso de tres técnicos de restauración, así como el del

jefe de mantenimiento, por si acaso. Guerrero contaba con su propio código particular que, como empleado temporal de bajo nivel, no le servía para entrar a determinados lugares, los más interesantes del recinto.

Tras un arduo y concienzudo trabajo en su taller para preparar la copia del cuerpo de los códices, se quedó prácticamente sin días hábiles para ultimar la primera parte del plan. Odiaba hacer las cosas a medias y pretendía recrear la magnificencia de la obra de Leonardo da Vinci, por mucho que su contratante le apurara por la demora. Su orgullo artístico y también, por qué no decirlo, su ansia de perfección y de acercamiento al maestro, le llevó a perder demasiado tiempo en dicha fase del plan. Quería creer que su obra pasaría los primeros filtros ante cualquier experto en arte o tasador contratado por Patrimonio Nacional, a expensas de estudios más pormenorizados de las piezas. Y eso le hizo retrasarse con la planificación original.

El falso empleado de mantenimiento conocía casi todos los vericuetos del edificio después de dos meses de trabajo en el turno de tarde o de noche, por lo que se movía por allí con entera libertad. Saludaba a los diferentes miembros de la Guardia Civil que vigilaban la garita de entrada y salida por la que accedían habitualmente, junto a los jardines del Campo del Moro, e incluso los invitaba a café o algún cigarrillo para camelárselos. Los empleados temporales no utilizaban la entrada principal, situada junto a la plaza de la Armería, por lo que tendría que buscar el modo de burlar la seguridad de ese punto de entrada concreto que custodiaban los miembros de la Benemérita, introducir las piezas falsas y sacar las auténticas sin que nadie se percatase.

Para su temporada de empleado veraniego se había agenciado una furgoneta Citroën Berlingo de segunda mano con la que pasaría más desapercibido. Sabía que le registrarían el vehículo y sus pertenencias para acceder al complejo, pero la fuerza de la costumbre hizo que se relajaran un poco las medidas con los empleados conocidos desde hacía semanas. Ni siquiera la cercanía de la inauguración consiguió que aumentara el celo de los guardias civiles, por lo que supo que debía aprovechar la coyuntura.

Entraba vestido con ropa informal, acompañado de un bolso de deporte en el que guardaba el uniforme de trabajo, su botella de agua y un bocadillo. A veces llevaba también chocolatinas, tabaco y algún libro para leer en los ratos muertos que siempre aparecían en un turno de trabajo, sobre todo por la noche. El ladrón se cambiaba en el vestuario de personal, donde contaban con taquillas individuales cerradas con candado propio, y salía con la ropa sucia en el bolso, vestido de nuevo con su ropa habitual. Algo que repitió durante todo ese verano para que los agentes encargados de la seguridad no desconfiaran de él y se familiarizaran con sus rutinas.

También se acostumbró a llevar dos móviles. Nadie tenía que relacionarlo con su verdadera identidad, por lo que portaba siempre encima su *smartphone* oficial a nombre de Julio Ortega, por si llegaba a necesitarlo en algún momento. Sabía que podía ser un cabo suelto en caso de que hicieran un barrido de todos los teléfonos conectados en las inmediaciones durante el futuro robo, pero confiaba en salir de allí con las piezas sin que nadie se percatara del engaño hasta días después.

Además, se compró un móvil sencillo, de prepago, a nombre de Iván Guerrero, un número que solo facilitó a sus nuevos empleadores en el museo, al jefe de mantenimiento y a algunos compañeros del turno de noche por si le tenían que localizar durante la jornada laboral. Un teléfono que apagaba también justo antes de salir del recinto, quitándole la batería para mayor seguridad. De ese modo se curaba en salud, por si tenía algún problema en el futuro.

Al principio, cuando no le conocían, los guardias civiles le obligaban a bajar del vehículo y lo registraban a conciencia, incluido su bolso de deporte. Después fueron relajándose y al entrar simplemente le saludaban y abrían la barrera, para revisarle con más detenimiento a la salida. Pasaban un espejo por los bajos del coche, abría el maletero para que lo inspeccionaran y les enseñaba el bolso de deporte. Y así un día tras otro, hasta que llegó la noche decisiva.

Con la aplicación instalada en su *smartphone* se introdujo en el núcleo del BMS y modificó las imágenes de las cámaras que le interesaban, justo antes del cambiazo, para que nadie sospechara mientras él ejecutaba la segunda parte del plan. Esperaba que esa foto fija le sirviera para trabajar sin interrupciones, aunque fuera durante un par de minutos a solas. Con la gorra bien calada y la cabeza gacha por si fallaba el sistema y alguna cámara le grababa a su pesar, entró directo a la antecámara, precedido por el carrito de limpieza que tenía preparado para la ocasión. Y, por supuesto, se colocó unos guantes

especiales que le permitieran trabajar con comodidad, sin dañar las piezas ni dejar huellas que le delataran a posteriori.

Una vez en la sala de almacenaje, Guerrero se dirigió a la zona en la que dormitaban los manuscritos, códices y otros elementos similares. Dejó atrás los muelles con bastidores donde se guardaban las grandes obras pictóricas o el ingenioso sistema ideado para almacenar los inmensos tapices que poseía Patrimonio Nacional. Utilizó la clave de uno de los restauradores que estaba a punto de terminar su turno de tarde y accedió al habitáculo en el que días atrás, utilizando el mismo sistema y tipo de maniobras para evitar su detección, había depositado los códices falsos.

No quiso recrearse en el momento, recordando el duro trabajo previo realizado para llegar hasta allí. Horas y horas de estudio del sistema de vigilancia, de planificación por su parte, y de la implantación del método científico por antonomasia: prueba, ensayo y error, durante las semanas previas al golpe. Aprovechando que los responsables de seguridad calibraron el sistema en los días anteriores a la inauguración, con numerosos fallos operativos y falsas alarmas, pudo introducirse en el BMS por la puerta trasera instalada, sin que nadie se percatara de que un intruso se les había colado en el sistema para manipularlo a su antojo.

El tiempo apremiaba y Guerrero parecía ir a cámara lenta, pendiente de cualquier ruido externo y temiendo que apareciera alguien en el almacén principal. Parecía que todo el mundo andaba como loco entre las estancias que separaban la sala de los Austrias de la zona de restauración y no podía fiarse de su buena fortuna. Aunque las cámaras de vigilancia no mostraran la verdadera realidad, en la que un empleado de mantenimiento manipulaba piezas de valor incalculable en un entorno ajeno a él, sin supervisión técnica de ningún tipo, siempre podía aparecer cualquier despistado por la zona y estropearle todo el plan. Algo que esperaba que no sucediera, pero no sería la primera vez que un empleado se perdía en los vericuetos de un edificio enorme, con una organización y clasificación de las zonas de acceso bastante peculiares. Le costó tiempo aprender la distribución real de un recinto que contaba con su propio sistema, diseñado por los arquitectos originales de la obra.

En la fachada principal del edificio que caía sobre la falda en la que también se asentaban el palacio y la catedral había siete plantas de gran altura, entre seis y ocho metros, que en el otro extremo se convertían en catorce pisos en los que pululaban los más de ciento cincuenta trabajadores del complejo. Una complicación arquitectónica

que intentaron solucionar renombrando cada planta de esa zona según la cota de altura que tuviera sobre el nivel del mar. De ahí que aparecieran desde la 602 a la 652, ya en la cubierta del edificio. Además, no se podía acceder a todos los pisos desde cualquier punto, un problema añadido. Por ejemplo, en algunos ascensores aparecía el botón de la planta 633 y en otros no, por lo que no era tan difícil perderse en el interior de esas instalaciones.

Afortunadamente, él se movía como pez en el agua por aquel inmenso recinto. Se concentró de nuevo en la tarea, no debía perder más el tiempo. Llegó el momento de dejar las obras falsas en su lugar y guardar a buen recaudo las piezas auténticas.

Primero, en un recipiente adecuado para su transporte, a prueba del polvo o la humedad, y después en uno de los compartimentos ocultos del carrito de limpieza. Solo le quedaba salir de allí a la carrera y dejarlo todo como antes de su llegada.

Se encaminó a buen paso hacia la zona de los vestuarios, aunque sin llegar a correr, consciente de que le quedaba una parte importante del plan por ultimar. Cuando verificó que no había nadie pululando por allí, se dirigió con el carrito hasta su taquilla y guardó las piezas con el sistema que había ideado.

En su taller había vaciado por dentro un gran libro de tapa dura, una novela histórica muy conocida con más de mil páginas, creando un recipiente idóneo para alojar los delicados pliegos que formaban el cuerpo principal de los códices expoliados.

Si alguien abría el libro se encontraría con una novela normal, con sus hojas originales tanto al principio como al final de la obra. Lo único diferente sería el hueco central, creado expresamente para alojar los manuscritos de Leonardo. Un engaño que esperaba que le funcionara de cara a superar el control de salida con la Guardia Civil.

Se desembarazó del carrito de la limpieza en un pasillo anexo, se quitó los guantes especiales para manipular las obras y se los guardó en el bolsillo antes de regresar a su zona habitual de trabajo. Parecía haberse calmado un poco el ambiente y se libró por los pelos de tener que dar explicaciones, ya que enseguida uno de sus jefes le encargó dirigirse a otra zona del edificio para realizar nuevas tareas.

Se había asegurado con antelación de tener turno doble el día de la inauguración.

Había entrado a trabajar a las seis de la tarde, poco antes del

comienzo del acto oficial, y saldría a las seis de la mañana. Solo tenía que seguir desarrollando su trabajo con normalidad durante el resto de la noche y después sacar las piezas de su taquilla. Le quedaba todavía lo peor, conseguir que los guardias civiles no registraran a fondo sus pertenencias.

Las cosas se calmaron con el paso de las horas y al caer la noche sobre Madrid, los empleados del museo regresaron a sus tareas habituales, todavía con el runrún en el cuerpo. Los rumores apuntaban a que los daños causados a la obra de Velázquez se limitaban solo al cristal de protección, por lo que esperaban tener otra vez *La Venus del Espejo* en exposición en cuanto comprobaran su buen estado. El delincuente sabía que, en otros museos internacionales, ante casos similares de ataques a lienzos famosos, habían tardado hasta un mes en recuperar la normalidad respecto a esas obras, pero Patrimonio Nacional no se podía permitir ese lujo.

Guerrero ni siquiera se preocupó por el escándalo internacional que salpicaría a la institución, ya que las autoridades británicas pondrían el grito en el cielo ante el ataque perpetrado contra una de sus obras, depositada como préstamo en un museo español. A él le sirvió como perfecta distracción a la hora de acometer su propio trabajo y eso era lo

único que importaba. Solo tenía que esperar a la madrugada para fichar el fin de turno y abandonar el recinto, camino de un futuro todavía por explorar.

Se le hicieron eternas aquellas horas de espera, por lo que intentó acabar algunas tareas de mantenimiento que ya no podría desempeñar ningún otro día. Su contrato temporal finalizaba el 15 de septiembre y jamás regresaría a la Galería de las Colecciones Reales. Al día siguiente, enviaría a su empresa de servicios un parte de baja oficial por quince días, falsificado de sus propias manos y firmado por un supuesto facultativo, por lo que suponía que le rescindirían automáticamente el contrato llegado el momento, sin posibilidad de renovación.

La ansiedad comenzó a apoderarse de sus movimientos a última hora de la noche, por lo que se dirigió al servicio de caballeros para intentar calmarse. Se escondió en uno de los cubículos y efectuó los ejercicios de respiración aprendidos que utilizaba para situaciones de estrés, sin conseguir aquietar del todo las pulsaciones de su corazón. Se lavó la cara y se miró en el espejo. Tenía unas bolsas violáceas debajo de los ojos y un tono macilento que no podría disimular. Nada

preocupante y que no se hubiera visto antes en alguien de su edad, sobre todo después de trabajar durante doce horas seguidas en doble turno de tarde y noche durante una jornada repleta de sobresaltos.

Al llegar su hora fichó, se cambió en el vestuario y recogió el bolso con su contenido adicional. Dejó algunos objetos en el interior de la taquilla, para que nadie sospechara llegado el caso, y cerró de nuevo el candado con su propia llave. Todas las maniobras las efectuó con los guantes habituales con los que había trabajado todo el verano para no dejar ninguna huella que después pudiera incriminarle. Se despidió de algunos compañeros y se encaminó hacia la zona de parking, donde le esperaba su furgoneta.

El vehículo estaba completamente vacío y prefirió dejar el bolso en el asiento del acompañante. Había llegado la hora de la verdad, solo le quedaba franquear la barrera para ser completamente libre. Si es que alguien no daba antes la voz de alarma, aunque a esas horas ninguno de los responsables artísticos se iba a dirigir a la sala de almacenaje a comprobar unas piezas en concreto.

Había tenido suerte de que la inauguración oficial se retrasara, aunque el edificio ya había sido abierto al público en unas jornadas de puertas abiertas días atrás, por lo que tuvo un margen de maniobra que casi dilapidó con su propio retraso. *La Venus del Espejo* se convertiría en la estrella de la exposición, mientras los restauradores trabajaban también con otras obras maestras. En su caso, sabía que tenía tiempo suficiente, ya que la exposición del Museo del Prado que contaría con la presencia del *Códex Madrid I y II* comenzaría a mediados de octubre, por lo que Patrimonio guardaba allí las piezas para

su estudio, limpieza y conservación antes de la muestra. En unos días se darían cuenta del engaño, o eso esperaba al menos, pero él ya estaría muy lejos de allí y nadie podría relacionarle con el robo.

Los guardias civiles de la garita llevaban también toda la noche trabajando, en un turno más complicado de lo normal. Se situó con su vehículo en la pequeña cola que se había formado a la salida, detrás de un camión de reparto y del viejo Ford Fiesta de una compañera de la limpieza. Los vigilantes se aplicaron con el registro del camión, bajaron un poco el listón con el utilitario y por fin llegó el turno de Guerrero con su Citroën Berlingo.

Estuvo tentado de hacer algún comentario sobre la complicada jornada, pero imaginaba que los agentes de seguridad no estarían de humor después de lo sucedido.

Así que puso su mejor cara de cansado y dejó las puertas de la furgoneta abiertas para que pudieran acceder a la misma.

—Vaya nochecita, Pepe —le dijo al final al guardia civil de mayor edad, que permanecía en la garita con la barrera bajada, a expensas del compañero que realizaba los registros—. Tengo ganas de coger la cama y dormir todo el día.

—No me extraña, amigo, nosotros también estamos agotados —replicó el guardia antes de dirigirse hacia su compañero—. ¿Todo bien por ahí, Rodríguez?

El interpelado había abierto por su cuenta el portón trasero de la Berlingo para comprobar que el habitáculo se encontraba vacío. Después se acercó a la puerta del acompañante y Guerrero se la abrió con desgana, mientras permanecía en tensión por si tenía que acelerar para salir de allí a escape llevándose la barrera por delante.

El momento de la verdad, todo o nada. El empleado de mantenimiento puso cara de póker al abrir la guantera y la cremallera del bolso, sin querer mirar directamente al miembro de las fuerzas de seguridad. Comprobó que el guardia civil solo le echaba un vistazo a la guantera, donde no encontró nada digno de mención aparte de la carpeta con los papeles falsos que llevaba ahí todo el verano. Vio cómo metía la mano en el bolso sin demasiado entusiasmo, acreditando que allí solo había ropa sucia, una botella de agua y una novela histórica con una portada poco llamativa.

Rodríguez dio el ok con un gesto y su jefe abrió la barrera, despidiéndose de un empleado temporal que no pensaba volver por allí. Salió del recinto, giró a la derecha en la Cuesta de la Vega y se perdió por las callejuelas anexas al parque de Atenas,

conduciendo con cuidado a lo largo de las curvas que separaban esa zona de la calle Segovia. El maestro del engaño había superado su primer objetivo con buena nota.

Atravesó entonces el Puente de Segovia sin acceder a la M-30, dispuesto a callejear por un barrio intrincado para curarse en salud. Unas contramedidas que le servirían por si alguien le perseguía, ya fuera en ese momento de forma física, o en un futuro próximo si alguien sospechaba de él y accedía a cámaras, ya fueran de tráfico o de establecimientos cercanos, que permitieran recrear su itinerario de huida.

Se dirigió hacia una zona cercana a Puerta del Ángel alejada de las

calles principales, donde tenía una plaza de garaje alquilada a nombre de Iván Guerrero. Se había asegurado también de que aquel edificio antiguo y su entorno no contara con cámaras ni otras medidas de seguridad, por lo que nadie tendría que saber que su coche habitual, el que estaba a nombre de Julio Ortega, pernoctaba allí. Se trataba de la rutina que había realizado a lo largo de todo el verano para poder dirigirse hacia Perales del Río sin temor a que nadie relacionara sus dos personalidades ni los dos coches que había utilizado durante ese tiempo. De ese modo podía siempre dirigirse hacia su casa-taller después del turno de noche, dormir un rato antes de ponerse con la elaboración de los códices falsos y regresar al museo sin llamar la atención.

No obstante, la adrenalina seguía disparada en su organismo a esas horas, por lo que cambió de parecer. Con el riesgo de que la policía estuviera ya sobre aviso y prepararan una operación jaula para cazarle, decidió escapar de Madrid, consciente de que le sería imposible conciliar el sueño en su escondrijo después de una noche con tantos estímulos. No sabía si se encontraría algún control policial, por lo que cuanto antes abandonara la ciudad, más posibilidades de éxito tendría.

En el baño del parking se transformó de nuevo en Julio Ortega gracias a la maleta con todo lo necesario que guardaba en el maletero de su coche oficial. Se quitó las lentillas, se rasuró la barba y se rapó también el pelo al uno con la maquinilla. Se colocó de nuevo sus gafas de intelectual y se vistió con la ropa adecuada, guardando el otro hatillo por si acaso.

Cambió entonces las placas de matrícula de la Berlingo, que se quedaría allí estacionada, por si tenía la mala suerte de que alguien relacionaba ese sitio con Iván Guerrero. Todas las precauciones eran pocas a esas alturas, por lo que esperaba despistar a las autoridades si alguien osaba husmear por allí. El vehículo con el que salió del museo habría desaparecido, solo le quedaba hacer lo mismo con su persona y las piezas sustraídas.

Tras asegurarse de que el paquete quedaba a buen recaudo en su escondite, se montó en su coche y salió del parking. Conduciría en dirección norte y ya pararía más adelante para tomarse un café bien cargado; de momento se mantenía despierto y alerta. Quería llegar cuanto antes a su destino en las montañas navarras para desembarazarse de los objetos robados, cumplir con su empleador y decidir los pasos a seguir a continuación.

La suerte está echada, pensó con una sonrisa en los labios. Acababa de cometer uno de los robos más audaces de la historia en España y quería cobrar su recompensa. Lo que en ese momento ignoraba era que su estratagema había funcionado, pero el margen de maniobra para huir era mucho más pequeño de lo que se imaginaba. La caza había comenzado sin que Guerrero fuera consciente de que se convertiría en la verdadera presa. Y detrás de él, olfateando su rastro como lebreles enfurecidos, iba a tener a dos de los mejores investigadores del país. Un error del que no tardaría en percatarse, aunque en ese momento solo pretendiera disfrutar de una conducción relajada después de la tensión acumulada a lo largo de una jornada maratoniana.

4

El descubrimiento

Madrid, 31 de agosto de 2018

Esa mañana de finales de verano el teniente Roncero tenía obligaciones que atender en las dependencias centrales de la UCO en Madrid, aunque ya no fuera su oficina principal. Después de muchos años en la unidad de élite de la Policía Judicial, dentro del cuerpo castrense de la Guardia Civil, su estatus había ido cambiando gracias al éxito de su trabajo. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde el momento en el que conoció al inspector Bermejo y compartieron una investigación conjunta en la que Miriam Monfort tuvo también mucho que decir.

Y, sin embargo, solo habían transcurrido algo más de tres años, en una época en la que los sobresaltos como investigador policial no dejaron de sucederse. Tiempo después, y tras una complicada carrera profesional y una durísima oposición, Roncero consiguió entrar en la escala de oficiales al alcanzar el grado de teniente. Con el ascenso se olvidó de aquellas misiones tan arriesgadas, como la que le llevó a infiltrarse entre un grupo de peligrosos mafiosos internacionales para resolver un enrevesado caso de tráfico de personas en la costa valenciana. Dejó a un lado el trabajo de calle al ascender en el escalafón y pasó a coordinar diferentes operativos dependiendo de las investigaciones que tuvieran pendientes, encargándose en muchos casos también de su formación.

Siempre con el cascarrabias de Antúnez como jefe de la unidad, un militar de la vieja escuela con el que se las había tenido que ver a lo largo de sus últimos años en la Benemérita, Roncero decidió tiempo después dar un giro radical a su carrera. Seguía compartiendo su vida con Miriam Monfort, la periodista reconvertida en escritora *bestseller* internacional que cada vez tenía más obligaciones fuera de España gracias al éxito de sus libros, por lo que decidió optar a una plaza como asesor externo en la Interpol, convirtiéndose también en oficial de enlace con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad españolas. Un puesto basado en la sede central europea en Lyon, al sur de Francia, aunque se movía libremente por España y otros países vecinos, dependiendo del caso asignado.

En esos momentos le habían incluido en un grupo operativo a nivel europeo que seguía la pista de una banda de ladrones de arte. Roncero no estaba acostumbrado a los

delitos de cuello blanco, ya que tristemente se había enfrentado a lo largo de los últimos años a los delincuentes más sangrientos del espectro criminal en España: secuestros, asesinatos, tráfico de armas, drogas o personas, corrupción a todos los niveles, *etc*.

Incluso llegó a formarse en el FBI como perfilador criminal, unos conocimientos que le sirvieron de ayuda en más de una ocasión.

Pablo se encontraba un poco perdido después de tanto cambio, pero no pensaba defraudar a sus superiores. Aprovechando su estancia en España por otros temas pendientes, le dejaron participar como asesor externo en el operativo de seguridad que se había preparado para el regreso a territorio español de *La Venus del Espejo*, la inmortal obra de Velázquez que sería uno de los grandes reclamos para la inauguración de la Galería de las Colecciones Reales en Madrid. Y, aunque nadie había robado el famoso lienzo, sí se habían llevado un buen susto con aquel ataque de la activista climática en la sala de los Austrias.

—¿Ya te has levantado? —preguntó Roncero al ver llegar a Miriam a la cocina—.

Espero no haberte despertado; tengo que acercarme a la UCO para una reunión y pensé que te quedarías más rato en la cama, anoche al final nos acostamos tarde.

—No, tranquilo, yo también tengo cosas que hacer. Los productores de la serie están trabajando en el casting de la segunda temporada y quieren que me involucre más en el proceso, luego iré a verlos. Igual esta vez ejerza labores de productora ejecutiva, me lo pensaré. Y no sé si mi agente quería también comer o cenar conmigo un día de estos, tendré que llamarla antes de volar a París para la reunión con mis editores franceses.

—¡Guau, eso es fantástico! —exclamó Pablo, muy orgulloso del éxito de Miriam, aunque sin olvidar ese punto de resquemor del que no podía desembarazarse del todo.

La antigua periodista de investigación se había topado con el caso de su vida cuando tuvo la desgracia de cruzarse con un peligroso asesino en serie que tuvo en jaque a la Policía Nacional y a la Guardia Civil en un operativo en el que coincidieron por primera vez el bisoño Roncero y el inspector Bermejo. Unas semanas traumáticas que cambiaron sus vidas para siempre y que Miriam exorcizó con la escritura de su primera novela, basada en la caza y captura del escurridizo Jasón por parte de las autoridades. Y

Roncero, muy a su pesar, se convirtió en uno de los protagonistas de un libro cuyo éxito sorprendió a propios y extraños.

Miriam aprovechó la inercia de la fama y recreó también investigaciones reales para la ficción de su segundo libro policial, en el que Roncero y Bermejo se veían las caras con otro tipo de criminales. Una bilogía de novela negra que se tradujo a varios

idiomas, por lo que la escritora tuvo que acudir a numerosas ferias y eventos internacionales para dar a conocer su obra. De paso, se convirtió también en causa frecuente en las discusiones de la pareja, ya que a Pablo no le gustaba que su vida personal y profesional se reflejara de ese modo en un libro.

Una gran plataforma internacional de *streaming* había adquirido los derechos de esas novelas para rodar una serie de televisión de dos temporadas, con varias productoras europeas involucradas en el proyecto. De hecho, la primera temporada fue un rotundo éxito y todo el mundo alabó el trabajo de un joven actor, desconocido hasta la fecha, que se metió en el papel del psicópata más sangriento al que se habían enfrentado los policías españoles. Y ahora estaban con la preparación de la segunda temporada, que se rodaría íntegramente en la costa levantina, por lo que Miriam pronto tendría que viajar a Valencia.

—Hablamos luego, cariño. Espero que te vaya bien en tu reunión después del susto de la otra noche. Imagino que se reforzarán las medidas de seguridad y…

—Ya te ha salido la vena de periodista de investigación.

—Sí, perdona, no quería inmiscuirme en tu trabajo, sé que es confidencial. Y eso que al final todo se sabe, siempre hay filtraciones por algún sitio.

—Espero que no, por lo menos esta vez. Me marcho, que llego tarde; luego hablamos.

Roncero se despidió de Miriam con un beso y salió camino de la oficina central de la UCO. Vivían en un piso que habían comprado en una de las mejores zonas de Madrid, muy cerca del parque del Retiro, pero últimamente no paraban mucho en casa. Los compromisos laborales de cada uno les obligaban a permanecer largas temporadas viajando, siempre a salto de mata entre hoteles y aeropuertos, un estilo de vida que Roncero deseaba que no se prolongara demasiado en el tiempo. Él siempre podía regresar a su puesto fijo en Madrid,

pero si el éxito de Miriam continuaba como hasta ahora, ella seguiría con su ajetreo habitual.

Pablo se había criado en una familia tradicional y tardó en encontrar su verdadera vocación, tras probar diferentes carreras universitarias. Después de estudiar psicología acabó en la Guardia Civil gracias a las influencias de su abuelo, antiguo miembro del cuerpo castrense, algo que hizo que su madre pusiera el grito en el cielo.

Había otro asunto peliagudo del que procuraba escaquearse en cada conversación con su familia. Los Roncero apreciaban y querían mucho a Miriam, considerándola una más del clan, aunque todavía no se hubieran casado. Solían soltarles alguna pullita de vez en cuando, pero ellos se hacían los locos y evitaban discutir sobre el particular para evitar fricciones. Lo malo era que sus padres demandaban también otra cosa más complicada de conseguir a corto plazo: ejercer de abuelos para poder malcriar a sus nietos.

Miriam conocía el punto de vista de Pablo, al que sí le gustaba la idea de ser padre.

Ella no estaba en contra de la maternidad, pero nunca veía el momento adecuado.

Pensaba que tenía todo el tiempo del mundo, cuando el reloj biológico avanzaba inexorablemente mientras ella se involucraba cada vez más en su carrera. La escritora se encontraba en la cresta de la ola y no podía bajarse de ella, aunque eso le acarreara problemas en su relación.

El guardia civil prefería no discutir con ella, ya habían tenido algún encontronazo en el pasado por sus diferentes puntos de vista en algunas cuestiones. No podía ser hipócrita, su trabajo era incluso más absorbente que el de su pareja, por lo que tampoco tendría demasiado tiempo libre para labores de crianza y educación. Así que ambos soslayaron el tema durante una larga temporada, siguieron adelante con sus carreras y el asunto se quedó en el aire, sin que nadie quisiera mencionarlo en voz alta hasta que alguien sacaba el tema en su presencia. De ahí que Pablo aprovechara también la ocasión de trabajar para la Interpol, consciente de que Miriam no pararía demasiado en su domicilio con el trajín al que le había conducido el éxito internacional de sus obras.

De vuelta a la realidad, Roncero llegó a su antigua oficina y se encontró con unas caras más largas de lo habitual. Tenía una reunión

con Antúnez y con el capitán Novoa, responsable de Patrimonio Histórico, el grupo especializado en ese tipo de delitos y dependiente de la UCO como unidad integrada dentro de la Policía Judicial. En la sala de juntas se topó con otros rostros conocidos, Laura Ruiz y Arturo Muñiz, además de un desconocido al que le presentaron como Gerardo Jiménez, representante del Ministerio de Cultura.

—Gracias por venir, Pablo —saludó el comandante Antúnez—. Tenemos un marrón de cuidado y esto no puede trascender a los medios, se nos echarían encima como buitres.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Roncero—. Creí que el cuadro de Velázquez estaba bien, que solo había sufrido daños en el cristal protector.

Antúnez le hizo un gesto a la directora de la Galería de las Colecciones Reales, al parecer para que explicara a todos los presentes la verdadera situación.

—Así es, *La Venus del Espejo* se encuentra en perfecto estado y esperamos exponerla de nuevo al público en unos dos o tres días. Lamentablemente, ese no es el problema…

—¿Entonces? —inquirió algo perdido Jiménez, al que habían llamado con prisas al ministerio sin especificarle lo que ocurría.

—Una verdadera tragedia, estamos conmocionados —aseguró Muñiz, el presidente de Patrimonio Nacional.

—Perdonen, sigo sin saber lo que ha ocurrido —contestó Roncero—. ¿Tiene algo que ver con el Fantasma?

—No se puede descartar, habrá que investigarlo a fondo —aseguró el capitán Novoa—. No parece el *modus operandi* de su grupo y, sin embargo, hay algo extraño en este caso. Esperemos que no resulte como el expolio en la Biblioteca Nacional.

Roncero sabía que el oficial se refería a la misteriosa desaparición de varios mapas de Ptolomeo y el escándalo del *Sidereus Nuncius* de Galileo, que permanecían a buen recaudo en la Biblioteca Nacional hasta que fueron expoliados por un falso investigador. Un fiasco y una verdadera chapuza que los responsables habían intentado tapar para no desprestigiar a la institución, sin lograr que todo derivara en un desastre.

—No se puede comparar, por favor, hemos implantado las mejores

medidas de seguridad y ustedes contaban con su propio operativo —insinuó Muñiz—. Y, sin embargo, alguien ha robado los códices de Leonardo.

—¿Qué ha dicho…?

Roncero se fijó entonces en el representante del ministerio. El rostro del funcionario de Cultura comenzó primero a palidecer, pasando después por toda una gama de matices hasta alcanzar un color violáceo tirando a grana. A Jiménez parecía que le costaba respirar y hasta tuvo que aflojarse el nudo de la corbata para poder continuar.

—Me temo que es cierto, señores —afirmó la directora—. Alguien se ha llevado los *Códex Madrid I y II* de Leonardo da Vinci y nos ha dejado de recuerdo unas falsificaciones bastante logradas, pero no lo suficiente. No hay muchos especialistas que puedan crear una obra semejante en Europa, y eso puede ser un buen punto de partida para su investigación.

—Disculpen si parezco un poco borrego, no soy un especialista en arte —confesó el comandante Antúnez—. Imagino que serán unas piezas muy valiosas, pero me gustaría que alguien nos explicara la importancia de este robo. Y, sobre todo, cómo lo han descubierto.

Muñiz comenzó a explicar la historia de dichos códices, los famosos cuadernos del gran maestro florentino. Al parecer, algunos de los manuscritos más importantes de Da Vinci fueron adquiridos por Pompeo Leoni, un bibliófilo italiano que los compró a su vez al hijo de Francesco Melzi, heredero y albacea de las principales obras de Leonardo tras su fallecimiento en 1519. Leoni trabajó en la Corte española a finales del siglo XVI.

Tras su muerte en 1610, algunos de esos cuadernos acabaron en manos inglesas, otros regresaron a Italia y dos de ellos se quedaron en España.

Sobre el año 1623 los cuadernos eran propiedad de un noble español llamado Juan de Espina, que se los compró al yerno de Leoni. Tras su muerte, el aristócrata amigo del escritor Francisco de Quevedo dejó su colección en herencia al rey de España, por lo que esas obras pasaron a formar parte de la colección de la Biblioteca Nacional desde su fundación. Se perdió después su pista durante muchísimos años, ya que un error en la numeración de los catálogos de la Biblioteca, una signatura incorrecta, los mantuvo extraviados hasta su redescubrimiento en 1967 por parte de un investigador

norteamericano.

—Se trata de dos cuadernos de notas y dibujos creados por Leonardo con su característica técnica especular, se les conoce como *Códex Madrid I y II*. Son muy diferentes entre ellos, uno es un compendio de mecánica y estática y el segundo es un tratado de geometría, estática y fortificaciones —afirmó Muñiz.

—¿A qué se refiere con técnica especular? —preguntó Roncero—. ¿Tiene que ver con que Leonardo era zurdo?

—Efectivamente, oficial —contestó el presidente de Patrimonio Nacional—. Da Vinci era zurdo y escribía de derecha a izquierda por razones que no se han podido concretar: ejercicio mental, dislexia, protección de sus ideas, para evitar borrones de tinta y otras cuestiones incluso más rocambolescas. El caso es que para leer bien esas notas hay que utilizar un espejo, de ahí el nombre de su técnica.

—Nos encontramos además con temáticas muy variadas en estos cuadernos tan maravillosos —intervino Laura Ruiz—. Aparecen diseños de diversas maquinarias e ingenios del polímata italiano, así como fábulas o adivinanzas, además de interesantísimas anotaciones sobre astronomía, óptica, matemáticas, música,

navegación y otros muchos saberes. Destacan también sus dibujos de ingeniería militar o los diseños preparatorios para la fundición en bronce de una gran escultura a caballo de Ludovico Sforza que nunca se llegó a realizar. Como verán, se trata de una pérdida irreparable.

Muñiz y Laura Ruiz se turnaron con las explicaciones, solapándose en sus intervenciones debido a los nervios. Tras detallar las características de las piezas sustraídas, pasaron a explicar cómo fue descubierto el robo. Al parecer, a primera hora el jefe de seguridad había realizado un chequeo exhaustivo de todas las instalaciones y sistemas del edificio, después de lo ocurrido en la inauguración. A Roncero le interesaba también saber lo que había sucedido, ya que los hechos no parecían estar muy claros.

—Félix es un obseso del trabajo y el miércoles por la noche le tuvieron que obligar a marcharse a su casa, pero debió de estar dando vueltas en la cama sin pegar ojo —

aseguró Laura Ruiz refiriéndose a Félix Estrada, el jefe de seguridad del museo—. Ayer por la mañana se presentó a las seis y media en la sala de control y lo puso todo patas arriba, volviendo loco a todo el personal. Pero al final tenía razón.

Muñiz tomó entonces el relevo y explicó lo sucedido. Tras una actualización rutinaria del software del BMS, el sistema de gestión informatizada del recinto, Estrada le hizo un encargo concreto a su mejor técnico informático: buscar cualquier tipo de anomalía que hubiera sucedido durante las doce horas inmediatamente anteriores. Por ejemplo, un funcionamiento diferente de cualquier foco de luz ya fuera en intensidad o dirección; cambio en la humedad o temperatura de cualquier zona; movimientos extraños de cualquier miembro del personal; accesos extemporáneos a zonas restringidas y otro tipo de situaciones análogas.

—Por favor, vayan al grano —rogó Jiménez al borde de la apoplejía.

Roncero escuchó de boca de la directora la prueba definitiva. Alguien había accedido a la sala de almacenaje pocos minutos después del ataque al lienzo de Velázquez con el código de acceso correcto de uno de los técnicos de restauración. Algo que no cuadraba con los hechos reales porque, supuestamente, a esa hora el empleado cualificado se encontraba evaluando los daños reflejados en *La Venus del Espejo* en la sala de restauración.

—¿Y no puede ser un error del sistema? —preguntó Roncero—. O tal vez el técnico fuera a la sala de almacenaje a recoger algo antes de evaluar el cuadro.

—Imposible, ya lo hemos comprobado —aseguró la directora—. El técnico ha corroborado que no pasó por la sala de almacenaje en todo su turno. Y, además, su contraseña se utilizó para abrir gavetas que no tenían por qué utilizarse en esos momentos, como las que almacenaban los códices de Da Vinci.

—Imagino que ese acceso no autorizado se habrá grabado en el sistema de vigilancia, ¿verdad? —inquirió Novoa con buen criterio—. No debería ser tan complicado averiguar quién fue el intruso.

—Ese es el problema, capitán —intervino Muñiz—. Ayer estuvieron todo el día comprobando las grabaciones de todas las cámaras, fotograma a fotograma, y no encontraron nada destacable. En los minutos anteriores y posteriores al supuesto acceso a la sala no aparece nadie ni en los pasillos adyacentes, ni en la entrada, antesala o en la misma sala de almacenamiento.

—Entonces…

—Perdone que le interrumpa, señor Jiménez —continuó Muñiz—. Por si se preguntan si el sistema pudo bloquearse y emitir señales

anómalas, se han hecho las comprobaciones pertinentes. El acceso es real, alguien se coló en esa sala y a la vez manipuló el sistema de vigilancia. Lo que quedó grabado en el circuito cerrado de televisión, y así se refleja en todas las cámaras investigadas, es una imagen pregrabada de las zonas completamente vacías. Todo fue un engaño que les salió demasiado bien a los delincuentes: dejaron una imagen fija durante toda la noche de la que nadie se ha percatado hasta ahora. Y todo gracias a Estrada; si no fuera por su excesivo celo podríamos haber tardado días en percatarnos del robo.

Roncero sopesó la información. En su opinión, lo más probable era que el ladrón contara con la ayuda de alguien de dentro para dar el golpe, de una audacia extrema y que contaba con una gran planificación previa. Parecía haberse aprovechado del caos instalado en el museo después del ataque al cuadro, momento que utilizó para entrar en la sala y dar el cambiazo. Ignoraba cómo podía haber accedido el criminal al sistema central y colocado esas imágenes fijas para que engañaran a cualquiera que vigilara las cámaras. Pero todavía le quedaba por descubrir alguna que otra sorpresa adicional.

—¡Un momento, señores! —exclamó Antúnez, obviando a la directora —. Si el ladrón no fue ninguno de los invitados a la inauguración, ya que todos fueron desalojados minutos después, tiene que ser alguien del museo o Patrimonio Nacional. Puede tratarse de personal directivo, administrativo, de limpieza, seguridad, accesos, cafetería o mantenimiento, ¿me equivoco?

—Imagino que no es posible saberlo todavía, pero entiendo que los códices fueron sustraídos a lo largo de esa tarde-noche, aprovechando el barullo que se montó durante la inauguración —intervino Roncero —. Y en parte estoy de acuerdo con el comandante, aunque habrá que concretar. Si es que desechamos la opción de que alguien se colara en el recinto durante esos minutos de locura que sucedieron tras el ataque al cuadro.

—Imposible —replicó Muñiz—. Sería muy complicado adentrarse en el edificio sin que nadie se percatara, esconderse durante la noche, robar los códices y escapar después como si nada.

—O puede que haya sido alguien externo que accediera más tarde al recinto, con la connivencia de una persona de dentro. ¿Han interrogado a los guardias civiles del control de accesos anexo a la Cuesta de la Vega?

—¡Por favor, señor Jiménez! —replicó acalorado el comandante

Antúnez—. Eso es totalmente imposible. Nuestros agentes no…

—No sería la primera vez, comandante —contestó a mala leche el alto cargo de Cultura—. En todos lados hay corrupción, incluido su Cuerpo, no vamos a recordar algunos casos sonados.

Roncero no entendía la animadversión aparente entre su comandante y el representante del ministerio; tal vez ya hubieran tenido algún altercado previo que él ignoraba. Seguía sin conocer todos los pormenores de lo sucedido y prefirió no intervenir de nuevo hasta escuchar el resto de las explicaciones.

—Tengamos la fiesta en paz, caballeros —terció Laura Ruiz—. Lo importante es acotar la búsqueda. Estrada y sus hombres llevan desde ayer con la tarea. Ya se ha localizado a casi todo el personal del museo que trabajó el miércoles para realizar las pesquisas oportunas sin llamar demasiado la atención. Creo que nos faltan solo un par de personas que han comenzado ahora sus vacaciones y un empleado que se encuentra de baja médica.

—Gracias, directora, así es —aseguró Muñiz—. Mientras allí prosiguen con la investigación y localizan a posibles sospechosos, nosotros hemos querido informarles de primera mano para consensuar los pasos a seguir a continuación.

—Siento ser tan brusco, pero no hay nada que consensuar —cortó Novoa—. Hagan el favor de pasarnos todos los datos, a partir de ahora nos encargaremos nosotros de la

investigación. Y tendrán que localizar cuanto antes a esos tres empleados que faltan o tendremos que incluirlos en la lista de sospechosos.

—No se preocupe, capitán. El trabajo de Estrada y sus hombres está siendo impecable, y se han asegurado de realizarlo con discreción. No obstante…

—No se lo discuto, señor Muñiz —intervino Antúnez para zanjar el asunto—. La investigación la llevan mis hombres, como le ha dicho el capitán Novoa. Desde el Grupo de Patrimonio Histórico, con todos los recursos de la UCO a su disposición, y la asesoría externa de la Interpol, en este caso con el enlace del compañero Roncero, nos basta para llevar a cabo la investigación y detener a los culpables.

—Tienen que dar con el autor del robo lo antes posible y recuperar las piezas —les urgió Jiménez—. Les recuerdo que son las joyas de la

exposición que se celebrará a mediados de octubre en el Museo del Prado, no podemos fallar otra vez. Y, por supuesto, después del ataque al cuadro en presencia de los reyes, con todas las explicaciones que tenemos que dar, será mejor que esto no salga de aquí. No hay tiempo que perder.

—Por una vez estoy de acuerdo con usted —respondió Antúnez—. Dos terribles fallos de seguridad en la misma tarde y el robo de unas piezas tan importantes hundirían el prestigio de la Galería de las Colecciones Reales el mismo día de su inauguración. Sin mencionar el papel de las autoridades, Patrimonio Nacional y demás.

Seríamos el hazmerreír del mundo, y eso no se puede consentir.

—Tampoco depende de nosotros, comandante —intervino entonces Roncero—.

Desconocemos lo que tiene en mente el ladrón o ladrones, puede que quiera hacerlo público o pedir incluso un rescate. Lo normal es que no sea así, y se desembarace lo antes posible de las piezas si ha sido un encargo previo, a no ser que quiera subastarlas al mejor postor.

Antúnez fulminó a su antiguo pupilo con la mirada, aun sabiendo que llevaba razón.

En esos momentos se encontraban en los inicios de una investigación en la que contaban con pocos indicios y andaban casi a oscuras.

—No se preocupen, esas piezas no se pueden vender en el mercado negro, son demasiado conocidas y valiosas —informó Novoa—. Tenemos controlados a los marchantes de arte y anticuarios que suelen trapichear con piezas robadas y ninguno de los afincados en España se la jugaría con algo así. Además, estas piezas en concreto ya

están incluidas en el catálogo privado que la Interpol posee en su gran base de datos, en formato Object-ID.

Según explicó Novoa, la Interpol había creado una aplicación móvil llamada ID-Art que permitía descubrir bienes culturales robados, reducir el tráfico ilícito y aumentar la probabilidad de recuperar los objetos sustraídos y que era utilizada por policías, funcionarios de aduanas, coleccionistas privados o marchantes para acceder a una base de datos con más de cincuenta mil objetos de arte de ciento treinta y cuatro países.

—No vamos a escatimar en medios, este caso es prioridad absoluta

para mi unidad

—reiteró Novoa—. Si tuviera que aventurar una hipótesis inicial yo me decantaría porque el robo ha sido encargado por algún coleccionista extranjero, sin descartar por supuesto otras opciones a la hora de investigar.

Roncero seguía dándole vueltas a las explicaciones del capitán de la Guardia Civil y quiso puntualizar otro detalle que le preocupaba.

—Habrá que estudiar también las piezas que han dejado en lugar de las buenas, no sé qué tipo de falsificación será. Imagino que no habrá tantos delincuentes capaces de copiar semejantes joyas, ese será un hilo del que tirar. ¿O acaso es una burda copia que cualquiera puede comprobar a simple vista?

—De eso nada, ese tipo es un artista —confirmó Novoa—. Las piezas son exquisitas, las están estudiando dos de mis hombres con los mejores técnicos de Patrimonio Nacional. Si tuviera que jugármela, diría que es obra de Erik el Niño. No creo que haya muchos más delincuentes en Europa que pudieran realizar semejante trabajo.

—¿Y están completamente seguros de que no se trata de la banda del Fantasma? —

preguntó Roncero—. Les recuerdo la alarma lanzada por la Interpol a todos los museos importantes europeos, mis jefes temen que ese grupo criminal actúe en España. Yo puedo colaborar en la medida de mis posibilidades con el caso de los códices, pero la prioridad de la Interpol en estos momentos, con la amenaza real que pende sobre *La Venus del Espejo*, es cuidar de la obra de Velázquez.

Según pudo colegir Roncero, la falsa fotógrafa que atacó el lienzo con su martillo improvisado contaba con un compinche dentro del museo, una empleada de la limpieza que también había sido detenida. Se enfrentaban a penas de vandalismo, asalto a patrimonio histórico e incluso se rumoreaba que querían incluir alguna otra acusación tipificada en el código penal como delitos contra la Corona. Les podían caer unos cuantos años de cárcel.

—Me parece estupendo, Pablo, pero aquí estamos ahora a otra cosa. Ya sabes lo que reza el dicho: si no vas a aportar, mejor apártate —sentenció Antúnez—. Esos códices han desaparecido de verdad, no lo olvidemos. Lo otro es un simple rumor, una amenaza que parece haberse quedado en agua de borrajas. Un simple ataque llamativo pero inofensivo por parte de unos radicales que van a tener que dar

muchas explicaciones.

Roncero conocía el genio de su antiguo comandante en la UCO y no le tuvo en cuenta ni el tono ni la desconsideración en presencia del resto de asistentes a la reunión.

En realidad, Antúnez llevaba la razón. Lo primordial en esos momentos era atrapar a los ladrones de los códices y recuperar las piezas antes de que el robo trascendiera a la opinión pública. Sin embargo, a él le habían asignado una misión específica desde su central en Lyon y tampoco podía descuidarse.

—Por supuesto, comandante. Solo quería reiterarles mi completa disposición en caso de necesitar algún tipo de ayuda de la Interpol para este caso, por si acaso las piezas ya han salido del país. Debemos mantenernos todos informados, tanto del desarrollo de esta investigación, como de posibles novedades en cuanto a la amenaza de la banda del Fantasma. Parece que llevan semanas instalados en España preparando un gran golpe y todavía no les hemos localizado. Creemos que la UCO y la Policía Nacional puedan también echarnos una mano con este operativo, no podemos permitirnos más escándalos.

Todos asintieron ante las palabras de Roncero y el comandante pareció templar ligeramente su actitud. Antúnez hizo entonces un aparte con el capitán Novoa para hacerle unas indicaciones y el representante del ministerio aprovechó para hablar con Muñiz. Mientras tanto, Laura Ruiz se dirigió hacia el asesor de la Interpol, acongojada ante la magnitud del desastre.

—Tienen que impedir que esas piezas salgan de España —dijo—, sería una catástrofe. Confío en Estrada y en la Guardia Civil, pero prefiero ponerme en lo peor, por si hay que involucrar a otras autoridades. Sería un golpe demasiado fuerte para nuestra institución, justo en el día de su inauguración. Espero y deseo también que la amenaza sobre el cuadro se quede solo en eso, ojalá no suframos más sobresaltos.

—No se preocupe, señora Ruiz. Conozco el trabajo del capitán Novoa y su equipo, no será tan fácil darles esquinazo. Hablaré también con la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional, tengo buenos amigos en el Cuerpo. Y mantendremos un perfil bajo en la medida de nuestras posibilidades, ya sabe, con completa discreción.

Esperemos que el delincuente se abstenga de publicitar el robo, pedir un rescate o

cualquier otra acción que dé al traste con la operación. Los compañeros saben de qué hablan y lo normal es que el golpe haya sido por encargo, manteniéndose todo entre las sombras.

—Ese es mi mayor temor. Que algún millonario árabe, chino o ruso tenga ya en su poder los preciosos códices sin que podamos hacer nada por evitarlo. Aunque dieran con los culpables del robo, en este tipo de operaciones entiendo que hay intermediarios y es muy complicado conocer el destino final de las piezas. Tendré que dimitir antes de que comience la exposición del Prado si se confirma la catástrofe.

—No adelantemos acontecimientos, directora. Confíe en los investigadores y vamos a esperar. En estas operaciones el tiempo es oro y pondremos todos los medios para evitarlo. Y, por supuesto, sin olvidarnos de *La Venus del Espejo*. ¿La expondrán al público de nuevo la semana que viene?

—Eso esperamos y deseamos, a ver lo que dicen los técnicos. El día 16 de septiembre se termina el préstamo de la *National Gallery* y ya hemos perdido mucho tiempo con todo este asunto. Reforzaremos la seguridad, de día y de noche, y revisaremos todos los sistemas. Demasiados frentes abiertos, no sé si voy a poder con la presión.

—Pierda cuidado, está en buenas manos. Seguimos entonces en contacto y para cualquier cosa, aquí tiene mi número particular, por si llegara a necesitarlo.

Roncero le tendió a Laura Ruiz una tarjeta profesional con todos sus datos. Entendía la posición de la mujer, nombrada directora de una prestigiosa institución recién inaugurada por su bagaje, sin olvidar el talante político de su cargo. Si tenían que rodar cabezas por el desastre, ella tenía muchas posibilidades para ser la primera en caer en caso de que el robo llegara a trascender a la opinión pública.

La reunión terminó y todos se emplazaron a seguir trabajando juntos por el bien de la investigación. El antiguo miembro de la UCO se despidió de los allí presentes sin detenerse demasiado para no enfrentarse de nuevo con el temperamental Antúnez y salió de la sala sin mirar atrás. Roncero abandonó el edificio minutos después, tras poner al día por teléfono a sus superiores en Lyon y sin saber lo que le depararía el futuro en un caso de tal magnitud. La situación se complicaba por momentos y eso que todavía no había hecho su aparición la banda del Fantasma, unos peligrosos criminales que supondrían un verdadero desafío para su nueva función como oficial

de enlace, por lo que Roncero rezó para que la amenaza contra el Velázquez fuera solo una falsa alarma. Temía que sus mandos le hubieran enviado por un motivo muy creíble a Madrid y se imaginaba que el espectáculo de verdad todavía no había comenzado. Solo

esperaba que no coincidieran en el tiempo y en el espacio dos ladrones profesionales de tanta categoría, algo que podría desarbolarles por completo.

Tiempo tendría de darse cuenta de su acertado vaticinio. Sin considerarse una persona del todo pesimista, más bien realista, Roncero intentaba siempre adelantarse a los acontecimientos. Muchas veces se ponía en lo peor, curándose en salud para que el tren no le arrollara después. Algo que no le había servido de mucho en otras complicadas misiones en las que había participado, por lo que quiso pecar de prudente en esta ocasión. Esperaba no tener que enfrentarse cara a cara con la muerte, en un trabajo como el suyo nunca podía sentirse a salvo del todo.

Agosto finalizaba con un calor que no les abandonaba en un Madrid que se preparaba para el final del verano. Comenzaba septiembre y los protagonistas de esta historia ignoraban el giro dramático de los acontecimientos que surgiría en la semana entrante.

5

La puesta en marcha

Alrededores de Illescas (Toledo), 1 de septiembre de 2018

El verano se les estaba haciendo muy duro a los integrantes de aquel grupo tan heterogéneo. Sí bien era cierto que ya habían trabajado juntos en más de una ocasión, con buenos resultados, la convivencia y el calor extremo soportado durante las últimas semanas no eran lo más apropiado para preparar un golpe de semejante envergadura.

El jefe de la banda, conocido como el Fantasma entre la policía y los medios de comunicación, en realidad se llamaba Marco Chiesa. Se trataba de un calabrés de pura cepa, criado en una región en la que la ‘ *Ndrangheta*, la mafia menos conocida pero más peligrosa de Italia, campaba a sus anchas. Marco se buscó la vida desde joven, y prefirió emigrar para alejarse del ambiente tan opresivo de su entorno en Reggio Calabria. Un hombre enamorado del arte renacentista italiano y de las mujeres bellas, entre otras muchas aficiones, como su devoción por los coches deportivos. De ahí el sobrenombre con el que le conocían en el grupo, Enzo, en honor al mítico piloto y empresario fundador de Ferrari.

Chiesa era el único que conocía las verdaderas identidades de todos los miembros de su grupo criminal. Los había elegido personalmente y confiaba en ellos al cien por cien.

Se lo habían demostrado a lo largo de los últimos años, tanto en los buenos como en los malos momentos. Un equipo sincronizado como un reloj, que comenzó con golpes sencillos para ir escalando en dificultad y peligrosidad. Sus altas capacidades, tanto técnicas como físicas y psicológicas, les convertían en una máquina de precisión que de momento no había fallado. Y no se podían permitir hacerlo ahora si no querían acabar muertos o en la cárcel por el resto de sus días.

Los miembros de la banda se llamaban por los apelativos con los que cada uno tenía que cargar, les gustara o no, algo a lo que todos se habían acostumbrado con el tiempo.

Y debido a sus diversos orígenes y lenguas maternas diferentes, charlaban todos en inglés para poder entenderse. Chiesa procuraba que, fuera de la planificación y ejecución de los golpes, sus hombres confraternizaran solo lo justo y necesario, sin hacer referencia a sus vidas o a cualquier otro detalle relacionado con su pasado. Algo

fundamental para curarse en salud, por si alguno caía en manos de la policía. Así no podrían delatar a nadie si solo conocían unos ridículos seudónimos y ningún otro dato

relevante de sus vidas anteriores, por lo que las autoridades no atraparían al resto de la banda si alguno caía. Y, por supuesto, siempre que no anduvieran juntos les rogaba mantener un perfil bajo, discreto, que no llamara la atención de las autoridades. Una regla no escrita, como la de no gastar dinero a lo loco en excentricidades, que no siempre cumplían. De hecho, Chiesa procuraba dar buen ejemplo a sus hombres y calmar sus propios demonios. Algo difícil de controlar al cruzarse con vehículos del *cavallino rampante*, el símbolo de la marca Ferrari, o sin ir más lejos toparse con el logo de Lamborghini, marcas que le hacían perder la cabeza por un instante.

Marco recordó entonces cómo llegaron a bautizar a cada miembro de la banda. La única mujer del grupo era una joven noruega llamada Astrid Solberg, una chica de unos veinticinco años, de carácter tímido al principio pero que fue cogiendo confianza poco a poco. A uno de sus hombres se le ocurrió un día llamarla Björk, porque le pareció encontrar un leve parecido entre la recién llegada y la célebre cantante islandesa. Casi ardió Troya…

Chiesa tuvo que calmar a la nueva *hacker*, cuyo temperamento explosivo no había visto la luz hasta entonces, ya que ella consideraba un insulto que confundieran a una islandesa con una noruega, por mucho que ambas tuvieran origen nórdico. Además, la experta en ciberseguridad les aseguró que odiaba la música de esa tipa y no se parecía en nada a ella. Como mucho, solo llegó a aceptar que las dos fueran morenas y bajitas, algo alejadas de los cánones de la típica rubia vikinga, sin ningún otro rasgo en común.

A la joven le repateaba el mote impuesto, pero terminó por asumirlo y ya solo respondía si sus compañeros la llamaban así.

El gracioso al que se le ocurrió ese apodo era el galés Andy Brennan, expiloto de combate y miembro del SAS (Servicio Aéreo Especial), uno de los cuerpos de élite del ejército británico. Experto en combate cuerpo a cuerpo, sobre todo en la lucha con cuchillos, había servido con honores tanto en Irak como en Afganistán. No le importaba que sus compañeros le llamaran Rambo, por su esculpido físico de gimnasio que le asemejaba al personaje de ficción norteamericano, pero prefería olvidar sus raíces para centrarse en su trabajo habitual durante los últimos tiempos: conductor profesional.

De carácter alegre y bromista, a veces chocaba con la forma de ser de sus compañeros. Parecía que no le importara nada y se lo tomara todo a la ligera, pero en el fondo se trataba de un gran profesional. Chiesa opinaba que utilizaba a veces el humor como válvula de escape y como forma de ahuyentar sus propios fantasmas, a la vez que para enmascarar sus problemas al socializar en un trabajo que, al fin y al cabo, era más bien solitario.

El galés se encargaba de sacar a sus compañeros del lugar de los hechos, ya fuera en coche, camión, furgoneta, moto, avión o el vehículo que correspondiera para huir sin peligro. Y, aunque le hubiera pegado más el mote de Enzo debido a sus cualidades como conductor, tuvo que conformarse con el del mítico papel encarnado por Sylvester Stallone, un personaje de pocas palabras. El exmilitar de las fuerzas especiales era un auténtico as de los vehículos y un seguro de vida para la banda, según el parecer del Fantasma. Le debían demasiado al bueno de Brennan, gracias a él pudieron escapar de más de una situación complicada a lo largo de su carrera criminal.

Al que más le había costado congeniar con el resto del grupo fue a David Rottman, un antiguo miembro del Mossad israelí rebautizado por sus compañeros como Abraham por su origen judío. Al principio los miraba con gesto fiero al escuchar su mote, pero al final terminó por solo gruñirles, por lo que siguieron utilizando el nombre del antiguo profeta sin temer llevarse un tiro por la espalda.

Rottman fue francotirador en el ejército y se convirtió de facto en el experto en armas y explosivos dentro de la banda. Hombre callado y taciturno, prefería limpiar y engrasar sus armas mientras atendía a las explicaciones de Chiesa sin intervenir demasiado en la planificación de los golpes. Un tipo silencioso que no parecía congeniar con el resto de sus compañeros y al que alguno de ellos, como en el caso de Astrid, llegó a temer más que a respetar.

Sin embargo, Chiesa conocía sus prontos y procuraba tenerlo bajo control. Se trataba de un profesional intachable en su trabajo pero con la mecha corta, alguien que podía saltar en cualquier momento si no le iban bien las cosas. Abraham ya había tenido algún tipo de problema en el pasado y el jefe de la banda lo sabía, aunque sus habilidades innatas le convertían en un gran activo. Un temperamento complejo que el Fantasma temía por sus posibles salidas de tono, por lo que estaría encima de él para tenerlo controlado.

Rottman era un soldado y, como tal, obedecía órdenes, ya que cuando se le ocurría pensar por su cuenta no solía terminar bien, algo que

había aprendido con el tiempo.

Así que prefería atender, escuchar y luego ejecutar los planes. Hombre de pocas palabras y mucha acción al que el jefe valoraba en su justa medida, aunque a veces pecara de gatillo fácil.

A Chiesa no le gustaba utilizar armas en sus golpes si no era estrictamente necesario, prefería los robos de guante blanco. No obstante, a veces las circunstancias se complicaban y necesitaban otro tipo de distracciones para salir bien parados de cualquier atraco. Y como sus hombres se sentían más seguros, habían concretado que

también en este caso llevarían armas y equipos tácticos durante el golpe, por lo que pudiera suceder.

El último de la lista, pero no por ello el menos importante, se llamaba Hans Neumann, un ingeniero industrial alemán reconvertido en chico para todo dentro del grupo de ladrones y atracadores. El de Múnich, lugarteniente de Chiesa y su hombre de confianza, podía considerarse además como el cerebro del grupo. Al teutón le hacía gracia que le llamasen Heisenberg, como el famoso físico alemán pionero de la mecánica cuántica, sin que llegara a enterarse de los verdaderos motivos para recibir ese mote. En realidad, le apodaron de ese particular modo por su parecido físico con el protagonista de *Breaking Bad*, Walter White, el profesor de química apocado que se reconvirtió en peligroso narcotraficante.

—Estoy preocupado, Enzo; los chicos están decepcionados y desilusionados, tanto esfuerzo para nada. Llevamos aquí todo el verano preparando el dichoso golpe y por culpa de esos idiotas ahora vamos a tener que cancelar la operación —aseguró Neumann una mañana de sábado, recién comenzado el mes de septiembre.

—No te preocupes, todavía no está todo perdido. Mis fuentes me aseguran que el daño provocado en el cuadro ha sido mínimo, se ha limitado al cristal de protección.

Seguro que en unos días colocan otra vez el lienzo en la exposición principal, las autoridades españolas no se pueden permitir otra cosa. Recuerda que nuestros amigos ingleses querrán recuperar su joya lo antes posible.

Chiesa conocía el límite máximo para el préstamo autorizado por la *National Gallery*, el 16 de septiembre, día en el que el famoso cuadro de Velázquez regresaría a Londres.

Sabía que en esos momentos el lienzo se custodiaba bajo estrictas medidas de seguridad en una de las plantas subterráneas del museo madrileño, en el interior de la sala de restauración, algo que nunca hubieran imaginado cuando concibieron la estratagema que ahora zozobraba muy a su pesar.

Ese pequeño detalle trastocaba de manera definitiva el plan inicial para hacerse con la pieza, el mismo que llevaban varios días ensayando en aquella finca perdida de la mano de Dios en las inmediaciones de Illescas, en Toledo, al suroeste de Madrid. Si *La Venus del Espejo* no regresaba en unos días a su posición original en la sala de los Austrias, sería casi imposible cumplir con el encargo a tiempo.

Chiesa solía pecar de prudente, lo que le servía para continuar en libertad y que nadie conociera su actual paradero o verdadera identidad. La banda del Fantasma se había convertido en un mito en media Europa, sin que llegara a aceptar determinados

trabajos solo por el reto en sí, el valor de la obra robada o el posible beneficio económico. Había otros muchos factores que tener en cuenta, y uno de ellos era la confianza. Marco había aprendido a controlar su ego y no buscaba fama ni reconocimiento mundial, algo que la policía y los medios internacionales de prensa ya se habían encargado de inflar. Se conformaba con la fortuna, conseguir la máxima cantidad de dinero fresco con los mínimos contratiempos posibles.

Por eso le sorprendió tener noticias de un capo inglés del que no había oído hablar en su vida, encima encerrado en una cárcel de máxima seguridad en Manchester.

Ambos llevaban años moviéndose en círculos criminales, pero Chiesa se vanagloriaba de su *savoir faire*, su elegancia y su cultura, en la que incluía el dominio de cinco idiomas. Vanidoso y con una pizca de orgullo italiano, pensaba que él no se jactaba de nada, sin darse cuenta de la verdadera realidad: a su modo, se había convertido también en un clasista. En el fondo se creía por encima de ese tipo de criminales, nadie podría compararle con un mafioso de los bajos fondos londinenses, por mucho que lo intentara. Y no quería rebajarse a hablar con ese tipo, conversación que solo podría acarrearle problemas.

Tras escapar de Calabria, Marco se dedicó a viajar por el mundo y aprender de los mejores especialistas en arte. Cultivó mente y espíritu

mientras estudiaba pintura, escultura y otras artes en las escuelas artísticas más prestigiosas de toda Europa, como las de Florencia, París o Praga. Como enamorado del Renacimiento italiano, idolatraba a Rafael, Leonardo o Miguel Ángel, los grandes maestros del *Cinquecento*. Y, sin embargo, también se volvía loco con los impresionistas franceses, a los que consideraba muy por encima de coetáneos como Van Gogh, un pintor demasiado idealizado según su parecer.

En su juventud, Chiesa creyó poseer el talento suficiente para emular a esos grandes maestros, pero la tozuda realidad se impuso a su pesar. Conocía el trabajo del famoso Erik el Belga y otros grandes falsificadores y ladrones de la historia, y tuvo que evolucionar para seguir creciendo en el sector. Él no pensaba dedicarse a robar pequeñas iglesias abandonadas como el delincuente flamenco, aspiraba a logros superiores, y solo aprendió a base de errores de novato de los que siempre se arrepentiría.

Pecados de juventud que casi le cuestan la ruina, como en aquel fallido golpe que iba a ejecutar en la capital de Portugal. El problema surgió al pretender falsificar un supuesto Rafael desaparecido durante la II Guerra Mundial para intentar engañar a un suspicaz marchante portugués que no cayó en el burdo engaño. Marco tuvo que desaparecer a la carrera de Lisboa antes de que las autoridades lusas le atraparan, le

metieran en la cárcel y arrojaran la llave al mar. A partir de entonces maduró, evolucionó y aprendió de sus equivocaciones, cambiando su método de trabajo para no cometer de nuevo el mismo error.

Ahora ya no se la jugaba y solo trataba con intermediarios, nada de intentar vender ninguna pieza por su cuenta, ya fuera robada o falsificada por él o alguien de su entorno. Chiesa dejó de quemarse las pestañas para intentar crear el lienzo perfecto, con todo lo que eso conllevaba para recrear obras maestras pintadas siglos atrás: pigmentos apropiados, tabla contemporánea del cuadro real, estilo pictórico, envejecimiento creíble de la obra y otros muchos detalles para tener en cuenta. Mucho mejor ir a tiro hecho, robar la pieza adecuada, entregársela al intermediario y cobrar lo estipulado.

Como experto en el sector, conocía el trabajo de otros grandes ladrones del siglo XXI.

Sabía lo que le había ocurrido a Vjeran Tomic, el famoso «hombre araña» de París que actuó en su Museo de Arte Moderno en 2010, y no

pensaba dejarse atrapar por un malentendido con su empleador. Por eso procuraba interactuar con intermediarios de confianza, sin llegar a saber en muchas ocasiones el destino final de su latrocinio. Mejor ignorar toda la información externa para el caso de que él o alguno de sus hombres fuera arrestado.

Chiesa también había oído hablar de los robos llevados a cabo por un criminal conocido como Erik el Niño, otro ladrón anónimo del que poco o nada se sabía. Incluso habían llegado a estudiar el mismo golpe en una ocasión sin consecuencias importantes.

Un delincuente con un increíble talento que se dedicaba sobre todo a pequeños encargos y del que nunca se había preocupado demasiado. Ellos estaban muy por encima de ese tipo de robos, aunque en esos momentos ignoraba la última proeza de su compañero de gremio. Tiempo tendría de enterarse de la hazaña, un audaz engaño que terminaría por romperle los esquemas. Y no solo porque ese tipo se permitiera plagiar de aquel modo a uno de sus maestros de cabecera, Leonardo da Vinci. La verdadera razón de su enfado le llegaría al enterarse del lugar del robo, la Galería de las Colecciones Reales, algo que perturbaba sus planes de una manera casi definitiva.

A la hora de pergeñar cualquier golpe, Chiesa contaba con una máxima muy simple, siempre dividida en cinco grandes apartados que había que interiorizar al detalle: planificación, robo, huida, entrega de la mercancía y desaparición. A ser posible, todos efectuados con la mayor limpieza posible.

Y es que no era lo mismo ser juzgado por un robo sin violencia que por un atraco a mano armada o, llegado el caso, que tuvieran que disparar a algún miembro de la policía para escapar del lugar del crimen. De ahí su labor de contención con Abraham,

un tipo silencioso con un carácter volcánico difícil de domar. Un hombre acostumbrado a disparar antes de preguntar, algo que no casaba demasiado bien con la filosofía de trabajo del Fantasma, aunque de momento Chiesa lo mantenía bastante controlado.

Por eso, al principio Marco desconfió de los contactos previos por parte de enviados de Henry Brown, por muy recomendados que le llegaran. El Fantasma no trabajaba con cualquiera, y así se lo hizo saber al inglés por medio de terceras personas. No pensaba hablar con ese tal Brady, el abogado de Brown, ni tampoco entrevistarse con el mafioso, ni por teléfono ni mucho menos en persona en una cárcel británica. Su seguridad y el anonimato que le permitían seguir

trabajando sin ataduras eran mucho más importantes que los cantos de sirena en forma de suculenta recompensa que le lanzaban desde Inglaterra.

Los delincuentes también poseían sus propios códigos, y Chiesa tuvo que ceder cuando el encargo le llegó de uno de sus intermediarios más cercanos, un anticuario francés llamado Bernard Durand con el que había trabajado en varias ocasiones, siempre con buenos resultados. De origen marsellés, Durand prefirió también escapar de las garras de la mafia local de su ciudad natal para instalarse en París y trabajar al más alto nivel. Y hasta allí llegó la petición de Brown, realizada de forma indirecta y discreta a través de las personas adecuadas para convencer al Fantasma. La suerte estaba echada.

A Neumann nunca le convenció del todo ese trabajo, por muy buenas referencias que tuvieran antes de comenzar, y así se lo confirmó a su jefe y amigo. Ellos preferían ignorar el destino final de las piezas robadas, para curarse en salud y por su propia seguridad, pero las noticias llegadas del Reino Unido parecieron querer ganarse su confianza añadiendo unos datos superfluos que podrían acarrear su ruina. Durand aseguró que el encargo provenía del entorno del archimillonario Gerry McNulty, un filántropo escocés con una doble cara, conocido también en el mundillo. Un detalle importante que pareció terminar de convencer al jefe de la banda.

—Inicialmente se trataba de veinte millones de euros por el encargo, amigo, pero he conseguido que nos paguen en libras —afirmó Chiesa cuando conoció las condiciones del trato—. ¿No te parece bien? Con eso podremos retirarnos de la circulación una temporada, lo que tú querías. Siempre estás con la cantinela de que hay que espaciar los golpes, y esta es una oportunidad única.

—No me gusta, Enzo, es demasiado arriesgado. Jamás se me hubiera pasado por la cabeza atacar en la *National Gallery*, ya lo sabes. Y tampoco me parece prudente ir a Madrid y robar en un museo nuevo del que desconocemos casi todo. Se supone que el

cuadro se exhibirá en esa Galería este verano, pero ni sabemos la fecha exacta ni contamos con los medios necesarios para afrontar un golpe de semejante magnitud.

—Ya nos encargaremos de conseguir los planos del edificio y toda la documentación necesaria, no te preocupes por eso. ¿Lo hacemos o qué?

Esa conversación se había producido a mediados de junio, cuando todavía no se habían decidido a aceptar el encargo. El reto era mayúsculo y la recompensa merecía la pena, sobre todo al subirla a veinticinco millones de libras esterlinas el empleador. Sin embargo, el riesgo de acabar en la cárcel o en peores circunstancias les planteaba serias dudas. Sabían que el cuadro podría alcanzar una cifra astronómica en una supuesta subasta oficial o en el mercado negro, y si al final el lienzo terminaba en el sótano de un avaricioso ricachón para su solitario disfrute no era problema suyo, sobre todo mientras recibieran su justa contraprestación.

—Confío en todos vosotros, Heisenberg, y sé que no me defraudaréis. Además, vamos a contar con ayuda extra. Nos proporcionarán un piso franco en Madrid para que Björk instale los equipos adicionales y una finca algo alejada de la ciudad, en un paraje adecuado para que podamos preparar bien el golpe. El contratante nos facilitará un dinero extra para la planificación, no te va a faltar de nada.

—Ya, eso dices siempre. No juegues conmigo, Enzo, nos conocemos hace tiempo. Si quieres convencerme tendrás que demostrarme que vas en serio.

—¿No me crees? Tú siempre hablas de la película *The Italian job*, ¿verdad? Pues lo que vamos a montar va a ser la leche, te lo aseguro. Piensa a lo grande, no te cortes.

Tenemos que entrar y salir de ese museo con el dichoso cuadro, eso es lo único importante.

—¿En serio o es una coña, Enzo? No me vaciles, te lo ruego. Luego me hago ilusiones y al final siempre me llevo el chasco. Ah, y ya sabes que yo me suelo referir a la película de 1969 con Michael Caine, no a la moderna con esos chicos de Hollywood.

—Lo que prefieras, me da igual. Podrás preparar tus juguetitos, montaremos la infraestructura necesaria para ensayar el golpe en condiciones y no escatimaremos en gastos. Seguro que entre los dos se nos ocurre la mejor manera de apoderarnos de esa hermosa dama del Barroco español. ¿Hay trato?

—Habrá que estudiar también el entorno, amigo. Si entrar al museo y robar la pieza será complicado, no te quiero contar nada escapar de allí. Las calles adyacentes son una

ratonera, con túneles, accesos cortados, recurvas y otras trampas del demonio. Además, esa zona es demasiado céntrica para mi gusto, lo

que le añade dificultad extra. La policía te puede montar una operación jaula en minutos y ni el mejor conductor del mundo podría sacarnos de semejante atolladero.

—Algo se nos ocurrirá, confía en nuestra pericia.

Neumann dio su brazo a torcer y comenzaron con los preparativos de un golpe muy ambicioso. Días después, el ingeniero alemán creyó encontrar la manera idónea para entrar y salir del edificio con las máximas garantías, sobre todo a la hora de escapar de las autoridades. Le quedaba todavía perfilar algunos detalles y hacerse con todo el material que necesitaba para dar respuesta a la idea que le rondaba por la cabeza. Un trabajo de altura con el que competir y tal vez superar a los mejores golpes de toda la historia del arte.

Tras conseguir pasaportes falsos para todos y acceder a territorio español en fechas separadas, desde diferentes destinos y lugares de entrada, el equipo completo se reunió en una finca situada a escasos treinta kilómetros de Madrid. Todo por gentileza de una de las muchas empresas pantallas con las que contaba McNulty en el extranjero, que había puesto todos sus medios a su disposición para que no les faltara de nada en España. Una promesa que el millonario escocés cumplió a rajatabla desde el primer momento, facilitando la tarea de unos recién llegados que desconocían el terreno sobre el que tendrían que operar.

La finca de varias hectáreas, vallada y con vigilancia las veinticuatro horas, contaba con una edificación principal y varios anexos en los que poder trabajar, incluyendo graneros y una nave industrial de tamaño considerable. El lugar ideal para planificar el golpe lejos de ojos y oídos indiscretos. Aunque la uralita que sellaba el techo de aquellos recintos los convertía en verdaderos hornos, sobre todo bajo el inclemente sol de la meseta castellana. De ahí que el grupo prefiriera practicar de madrugada, ensayando de ese modo las condiciones que se encontrarían cuando llegara el día D.

Se organizaron cuatro jornadas de puertas abiertas en los días previos a la inauguración oficial del museo por parte de los reyes de España, el momento ideal para visitar el recinto en persona. Nadie se extrañaría de que unos visitantes extranjeros fotografiaran las obras de arte o se hicieran selfis en los lugares más emblemáticos de tan peculiar edificio, un espacio integrado en la parte más monumental de Madrid que se había convertido en un verdadero desafío para los arquitectos que diseñaron el proyecto original.

Chiesa no quiso dejar nada al azar y acudió disfrazado, en compañía

de la *hacker* noruega, como turista ocasional que visitaba el museo. Con anterioridad habían conseguido los planos del edificio y conocían cada uno de sus recovecos, pero nada como ver *in situ* el recinto para hacerse una mejor composición de lugar. De ese modo no dejarían nada al azar, debían estar preparados.

Llevaban tiempo con la planificación y los ensayos para el ataque final sin contar con un detalle fundamental, quizá la información más relevante. A esas alturas todavía ignoraban la ubicación final del cuadro de Velázquez, una vez llegara el préstamo de la *National Gallery*, algo esencial para el éxito de su misión. Chiesa y Neumann discutían acaloradamente sobre ese asunto y ambos estaban de acuerdo en lo más obvio, sin llegar a tener la certeza absoluta. Ese detalle desquiciaba a alguien tan frío y calculador como el ingeniero alemán, al que no le gustaba encontrarse con sorpresas inesperadas de última hora que entorpecieran sus planes.

Lo normal era que los españoles situaran el cuadro de Velázquez en la sala de los Austrias, en la zona habilitada para la época de Felipe IV, ya que el ilustre sevillano fue el pintor de cámara de dicho rey. Siempre había un margen de error, pero todos sus esfuerzos y la planificación del plan original apuntaban a esa ubicación. Y si por cualquier casualidad los organizadores decidían cualquier otro emplazamiento, las dificultades del golpe se multiplicarían exponencialmente.

De hecho, acertaron con su primera predicción, sin saber que alguien vendría después a estropearlo todo. El ataque de los activistas climáticos dio al traste con sus planes iniciales y no les quedaba tiempo para preparar una alternativa prácticamente inviable. En un primer momento pretendían atacar el museo de madrugada durante una de las primeras noches de exposición, acceder al primer sótano del recinto y llevarse *La Venus del Espejo* antes de que llegara la policía. Y ahora todo se había complicado. Neumann veía el vaso medio vacío, mientras el optimismo natural de Chiesa le intentaba convencer de lo contrario.

—Tenemos que abandonar el plan antes de que sea demasiado tarde —insistía Neumann—. Ya solo permanecer aquí, en esta finca polvorienta, nos pone en peligro a todos. Hay que recoger sin dejar pistas y mandar a Björk a limpiar el piso franco de Madrid antes de que nos cacen como a conejos. No podemos jugárnosla, ya sabes que estamos en el punto de mira de la Interpol y de otras muchas policías locales.

—Ten fe, compañero, esperaremos un poco más —replicaba el jefe—. Si en unos días no se soluciona todo, te prometo que nos largamos de aquí sin mirar atrás. No podemos jugarnos el tipo si el golpe es imposible, aunque a los muchachos les dolerá perder tanta

pasta. Y creo que todavía hay una posibilidad no tan remota, no me parece una quimera impensable.

—No me gusta, Enzo, lo sabes desde el principio. Yo he hecho lo que he podido y teníamos el golpe preparado, con la sincronización perfecta entre todos para salir de allí con el cuadro en menos de cinco minutos. Al vehículo le he instalado un equipamiento especial, no creo que Rambo pueda quejarse, pero no veo posibilidades de éxito.

Imagino que no querrás acabar como con la chapuza de Dresde, y eso que te lo advertí.

Meses atrás habían perpetrado un arriesgado golpe en el Palacio Real de Dresde. A Heisenberg le molestaba que actuaran en su propio país y, además, las circunstancias del atraco no fueron las más adecuadas. Por no hablar de la ejecución del plan, que dejó bastante que desear, por lo que tuvieron suerte de salir de allí sin ningún rasguño.

Habían entrado a robar en la famosa Bóveda Verde, la cámara del tesoro del palacio de Dresde, una ciudad situada al este de Alemania. Consiguieron llevarse varios juegos de joyas de diamantes de valor incalculable, además de rubíes, zafiros y esmeraldas bellísimas, más de cien piezas en total. Y como el ingeniero no quiso participar en la preparación del golpe y Björk no estaba disponible para ayudarles con su magia informática, Chiesa y el resto de la banda asumieron demasiados riesgos a la hora de afrontar el robo.

Al Fantasma solo se le ocurrió estropear de madrugada una caja de fusibles eléctricos de una calle adyacente al palacio, lo que conllevó un pequeño incendio en la zona que alertó a las autoridades, algo que también les permitió deshabilitar las alarmas del museo. Después cortaron la reja de hierro de una ventana de la planta baja, rompieron el cristal y accedieron al interior.

—Ya sé que fue un error, no me lo vuelvas a repetir —afirmó Chiesa —. Sin la intervención de Björk, íbamos a ciegas. Pude anular las alarmas a mi manera y las cámaras del circuito cerrado nos pillaron *in fraganti*. Menos mal que no se nos reconoce con la ropa táctica y los pasamontañas, eso es lo principal. Además, las imágenes que han mostrado las autoridades son bastante borrosas, no te preocupes.

—No se te ocurre nada más que a ti. Y encima le permites a Abraham destrozar de esa manera tan sutil los vidrios de exposición donde se guardaban las joyas, menuda chapuza. Las autoridades saben que las piezas son invendibles y temen que los ladrones las troceen. Y al parecer, tienen pistas sólidas sobre los atacantes. Al final nos pillarán.

—Yo entregué las piezas al intermediario y cobré nuestra parte, el resto no me interesa. Rambo nos sacó de allí sanos y salvos y es lo único importante. Además, yo también tengo mis fuentes en la policía alemana y sé que no cuentan con ninguna pista fiable. Así que tranquilo, nadie se va a presentar aquí y ponernos los grilletes. Damos el golpe en Madrid y nos largamos como habíamos previsto, no podemos echarnos ahora atrás.

Mientras Chiesa y su lugarteniente discutían sobre la conveniencia o no de efectuar el golpe, Björk siguió con su labor de hormiguita. Contaban también con la seguridad de un piso franco en la calle Mayor, en pleno centro de Madrid, situado muy cerca del museo. Allí había instalado la *hacker* su equipo de seguimiento y desde esa posición controlaría llegado el día los detalles del golpe, aparte de mantenerse en permanente contacto con el resto del equipo, guiarles por las mejores rutas y librarles de cualquier posible problema, incluyendo anular alarmas o evitar a la policía.

La noruega ya se había colado por una puerta trasera en el sistema BMS que gestionaba todos los automatismos del recinto museístico. Instaló un pequeño programa de su creación que le permitió conocer, casi en directo, los hallazgos que el jefe de seguridad había encontrado después de la inauguración. El sigilo que todo miembro de la banda del Fantasma llevaba a rajatabla se convirtió en el mantra que Astrid utilizó para espiar a conciencia a sus rivales. Monitorizando cámaras, autómatas, luces o puertas de emergencia, incluyendo el sistema central que controlaba el BMS y su software adicional, se enteró de unas noticias que dejaron helado al resto de componentes de la banda.

—¿Cómo dices, Björk? —preguntó asustado Chiesa—. Eso no es posible, debe ser un error del sistema.

—Te aseguro que no me invento nada, jefe, todos lo podéis comprobar en mis pantallas o escuchar las grabaciones. Aquí tengo los datos, alguien ha aprovechado el jaleo del otro día para dar el cambiazo y llevarse algo de incalculable valor. Se ha montado una buena en el museo y están buscando al culpable.

—¡Maldita sea, Enzo! —exclamó Neumann—. ¡Te lo dije, te lo advertí! No debimos aceptar el encargo, ahora estamos vendidos. Ni de coña podremos robar ni un lapicero en ese museo después de algo así. Sería un suicidio, yo me retiro.

— *Che cazzo dici? Porca puttana!* —soltó Chiesa en italiano—. Mucha casualidad, no entiendo nada. ¿Atacan el cuadro esos activistas idiotas y justo aprovechan ese momento para robar allí? Entérate de los detalles, Björk, eso requiere una cuidada

planificación, no ha sido algo improvisado. ¿Puedes averiguar quién es nuestro rival y cuál es la pieza que se ha llevado? Si no ha salido nada en los medios imagino que las autoridades españolas lo ocultarán mientras intentan atrapar al culpable o recuperar la obra de arte.

—Buena idea, Enzo —contestó la noruega mientras tecleaba a toda velocidad en su equipo—. Creo que ese tipo se coló también de algún modo en el BMS, voy a ver si puedo ponerle una baliza o encontrar el origen de su ataque con ingeniería inversa. Lo que sí puedo asegurarte en este momento es la identificación oficial de las piezas sustraídas, lo que se ha llevado del museo dejando unas copias de gran calidad en su lugar. Y creo que no te va a gustar nada, jefe.

—¿Piezas? Así que el tipo ha pegado el cambiazo y se ha llevado más de una cosa del museo. Menuda sangre fría, debe de ser un experto ladrón. Un momento, ¿por qué dices que no me va a gustar nada? Ya sé que esto nos pone en una tesitura complicada, parece una broma que dos ladrones internacionales quieran actuar a la vez en el mismo escenario, si es eso a lo que te refieres. Pero…

El gesto negativo de la joven no auguraba nada bueno. Y Chiesa lo vio confirmado instantes después con una respuesta que no se esperaba.

—Han robado los *Códex Madrid I y II*, dos de los códices más importantes que se conservan en el mundo como manuscritos originales de Leonardo da Vinci.

—Imposible, no puede ser…

La ejecución

Ciudad Universitaria (Madrid), 4 de septiembre de 2018

A media mañana de ese martes, el campus de la Ciudad Universitaria, situado al noroeste de Madrid, bullía de actividad. El motorista no conocía bien la capital, por lo que tardó bastante en atravesar Madrid de sur a norte, siempre sin utilizar la M-30 ni otras vías principales de circulación. Sabía que las cámaras de tráfico predominaban en esas arterias, aunque el resto de las calles no estarían completamente exentas. Solo esperaba que su mono negro y el casco a juego, totalmente opacos y sin distintivos ni publicidad alguna, sirvieran para ocultar su identidad.

Trazó una ruta alternativa en el navegador y se dejó llevar por las sensaciones y su sentido de la orientación. Tampoco es que entendiera las señales en español, idioma que no dominaba, por lo que continuó brujuleando por aquellas calles, siempre en sentido nor-noroeste. Cuando por fin accedió al campus universitario, recordó la ubicación de su destino final. Tenía el mapa en la cabeza, así que no le costó subir por la Avenida Complutense y seguir el sentido de la circunvalación hacia su derecha, camino de la plaza de las Ciencias.

La casualidad, el destino o la suerte le facilitaron su misión, improvisada después de conocer las últimas noticias. Ni siquiera fue consciente del conflicto que había surgido en los últimos meses en la Ciudad Universitaria relacionado con las plazas de aparcamiento de cada facultad. Por lo que vio a su llegada, parecía que estaban instalando vallas y pintando las futuras plazas de parking, algo fundamental para impedir el acceso de cualquier persona no identificada como profesor o alumno de la Universidad Complutense, a la que pertenecían todas las facultades ubicadas en esa plaza rectangular.

Pero en ese momento nadie le impidió aparcar la moto junto a la puerta de la facultad. Se quitó el casco y lo guardó en el portamaletas de la Honda CBR de segunda mano con matrícula falsa que nadie podría rastrear. O eso le habían asegurado, al menos.

El motorista se paró un segundo antes de acceder al edificio universitario. Sin el casco seguía llamando la atención con su mono ajustado, y no era plan de ponerse allí a

quitárselo, aunque estuviera muriéndose de calor, ya que debajo solo llevaba la ropa interior. Y eso que en esa mañana de septiembre los pronósticos meteorológicos no pronosticaban más de 25 grados en esa zona de Madrid, pero el material sintético de la prenda motera le hacía sudar profusamente, algo que odiaba con toda su alma y que le recordó a otras latitudes.

Tuvo que apartar de su mente las imágenes que le llegaban de su tierra natal, junto a aquel mar interior en el que la humedad relativa en verano provocaba bochornos difíciles de sobrellevar. Se maldijo por actuar de una forma tan alocada, sin planificar las cosas, algo que siempre le habían echado en cara. Actuó sin pensárselo dos veces y ahora se encontraba allí, expuesto y sin saber qué hacer. ¿Debería olvidarse y regresar a su posición inicial? No, nunca le había gustado echarse atrás, aunque se jugara la vida en la misión.

Entonces se le ocurrió otra idea. A él le pagaban por actuar, no por pensar, y en ese momento su mente se iluminó para alumbrar una posible salida al conflicto. Volvería a coger el casco para llevarlo en una mano y en la otra portaría un sobre abultado que también guardaba en el portamaletas, siempre sin quitarse los guantes, por si acaso. De ese modo podría hacerse pasar por un mensajero.

No quería preguntar en el interior del edificio y delatar su acento extranjero. Con su pelo negro y su tez morena no tenía por qué destacar demasiado en un país como España, pero si hablaba con alguien podría dejar cabos sueltos. Así que estudió el plano de orientación de la facultad y se dirigió hacia la zona de los departamentos académicos, cruzándose con varias personas que lo ignoraron. Iba a cara descubierta para no despertar sospechas antes de tiempo, consciente de que era muy posible que alguna cámara le estuviera grabando. A simple vista no vio ninguna ni en el exterior de la fachada principal ni en el hall de entrada, pero tampoco podía pararse a comprobarlo más de un segundo, el tiempo apremiaba.

Se dirigió directo hacia la planta tercera del edificio, donde estaba el despacho que buscaba. Un conserje se le quedó mirando sin llamarle la atención y él señaló el supuesto paquete y las escaleras, dando a entender que sabía dónde tenía que entregarlo. El hombre le ignoró y siguió a sus quehaceres, sin fijarse en que el paquete de marras ni siquiera llevaba pegatina o logo de cualquier empresa de mensajería. Otro pequeño fallo que ya no podía subsanar, por hacer las cosas a lo loco. Los lamentos a esas alturas no servían de nada, así que se apresuró para terminar cuanto antes con la tarea.

Cuando llegó a su destino se fijó en la placa situada a la entrada del despacho con los nombres de los profesores que pertenecían a ese departamento. Respiró profundamente, se tomó un segundo para asimilar lo que iba a suceder a continuación y llamó con los nudillos a la puerta. Cuando escuchó en español, «Adelante», abrió la puerta y se adentró en el amplio despacho, no sin antes percatarse de que no dejaba nadie a su espalda, en un pasillo completamente despejado.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó el hombre allí sentado.

—¿ *Professor* Ortega? —preguntó el motorista casi más en inglés que en español mientras señalaba el paquete.

—Sí, soy yo. Los conserjes son los que recogen los paquetes. Haga el favor de salir de aquí, tengo mucho trabajo y yo…

El motorista no le permitió seguir hablando. Sacó la pistola con silenciador que llevaba preparada en el interior del paquete y, sin mediar palabra, le disparó dos tiros mortales en el pecho. El profesor, que se había levantado de su silla, rebotó contra su respaldo y cayó desplomado sobre la mesa. El asesino se acercó y le descerrajó otra bala en el cráneo, para asegurarse. Una ejecución en toda regla, no podía fallar.

Se asomó a la puerta y no vio a nadie, por lo que abandonó el despacho a buen ritmo, pero sin correr. El silenciador había atenuado el sonido de los disparos y en un edificio tan ruidoso, repleto de jóvenes llenos de vida que comenzaban un nuevo curso escolar, nadie tenía por qué haber escuchado nada extraño. La posibilidad existía y no podía evitarlo de ninguna manera. Sin embargo, su instinto le dijo que con algo de suerte tardarían en cerciorarse de lo que había sucedido. Y para entonces, llegado el caso, él ya se encontraría muy lejos, a poder ser de vuelta a su guarida.

Con una sonrisa en el rostro que dulcificaba un poco su pétreo rostro, el ejecutor salió del edificio, no sin antes despedirse con un gesto del conserje. Había cumplido con éxito su misión sin saber todavía si le serviría para algo en sus propósitos. Por lo menos se había vengado de aquel indeseable que les había jodido sus planes.

Se montó de nuevo en la Honda y abandonó el lugar sin llamar la atención. Estuvo tentado de salir derrapando tras quemar rueda, pero la prudencia ganó la partida por una vez. Y eso que se sentía eufórico después del crimen, al recordar los viejos tiempos, muy satisfecho por los resultados. Regresó entonces a la avenida principal y continuó en

dirección norte, girando a la derecha para atravesar un enorme parque situado en ese margen y olvidarse otra vez de las carreteras principales.

El asesino llegado de lejanas tierras se gustó revirando en aquellas curvas en las que pudo disfrutar de la conducción en moto, buscando alguna avenida principal que le permitiera regresar a salvo a su escondrijo. Lo que todavía desconocía era que acababa de abrir la caja de Pandora, algo que le acarrearía terribles consecuencias en un futuro muy próximo.

7

Crimen por encargo

Complejo policial de Canillas (Madrid), 4 de septiembre de 2018

El inspector Bermejo llevaba toda la mañana reunido con diferentes estamentos policiales dentro del gran complejo de Canillas. A primera hora departió con la comisaria Matilde Munuera, su responsable directa, para hablar de temas pendientes. Y, cerca ya del mediodía, fue invitado también al cónclave que se formó en una de las salas principales del edificio, con todos los grupos implicados en la investigación de lo que parecía ser un gran golpe perpetrado en los almacenes de las Colecciones Reales.

El veterano policía acudió al encuentro sobre aviso, ya que conocía con anterioridad los hechos acaecidos en el interior del museo recién inaugurado gracias a la relación de la jueza Velasco con la responsable de la Brigada de Patrimonio Histórico, la inspectora jefa Asunción Herrera, por lo que Bermejo estaba al tanto del ingenioso golpe. Al parecer, los ladrones se habían aprovechado del caos organizado durante el ataque fallido al cuadro de Velázquez para hacerse con otras piezas de incalculable valor.

No era que Bermejo fuera un experto en arte ni que quisiera formar parte del operativo, pero como él había asistido a la dichosa inauguración y, además, los responsables habían recibido presiones desde la Audiencia Nacional, decidieron invitarle por deferencia. El inspector acudió un poco a regañadientes, pero no quería hacerle ese feo a Macarena, y al saber que su amigo Roncero también asistiría a la reunión como oficial de enlace de la Interpol, decidió suavizar su postura. Lo que nadie imaginaba en esos momentos era que Bermejo tuviera que abandonarla a la carrera por culpa de una emergencia inesperada.

—Parece que al final se salieron con la suya, Pablo —comenzó diciendo Bermejo al cruzarse con el guardia civil antes de entrar en la sala de reuniones habilitada—. Una estratagema muy elaborada, lo de despistarnos con el ataque al cuadro y demás, nunca se me hubiera ocurrido. Y mira que te avisé del mal pálpito que yo tenía, sabía que algo pasaba.

—Ya es tarde para lamentarse, inspector. Recuerde que yo también sufrí una especie de mareo, me agobié allí dentro y he pensado mucho en ello. Quizá, aunque fuera de

forma inconsciente, también sentí que algo no marchaba bien. Toda aquella *performance* tenía una motivación, no solo llamar la atención sobre el cambio climático.

El inspector no le tuvo en cuenta a su compañero de correrías el retorno a las viejas costumbres llamándolo de usted. Sabía que Roncero era un chico muy educado, de buena familia, que guardaría las formas en un entorno como el que se encontraban, rodeados de altos cargos policiales y ministeriales. Su curiosidad policial ante un robo tan audaz pudo más que su ignorancia sobre esos temas, por lo que Bermejo le siguió interrogando por si podía averiguar más datos.

—¿Habéis podido relacionar a la tipa del martillo con el robo? Si el ladrón aprovechó ese descuido tal vez andaban compinchados, imagino que lo tendréis en cuenta.

—Sí, claro, hay varias líneas de investigación. Y como siempre pasa, se puede imaginar, ya estamos con los problemas de competencias. El jefe de seguridad del museo no quiere injerencias y comenzó con su propia investigación en cuanto se dio cuenta del engaño. Patrimonio Nacional se puso en contacto con el grupo de la UCO

que lleva estos temas y el ministro del Interior quiere que también se involucre la Brigada Especial de la Policía Nacional. De ahí esta reunión tan multitudinaria, donde encima acudo yo como enlace de la Interpol, con pasado incluido en la Guardia Civil.

—Todo muy divertido, Pablito, siempre estamos con las mismas historias. Menos mal que nosotros somos los buenos, con tanta discusión sobre las competencias y a ver quién tiene la manguera más larga, lo único que conseguimos es facilitar las cosas a los delincuentes. A saber dónde está ya ese tipo y si las piezas han salido de España sin que nos percatemos.

—Creemos que no. Hemos puesto vigilancia especial en las principales fronteras, aeropuertos, estaciones de tren y autobuses, *etc.* Lo habitual en estos casos, todo muy de manual, sin resultado positivo de momento. Si tuviera que jugármela diría que el ladrón sigue aquí, entre nosotros, camuflado bajo la coartada que tenía preparada para después del golpe. Eso sí, seguro que ya ha entregado las piezas a algún intermediario o al que le hizo el encargo, en este tipo de robos se desembarazan pronto de lo sustraído.

—Ojalá tengas razón; por lo que sé, andan los ánimos un poco caldeados. He oído rumores de que el ministro quiere cortar cabezas,

estamos haciendo el ridículo a escala internacional. Y eso que creo que nadie se ha enterado todavía del robo, si no seríamos el hazmerreír total en Europa.

—No se equivoca, Bermejo, a mí me ha llegado la misma onda. Por lo visto, tampoco están contentos en la Zarzuela, todo sucedió durante la inauguración del museo y están disgustados con lo sucedido. La imagen de la Casa Real y de la Galería recién inaugurada está en entredicho, sé que andan presionando con fuerza. De ahí el enorme dispositivo que se ha formado para este caso y el otro posible golpe que esperemos que no llegue a producirse.

—¿Seguimos con la amenaza de la banda esa? —preguntó Bermejo—. No creo que se la jueguen después de lo que ha pasado, sería del género bobo meterse en la boca del lobo.

—No puedo hablar mucho del tema, las posibilidades siguen ahí. Tanto desde la UCO como desde la Interpol, que ha añadido más equipos al operativo, se le da bastante credibilidad a esta información: *La Venus del Espejo* sigue siendo un objetivo prioritario. Seguimos varias pistas prometedoras y esperamos resultados muy pronto.

Sería una buena publicidad atrapar a esa banda en territorio español, aunque creemos que no tiene nada que ver con el robo de los códices.

—Mucha casualidad me parece a mí que haya dos grandes bandas internacionales de ladrones de arte que coincidan en tiempo y en espacio en Madrid, atentando ambos contra piezas custodiadas en la dichosa Galería de las Colecciones Reales. No sé, vosotros sois los expertos en estos temas, pero aquí hay gato encerrado, alguna relación tiene que haber entre los dos casos. Mira que me levanté de mal humor la mañana de la inauguración, sin saber que nos traería tantos quebraderos de cabeza.

—Por lo menos usted no tiene que involucrarse demasiado en este caso, tiene otras prioridades. Si viera las movidas con el jefe de seguridad del museo se ofuscaría igual que nosotros, se cree Harry el Sucio el tipo ese. Desde Patrimonio Nacional, la UCO e incluso el ministerio del Interior y el de Cultura se le está presionando para que afloje, pero el impresentable sigue con una investigación paralela que pone en peligro toda la operación. No ha cejado en su empeño de interrogar a todo el personal y al final va a saltar la liebre. La gente habla, los rumores se propagan y esto no va a acabar bien. En cuanto los medios se enteren de la catástrofe nos van a crucificar, se puede imaginar.

—Sí, sé de lo que hablas —replicó Bermejo recordando otras investigaciones en las que se habían cruzado con problemas similares de jurisdicción, competencias y conflictos con los medios de prensa—. ¿Tenéis ya algún sospechoso?

—Ahora se tratará en la reunión, o eso espero. Sí puedo adelantarle que se ha acotado bastante la búsqueda. De los tres empleados que no se habían podido localizar

en un primer instante, los dos que estaban de vacaciones ya han dado sus explicaciones pertinentes y parecen plausibles. El que falta es el que está de baja, un empleado de mantenimiento temporal que no da señales de vida.

—Hombre, si está de baja médica será por algo, habrá que seguir insistiendo. Y si no coge el teléfono se manda una patrulla a su casa y punto. Quizá todo tenga una explicación y le den un susto de muerte a ese individuo, pero yo no soltaría ese hueso.

Sin descartar otras opciones, claro. Puede que ni siquiera sea alguien de dentro, aunque entiendo que desde el exterior sería prácticamente imposible hacerse con esas piezas y pegar el cambiazo.

—Se está revisando todo palmo a palmo, creo que van ya por la tercera o cuarta batida por el edificio, no vaya a ser que las piezas robadas permanezcan escondidas en algún recoveco del recinto para recogerlas posteriormente, cuando las aguas se calmen.

Y a todos los empleados se les está sometiendo a controles exhaustivos. Aquello es peor que una cárcel y ya está empezando a crecer el mal rollo entre los trabajadores. Algo que no me extraña, tendría que ver el carácter prusiano del jefe de seguridad, por llamarlo de alguna manera.

—¿Y el resto de los invitados de la inauguración? —insistió Bermejo —. Si se coló una fotógrafa de pega puede que haya alguna que otra sorpresa en esa lista, obviándonos a nosotros y a las autoridades principales, claro.

—Nadie se libra, inspector. Se está investigando a todo el mundo, incluyendo altos cargos y sus familiares. Ese acto también tenía sus connotaciones políticas y no se puede descartar ninguna variante: conflictos entre compañeros de partido o rivales ideológicos, venganzas, chantajes, caídas en desgracia, *etc*. Todos estamos en el punto de mira, incluidos nosotros.

—Me parece muy bien, yo no tengo nada que ocultar, imagino que vosotros tampoco. Espero que el pasado periodístico de Miriam no suponga ningún problema, estas cosas las carga el diablo. Disculpa un momento… —añadió en voz baja.

—Miriam está fuera de toda sospecha, faltaría más. Eso sí, sé que anda husmeando y no me gusta, no quiero que se meta en este asunto —contestó Roncero sin percatarse de que su interlocutor se separaba unos metros de él en el pasillo.

El policía sintió la vibración de su teléfono móvil en el bolsillo y atendió la llamada, apartándose de la puerta de la sala por la que ya estaban accediendo los participantes a la inminente reunión. Hizo un gesto a la inspectora jefa Herrera para darle a entender

que era urgente y debía contestar, mientras Roncero permanecía a pie firme, al parecer esperando para entrar juntos al cónclave de investigadores de los diferentes departamentos.

—Está a punto de comenzar la reunión, comisaria. ¿Es muy urgente? —preguntó Bermejo sin acritud, con la confianza que le otorgaban sus muchos años en el Cuerpo Nacional de Policía.

—Te necesito, Paco, es prioritario —aseguró Munuera, que trataba al inspector con la misma familiaridad que su predecesor, el comisario Mardones, antiguo jefe y amigo personal de Bermejo—. Se acaba de cometer un asesinato a sangre fría en una de las facultades de la Complutense. Han ejecutado a un profesor en su despacho, esto es muy grave.

—Pero… —Bermejo se bloqueó durante un instante, no se esperaba ese tipo de información—. ¿Una ejecución en la Complutense? Suena muy extraño, comisaria.

Quizá haya sido un ajuste de cuentas o tenga algo que ver con un tema personal del profesor, algún problema en el que se hubiera metido.

—Ni idea, te tocará averiguarlo. Puede ser un ajuste de cuentas o cualquier otra cosa.

Se trata de una ejecución sumaria, efectuada por una pistola con silenciador. Si tuviera que apostar diría que se trata de algún sicario llegado del otro lado del charco, no sé si me explico. Habrá que investigar al entorno de la víctima, ya sabes.

—Puede ser, hay muchos problemas en Madrid con el tema del narcotráfico y las bandas latinas. Pero ¿por qué iban a asesinar a un profesor universitario en su despacho? Y encima, a plena luz del día; no me cuadra.

—Por eso te mando para allá, te está esperando abajo la subinspectora Priego con un coche oficial. Vais y os hacéis cargo de la investigación, orden directa de tu amigo Mardones. Y si alguien te pone alguna pega, me avisas.

—A sus órdenes, comisaria —replicó Bermejo a su pesar—. Salgo para allí de inmediato, la mantendré informada.

El inspector se despidió de Roncero con la excusa de atender un caso urgente y la promesa de ponerse al día más adelante. Le pidió que lo disculpara ante el resto de integrantes de una reunión que estaba a punto de comenzar, sin saber en esos momentos lo que podría encontrarse en la Ciudad Universitaria de Madrid.

Bermejo se alejó rezongando de allí. Con septiembre recién comenzado, no parecía que la promesa realizada por sus mandos de que hablarían de su posible paso a la segunda actividad una vez finalizado el verano fuera a tener efecto. El maldito Mardones, por boca de Munuera, quería enmarronarle de nuevo con un caso que no le olía demasiado bien. Y encima tendría que apechugar con la ingenuidad de la subinspectora Elena Priego, una novata en cuanto a investigaciones de homicidios se refiere. Recién llegada de la UDEF, allí solían trabajar con otro tipo de delitos menos sangrientos, por lo que el inspector asumió que la joven todavía no se había enfrentado a casos de semejante calibre.

El veterano policía esbozó una sonrisa triste al evocar otro encuentro con un bisoño suboficial, años atrás, cuando le presentaron a aquel guardia civil tan envarado en el parador de Plasencia. Fue la primera vez que se cruzó con Pablo Roncero, sin saber que aquello sería el comienzo de una buena amistad y, a la vez, de una peligrosa investigación conjunta entre sus dos cuerpos policiales que les pondría al límite de sus fuerzas.

Bermejo salió del edificio y se dirigió directamente al coche patrulla en el que ya le esperaba la joven subinspectora. No le apetecía nada el nuevo caso, mientras le seguía dando vueltas a lo ocurrido en el museo días atrás. Pero en esos momentos debía centrarse en el crimen que le habían encargado, un homicidio demasiado arriesgado a su parecer. Un asesinato perpetrado por alguien con la sangre fría

suficiente para llevar a cabo una ejecución en un lugar público repleto de gente en pleno horario lectivo de una facultad.

Tiempo tendría de darse cuenta de que las apariencias siempre engañan. Y el precio que debería pagar por la verdad sería mucho más alto de lo que nunca hubiera imaginado en aquel dichoso verano que parecía no acabar nunca.

8

La coartada

Madrid, 30 de agosto - 4 de septiembre de 2018

El empleado de mantenimiento conocido como Iván Guerrero cumplió con el plan que tenía previsto. Cambió de aspecto y de vehículo y, sin descansar, se dirigió directo hasta Navarra, dispuesto a entregar a su empleador las piezas que le incriminaban en un robo espectacular. Tuvo que parar un par de veces para tomarse un café doble bien cargado después de tantas horas seguidas sin dormir, pero al final tanto esfuerzo mereció la pena.

—Sabía que no me fallarías, Julio —afirmó Antón Lizarraga al verle llegar a su enorme finca, situada a medio camino entre la campiña navarra y los Pirineos—.

¡Madre mía! Los códices de Da Vinci son increíbles, se encuentran en muy buen estado.

Eso sí, con más tiempo tienes que prepararme una encuadernación a su altura y coser las páginas para que quede lo más parecido al original, como los verdaderos cuadernos de Leonardo.

Al ladrón no le molestó que el millonario utilizara su verdadero nombre. De hecho, casi había trabajado de falso autónomo para él, ya que en los últimos años solo había perpetrado golpes para satisfacer los encargos y el ego de un empresario que nunca tenía suficiente. La confianza en un tipo de relación tan especial como la suya era fundamental para el buen devenir de los acontecimientos, por lo que el riesgo era mínimo. Al contratante no se le iba a escapar ni el nombre ni la ocupación real de su empleado especial si no quería meterse en un buen lío, por lo que Julio no perdió ni un segundo más en preocuparse por su seguridad, por lo menos desde ese punto de vista.

—No seré Bill Gates, pero estos cuadernos son mucho más valiosos que su famoso códice Leicester —aseguró el navarro—. Eso sí, no me pavonearé como el gran filántropo, prefiero disfrutar yo solo de esta maravilla. ¡Tengo en mis manos la obra original de Leonardo! Esto es un auténtico sueño…

—No ha sido nada fácil, te lo aseguro, todavía no sé ni cómo lo he logrado— afirmó el recién llegado—. Demasiado riesgo, ya te lo

advertí. Y lo peor está por llegar, en cuanto se den cuenta del engaño comenzará la caza del zorro. Creo que he tapado bien mis huellas, pero en un golpe tan complicado siempre se escapan detalles y yo

reconozco que he perdido demasiado tiempo preparando con mimo las piezas de reposición.

—Te lo dije, amigo, tampoco hacía falta esmerarse tanto. Solo tenías que pegar el cambiazo y salir por patas antes de que te pillaran, ocultando tu rastro, claro. ¿Me puedes enseñar alguna imagen o vídeo de tu trabajo? Seguro que es una maravilla, pero…

—Te enseñaré la galería de mi móvil y lo borraré enseguida, no quiero que me pillen por una tontería. Aquí tienes lo que grabé cuando terminé el trabajo, aunque la calidad de las imágenes no hace verdadera justicia a los códices —contestó orgulloso—. Si hubiera contado con tiempo suficiente yo creo que podría haber creado algo mucho mejor. Tal vez mi trabajo hubiera sido expuesto al mundo sin que nadie se percatara del engaño, eso nunca lo sabremos.

—¡Sublime, eres un auténtico maestro! Yo creo que tardarán en percatarse, tienes tiempo de organizarte antes de que comience la búsqueda. ¿Sabes ya lo que vas a hacer con tu vida?

—De momento voy a descansar hasta el domingo, creo que me lo he ganado. He venido a la carrera, pero tengo que terminar de preparar mi coartada para no ir a trabajar esta tarde al museo y que no sospechen de mí. Y después ya veré, seguramente regrese a mi puesto en la universidad, no quiero llamar demasiado la atención sobre mi persona.

—¿No te vas a largar al Caribe? Yo creí que desaparecerías durante un tiempo, con ese dinero puedes empezar de cero en cualquier lugar. Además, no necesitas a nadie para prepararte una nueva identidad, seguro que cuentas con pasaportes y documentos falsos de sobra en tu guarida para cualquier eventualidad.

—Eso es cierto, Lizarraga —confirmó Julio con una sonrisa, recordando los pasaportes de diversos países que guardaba a buen recaudo en el sótano de su casa de Perales del Río, con su fotografía y diferentes nombres a los que se tendría que acostumbrar llegado el caso—. De todas formas, yo he realizado el trabajo y todavía no he visto ni un duro.

—Perdona, llevas toda la razón. ¿A qué cuenta quieres que te transfiera el dinero?

¿O prefieres bitcoins o algún otro tipo de transacción?

—Mejor un poco de todo, para diversificar. Ya sabes que no es bueno guardar todos los huevos en el mismo cesto.

Al final recibió los seis millones de euros prometidos en diversas cuentas abiertas en paraísos fiscales a las que podía acceder con facilidad, aparte de incrementar notablemente dos monederos virtuales diferentes en los que guardaba criptomonedas.

Convenció al empresario navarro para que realizara las transferencias con la mayor seguridad, a través de varias empresas pantalla para que fuera difícil dar con el rastro del dinero. Ya se encargaría él de mover después esas cantidades con mesura y discreción, procurando no atraer la atención sobre él.

—Muy bien, pues ya está todo. Tengo preparado el cuarto de invitados por si quieres descansar un rato, ha sido un viaje muy largo después de una noche agotadora.

—No deberían vernos juntos, eso es fundamental. Quizá la policía ya ande tras mis pasos, no se lo puedo poner tan fácil. Debería regresar cuanto antes a Madrid, o buscar algún lugar para pasar estos días hasta el fin de semana.

—Descansa un par de horas por lo menos, no te agobies, yo te llamo para comer.

Nadie va a venir a buscarte aquí, sabes que yo estoy protegido en mi tierra. La policía no va a entrar así como así en mi finca y, aunque lo hicieran, tengo preparados vehículos y rutas de escape. Yo también soy un hombre prevenido, no te creas. Mi fachada de empresario honesto, filántropo y demás zarandajas no me impide ver los riesgos de mis operaciones y también me curo en salud.

—Está bien, tú ganas. Después de comer me largo, no me la quiero jugar. La adrenalina ya se ha disipado, pero sigo con un leve rastro de angustia. Y esa sensación no me gusta nada, ya lo sabes.

—No me seas cenizo, anda, no va a pasar nada. Échate un sueñecito, después comemos tranquilamente y te vas cuando quieras. Incluso tengo las llaves de una casa rural en plena montaña, por si te apetece desconectar estos días antes de regresar a Madrid. Si es que finalmente vuelves a tus rutinas y no coges el primer vuelo a una isla paradisíaca, claro.

Lizarraga le guiñó un ojo con su última afirmación, sin que Julio se quedara tranquilo del todo. De hecho, su mal augurio acertó de pleno. En esos momentos, el jefe de seguridad del museo ya se había percatado del engaño, dando la voz de alarma y movilizando a toda la caballería. Afortunadamente, Julio se había deshecho del móvil de prepago a nombre de Iván Guerrero que había utilizado durante todo el verano. El

mismo que aparecía como dato personal en su ficha de la empresa de servicios que le contrató o modo de contacto para su responsable en el departamento de mantenimiento en el museo. Todavía le quedaba el envío del parte de baja para justificar su ausencia vespertina en esa tarde de jueves.

Instalado con tranquilidad en la habitación de invitados, decidió adelantar alguna operación antes de descabezar un sueñecito. Julio utilizó su propio ordenador, siempre bajo varias capas de seguridad cibernética, para realizar varios movimientos con el dinero recién transferido. También aprovechó para enviar el parte de baja médica previamente elaborado, con la firma de un facultativo real que atendía pacientes en el barrio de Madrid en el que supuestamente vivía, según su ficha de personal. Esperaba que la empresa no le diera mayor importancia en un primer momento y, como el contrato estaba a punto de finalizar, no removiera demasiado el asunto. No tenía por qué saltar ninguna alarma, había tomado todas las precauciones para ello.

El ladrón confiaba en que tardaran unos cuantos días en descubrir su estratagema, a ser posible cerca ya de la inauguración de la exposición del Museo del Prado que contaría con los códices de Leonardo, entre otras bellezas artísticas. De ese modo sería más difícil acotar cuándo y cómo había sucedido el robo en la Galería y él no tendría por qué aparecer en ninguna lista de sospechosos. Para entonces, su contrato con la empresa de servicios habría finalizado y nunca tendría por qué volver a la escena del crimen. Ese sería el mejor de los casos, pero como pesimista recalcitrante, también se había preparado para otras eventualidades con peor diagnóstico para él.

Su pensamiento científico le llevó a intentar prever todas las posibilidades, algo impensable e imposible bajo las precarias circunstancias del golpe, sin querer llamar al mal fario de ninguna manera. Había salido casi todo a pedir de boca y buscaba en su mente cualquier resquicio que señalara en su dirección. Esperaba no haber dejado una huella digital demasiado visible tras su paso por el BMS, ese le pareció siempre el eslabón más débil, pero necesitarían

auténticos expertos informáticos para seguir su rastro desde ahí. Lo único que tendría que hacer sería eliminar la aplicación instalada en su móvil para controlar dicho sistema y asunto arreglado. Luego se encargaría de hacerlo, se había recostado en la cama y Morfeo parecía querer acunarle entre sus brazos.

Se despertó solo un par de horas después, no demasiado despejado, pero sí con la suficiente energía para afrontar el resto de la jornada. Comió con su empleador y se dejó convencer para pasar un par de días en la montaña, en un apartamento rural que le ofreció Lizarraga en plenos Pirineos. Se despidió de él con la idea de no contactar durante una buena temporada para que nadie pudiera relacionarlos.

Regresó a Madrid el sábado 1 de septiembre y retomó sus quehaceres habituales. Ni siquiera quiso acercarse a la casa de Perales del Río, por si acaso las autoridades la estaban vigilando, aunque no apareciera en ningún registro a su nombre. Prefirió quedarse en su piso de la capital y prepararse para el comienzo del nuevo curso escolar, ya que el día 3 debía reincorporarse a su puesto de profesor titular en la facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense.

Ese lunes fue un día tranquilo, de reencuentros con el resto del claustro y reuniones para organizar el curso que estaba a punto de comenzar. La sorpresa le llegó al día siguiente, a media mañana, cuando acudió al despacho del departamento de Física Teórica que compartía con otros dos colegas. Entró sin llamar y tuvo que ahogar un grito al encontrarse con el panorama.

Cerró la puerta con llave desde dentro por si alguien se asomaba al despacho y se acercó a la mesa más alejada de la entrada para comprobar si su primera apreciación fue la correcta. Su compañero de departamento, el catedrático Ignacio Ortega, aparecía recostado sobre la superficie de la mesa, sin vida. No quiso tocar el cuerpo ni comprobar sus constantes vitales; no hacía falta, tras ver el destrozo que le habían causado en el cráneo.

La frente de su compañero y amigo mostraba la inconfundible marca de un disparo efectuado a quemarropa. La bala tenía orificio de salida por la parte posterior del cráneo, manchando de sangre y restos de cerebro la pared posterior y también la mesa sobre la que se sustentaba el cadáver. Por la posición en la que halló el cuerpo no podía saber que también había recibido dos disparos en el pecho, pero ese era el menor de sus problemas en ese momento.

«¿Por qué han asesinado a Ignacio?», se preguntó sin querer asumir la

realidad. Su mente le enviaba señales inequívocas de alerta, mientras las pulsaciones se le disparaban y la ansiedad comenzaba a apoderarse de sus actos. No podía dejarse vencer por el pánico, debía actuar con la máxima celeridad.

El trauma sería evidente para cualquiera que se encontrara con semejante hallazgo; sin embargo, prefirió dar él la voz de alarma. De ese modo se enfrentaría cara a cara con los policías que se encargaran del caso, como testigo que había encontrado el cadáver, e intentaría controlar el relato desde ahí, algo que sería muy complicado. Quizá fuera mejor esa opción que desaparecer para que otra persona se encontrara con el muerto, situación que le podía acarrear fatales consecuencias. Alguien podría verle salir subrepticiamente del despacho sin avisar del hallazgo, con lo que las sospechas recaerían sobre él en primera instancia.

Su cerebro analítico venció a las sensaciones ambivalentes que se querían apoderar de sus músculos, calmándose para poder reaccionar del modo que más le conviniera.

No podía mostrarse insensible ante la tragedia y, de todos modos, nadie tendría en cuenta su poca expresividad, ya que estaban acostumbrados a su peculiar manera de ser en la facultad. No obstante, debía asumir el mando y tomar las decisiones adecuadas, sin que la alarma que se había instalado en su cabeza dejara de sonar ni por un segundo.

Se aseguró de no haber tocado nada que pudiera incriminarle sabiendo que, aunque le hicieran las pruebas de parafina en las manos, una comprobación rutinaria de los investigadores criminalísticos en la que se buscaban restos de pólvora tras disparar un arma de fuego, nadie podría encontrarle rastro alguno que le relacionara con el crimen.

Salió de allí, cerró con llave el despacho a su espalda y encaminó sus pasos hacia la oficina del gerente. Debía comunicar el hallazgo y llamar a la policía sin falta.

La idea de que Ignacio hubiera muerto por su culpa ocupó todo su ancho de banda, sin que pudiera eludir un sentimiento de culpabilidad que le abrumaba por momentos.

No creía que su compañero tuviera enemigos ni problemas que pudieran acarrearle una ejecución de ese estilo, por lo que pensó que en realidad era a él a quién buscaban. Una terrible equivocación había

terminado con la vida del profesor Ortega y ya nada ni nadie podría solucionarlo.

La cuestión en realidad se convertía en algo mucho más peliagudo si asumía esa hipótesis de partida. ¿Quién quería acabar con su vida y por qué? ¿Tenía que ver con el robo del museo o se trataba de otro asunto? Intentó hallar una respuesta satisfactoria a una pregunta tan complicada, sin llegar a encontrarla en los pocos segundos que tardó en revolucionar al personal académico y administrativo de su facultad.

Tras el descomunal impacto de la noticia, el gerente se hizo cargo con profesionalidad de la situación. Julio le vio realizar varias llamadas e incluso le agradeció los gestos y palabras hacia su persona, en un intento de reconfortarle ante la magnitud del descubrimiento. La sombra de lo ocurrido en los noventa en un despacho de la Universidad Autónoma sobrevoló la conversación, pero el ladrón de guante blanco intuía que ese asesinato no tenía nada que ver con política ni con bandas terroristas de ningún tipo.

Las sinapsis de sus neuronas funcionaban a toda velocidad y entonces se dio cuenta de un terrible error que podría incriminarle. Sacó su móvil y comprobó las aplicaciones instaladas en su teléfono, percatándose de que no había eliminado el programa de su invención que le permitía acceder por una puerta trasera al sistema BMS que controlaba

todos los automatismos del edificio de las Colecciones Reales. Un fallo inconcebible que podría acarrear su ruina, todo por un olvido imperdonable al relajarse en su fin de semana bucólico en la montaña pirenaica.

Eliminó la aplicación y estudió con nerviosismo las diferentes carpetas de archivos del teléfono. Ya había eliminado todo rastro de fotografías y vídeos del trabajo realizado con los códices, o cualquier tipo de imagen tomada durante su estancia en el museo durante los dos últimos meses. No tenía tiempo de efectuar un barrido más profesional hasta que llegara a su casa, por si se había quedado guardado en la memoria algún archivo temporal, por lo que rezó para no tener que entregar ese aparato antes de poder regresar a su domicilio.

Diferentes combinaciones se agolpaban en una cabeza a punto de estallar. Y eso que ni siquiera sabía que ese mismo día tendría que enfrentarse a la experiencia y sagacidad de un sabueso policial acostumbrado a escarbar en lo peor del alma humana.

Un terrible error

Alrededores de Illescas (Toledo), 03-04 de septiembre de 2018

En la madrugada del lunes, Astrid se quedó trabajando mientras montaba guardia.

Enzo le aseguró que no se fiaba de nadie después de lo sucedido en el museo, por lo que el jefe dispuso turnos de guardia cada cuatro horas para que todos pudieran descansar un rato y, a la vez, siempre hubiera alguien despierto que vigilara el entorno.

Se encontraban en una finca lejos del núcleo urbano más cercano, vallada en todo su perímetro, con vigilancia por circuito cerrado y custodiada por perros. Sin embargo, ninguno de los integrantes de la banda del Fantasma terminaba de encontrarse cómodo, cada uno por circunstancias diferentes.

Todos sabían a lo que se exponían y nadie quería perder la oportunidad de ganar cinco millones de libras totalmente libres de impuestos. La convivencia, el calor y lo sucedido durante la inauguración del museo, con el posterior descubrimiento del arriesgado robo de los códices, no contribuyeron a mejorar la situación allí. El ambiente se caldeaba día tras día y la tensión se podía cortar con un cuchillo, por lo que Björk quiso aprovechar sus horas de guardia para seguir investigando por su cuenta.

Gracias a su habilidad informática, la noruega consiguió descubrir el rastro del otro ciberdelincuente que se había colado en el sistema BMS del museo. Logró aislar unos metadatos que le llevaron por una intrincada senda virtual, hasta encontrar una pequeña pista. Comparó los detalles obtenidos de esa difusa huella digital con algunas de sus bases de datos más potentes y no logró ninguna coincidencia. El tipo era bueno ocultando su rastro, pero ella podía ser muy tozuda.

Tuvo entonces una corazonada y cambió de registro. Se le ocurrió barrer los diferentes foros privados de la *deep web*, sobre todo en los que podía encontrar cualquier mención a lo ocurrido en la inauguración del museo. Los activistas climáticos y las organizaciones radicales antisistema solían frecuentar ese tipo de foros, y al final dio con una pista. Alguien hablaba de una posible acción en Madrid a finales de agosto, una actuación que les otorgaría una gran publicidad en todo el mundo. ¡Bingo! Tenía que tirar de ese hilo.

Analizó y cribó toda la información adicional que encontró sobre el particular. Sobre todo, se fijó en dos usuarios que intercambiaban mensajes sobre ese tema en un foro privado al que consiguió acceder, no sin dificultad. Aunque la conversación parecía demasiado críptica, ella pudo colegir por sus mensajes que hablaban del ataque al cuadro de Velázquez.

—¡Lo tengo! —exclamó Astrid en alto, sin que nadie se percatara de su proeza.

Sin duda alguna, el usuario que menos guardaba las formas y que, además, utilizaba menos capas de seguridad para acceder a la *deep web*, pertenecía a la organización *Just Stop Oil*. La *hacker* noruega pudo comprobarlo tras analizar varias conversaciones, llegando a la conclusión de que había dado con la tecla adecuada. Solo le quedaba averiguar quién era el interlocutor anónimo.

La conversación se desarrollaba en inglés y, al igual que se notaba que el usuario relacionado con los activistas hablaba en su idioma nativo, el otro conversador utilizaba un lenguaje demasiado académico, sin tanta jerga o argot. No usaba contracciones ni se comía palabras y parecía servirse de un traductor para contestar algunas cuestiones. Por lo tanto, supuso que su lengua materna no era el inglés, aunque podía conversar en ese idioma, no sin ciertas dificultades y malentendidos después de repasar varios chats con detalle.

Ese usuario se ocultaba bajo varias capas de seguridad más difíciles de rastrear, no parecía ser la primera vez que buceaba en el interior de la *deep web*. Björk conocía su propio talento y no era demasiado presuntuosa, por lo que supuso que sus altas capacidades y su manejo de las cloacas del internet profundo le darían una pequeña ventaja frente al desconocido adversario. Y, poco a poco, con una labor de hormiguita, pudo desentrañar aquel enigma y dar con el rastro del misterioso personaje. Alguien que parecía muy interesado en conocer el momento exacto en el que tendría lugar la reivindicación de la organización activista en Madrid y que incluso llegó a ofrecer una generosa cantidad, en forma de contribución a la causa climática más que como soborno, para conocer esa información esencial.

Ese rastro le llevó hasta tres ubicaciones diferentes, aunque no pudo concretar el lugar exacto de las mismas. Una se situaba en los alrededores de Getafe, una población madrileña muy cercana a la finca en la que se encontraban ellos, y las otras dos un poco más alejadas, en el noroeste de Madrid, más concretamente en el campus de Ciudad Universitaria.

Lo tenía al alcance de la mano, estaba muy cerca. Se fijó en que las conexiones realizadas desde la ubicación próxima a Getafe contaban con más capas de seguridad interpuestas; tal vez el tipo se conectaba desde su propia casa, a través de un equipo potente especialmente preparado para trabajar en la red sin que nadie le molestara. Se imaginó cortafuegos sofisticados, VPN's por todas partes y una sala de control con varias pantallas que manejaba a su antojo. Lo que hubiera dispuesto ella de encontrarse en sus circunstancias, como cualquier persona con dos dedos de frente que se adentrara en el infierno que podía suponer la *deep web*.

Sin embargo, el comportamiento errático del desconocido la desconcertaba por momentos. En el mundo *hacker* se conocían y respetaban casi todos, de modo virtual casi siempre, y ese tipo no le sonaba de nada. Enzo hubiera puesto el grito en el cielo de enterarse, por lo que preguntó de forma privada a uno de sus mejores amigos en el internet profundo, un *hacker* ruso con el que incluso había jugado alguna vez en red, por si le sonaba el nombre de usuario *Master79*. Recibió contestación una hora más tarde con resultado negativo. No debía tratarse de un profesional, pero sí contaba con suficientes conocimientos informáticos como para moverse por allí con una relativa tranquilidad.

Sin embargo, el tipo en cuestión se olvidó de la seguridad cuando se conectó en un par de ocasiones desde la ubicación de la universidad. Una de ellas la efectuó desde un ordenador situado en la red de la Facultad de Ciencias Físicas, un lugar muy concreto en el que intentó ocultar su rastro al conectarse, pero Björk lo había pillado. Y cavó su tumba un día después, cuando cometió la equivocación de conectarse a través de un dispositivo móvil.

Björk conocía las vulnerabilidades de conectarse a la red Tor desde un dispositivo Android. Bajarse una aplicación de Google Play no era el culmen de la seguridad en internet, y esa equivocación, que para otros quizá no fuera tan grave, a ella le permitiría lograr su objetivo. Por mucho que navegara por sitios escogidos, no utilizara el navegador de Tor, encriptara sus datos y desactivara JavaScript y Flash, le había dejado una puerta abierta por la que colarse.

Y es que Tor está preparado para el anonimato por sus diferentes capas en forma de cebolla, pero esa red es vulnerable en los nodos de acceso. Si el tráfico de internet no se cifra en los puntos de entrada y salida, podrían llegar a interceptarse esos datos y exponer una dirección IP con la que alcanzar su objetivo. Un error que aprovecharía en su beneficio.

Tecleando a toda velocidad, con los ojos fijos en sus pantallas desde hacía horas, Björk ni siquiera fue consciente de que se había acabado su turno de guardia y debía despertar a Abraham, un compañero con el que no terminaba de congeniar debido a su difícil carácter. En su ofuscación por encontrar la verdad, tuvo que reconocer que había descuidado el control de las cámaras perimetrales del complejo. Alguien se podía haber acercado hasta allí o incluso podían haber sido rodeados por la policía y no se habría dado cuenta. Su trabajo la absorbía tanto, sobre todo cuando se encontraba tan cerca de hallar una solución, que se abstraía del mundo real y solo tenía ojos y oídos para sus ordenadores.

No se preocupó en exceso al escuchar unos ruidos a su espalda. Se giró y vio aparecer a Abraham con cara de pocos amigos, el israelí con pinta de mercenario o militar que Enzo consideraba su experto en armas y explosivos. Alguien fundamental para un feliz desenlace del golpe, según el jefe, aunque Björk tenía su propia opinión al respecto.

Abraham la saludó con un gesto displicente y se dispuso a prepararse un café en la zona habilitada como *office* en aquel hangar. Las habitaciones en las que descansaban se encontraban en el edificio anexo, al que accedían por un pasillo desde la nave principal sin tener que salir al exterior. En realidad, pasaban la mayor parte del día dentro de aquel inmenso recinto y ya estaban muy hartos, ansiosos por saber si finalmente efectuarían el golpe o no.

—Buenos días —saludó todavía somnoliento Abraham—. ¿Alguna novedad?

—Nada nuevo durante la noche; ha estado todo muy tranquilo, la verdad.

Abraham tomó su taza de café y se acercó hasta su posición, lo que incomodó a la chica. Al final, el militar cogió una silla y se sentó a su lado, aparentemente interesado.

—¿Qué estás haciendo, si puede saberse? Espero que tengas buenas noticias para nosotros, la inacción me está matando. ¿Vamos a poder dar el golpe esta semana?

Astrid no quería darle demasiada información, prefería hablarlo primero con el jefe.

Entonces, Abraham pareció fijarse en algunos datos de las pantallas y no pudo ocultarle parte de su investigación.

—Ojalá podamos, hablaré después con Enzo. He encontrado algunos datos interesantes, imagino que luego tendremos una reunión al respecto.

—Venga, no seas así, no puedes dejarme con la intriga. Me acabo de despertar, son las cuatro de la madrugada y necesito algo de optimismo para afrontar el día. Si no podemos ir a por el cuadro, sería bueno saberlo y así poder volver a nuestras vidas, este calor me está matando. Quiero regresar a mi tierra y bañarme en el Mediterráneo, lejos de las autoridades españolas.

Björk pareció apiadarse de Abraham, que se había dirigido a ella con educación y amabilidad, algo a lo que no estaban acostumbrados, ya que solía ser bastante rudo e intransigente. Además, la mujer quiso vanagloriarse de sus logros, un pecado venial que no sabía que podría acarrearle tantos problemas.

Mientras una de las pantallas mostraba unos datos fijos, ininteligibles para el común de los mortales, otra cribaba información y la comparaba con varias bases de datos. Al final, el sistema le avisó con el maravilloso mensaje de *Match found* y la *hacker* se dispuso a comprobar si la información era correcta y viable. Le explicó de forma somera a Abraham lo que estaba investigando, manipuló sus equipos, tocó varias teclas y una de sus pantallas se dividió en dos.

—¡Por fin! Creo que he dado con el tipo, tengo la IP de su móvil y eso me ha llevado hasta el departamento de Física Teórica, dentro de la facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense.

Media pantalla mostraba el plano de esa facultad, cortado por plantas y especificando el tipo de estancias dispuestas a lo largo del edificio. Y la otra les enseñaba la ficha completa de ese departamento, con los nombres, apellidos y fotografías de los profesores integrantes del mismo.

—Este tipo debe ser el que ha robado los códices de Da Vinci y nos ha jodido el plan, menudo cabronazo —dijo Astrid, señalando al centro de la pantalla sin especificar.

—¿Estás completamente segura?

La pregunta de Abraham no parecía llevar una doble intención y Björk no vio más allá. Después de tantas horas de trabajo continuado las fuerzas le fallaban, necesitaba descansar la vista y relajar los músculos del cuello, brazos y hombros. Así que contestó con sinceridad y sin malicia.

—Seguro. He seguido el rastro de ese tío, un tal profesor Ortega, y no hay duda. Es el mismo que conversó con los de *Just Stop Oil* en la *deep web* sobre el ataque y, además, se coló en el sistema BMS del museo para manipularlo. Los detalles de su participación

en el robo habrá que corroborarlos, lo hablaré después con Enzo. Imagino que nos reuniremos con todo el equipo para ver las estrategias.

—Vaya, menudo notición. ¡Buen trabajo, Björk! —exclamó Abraham con un gesto relajado—. Solo nos falta saber si el cuadro de Velázquez regresará a su lugar en la exposición y tendremos el día completo. Ojalá podamos llevar a cabo el plan original.

La sonrisita cínica y el gesto del israelí no convencieron del todo a la informática, por lo que prefirió callarse lo que había averiguado a primera hora de la noche, antes de enfrascarse en su cruzada personal contra el usuario *Master79*. Al parecer, se había llegado a un consenso entre la dirección del museo, Patrimonio Nacional y las autoridades españolas para reponer *La Venus del Espejo* en su ubicación original, reforzando las medidas de seguridad para evitar cualquier otro contratiempo.

Activando los micrófonos de algunos sistemas de la sala principal de control de la Galería de Colecciones Reales pudo acceder a esta información, sin conocer todavía la fecha exacta de reubicación. Parecía que al día siguiente o, como mucho un par de días después, regresaría el lienzo a la sala de los Austrias, por lo que tendrían que estar preparados ante cualquier eventualidad.

Informaría directamente a Enzo, que a su vez consensuaría con su lugarteniente el plan de acción, tal vez no todo estaba perdido para ellos. Eso sí, no pensaba decirle nada a Abraham de momento, bastante nervioso andaba ya. Y, además, no estaba demasiado contenta por los datos facilitados en torno al supuesto ladrón de los códices, debía haberse callado. La falta de sueño y el cansancio hicieron mella en su voluntad, y su lengua se desató más de lo habitual para una mujer bastante discreta en sus quehaceres diarios.

—Bueno, imagino que eso lo hablaremos más tarde. Con tu permiso, te dejo al mando de las operaciones. Desde esta pantalla puedes controlar las diferentes cámaras de vigilancia, ya sabes. Yo me voy a dormir un rato, estoy rota. Y a las ocho, si no está nadie levantado, acuérdate de llamar a Rambo.

Björk manipuló el teclado y borró de una de las pantallas toda la información relevante al profesor de Física. Desconectó ese sistema y dejó la pantalla en negro, facilitando a su relevo solo el acceso al control de las cámaras. Apagó el resto de los aparatos que manejaba, sabiendo que nadie podría entrar sin su juego de contraseñas.

Un complejo sistema que mezclaba *passwords* indescifrables alfanuméricas con dispositivos biométricos como su huella digital, su iris o un acceso por voz que solo reconocía unas palabras concretas pronunciadas por ella misma.

—Claro, no te preocupes —contestó Abraham en un tono diferente—. Que descanses, luego nos vemos.

Astrid se fue a su cuarto sin saber que había abierto la caja de los truenos. Tiempo tendría de recriminárselo, pero nadie podía imaginarse, por mucha información que le hubiera facilitado, que Abraham pudiera cometer semejante estupidez, una barbarie innecesaria que los pondría a todos en peligro.

Se hizo el relevo sin novedad a las ocho de la mañana, cuando el resto del equipo comenzó a desperezarse. Con Rambo a los mandos de la vigilancia, aparecieron por allí Enzo y Heisenberg dispuestos a disfrutar del primer café de la mañana. Imaginaban que Abraham se había ido a descansar un rato y no pretendían despertar todavía a Björk, por lo que ninguno de los tres se percató del inminente desastre.

Enzo tenía muchas ganas de hablar con la informática para ver lo que había averiguado durante la noche. Le había hablado de una posibilidad remota de enterarse de quién estaba detrás del asunto del robo en el museo y confiaba en sus capacidades.

El Fantasma había sido herido en su orgullo y le habían atacado además dónde más le dolía. Ese cabrón se había atrevido a plagiar la obra del maestro de maestros, el insigne Leonardo da Vinci. Y esa era una afrenta que no podía perdonar, sobre todo si les impedía realizar su propio trabajo.

Confiaban también en un inminente regreso del lienzo de Velázquez a la exposición, única manera de poder seguir adelante con el plan. Se les echaba el tiempo encima, el 16

de septiembre se acercaba y no les quedaba mucho margen de maniobra. Por eso, dependiendo de la información que pudiera averiguar Astrid, decidió que debían volver al tajo. Nada de esperas

infructuosas que lo único que hacían era cabrearles, sobre todo al encontrarse encerrados en un entorno tan agobiante. Se pondrían a trabajar de inmediato, repitiendo los ensayos con la idea original preestablecida, para no perder la forma y ajustar los tiempos de reacción al máximo de sus capacidades.

Lo hablaría con el ingeniero alemán para preparar la estrategia. Aunque fuera un trabajo en vano, prefería tener a sus hombres ocupados mientras llegaba el sí o no definitivo. Mejor estar preparados por si se les presentaba de nuevo una oportunidad.

Los desvelos informáticos de Astrid constituían su método fundamental de información, pero Heisenberg también utilizaba los suyos propios. Había fabricado un aparato de radio que captaba las frecuencias de la policía, emergencias y otros canales privados, un detalle fundamental para poder desarrollar su labor la noche del golpe. Y

el método que les permitió conocer una noticia que al principio no relacionaron con su presencia en España.

—¿Qué es eso de un asesinato en el campus? —preguntó Enzo al acercarse a su lugarteniente. Había escuchado parte de la conversación por radio de la policía.

Cualquier movilización de los Cuerpos de Seguridad del Estado atentaba contra sus intereses en Madrid, aunque quizá les pudiera interesar que las fuerzas policiales se dispersaran y no anduvieran tan pendientes de las Colecciones Reales.

Chiesa no era idiota y sabía que andaba en el punto de mira de las autoridades. La captura de la banda del Fantasma era una prioridad para las policías europeas y la Interpol había avisado sobre un inminente golpe en Madrid. Se la habían jugado y estaban muy cerca del éxito, pero a la vez la catástrofe se cernía sobre sus cabezas sin ellos siquiera imaginarlo.

—No me he enterado muy bien, creo que han asesinado a un profesor en la Facultad de Física. Al parecer, un ajuste de cuentas o algo así. Creen que han podido ser sicarios contratados *exprofeso*. No sé si esto nos beneficia o no, pero parece que los mandos policiales andan revolucionados.

—¿Qué has dicho? —preguntó Astrid con un tono demasiado agudo. Acababa de levantarse de la cama y se asomaba por allí sin hacer ruido.

—¿Qué te pasa, Björk? —inquirió a su vez Chiesa, preocupado ante el rostro de la *hacker*, más pálido de lo habitual—. No tienes buen aspecto, igual deberías echarte un rato más. Imagino que has estado trabajando toda la noche y te necesito despejada, luego hablamos tú y yo con calma.

—¡No! —gritó la chica, desconsolada—. Soy idiota, maldita sea, la he jodido del todo. Eso me pasa por bocazas, tenía que haber confiado en mi instinto. Ese tío no es trigo limpio, ya lo sabía yo. Va a su puta bola y acabaremos en la cárcel por su culpa.

—¿Se puede saber de qué coño hablas? —soltó Enzo nervioso.

—Sí, que la he cagado a base de bien. Id a buscar a Abraham, él tiene que estar presente.

Enzo le hizo un gesto a Brennan para que fuera a buscar al exmiembro del Mossad mientras Björk confesaba lo que había sucedido horas antes. El gesto de incredulidad del Fantasma no se modificó hasta que recibió dos estímulos externos a la vez, cada uno más letal que el anterior.

—Abraham no está en su habitación. Y no contesta al móvil de prepago que tiene asignado para emergencias —informó el expiloto del SAS.

—Acaba de salir la noticia en medios, Enzo —sentenció Heisenberg—. Han ejecutado a un profesor de universidad en su despacho, un tal Ortega, según lo que he podido escuchar en los mentideros policiales.

La informática les enseñó su descubrimiento de la noche anterior y detalló la conversación que había mantenido con Abraham. La chica se desesperaba por su error, pero si de verdad había sucedido lo que todos temían, el único culpable de aquel desastre era el exmiembro del Mossad. Y todo porque había deducido que aquel profesor le impedía hacerse con un jugoso botín con el que ya contaba. Chiesa no sabía qué pensar, el dichoso israelí los había puesto a todos en peligro.

—¿Ese idiota ha asesinado a un profesor universitario a plena luz del día? No puede ser, Enzo, dime que no es verdad.

—No lo sabemos todavía, pero tiene toda la pinta.

Caos en la universidad

Complejo policial de Canillas (Madrid), 04 de septiembre de 2018

El inspector Bermejo andaba algo desconcertado. En su larga carrera policial nunca se había encontrado con algo parecido. Y eso que se había enfrentado a lo peorcito de la especie humana, algunos de los individuos más psicópatas y sanguinarios que se encontraban sobre la faz de la Tierra. Y, sin embargo, este caso le pareció distinto desde el principio.

Esa misma mañana se había acercado a la Universidad Complutense en compañía de la subinspectora Priego, una nueva oficial recién llegada de la UDEF, la unidad de delincuencia económica y fiscal. Otra novata en las labores de investigación criminal a la que tendría que criar a sus pechos, como se solía decir en sus tiempos, aunque fuera una expresión trasnochada y machista, como si él no estuviera ya bastante baqueteado.

Bermejo solo quería descansar y, a ser posible, jubilarse del todo o por lo menos conseguir el pase a segunda actividad, aunque no parecía que sus mandos estuvieran por la labor. Su experiencia y el grado de resolución de sus investigaciones les reportaba puntos en las alturas, ya que los políticos solían quedar bien siempre que él conseguía atrapar a los culpables después de desentrañar numerosas dificultades. Algo que también le fastidiaba; no soportaba el politiqueo y eso le había acarreado más de un problema en el pasado.

Suspiró para sus adentros mientras Priego conducía a buen ritmo camino del campus de Ciudad Universitaria. Bermejo prefería ir en silencio y rumiar sus pensamientos mientras se acercaban al lugar del crimen, pero la joven no parecía dispuesta a permitirlo. Se trataba de una chica resuelta y simpática, más acostumbrada al estudio de informes fiscales, operaciones bursátiles o blanqueo de capitales, que a patearse las calles en busca de un asesino. Por lo que su evidente falta de experiencia investigadora pretendía ocultarla mediante un entusiasmo apabullante. Y con una verborrea que al veterano policía comenzó a producirle una ligera jaqueca a los pocos minutos de charleta.

—¿Qué cree usted que ha pasado, inspector? No es muy habitual encontrarse con un crimen de estas características en un campus universitario, ¿verdad?

—No lo sé, Priego, para eso nos han enviado. Habrá que hablar con los testigos e investigar a fondo a la víctima, ya sabes. Los de la científica harán su trabajo, a ver si sacan algo en claro, aunque si como parece se trata del trabajo de un profesional, no creo que encuentren nada aprovechable en ese despacho. Y nosotros, por nuestra parte, nos atendremos al manual y seguiremos el protocolo. Bucearemos en el entorno de la víctima y estudiaremos sus últimos movimientos, con todo lo que eso conlleva: hablar con familiares y amigos, investigar sus cuentas bancarias, redes sociales, llamadas y mensajes, *etc*. Quizá se había metido en algún lío, debía dinero a alguien y no se han andado con chiquitas. Cosas peores he visto, por muy catedrático de universidad que fuera.

Llegaron a la plaza de las Ciencias y aparcaron de cualquier manera junto al resto de los vehículos oficiales mal estacionados tras el aviso al 112. Bermejo habló con los patrulleros que se habían personado allí en primer lugar, que le esperaban a pie firme frente a la fachada principal de la facultad, e hizo valer su autoridad para encargarse del caso a partir de ese momento. Los policías los acompañaron hasta el despacho del gerente, que se había hecho con las riendas de la situación en el edificio en ausencia del decano.

—Buenos días, soy Ramiro Martínez, el gerente de esta facultad —se presentó—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Cuéntenos lo que ha sucedido, por favor —contestó Bermejo.

—Estamos todos en shock, no sé qué decirle. Verá, uno de nuestros profesores encontró el cuerpo de su compañero de departamento, el catedrático Ignacio Ortega, al acceder al despacho que compartían con otro miembro del claustro. El susto ha sido mayúsculo, se pueden hacer una idea. Menuda situación tan desagradable para Julio, no me gustaría encontrarme en su lugar. El pobre me ha asegurado que no tocó nada y cerró el despacho con llave antes de avisarme. Ahora están allí sus compañeros de la policía científica recogiendo muestras, si quieren, les indico el camino.

—Claro, se lo agradezco —contestó Bermejo—. Y dígame también dónde puedo encontrar al tal Julio, el que ha encontrado el cadáver. ¿Cuál es su nombre completo?

—Ortega, Julio Ortega. Ahora le aviso para que hable con ustedes, se encuentra un poco afectado.

—Vaya, qué casualidad. Los dos profesores compartían apellido y

despacho…

—¿Cómo dice, inspector? —preguntó el gerente.

—No, nada. Enséñenos el camino, ya nos dirigiremos nosotros hacia el escenario del crimen, no se preocupe. Siga con sus tareas y procure que se mantenga la calma en el edificio sin que nadie se acerque al perímetro que han organizado mis compañeros. Más tarde hablaremos con usted; localice también al testigo que encontró el cuerpo y a todos los empleados que trabajen en esta planta, por si alguno ha visto algo fuera de lo habitual.

Bermejo no quiso darle pistas al directivo universitario, solo fue un pensamiento al aire que soltó sin darse cuenta a media voz. Priego parecía mirarle con suspicacia, tal vez ella también se había percatado de aquella coincidencia que habría que investigar más a fondo.

—¿Estás preparada para enfrentarte a tu primer asesinato? —le preguntó socarrón Bermejo a su compañera—. Impresiona contemplar tu primer cadáver, te lo aseguro. Si no te ves capaz me lo dices, no hay problema.

—Tranquilo, estoy preparada —aseguró Priego mientras tragaba saliva.

Bermejo asintió y se dirigieron hacia el lugar de los hechos, dejando atrás el cordón policial tras identificarse ante el compañero de guardia situado en la puerta. El despacho se encontraba atestado de gente, por lo que Bermejo pidió a los miembros de la policía científica que detuvieran durante unos minutos su labor para que ellos pudieran acceder a la estancia y comprobar con sus propios ojos el estado de la víctima.

—¡Madre mía, Carmona! —exclamó entonces Bermejo al cruzarse con una cara conocida—. Creí que ya te habías jubilado, menuda sorpresa. No sé por qué pensé que estarías tumbado en la playa a estas alturas, viejo amigo.

—Ya ves, Paco; por aquí seguimos dando guerra, la jubilación no es para mí. Me he reenganchado, no quiero estar en casa mano sobre mano aguantando a la parienta.

Prefiero seguir trabajando e impartiendo sabiduría, que los jóvenes tienen mucho que aprender. Además, así me mantengo en buena forma y con mis conclusiones os doy también pautas para atrapar a los asesinos.

—Eso también es cierto, no sería la primera vez. Perdona, no os he presentado. Ella es mi compañera, la subinspectora Elena Priego. Y él es Carmona, un viejo amigo, uno de los mejores forenses de Madrid.

—Encantado de conocerle —contestó la interpelada con gesto serio.

Bermejo no parecía darse cuenta de que la joven no se encontraba demasiado cómoda en aquella sala. Tal vez se debiera a la presencia del cadáver, una visión que no resultaba agradable para nadie.

—Anda, Priego, no te cortes y ven aquí —la animó Bermejo—. Aunque no vayamos vestidos de astronautas como los compañeros de la científica para no estropear la escena del crimen, imagino que Carmona nos permitirá acercarnos. ¿Qué has encontrado?

Priego se acercó con precaución, sin quitar ojo de la mesa en la que reposaba un cráneo apenas reconocible. Había sangre y restos de la cabeza de la víctima por todas partes, cubriendo casi por completo la superficie del pupitre y sobre la alfombra que se encontraba a sus pies.

—Tranquilos, los chicos de Aguado están terminando de procesar el escenario, ahora os cuento. Estamos a la espera de la llegada del juez, imagino que vendrá también con el secretario judicial. Perdón, con el letrado de la administración de justicia, que luego se me enfadan.

—Es verdad, que el bueno de Aguado sigue de jefe en la científica. Aquí parece que los viejos dinosaurios continuamos al pie del cañón, no sé cuándo nos van a relevar los jóvenes. Y en cuanto a los del juzgado, me pasa lo mismo. Yo les sigo llamando secretarios, lo siento por ellos. Ya sé que cambiaron la ley de Enjuiciamiento Criminal, pero nunca terminaré de acostumbrarme. Vayamos al grano, Carmona. ¿Qué has averiguado en un primer examen?

—A expensas de la posterior autopsia, os puedo adelantar algunos datos como hipótesis inicial. La víctima se encontraba sentada en su puesto y se puso en pie, quizá al recibir una visita inesperada, sin moverse de su sitio. El desconocido le disparó en el pecho, dos disparos efectuados a media distancia. El hombre rebotó contra el respaldo del asiento por la fuerza del impacto y acabó sentado de mala manera, cayendo el torso sobre la mesa debido a la inercia, seguramente medio muerto o con los últimos estertores de vida. Y después recibió un tiro a quemarropa en la frente para asegurarse, tal vez con una pistola con silenciador.

—Joder, una ejecución en toda regla, menudo marrón. ¿Hay orificio de salida?

—Sí, y hemos encontrado también el proyectil empotrado en la pared posterior. Las otras dos balas imagino que estarán todavía en el interior de su cuerpo, las

encontraremos en la autopsia. Ya hemos avisado a balística para que estén al tanto, este caso parece que ha removido algo en las altas esferas y nos están metiendo prisa.

—Normal, esto recuerda demasiado a lo de la Autónoma, aunque la situación sea muy diferente. ¿Crees que ha sido un ajuste de cuentas?

—No sé, eso os lo dejo a los profesionales. Perdona, no sé si tu compañera se está mareando o qué. Y eso que todavía no hemos comenzado con la autopsia.

La lividez en el rostro de Elena Priego les avisó de que la joven no se encontraba demasiado bien, mientras hablaban de muertes violentas en presencia de un cadáver fresco. Bermejo se apiadó de ella, justo en el momento en el que un *déjà vu* se adueñó de su mente, recordando una situación similar vivida con otro investigador novato, años atrás. En realidad, ese otro caso sucedió dentro del Anatómico Forense durante una autopsia complicada, una situación algo más compleja que la actual.

—Anda, Priego, sal a tomar el aire un poco mientras termino de hablar con Carmona y esperamos al juez. Cuando te recuperes, haz una ronda por la planta, a ver si alguien ha visto algo fuera de lo común. Y búscame al tal Julio, el que ha encontrado el cuerpo.

Quiero hablar con él, tengo curiosidad por conocer su versión de los hechos.

La subinspectora obedeció, agradecida, y salió de una estancia que comenzaba a oler bastante mal. Debido al calor ya estaban apareciendo las primeras moscas y otros insectos que acudían a la llamada de la sangre, por lo que no le importó abandonar aquel lugar. Prefería dedicarse a otras tareas y dejar allí a los veteranos, al parecer inmunes a ese hedor nauseabundo.

Se había llevado una impresión más fuerte de lo que esperaba al ver el cadáver, una actitud poco profesional para una subinspectora de la Policía Nacional. Ese sería su día a día a partir de ahora y, si no se acostumbraba, lo iba a pasar muy mal y tal vez tuviera que pedir el traslado a otro tipo de unidad. Y eso que todavía no se encontraban en el Anatómico Forense, como ya le habían insinuado en el despacho universitario. Una situación complicada para los novatos en la unidad,

según le habían comentado otros compañeros de la comisaría. Incluso agentes veteranos, con muchos años de experiencia a sus espaldas, preferían ahorrarse el mal trago de enfrentarse a una autopsia en vivo y esperaban al informe oficial del forense.

Elena Priego llamó a los despachos que encontró ocupados en la planta, pero allí nadie parecía saber nada. Habló con varios profesores, en diferentes grados de consternación debido a lo ocurrido, sin sacar mucha información en claro. Algunos

llevaban toda la mañana en clase, o en otros lugares del edificio, y no habían visto ni oído nada. Hasta que habló con uno de los conserjes, que le dio un dato que quizá les pudiera servir.

Por fin localizó a Julio Ortega, el profesor que había encontrado a su compañero de departamento, y le pidió que los esperara en la oficina del gerente para hablar con él.

Allí contaban con un pequeño despacho auxiliar que bien podrían utilizar como improvisada sala de interrogatorios. Después, Priego regresó al escenario del crimen, dispuesta a comunicar a Bermejo sus averiguaciones y preguntarle si quería interrogar en ese momento al señor Ortega.

—Hombre, ya tienes mejor cara. He hablado con el juez, se va a retrasar un poco por el tráfico, así que podemos comenzar con nuestra tarea. ¿Has averiguado algo?

La subinspectora le puso al día de sus pesquisas, incidiendo en el comentario del conserje. Al parecer, un mensajero al que no había visto nunca, vestido completamente de negro con ropa de motorista, subió las escaleras en dirección hacia la zona en la que se encontraba el departamento de marras. El conserje no le preguntó nada más ni le impidió subir. Llevaba un paquete en la mano, así que dio por hecho que sabía a dónde iba.

—Vaya, eso es interesante. Habrá que preguntar al resto del personal a ver si alguien ha visto algo o conoce a ese tipo. Los edificios universitarios no tienen vigilantes de seguridad y los conserjes se suelen enterar de todo. Buscaremos también alguna cámara en las inmediaciones, a ver si encontramos imágenes del motorista misterioso.

—He bajado también a la planta baja, pero nadie más se ha fijado en ese tipo. Me daré una vuelta por el resto de plantas, por si acaso. Imagino que será complicado, con el trasiego de gente que puede

pasar en una mañana por un edificio como este. El conserje está convencido de que ha sido el motorista y se siente muy culpable. Dice que no le ha visto salir, ya que estaba en el cuarto de la limpieza, pero que le ha dado mala espina.

—¡Vaya por Dios! No te habrá dado alguna descripción del individuo por casualidad…

—No demasiado. Dice que era un tipo moreno, de piel cetrina, con barba cuidada y ojos oscuros. Alto, de complexión fuerte, poco más.

—¿Algún tipo de acento?

—No han intercambiado palabra, al parecer. El tipo se ha hecho el mudo, ha señalado el paquete como diciendo que tenía prisa y el conserje le ha dado el visto bueno sin mayores problemas.

—Tal vez no quería delatarse por su acento, así que podemos suponer que es alguien extranjero. Lo que yo te decía, algún sicario colombiano o de otro país cercano.

—Bueno, podría ser. O quizá ni siquiera sabe hablar español y entonces sí que se iba a delatar al hablar: de origen balcánico, ruso, del norte de Europa o incluso de Oriente Medio.

—También podría ser, ahí andamos todavía a ciegas. ¿El conserje ha podido fijarse a qué empresa de mensajería pertenecía? Quizá haya visto algún logo en el paquete y…

—Se lo he preguntado y eso es lo que le tenía más mosqueado. Dice que se trataba de un paquete normal, como un sobre grande de esos típicos de correos, los de color marrón. Asegura que no ha visto pegatina ni distintivo alguno, o eso cree. Y eso le llevaba a maltraer. Ha dado por supuesto que el tipo llevaba un paquete personal para alguno de los profesores y como muchos mensajeros se conocen el camino, pues no le ha impedido el paso ni le ha preguntado nada más. Y claro, el hombre le sigue dando vueltas al asunto, pensando en que han asesinado al profesor por su culpa.

—Y si llega a pararle, igual también el conserje habría acabado en el depósito de cadáveres. Nunca lo sabremos, imagino que el tipo quiso actuar de forma sigilosa, entrar y salir sin llamar demasiado la atención. Quizá llevaba la pistola dentro del paquete.

—Podría ser, es una hipótesis razonable.

—El tío llama al despacho, entra y le descerraja tres tiros al profesor. Después abandona el lugar sin llamar la atención, sale por la puerta, se monta en su moto y se larga a toda velocidad. Un plan arriesgado, pero perfectamente factible para un sicario bien entrenado. Por cierto, cita al conserje en la central para una declaración oficial, la vamos a necesitar.

—De acuerdo. De todos modos, seguiré buscando testigos, por si acaso. No suena mal lo planteado, es una suposición bastante creíble como resumen de los hechos. Y, sin embargo…

—¿Algo más? —preguntó Bermejo al percibir que la subinspectora parecía quedarse con ganas de añadir algo.

—Sí, un par de detalles. Preguntaré también por las cámaras más cercanas, habrá que hablar con Tráfico para que nos echen una mano. Ah, y el tal Julio Ortega le espera en la oficina del gerente. ¿Quiere que le acompañe?

—No, tranquila, tú sigue a lo tuyo. Buen trabajo, luego recopilaremos todo lo que podamos averiguar. Voy a hablar con el testigo mientras llega el juez, hoy vamos a tirarnos aquí casi todo el día si seguimos a este ritmo.

La joven policía agradeció las palabras de su superior y se dirigió de nuevo hacia las plantas inferiores del edificio sin esperar a Bermejo. Esperaba que dieran con alguna buena pista, aunque aquel caso parecía bastante complicado en un primer momento.

Tiempo tendrían de comprobar que las causas del crimen estaban muy alejadas de cualquier idea que pudieran tener en mente a esas horas.

Esa misma tarde, de regreso a la unidad de la Policía Judicial, Bermejo recapituló sobre todo lo sucedido a lo largo del día en la facultad de Ciencias Físicas. Una jornada larga e infructuosa, por lo menos de momento, en la que se habían encontrado con un asesinato a sangre fría que parecía efectuado por profesionales. Algo que puso sobre aviso al experimentado inspector, no le parecía el típico ajuste de cuentas. Ni por el lugar de los hechos, ni por el tipo de víctima encontrada.

En Madrid no había tantos sicarios que pudieran encargarse de un trabajo similar, realizado con semejante limpieza y destreza. Bermejo y su pupila tendrían que hablar con confidentes, patear las calles y cribar muchas bases de datos. Necesitaban ayuda y le pidió más hombres a Munuera, una comisaria que no le pondría demasiadas

pegas viendo el cariz que podía tomar el caso.

Al parecer, las órdenes llegaban desde lo más alto de la cadena de mando y Mardones, el antiguo comisario de su unidad, seguro que tendría algo que ver. Los jefes querían que se resolviera el crimen cuanto antes, no podían permitirse que la opinión pública y los medios comenzaran a elucubrar sobre una ciudad más peligrosa de lo habitual, sobre todo después del altercado en el que se vieron involucrados los monarcas pocos días atrás. Mala publicidad para Madrid que enturbiaba aún más un ambiente ya de por sí enrarecido.

A Bermejo no le terminó de convencer la conversación con Julio Ortega, el profesor que había encontrado el cadáver esa misma mañana. El gerente ya le había avisado de que se trataba de una persona peculiar, con una actitud y forma de ser que chocaban en primera instancia si no se le conocía. No obstante, aseguró que estaban muy contentos

con su labor profesional en la universidad. Simplemente se trataba de un personaje singular, un científico que se sentía más cómodo con sus ensayos técnicos que interactuando con otros seres humanos.

El inspector no se preocupó por la advertencia, imaginando que se toparía con el típico científico loco. Solo quería averiguar lo que el profesor se había encontrado en primera instancia, lo que hizo a continuación y cualquier información adicional que le pudiera aportar sobre la víctima. También recabar sus sensaciones ante el hallazgo, evaluar su comportamiento y su actitud ante un hecho semejante. Nada mejor que estudiar las reacciones de un testigo ante un interrogatorio bien llevado.

El inspector le preguntó por su relación con el fallecido. Ortega le explicó someramente el funcionamiento del departamento, donde Ignacio Ortega, conocido por Nacho en la facultad, se encargaba de la dirección y organización, aparte de impartir algunas clases. Bermejo efectuó unas cuantas preguntas más de rigor y le insistió en un tema fundamental. Quería averiguar si el fallecido comentó algo relacionado con algún problema que tuviera antes de morir; no podían desechar ninguna idea que les pudiera conducir a una pista fiable.

Bermejo quería preparar su informe y proseguir con las diligencias del caso, no sin antes dirigirse a la máquina situada en el pasillo para tomarse un café. Se cruzó entonces con Priego, que había respondido bastante bien a lo largo de una jornada estresante, y decidió compartir con ella sus inquietudes. Quizá una visión joven y fresca de los hechos

le ayudaran a centrarse en lo principal, mostrándole el camino correcto hacia la verdad.

—No sé, era un tío muy extraño. Juraría que se encontraba más preocupado que afectado por la muerte de su compañero. La conversación no fue fluida, se le trababan las palabras y parecía nervioso. Y con una actitud a la defensiva, no sé explicarlo muy bien. El gerente se quedó muy corto al avisarme.

—Hombre, es normal que estuviera nervioso. Primero, por encontrarse de sopetón con un cadáver, ya ha visto cómo he reaccionado yo —aseguró la subinspectora. A Bermejo le gustó que la joven asumiera sus errores, era el mejor camino para enmendarlos—. Segundo, porque no creo que esté muy acostumbrado a un interrogatorio policial, hay que ponerse en su pellejo. Y si encima se trata de una persona peculiar, como le comentó el gerente, pues entiendo su desconcierto.

—No sé qué decirte. Es verdad que al principio no supe por dónde le daba el aire al tipo, creí que era autista o algo así. Luego pareció centrarse un poco y le pregunté por

su compañero. Ya sabes, lo típico: si habían recibido algún tipo de amenaza en el departamento, si la víctima tenía algún enemigo reconocido y cosas así. Y lo negó todo, o no supo decirme si en verdad el director de su departamento tenía algún tipo de problema. Hasta que le pregunté por algo en concreto y ahí pareció que se le iluminaba la cara y pergeñó incluso una posible causa para su asesinato.

—¿En serio? —preguntó Priego—. Y cuál es esa teoría, si puede saberse…

—Al parecer, a Ignacio Ortega le gustaba el juego. No supo decirme si se trataba de lotería, bingo, partidas clandestinas de cartas o cualquier otro tipo de apuestas deportivas, pero al parecer gastaba mucho dinero en ello. Y eso, según él, le podía haber acarreado algún tipo de problema al juntarse con determinado tipo indeseable de personas.

—Vaya, no es mala teoría, habrá que investigar. Pediré una orden para revisar sus cuentas y ver qué podemos encontrar. Si se ha metido con la mafia china y les debía dinero por jugárselo a las cartas o en esos casinos clandestinos que se montan en sus chalés, puede que tengamos una pista. Esa gente no se anda con tonterías, ya sabe.

—No, en eso llevas toda la razón. Y, sin embargo, no me lo trago; me pareció una excusa peregrina inventada sobre la marcha. Averigua todo lo que puedas de la víctima, no me fío. También me dijo que el

tal Ignacio se había divorciado hacía poco, sin hijos en el matrimonio. Y que la mujer había regresado a su país tras la separación, creo que era francesa. Aunque eso no es lo que más me mosquea.

—Ok, revisaré todo su historial, a ver qué sorpresas nos encontramos —aseguró Priego—. ¿A qué se refiere entonces, inspector?

—A la casualidad que le señalé cuando incidí en la coincidencia de sus apellidos. Me fijé en la placa situada a la entrada del despacho y allí figuraban con nombres y apellidos los tres miembros del departamento: Ignacio Ortega Muñoz, Julio Ortega Pulido y Mercedes Buitrago Sánchez. Le cambió la cara cuando insinué que tal vez el criminal se equivocara de víctima, pero enseguida se recompuso. A los pocos segundos, de repente, me soltó con una seguridad pasmosa que no le parecía factible, porque él llevaba una vida monacal: de casa al trabajo y del trabajo a casa. Un tipo de lo más extraño, te lo aseguro.

—Ya, es mucha casualidad lo de los apellidos, a mí también me chocó. No se preocupe, investigaremos también a ese tipo, por si acaso. No creo que tenga nada que ver con el crimen, pero habrá que descartar hipótesis.

—He pedido ayuda a los jefes, tenemos mucho trabajo por delante y espero que nos manden gente para encargarnos del caso con todas las garantías. Investiga si es cierto lo de su vida monacal, y a ver qué averiguas de sus propiedades, cuentas bancarias, familiares y demás. No me ha gustado su actitud, igual yo soy demasiado prejuicioso, pero algo huele mal en Dinamarca. Y mi olfato de viejo sabueso se equivoca pocas veces.

—No se preocupe, no dejaremos piedra sin remover.

11

El juego de la verdad

Madrid, 05 de septiembre de 2018

La semana avanzaba y no precisamente en la dirección más adecuada para los intereses de Julio Ortega, el profesor universitario reconvertido en empleado de mantenimiento y ladrón en sus ratos libres que acababa de cometer uno de los robos más audaces del siglo. Su coartada podía venirse abajo en cualquier momento y no había preparado ningún otro plan de contingencia. Tal vez tuviera que hacer caso a Lizarraga y escapar del país, aun convirtiéndose en un fugitivo de por vida.

En el fondo no resultaría tan mala elección. Disponía de dinero suficiente en varias cuentas en paraísos fiscales, acceso a monederos con criptomonedas y suficiente dinero en metálico para ir tirando. También había preparado varios juegos completos de documentación, con pasaportes de una fiabilidad extraordinaria que traspasarían sin problemas cualquier frontera o aduana. Se había ganado su derecho a descansar y pegarse la buena vida, pero dos motivos fundamentales le impedían largarse con viento fresco de este país.

En realidad, se trataba de tres razones de peso que le agobiaban de diferente forma.

En un principio, Julio había pensado aguantar una larga temporada en Madrid antes de desaparecer, más por ego y orgullo mal entendido de artista y ladrón de guante blanco que por otros motivos. Le gustaba su trabajo en la universidad, tenía pendientes varios proyectos científicos que quería llevar a cabo en los siguientes semestres y, además, tenía mucha curiosidad por saber cuándo descubrirían su engaño en el museo.

Si es que llegaban a hacerlo, claro, porque tal vez no sometieran a las piezas a un examen tan exhaustivo antes de la exposición itinerante que comenzaría pocas semanas después en el Museo del Prado. Algo de lo que enorgullecerse en la más absoluta intimidad, ya que nadie podría saberlo. Solo la satisfacción de valorar que su obra se exhibía ante el mundo como un verdadero trabajo de Leonardo da Vinci, uno de los más grandes maestros en la historia de la humanidad.

Y ahora se le añadían dos preocupaciones más, a cada cual más peligrosa para sus fines, incluso para su integridad física. El ladrón no

podía dejarse engañar por las falsas apariencias, no era tan inocente. El inspector había tenido el mismo pálpito que él al

comprobar sus apellidos, y eso que en un principio el policía desconocía sus actividades ilícitas. Aquel extraño asesinato tenía toda la pinta de tratarse de un lamentable error; tal vez el sicario buscara a otro profesor Ortega y se equivocara, para desgracia del pobre Nacho.

Pero ¿quién le quería muerto? Y, sobre todo, ¿quién se atrevería a cometer un crimen de esas características, en un lugar público y a plena luz del día? Si hubieran querido deshacerse de él, o de Ignacio si es que en realidad no habían fallado, no necesitaban montar ese espectáculo. Siempre se podían encontrar formas más discretas de eliminar a alguien sin testigos. A Julio Ortega nunca le habían gustado las armas de fuego y no las utilizaba en sus robos. Algo que en otros ambientes criminales se encontraba a la orden del día, lugares en los que la vida humana no valía nada.

Ortega Pulido pensó en los últimos golpes que había dado a lo largo y ancho de todo el territorio español. En su mayoría se trataba de encargos realizados por su contratador habitual, el señor Lizarraga, con lo que tal vez se había ganado potentes enemigos. A esas alturas quería creer que nadie conocía su verdadera identidad, aunque en ciertos ambientes de los bajos fondos y, por lo que le habían contado, también en dependencias policiales, muchos sospechaban que ese tipo de trabajos habían sido realizados por Erik el Niño.

No tenía ningún sentido, se iba a volver loco. Si las autoridades hubieran descubierto su secreto ya le habrían detenido, aunque después de su conversación con el inspector Bermejo no las tenía todas consigo. Desde luego, no le había causado demasiada buena impresión al interrogador, o eso le pareció. Interactuar con desconocidos nunca fue uno de sus puntos fuertes, al igual que saber demostrar sus emociones o mostrar empatía en determinadas circunstancias, pero el lenguaje corporal del policía se lo dejó muy claro: no se fiaba un pelo de él y no le habían gustado sus respuestas. Ese era el otro problema del que tendría que hacerse cargo en algún momento.

Regresó entonces al punto anterior en su mente, mientras su cerebro divagaba en busca de soluciones ante la disyuntiva que se le presentaba, y algo le sobresaltó. No, no podía ser, no tenía ningún sentido. ¿Y si todo fuera culpa de su empleador? Nadie conocía la relación entre ellos, y su sola presencia suponía un cabo suelto en una investigación tan importante como la del robo de los códices de Leonardo. Tal vez el navarro se quería curar en salud. Si Julio Ortega

o su *alter ego*, Iván Guerrero, desaparecían sin que las autoridades dieran con ninguna otra pista, nadie sabría nunca que las obras se encontraban en poder del empresario navarro.

Desechó la idea por completo, debía tratarse de otra cosa. Si Lizarraga hubiera querido encargarse de él podría haberlo hecho el fin de semana anterior, cuando descansó en su propia casa o se alojó después en el apartamento rural de los Pirineos.

Además, el millonario podía ser un tipo despiadado en los negocios, pero no le veía encargando un asesinato. Sobre todo, porque entonces habría otro cabo suelto: el sicario contratado.

Julio decidió andarse con cuidado y tomar las debidas precauciones. Tampoco es que su modo de vida habitual difiriera mucho durante el período lectivo, pero se prometió cumplir lo que le había asegurado al policía: vida monacal. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Nada de visitar el pueblo en el que se escondía su taller, el único lugar que nadie podía descubrir. Si los investigadores hallaban su escondrijo antes de que tuviera tiempo de deshacerse de algunas pruebas, encontrarían rastros suficientes para endosarle más de un delito. Y eso le acarrearía la muerte en vida, ya que no saldría de la cárcel en una larga temporada.

Repasó la fachada que el mundo conocía del profesor titular de universidad, el físico Julio Ortega Pulido. Vivía en un piso de alquiler cuya mensualidad pagaba religiosamente y solo tenía los ingresos de su trabajo en la Complutense. Por lo menos a efectos de Hacienda, con quien prefería no tener tratos, y que no le había causado ningún problema a lo largo de su vida adulta. Él solo declaraba sus ingresos ordinarios de nómina mensual como rendimientos del trabajo, sin que sus actividades delictivas, cobradas siempre en metálico o de modo que nadie se enterara, aparecieran por ningún lado.

Sabía que investigarían sus cuentas bancarias y cualquier movimiento sospechoso.

Poseía una cartilla de ahorro en un conocido banco nacional con algunos ahorros, todo muy poco llamativo. Nada de acciones, fondos de inversión ni nada por el estilo en la cara A de su economía. Gastos normales para una persona como él que vivía sola, sin estipendios exagerados ni reintegros innecesarios de efectivo que llamaran la atención.

Para eso estaba su contabilidad B.

Tampoco había tenido ningún problema con su casero ni con sus vecinos, procuraba pasar desapercibido. En pleno siglo XXI los portales ya no eran como antiguamente, donde todos se conocían de sobra y llevaban una vida en el vecindario. Ahora casi nadie saludaba al cruzarse en el ascensor, como para preocuparse del que vivía en la puerta de al lado. Tal vez, si alguien preguntaba por él en el rellano fuera posible que algún vecino cotilla afirmara que muchos fines de semana no aparecía por allí, por lo que tendría que buscarse una excusa que no les condujera directamente hasta su casa de Perales del Río.

Como hijo único, descubrirían que había heredado la casa de sus padres en el distrito de Retiro, aunque si preguntaban por allí le dirían que no solían verle mucho por su antiguo domicilio tras el fallecimiento de sus progenitores. No tenía novia ni demasiados amigos, solo podrían averiguar que se llevaba bien con varios profesores universitarios. Incluso con alguno quedaba de vez en cuando para tomar unas cervezas.

Sí, podría considerarse que se trataba de un individuo algo extraño, un hombre solitario que no tenía pareja ni alternaba demasiado con nadie. Tampoco se trataba de algo poco habitual en su mundo: un científico de la vieja escuela que se dedicaba a sus investigaciones académicas y a sus clases en la universidad, nada fuera de lo común. De vez en cuando iba al cine, también se le podía ver comprando en las tiendas del barrio en el que residía y poco más. Su único punto débil era que lo relacionaran con la casa de Perales.

Esa propiedad perteneció en su momento a sus abuelos paternos y luego pasó en herencia a uno de sus tíos, hermano pequeño de su padre. Más tarde, el hombre se metió en bastantes problemas de dinero, rehipotecó el inmueble y al final no pudo hacerse cargo de los recibos. Terminaron por embargarle la casa, que salió tiempo después a subasta pública. Julio la compró a precio rebajado años atrás, bajo una identidad falsa que no tenía nada que ver con su familia, y encargó a una empresa del sector una reforma integral del edificio. Y allí se construyó su refugio particular, su taller de arte, en el sótano rehabilitado de la vivienda. El lugar del mundo en el que podía ser él mismo, donde se sentía en completa libertad, aunque estuviera bajo tierra sin ventilación natural. Su laboratorio, en el que también había llevado a cabo algún experimento científico, pero que en realidad utilizaba para preparar sus golpes.

Tras estudiar toda la información almacenada en internet sobre los cuadernos de Da Vinci, supo que le quedaba mucha tarea por delante

si quería efectuar un buen trabajo.

De momento, averiguó que el *Códex Madrid I, Tratado de Estática y Mecánica*, databa de 1493, con unas dimensiones de 214 mm x 155 mm y compuesto por 191 folios. Su hermano, el *Códex Madrid II, Tratados varios de Fortificación, Estática y Geometría*, era de 1491 y contaba con 157 folios.

La propia Biblioteca Nacional le facilitó mucho la tarea con su herramienta *online*, en la que la obra de Leonardo aparecía escaneada en todo su esplendor, aportando incluso elementos interactivos, como enlaces a citas utilizadas por el maestro florentino o animaciones en vídeo de algunos de los inventos pergeñados por una de las grandes mentes de la historia.

Ortega confirmó que el cuerpo de cada libro se había fabricado sobre un papel tradicional, elaborado con pasta de trapos, compuesto fundamentalmente por fibras de lino y cáñamo, muy habitual en la época. Además, se escribieron con tintas caligráficas ferrogálicas, compuestas en su mayor parte por taninos, vitriolo, goma arábiga y agua.

Todos los textos y dibujos fueron realizados de forma manuscrita por la mano izquierda de Leonardo, escritos además de derecha a izquierda con su característico estilo especular.

Ortega asumió la imposibilidad de recrear todos los elementos de ese conjunto: no podría conseguir el mismo tipo de papel o tinta, sin mencionar que nadie en el mundo podría transcribir con veracidad todos los textos, anotaciones y complicados dibujos de Leonardo sin que se notara el ardid. Por lo tanto, solo le quedaba una solución, ya utilizada en otras ocasiones por expertos falsificadores para elaborar otro tipo de manuscritos. Algo parecido a lo que sucedió con supuestas copias de obras de Galileo que habían aparecido en el mercado como por arte de magia.

Recurrió a la herramienta de la Biblioteca Nacional para descargar en gran formato la totalidad de las páginas manuscritas de Leonardo. En su taller contaba con prensas y otros utensilios específicos del oficio de impresor, a los que añadió los elementos que necesitaría para un trabajo de semejante envergadura. Gracias a sus contactos con librerías de viejo y una empresa especializada en artes gráficas recomendada por Lizarraga, se agenció lo fundamental para preparar el engaño.

Para la falsificación utilizaría la técnica de la reproducción fotomecánica, para lo que necesitaría unas planchas en relieve bastante peculiares, una especie de fotolito plástico, formado por placas de fotopolímero en resina. Esa plancha se conduciría a una prensa típica para conseguir la impresión adecuada del manuscrito, utilizando un papel de la época lo más similar al utilizado para los códices en su momento, formado por lino y cáñamo.

Ese papel tendría que ser tratado previamente, antes de imprimir nada, y también después, para envejecerlo de forma artificial. Y, por supuesto, no podía olvidarse de la tinta para la impresión, cuya composición química original obtuvo de los documentos oficiales de restauración de la Biblioteca Nacional. Como apasionado de la química, Ortega preparó su propio compuesto en el laboratorio: el vitriolo de hierro actuaría como colorante, los taninos serían el compuesto ácido que ejercería su labor como agente de oxidación y a la vez de mordiente y, por último, la goma arábiga se convertiría en el aglutinante adecuado. Una ardua tarea que le llevó semanas, todo para conseguir aproximarse lo máximo posible a una perfección casi inalcanzable.

Se aseguró de que el papel utilizado no incluyera ningún rastro de algodón para que no resultara anacrónico a su supuesta fecha de elaboración. Y después, una vez impreso, introdujo el resultado en un horno especial para envejecer las muestras obtenidas con el habitual método de ensayo y error. Desechó numerosas pruebas hasta que logró acercarse a lo que tenía en mente, alcanzando un grado de perfección que no terminaba de satisfacerle.

Al menos no tendría que preocuparse por las tapas ni la encuadernación de los manuscritos, una tarea para la que le hubiera faltado tiempo material. Se acercaba el día de la inauguración oficial sin que el resultado final le convenciera del todo, por lo que estudió de nuevo la restauración realizada en su momento por los expertos. Sabía que los cuadernillos presentaban una doble perforación, como muestra evidente de dos cosidos diferentes.

Los orificios más pequeños correspondían al cosido original, pero también existía una segunda perforación más agresiva, supuestamente realizada durante la restauración de los años setenta, que causó daños en el bifolio. Los técnicos repararon esa zona, al igual que las marcas que aparecían en el cajo. Afortunadamente, el escaneo se produjo una vez finalizado todo el proceso, por lo que Ortega optó por no preocuparse más.

Su obra maestra se encontraba dispuesta para ejercer su nueva función. A simple vista daría el pego a efectos de su traslado interno o manipulación antes del proceso final de restauración. Ortega sabía que los técnicos descubrirían el engaño si sometían de nuevo las obras al mismo proceso que en el año 2012, algo que le sorprendería, ya que los códices se encontraban en un magnífico estado de conservación. Las pruebas químicas o mediante microscópico electrónico de barrido no casarían con las obtenidas en su momento, algo que escamaría a los expertos.

Lizarraga tenía razón y perdió demasiado tiempo perfeccionando su obra. Si los códices falsos eran examinados con tal grado de detalle, las autoridades se percatarían de la burla, pero el cambiazo habría surtido efecto. De ninguna manera podrían pillarle esa misma noche: si el resto de su plan funcionaba, él se encontraría muy lejos cuando dieran la voz de alarma. Si es que llegaban a hacerlo, claro está.

Se había tirado los últimos meses elaborando esa réplica casi exacta del *Códex Madrid I y II*, en un lugar que contaba con sus propias medidas de seguridad. La casa solariega no compartía pared con ningún otro edificio y poseía una pequeña parcela alrededor, con el vecino más cercano situado a decenas de metros. Tampoco es que se hablara

demasiado con la gente que vivía en los alrededores y nadie tenía por qué relacionarle con sus abuelos, los antiguos dueños de la propiedad.

Recordó entonces las visitas que a veces realizaba a esa casa en compañía de sus padres, sobre todo en algún fin de semana de invierno. También había pasado en casa de sus abuelos parte de las vacaciones en algún verano lejano, por lo que guardaba gratos recuerdos de su infancia en ese lugar, jugando en el bosque o en la ribera del río.

Tal vez tuviera trato en esa época con algún niño de la zona, pero era imposible que ahora le relacionaran con ese chaval, por lo que estaba tranquilo en ese sentido.

En el buzón de esa casa aparecía el nombre de Santiago Hernández, otro de sus alias para compartimentar los diferentes aspectos de su vida. Bajo esa identidad no solía recibir demasiada correspondencia, algunas facturas y poco más. Tuvo que instalar una buena línea de Internet para poder trabajar en condiciones, así como dar de alta los suministros bajo ese nombre si quería pasar en ese domicilio buena parte de sus fines de semana. De hecho, a lo largo del último verano,

había acudido allí prácticamente todos los días para llegar a tiempo con el encargo.

Intentó hacer memoria, por si había algún otro resquicio por el que pudieran llegar hasta él. Rememoró entonces el largo verano a doble turno, primero de noche en el museo en sus labores de mantenimiento y luego, casi siempre después de descabezar un pequeño sueñecito para no caer rendido, enfrascado con la creación de su propia obra maestra en el taller. A veces iba al pueblo si le hacía falta algo urgente e incluso se había dejado ver por la cercana Getafe, una ciudad mucho más grande en la que sí podría haberse cruzado con algún conocido de la universidad. Nunca se dio el caso, aunque siempre tenía preparadas una o dos excusas por si se le presentaba la ocasión. Nadie había entrado en esa casa y pretendía que siguiera siendo así.

Incluso poniéndose en lo peor, si las autoridades llegaban a relacionar a Julio Ortega con esa propiedad y entraban a registrarla, les costaría encontrar algo que lo incriminara. El sótano no se veía a simple vista, ni siquiera aparecía reflejado en los planos que se podían conseguir en el registro de la propiedad. Se ejecutó la obra sin permiso municipal, disimulada de tal manera que nadie se percatara de esa estancia anexa ni desde dentro ni desde fuera de la casa.

Se accedía a la misma desde una trampilla muy bien camuflada en el salón. Aparte de la alfombra colocada encima, las tablillas de la tarima estaban dispuestas de tal manera que fuera casi imposible toparse sin querer con la pequeña pestaña que accionaba el mecanismo de apertura. A partir de ahí podía levantarse la trampilla, bajar por una escalera de mano y adentrarse en sus verdaderos dominios.

Su guarida formaba una sala amplia en forma de polígono irregular y sus paredes aparecían revestidas con los mejores materiales para favorecer el aislamiento acústico.

Además, contaba con filtros suficientes, junto a un curioso sistema de refrigeración y calefacción, que impedía que los olores inequívocos de algunas reacciones químicas necesarias para su trabajo atrajeran miradas indiscretas. Un lugar que le había costado muchos años acondicionar a su gusto y que no pensaba abandonar de cualquier manera.

De momento tendría que prescindir por una temporada de regresar a su cubículo, por lo menos mientras se aseguraba de que no le seguían o le ponían algún tipo de vigilancia en su domicilio de Madrid. La policía no contaba con medios ilimitados y él, por lo menos de

momento, no creía que fuera un sujeto de atención, estatus que podía cambiar en cualquier momento. Así que prefirió optar por un perfil bajo y dejar pasar el tiempo.

De hecho, en ese momento se percató de que no había escuchado nada relacionado con el robo de los códices de Leonardo a lo largo de los últimos días. Imaginó que las autoridades no querían llamar la atención sobre el museo que sufrió un ataque el mismo día de su inauguración o, tal vez, ni siquiera hubieran descubierto todavía el cambiazo. Lo malo era que se había puesto en evidencia delante del inspector durante su patético alegato, situación a la que jamás pensó tener que enfrentarse como descubridor de un crimen en su facultad. Un asesinato que, en su fuero interno, sabía que estaba relacionado con él de alguna manera. Y si ese inspector opinaba lo mismo, iba a tener muchos problemas.

Pensó en llamar a Lizarraga por si él tenía alguna noticia al respecto, pero desechó enseguida la idea. Ni siquiera sabía si el empresario tenía algo que ver con el asesinato.

Y, en caso contrario, tampoco quería que lo relacionaran con el dueño de tantas obras de arte robadas. Mejor mantenerse en un perfil discreto, no llamar demasiado la atención y procurar ser lo más cauto posible sin perder la perspectiva de los hechos.

De hecho, la paranoia acudió entonces en su rescate para aumentar el grado de ansiedad. ¿Y si ya habían entrado en su piso de Diego de León? La policía no podía tener ningún tipo de prueba concreta contra él, a lo sumo alguna duda muy circunstancial, pero nada más. Cualquier pesquisa realizada a priori señalaría a Julio Ortega como una persona íntegra, de moral intachable y profesionalidad demostrable.

No tenía deudas, ni problemas con nadie, por lo que no se podía haber ganado enemigos que quisieran acabar con su vida. Esperaba que pronto lo descartaran de cualquier tipo de investigación y se centraran en encontrar al verdadero culpable, el sicario asesino que revolucionó su facultad.

Decidió entonces efectuar un barrido electrónico de su domicilio habitual en Madrid, por si alguien hubiera accedido al mismo en su ausencia, ya fuera con autorización judicial o sin ella. Se suponía que el sistema judicial español era bastante garantista, pero ya no se fiaba de nadie. Pensó en acudir a un establecimiento de electrónica conocido, famoso por proporcionar elementos profesionales con los

que espiar a alguien o averiguar si te espiaban a ti. No obstante, se abstuvo de presentarse en persona en ese lugar por si le captaba alguna cámara indiscreta. Tenía que buscar otra solución.

Prefirió efectuar una compra *online* de los productos que necesitaba, bajo otra de sus identidades, para que le enviaran el paquete a un apartado de correos que tenía contratado en una oficina algo alejada de su domicilio. Podía parecer un paranoico, pero si llevaba tanto tiempo delinquiendo sin que lo hubieran pillado era por detalles como ese. Continuaba tomando las máximas precauciones para no empeorar aún más su maltrecha situación.

No podía dejarse llevar por el pánico, debía mantener la calma e intentar pensar con claridad. Las próximas horas serían cruciales y no podía cometer ningún fallo. Otra persona habría colapsado ante la situación y habría huido para mantener el pellejo a salvo. En otras ocasiones había viajado a Sudamérica para congresos o charlas académicas, siempre a cargo de fondos de la universidad, pero recién comenzado el mes de septiembre no existía esa posibilidad. Así que siguió adelante con su idea, después tomaría una determinación.

Pagó el extra para una entrega urgente del paquete y se acercó a recogerlo a las pocas horas. Se quedó mucho más tranquilo cuando inspeccionó por completo su piso con las medidas electrónicas, sin encontrar ningún elemento discordante. Quizá se había precipitado y dar una mala imagen durante una charla con un policía no acarreaba que le investigaran como si se tratara de un asesino en serie. Se andaría con cuidado, eso por descontado; solo tendría que tranquilizarse un poco. Al final, si se comportaba de modo diferente al habitual sería cuando llamaría de verdad la atención sobre él, detalle que no le convenía en absoluto en esos momentos.

Pensó entonces en la coartada pergeñada para desaparecer del museo sin dejar rastro. Tal vez olvidara algún cabo suelto que condujera hasta él, por lo que lo repasó todo de nuevo en su cabeza. En caso de que ya hubieran descubierto el robo en la Galería de las Colecciones Reales, imaginaba que la investigación la llevaría la unidad especial de Patrimonio Histórico, ya fuera el grupo integrado en la UCO o la brigada de la Policía Nacional. Nada que ver con el tal Bermejo, un inspector de homicidios de la UDEV que parecía curtido en mil batallas. Nadie tendría por qué relacionar los dos

casos, solo había que esperar y dejar pasar el tiempo. Sobre todo, mantener la mente fría y controlar muy bien sus movimientos, hasta que todo escampara.

De momento, Iván Guerrero, el supuesto empleado de mantenimiento del museo, continuaba de baja laboral a efectos legales. Había enviado a la empresa de servicios que le contrató un parte del médico justificando su ausencia, que se prolongaría durante un período aproximado de quince días. Motivo suficiente para que la empresa prescindiera de sus servicios temporales, ya que el contrato previsto finalizaba a mediados de septiembre. Los antecedentes médicos son especialmente protegidos por la legislación española y europea en materia de protección de datos, por lo que nadie debería molestarle en ese sentido. Pero en su celo interno quizá cometió una pequeña equivocación que podría lamentar más adelante. Al incorporarse ese verano rellenó una ficha de personal con los datos relevantes de Iván Guerrero, incluyendo una dirección de Vallecas donde nadie podría localizarle, un teléfono móvil de prepago del que ya se había desembarazado, y una dirección de correo electrónico que solo había utilizado para darse de alta en el sistema y poder facilitar un email real y operativo.

¿Y si había ocurrido algo en el museo durante su ausencia? Terribles imágenes comenzaron a sucederse en su cabeza, agobiado porque hubieran destapado el engaño.

Nadie tendría por qué relacionarle con la desaparición de determinados objetos de la sala de almacenaje, había cubierto muy bien sus huellas, pero la angustia le carcomía por dentro. No podía saber si alguien se había presentado en ese domicilio ficticio preguntando por él o si le habían llamado al teléfono que facilitó a Patrimonio Nacional, por lo que solo le quedaba un medio de localización.

Tuvo un mal presentimiento y lamentó no poder disponer de su equipamiento informático, instalado en su taller particular, para averiguar más datos. De todas formas, aún a sabiendas de que dejaría un pequeño rastro, decidió acceder a ese buzón de correo para quedarse más tranquilo. Utilizó las herramientas de las que disponía en esos momentos para entrar en el servidor de correo, navegó en modo incógnito en la red por si acaso y utilizó su usuario y contraseña para acceder. La bandeja de entrada mostraba dos mensajes sin abrir, de dos direcciones electrónicas que no auguraban nada bueno.

El más antiguo correspondía al departamento de personal de la empresa de servicios que le había contratado ese verano, como acuse de recibo ante el envío de su baja médica, sin especificar nada más. El otro correo, sin embargo, provenía del departamento de administración de la Galería de las Colecciones Reales. En él, sin

explicar los motivos, le pedían que se pusiera en contacto con un número que le sonaba demasiado, seguramente porque pertenecía a la oficina de seguridad del museo. Al

parecer, no habían podido localizarle por teléfono y les urgía contactar con él para hablar de su último turno en el recinto, coincidente con el ataque sufrido durante la inauguración real. Aseguraban que se trataba de algo rutinario, ya que estaban hablando con todos los empleados del museo que se encontraban en sus instalaciones durante ese día por si habían visto algo fuera de lo común.

Se trataba de una burda farsa, un caramelito envenenado envuelto en forma de inocente misiva. Con la excusa facilitada, relacionada con el ataque al cuadro de Velázquez sin mencionar nada más, alguien podría pensar que no resultaría nada preocupante. Y entonces el dicho español de *Piensa mal y acertarás* acudió presto a su cabeza. Si de verdad se habían dado cuenta del cambiazo y estaban interrogando a todo el personal, estaba más jodido de lo que imaginaba.

Ya no había remedio, ni marcha atrás que pudiera reconducir la situación. Si habían localizado a todos los trabajadores del museo, a excepción del famoso Iván Guerrero, él se habría convertido en el sospechoso número uno en caso de descubrir el robo en el almacén. Tal vez lo llevaran con discreción para no alertar a la opinión pública, quizá la situación no fuera tan grave. Incluso, por lo que le habían contado del jefe de seguridad, que se creía una especie de John Wayne a la española, tal vez ni siquiera habrían dado parte a las autoridades. Si la UCO o la Policía no estaban involucradas, porque Estrada y los altos cargos de Patrimonio Nacional preferían realizar primero una investigación interna, quizá pudiera salvarse.

Su mente giraba a toda velocidad, analizando situaciones y posibles salidas a un embrollo descomunal. Se le presentaban dos problemas de difícil solución, sin saber cuál le preocupaba más. Por un lado, alguien le estaba buscando en el museo y nadie podría encontrar al empleado ficticio de mantenimiento, detalle que mosquearía a cualquiera. Y, por el otro lado, un sicario había asesinado a su compañero en el claustro universitario y no sabía si le buscaban a él.

Un momento terrible que no sabía cómo afrontar. Las dudas comenzaron a aflorar en su mente, sintiendo que el mundo se le caía encima. Tantos meses de preparación para nada, iban a pillarle por una tontería. Y eso que todavía ignoraba el rastro informático que habían dejado sus incursiones en el interior del sistema BMS.

No quiso llamar al mal fario e intentó templar los nervios. Buscó los ejercicios de relajación que utilizaba normalmente para mantener a raya su ansiedad, pero ninguno de los elegidos logró su propósito. El corazón se le aceleró y no consiguió calmar sus pulsaciones. Temió entonces sufrir algún tipo de shock o una crisis de pánico grave que arrasara con todas sus defensas, por lo que intentó relativizar las cosas. No poseía una

máquina del tiempo que le permitiera modificar algunos de sus actos en el pasado y tendría que apechugar con las consecuencias.

Encontraría una salida, no pensaba dejarse atrapar. Sin olvidarse de lo más importante en esos momentos, casi más perentorio que la investigación policial. Al parecer, un peligroso asesino andaba tras su pista, y eso era lo más preocupante. No quería alarmarse más, pero dudaba que pudiera hacer frente a semejante psicópata llegado el caso, sin saber que ese momento estaba más cerca de lo que se imaginaba.

12

Las consecuencias de tus actos

Alrededores de Illescas (Toledo), 05 de septiembre de 2018

El antiguo miembro del Mossad se había dejado llevar por su temperamento salvaje y había cometido un terrible error que sus compañeros no iban a dejar pasar tan fácilmente. Les había situado en el punto de mira de las autoridades solo por despecho, por un comportamiento infantil que una banda de ladrones profesionales no se podía permitir. Un arrebato impropio de alguien como él que acarrearía terribles consecuencias para todos.

El día anterior, cuando Abraham llegó a las instalaciones en las que su equipo llevaba todo el verano trabajando, nadie le recriminó nada, y eso terminó por confundirle. Sabía que se había precipitado al actuar de esa manera tan imprudente, todo por el cabreo que llevaba al saber que por culpa de ese profesor iba a perder cinco millones de libras.

Quizá no fuera por el dinero en sí, qué también, sino por lo que su pérdida acarreaba. Y es que nadie conocía las deudas que Rottman había contraído con una peligrosa mafia de Tel Aviv, ciudad a la que le convenía no acercarse en una temporada si no disponía del dinero necesario. El capo del clan ya le había permitido aplazar el pago durante varios meses y no estaba dispuesto a esperar mucho más. La vida de sus familiares en Israel pendía de un hilo, se lo habían dejado muy claro, y esa gente no se andaba con tonterías.

La bronca le llegó de golpe cuando se cruzó en uno de los pasillos laterales de la nave con Enzo. El italiano lo agarró del brazo y lo llevó hasta la sala de operaciones, donde el resto del equipo lo miraba con gesto circunspecto. Todos parecían expectantes, callados, tal vez esperando a que todo explotara por algún lado. Había llegado el momento y no se iba a librar tan fácilmente.

—¿Tú eres idiota o qué te pasa? —preguntó Enzo con ira contenida. Abraham creyó que le iba a pegar un puñetazo—. ¿De verdad te has cargado a ese profesor así, por las buenas?

—Pues sí, y deberíais estarme agradecido —replicó insolente Abraham.

—¿De qué coño hablas? Te has vuelto completamente loco…

—¿Me dejas hablar? No me mires así, sabes que tengo razón. Si

quieres, os lo explico despacito para que lo entendáis: nos hemos librado de un marrón importante.

—¿En serio te lo crees? Adelante, deléitanos con tus patrañas, a ver qué se te ocurre.

Seguro que tienes una justificación plausible para entrar en un edificio público a cara descubierta y asesinar a un profesor de universidad sin motivo aparente.

—Pero ¿no lo veis? Ese maldito profesor nos iba a fastidiar el plan y yo lo he evitado.

Un problema menos para todos, podemos seguir adelante con el golpe. Ni siquiera os pido un triste «gracias», pero al menos dadme el beneficio de la duda.

—Eres gilipollas, tío, nos has jodido pero bien —soltó entonces Rambo, con un gesto serio bastante alejado de su carácter habitual.

Abraham intentó justificar sus acciones, asegurando que lo había hecho por el bien del grupo. No quería detallarles su situación real con la mafia israelí, pero sí admitió tener graves problemas de liquidez que necesitaba solucionar con brevedad. De ahí su enfado al suponer que había perdido cinco millones de libras por culpa de aquel entrometido. Tampoco es que la elocuencia fuera una de sus mejores virtudes, no iba a engañarse a esas alturas. Intentó por todos los medios hacerse entender por sus compañeros y no se sorprendió al comprobar que nadie daba la cara por él. Y eso que les aseguró que había tomado sus precauciones y nadie tenía por qué relacionarlos con ese crimen. Enzo negaba con la cabeza, y eso no podía considerarse una buena señal.

Solo le quedaba averiguar el castigo que le impondrían.

No temía por su vida, conocía los métodos de trabajo del italiano. Tal vez cualquier otro miembro de la banda opinara que un elemento tan discordante como él podía acabar con el grupo y que sería mejor eliminarle por si la policía daba con su pista, pero nada le relacionaba con ellos, así que quizá pudieran tener todavía una oportunidad como banda organizada. Después de tantos golpes juntos, Rottman conocía las habilidades de cada uno. Y el equipo era especialista en limpiar todo rastro de su actuación después de cada atraco, por lo que no tendrían mayor problema en deshacerse de él.

¿Y quién se iba a hacer cargo de semejante problema? Heisenberg era

un ingeniero metódico, no un asesino. Enzo estaba en contra del uso de las armas en sus golpes y habían tenido más de una discusión al respecto, por lo que le descartó de la lista. Y la *hacker* bastante tenía con sus ordenadores. Solo tendría que cuidarse de Rambo, un

exmilitar como él que sabía moverse en esas situaciones. Si había que guardarse las espaldas de alguien, llegado el caso, sería de su conductor habitual. Un tipo gracioso al que le encantaba gastar bromas, pero que ocultaba un lado siniestro que tal vez le causara problemas. Puede que ni siquiera llegaran a ese punto, ya que el italiano estaba a punto de dictar sentencia.

—No puedo tolerar estos comportamientos y sabes que mereces un castigo. Debo velar por nuestra seguridad. Así que, a partir de ahora, estás fuera del grupo. Nos prepararemos para efectuar el golpe sin tu participación, organizaremos el asalto de otro modo. Y tú te quedarás aquí hasta nuevo aviso. No hagas que me arrepienta de mi decisión y tome medidas más drásticas.

El israelí supo enseguida que Enzo hablaba para la galería, tenía que demostrar quién mandaba en presencia de sus hombres. Sin embargo, parecía decirlo con la boca pequeña. No lo creía capaz de ejecutarlo. Estuvo a punto de protestar y montar un escándalo, pero por una vez su parte más cerebral le dijo que mantuviera la calma hasta encontrar una alternativa eficaz. Se encontraba fuera del golpe y ahora sí que se veía con el agua al cuello. Perdería la recompensa y, tal vez, la vida de sus seres queridos.

Un duro varapalo que en ese momento no supo cómo sobrellevar.

—No lo entiendo, Enzo, pero acato tu decisión como buen soldado —asumió Abraham. Decidió humillarse un poco y justo en ese momento una lucecita se encendió en su primitivo cerebro—. Un momento, no había caído. ¿Cómo que organizareis el golpe sin mí? ¿Es que habéis encontrado la manera de entrar por los sótanos y burlar la vigilancia de la Guardia Civil desde la entrada anexa a los jardines?

Todos permanecieron callados, algunos mirando al suelo sin querer expresar en voz alta lo que de verdad ocurría. Abraham se mosqueó, por primera vez se sintió verdaderamente excluido del grupo. Le harían pagar muy caro su metedura de pata, y ese era el primer paso.

—No será que regresáis al plan original, ¿verdad? Es eso, maldita sea. ¿El cuadro de Velázquez está de nuevo en la exposición principal? Joder, soy idiota…

Se dirigió directamente a Enzo, que lo miró con gesto serio, sin llegar a responderle.

Rottman inspiró para no descontrolarse mientras asumía que la ira podía apoderarse de sus actos en cualquier instante. Se veía muy cerca de perder la paciencia y eso el jefe de la banda tenía que saberlo, se le daba bien calar a las personas. Enzo conocía su rabia contenida y tal vez no pensara mantenerla a raya durante mucho más tiempo. Así que entendió que prefiriera contestar y cortar de raíz la posible trifulca.

—Así es —respondió por fin—. Esta tarde regresará el lienzo a su ubicación original, en la sala de los Austrias, al parecer con mayores medidas de seguridad. Y nosotros tenemos que seguir ensayando, no podemos perder ni un minuto más. Así que, si no te importa, obedece las órdenes y dirígete a tu cuarto hasta nuevo aviso. Tenemos mucho trabajo por delante y ya hemos perdido bastante el tiempo.

—¡No me podéis hacer esto! —exclamó Rottman—. Me necesitáis, no tenéis a nadie con mi perfil, Rambo tiene que dedicarse a otras funciones. ¿Y si os encontráis con un pelotón de vigilantes en el interior del museo? O lo que es peor, ni siquiera lo habéis tenido en cuenta. ¿Y si fallan todas las estratagemas externas? Pensáis que esas burdas artimañas retrasarán el cometido de las fuerzas de seguridad, pero yo no lo tengo tan claro. Puede que la situación se descontrole y no contéis con esos preciosos minutos que pensabais ganar para salir de allí con éxito. Y entonces, ¿qué hará el gran jefe? ¿Podrá el super ladrón conocido como el Fantasma y su misteriosa banda enfrentarse a medio cuerpo de policía? Yo conozco la respuesta y creo que tú también, te considero una persona inteligente. Solo tenéis una posibilidad, asúmelo.

—Ya nos apañaremos, haz el favor de obedecer las órdenes.

—¡No, Enzo! No puedes hacerme esto. Os he quitado del medio a la competencia, el idiota ese debe ser el mismo Erik el Niño del que tanto te quejabas. Pues hala, ya no está, uno menos. Tranquilos, nadie me va a pillar, tomé mis precauciones. La policía no va a dar conmigo y yo…

—¡Pero si te equivocaste de profesor, idiota! —exclamó entonces Björk—. Culpa mía por confiar en ti y permitir que te enteraras de mi investigación antes de hablar con Enzo. No has puesto a todos en peligro y parece que te da todo igual, eres un psicópata.

Estoy de acuerdo con el jefe, es mejor que te quedes fuera.

Abraham tragó saliva, sin querer asimilar lo que había dicho la noruega.

—¿De qué demonios estás hablando, niñata? —bufó—. Soy un profesional, no me equivoco en estas cosas. He acabado con el profesor Ortega, el listillo que se había confabulado con los activistas climáticos para fastidiarles la operación. ¿A qué se refiere la friki? —preguntó entonces a Enzo—. No me equivoqué. Me encargué del tal Ortega

—insistió—, el tipo que nos ha jodido la vida. No la podéis pagar conmigo, yo solo…

—Eres impulsivo y te dejas llevar por tus emociones, cualidades que no casan con un ladrón profesional —respondió Enzo—. Viste algo en la pantalla de Björk y no te aseguraste del objetivo. Actuaste a nuestras espaldas y acabaste con la vida de una

persona, colocándonos en el disparadero. Y ni siquiera acertaste con la víctima, eres una calamidad. Nos has puesto en peligro para nada.

—No puede ser, yo…

Le explicaron que en el departamento de Física Teórica había dos profesores que se apellidaban Ortega y él se había cargado al equivocado. Por lo visto, su verdadero enemigo era un tal Julio Ortega, el mismo tipo que al parecer robó los códices y puso en marcha la investigación policial sin pretenderlo, por lo menos según los datos obtenidos por la *hacker* en su investigación interna. Abraham no había solucionado el problema, encima cargaba con un muerto a sus espaldas y todo para nada. Una actuación impulsiva que lamentaría por el resto de sus días, aunque a su modo de ver tuviera justificación.

Ahora se encontraban mucho peor, con la policía persiguiendo al misterioso asesino de la universidad y, por otro lado, con la brigada de patrimonio investigando el robo en el museo. Dos casos que no tardarían en relacionar, de ahí que Rottman entendiera la premura con la que Enzo pretendía actuar en el museo. Debían salir del país antes de que los atraparan, a ser posible después de cobrarse la pieza de caza mayor. De esa manera obtendrían el jugoso botín que les reportaría una importante cantidad de dinero, esos millones de libras que a partir de entonces dividirían entre cuatro, en vez de entre cinco personas. Un verdadero desastre que no sabía cómo arreglar.

Abraham agachó la cabeza y salió de allí sin mediar palabra. Enzo le

aseguró que debía reflexionar sobre lo sucedido mientras ellos preparaban el golpe. Una vez terminada la operación, cada uno saldría de allí según el plan establecido, por lo que necesitaban aguantar allí unos días más sin llamar la atención. Algo a lo que el exmiembro del Mossad no estaba dispuesto, por mucho que quisieran apartarle del golpe. Necesitaban su ayuda e iba a demostrárselo.

Se dirigió a su habitación a tiempo de escuchar retazos de la conversación que se mantenía a su espalda. Al parecer, pretendían dar el golpe ese mismo sábado de madrugada, aprovechando que las unidades policiales tendrían más trabajo en una noche del fin de semana. Le quedaba muy poco tiempo para revertir la situación, pero tenía una idea en mente.

Y, además, otra cosa le quemaba las entrañas. En su antiguo trabajo no se le permitían fallos, y ahora lo había hecho de forma lamentable. Necesitaba volver a ganarse el favor de su equipo, pero antes debía encargarse de un asunto. Quizá el

famoso profesor Ortega se había librado a la primera, sin saber que su destino aparecía marcado a sangre y fuego en un futuro muy cercano.

13

La búsqueda

Oficina central de la UCO - Madrid, 5 de septiembre de 2018

El robo de los códices de Leonardo se había convertido en un asunto de Estado. La Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional colaboraba en una compleja operación conjunta con la Guardia Civil que, aparte de su unidad especializada en arte, había puesto más operativos de la UCO para solucionar el caso. Y, además, contaban con el apoyo de la Interpol, cuyo oficial de enlace en España era el teniente Pablo Roncero, un viejo conocido de la unidad de élite de la Benemérita.

La Interpol había ofrecido equipos adicionales para operar sobre el terreno, ya que en la oficina central habían variado su postura inicial. Los responsables policiales de la organización internacional con sede en Lyon creían que la amenaza sobre *La Venus del Espejo* era una mera distracción, igual que el ataque al cuadro por parte de los activistas ingleses. En realidad, pensaban que la banda del Fantasma había utilizado una nueva estratagema para hacerse con los valiosos códices de Da Vinci, pero las autoridades españolas no estaban de acuerdo.

—Mis jefes no dan su brazo a torcer, comandante —afirmó Roncero en una reunión con Antúnez y el capitán Novoa, jefe de la unidad de Patrimonio Histórico—. Se han emperrado en que la banda del Fantasma ha cambiado su *modus operandi* y quieren desplegar equipos tácticos en Madrid. Les he reiterado mi opinión al respecto, que ese robo lo ha perpetrado un lobo solitario con un elaborado plan ejecutado con minuciosidad, no una banda internacional de ladrones de arte.

—Ni de coña, muchacho —afirmó Antúnez—. Aquí no se va a desplegar nadie, faltaría más. Bastante pifostio tenemos ya montado, colaborando con la policía y los de Patrimonio Nacional, como para meter encima tropas extranjeras. Y eso sin contar con las llamaditas que recibo todos los días desde los diferentes ministerios afectados.

Todos me preguntan por el caso y me tienen frito, por no decir otra cosa. Si no es desde Interior, me toca lidiar con los de Cultura. Y para colmo, también andan revueltos en la Casa Real y quieren meter baza por si hay una amenaza plausible contra los monarcas.

Me van a volver loco, ya lo verás.

—Ya he hablado yo también con tus jefes, Roncero, no te preocupes —dijo Novoa—.

Les he explicado que estamos tras la pista de Erik el Niño, nosotros también pensamos que ha sido obra suya.

—¿Tenéis alguna prueba clara o solo son indicios? —preguntó Roncero.

—Cada pintor, igual que cada impresor, deja su impronta en sus trabajos, como si fuera un sello personal. Ha habido grandes falsificadores de arte a lo largo de la historia y nosotros hemos estudiado a muchos de ellos. Ya sea en casos desarrollados íntegramente en España en los últimos años, o en colaboraciones con la Interpol o con cuerpos policiales de otros países, tanto europeos como de otros continentes, nos vanagloriamos de haber puesto a disposición judicial a muchos de estos delincuentes. Y

no hay muchos expertos en el mundo que puedan realizar un trabajo de tanta calidad como los códices falsos que nos hemos encontrado.

—¿Y qué nos quieres decir con eso, Novoa? —preguntó el comandante.

—Tenemos localizados a nivel internacional a casi todos los grandes falsificadores que podrían acometer semejante proeza. Unos andan ya retirados o son muy mayores, algunos incluso disfrutan de la jubilación junto al mar en Alicante o en la Costa del Sol.

Otros permanecen en prisión o son totalmente ilocalizables. Nuestros confites también se han puesto las pilas, buceando en las cloacas de los bajos fondos relacionados con el arte y nadie parece saber nada en el mundillo. Y en España no hay nadie que pudiera atreverse a semejante golpe. A excepción de nuestro amigo Erik, claro está. Un tipo escurridizo que nos lleva dando esquinazo desde hace más de una década. Me juego la paga de Navidad a que este robo es obra suya, la banda del Fantasma no tiene nada que ver.

—Entiendo que no hay nada concluyente de momento, ¿verdad? —preguntó entonces Roncero.

—Hemos encontrado características técnicas en su obra que nos recuerdan a otros golpes investigados en mi unidad con anterioridad. Además, aunque el trabajo es de una gran calidad, se nota que no ha contado con el suficiente tiempo para prepararlo con mimo. A simple vista, los códices pueden dar el pego y quizá solo pretendía eso para

escapar en primera instancia. Pero un perfeccionista como este hombre, al que llevamos largos años persiguiendo por sus numerosos trabajos en todo el país, no creo que esté satisfecho con el resultado. A ojos de nuestros expertos, ha dejado demasiadas pistas sobre su modo de actuación. Podría jugarme el puesto y afirmar, casi sin ningún género de duda, que se trata de un robo perpetrado por Erik el Niño.

—¿Y no sabéis quién es ese desgraciado? —inquirió Antúnez—. No es posible que os lleve vacilando durante tanto tiempo, algún fallo tendrá que cometer. ¿Ninguna pista sobre su posible identidad o algo que nos lleve hasta él?

—Se trata de un tipo metódico, extremadamente cuidadoso, que ejecuta golpes muy precisos sin darnos tiempo a reaccionar. Nunca había realizado un atraco tan espectacular como el robo de los códices, la verdad es que me ha sorprendido en ese sentido. No suele ser su método habitual de trabajo y nos tiene un poco perdidos, no me voy a esconder.

—¿Y cuál es ese famoso método que no habéis podido combatir hasta ahora?

Antúnez no daba puntada sin hilo, como bien sabía Roncero. De todos modos, la pullita no hizo mella en el capitán Novoa, acostumbrado también a lidiar con las mañas del comandante.

—Suele actuar de noche, en lugares apartados con poca o nula seguridad. Va a tiro hecho y no se demora en efectuar el golpe, siempre sin dejar pistas. Y las obras que sustrae suelen ser piezas religiosas, con su indudable valor tanto artístico como material, pero nada tan destacable como unos códices de Leonardo da Vinci custodiados por Patrimonio Nacional. Me extraña que se haya atrevido a tanto, es un tipo que no suele tentar a la suerte. Tal vez su empleador le presionara para un encargo demasiado arriesgado y algo le hizo replantearse su *modus operandi*. Desde luego, parece una operación muy bien planificada, nada comparable con lo que había hecho hasta ahora. Yo diría que incluso le ha llevado meses de gestación, los códices falsos no se fabrican en una semana.

Roncero quiso intervenir en ese momento, pero Novoa le interrumpió con un gesto.

Tal vez no había terminado su exposición y prefirió dejarle explayarse.

—Otro punto a destacar que hemos encontrado en sus actuaciones es que ni una sola de las piezas robadas en los últimos años, ya fuera en

conventos, iglesias en mal estado de conservación o instituciones privadas repartidas por todo nuestro territorio, ha aparecido después en el mercado negro ni en subastas internacionales. Llevamos tiempo utilizando las herramientas de la Interpol ID-Art, la aplicación móvil que ya comentamos en la anterior reunión. Y tras subir a la base de datos del organismo las imágenes de todas esas obras de arte desaparecidas, nadie ha vuelto a saber nada de la gran mayoría de esas piezas. Como si se las hubiera tragado la tierra, aunque la explicación real suele ser mucho más prosaica.

—Al grano, capitán, no tenemos todo el día. ¿Y eso qué significa?

—Eso significa que este tipo trabaja con uno o varios empleadores muy discretos, ya sean nacionales o extranjeros, que le hacen encargos a medida. Esas obras de arte desaparecen del mercado y nadie vuelve a saber de ellas. No las roban para especular con ellas ni sacar más dinero u otras prebendas mercadeando con su valor crematístico.

Creemos que simplemente pasan a formar parte de las colecciones privadas de hombres muy ricos, tipos poderosos obsesionados con esa clase de objetos artísticos.

—O sea, que tenemos algún ricachón que nos está jodiendo, ¿no es así? Seguro que tenéis alguna sospecha al respecto.

—Así es, comandante, sin ninguna prueba concreta. Y los jueces no están por la labor de tocar las narices a ese tipo de gente, ni con escuchas, órdenes de registro y demás.

Así que tendremos que obtener resultados por otro lado y ahora mismo no sabemos muy bien por dónde continuar la investigación. Félix Estrada, el jefe de seguridad del museo, ha realizado un trabajo impecable. La verdad es que no le podemos reprochar nada aparte de sus formas. Este hombre ha cubierto gran parte de la investigación inicial con sus propios medios, siempre con el beneplácito de sus jefes en Patrimonio Nacional. Y ahora que es nuestro turno, andamos muy perdidos. Las pesquisas realizadas a continuación por nuestro equipo operativo se han topado con un callejón sin salida, no damos con una pista fiable y eso que estamos tocando varios palos.

Roncero escuchó las explicaciones del capitán al mando de la operación. Ya desde la investigación previa del museo saltó la alarma sobre un sospechoso en concreto. Se trataba de un empleado de mantenimiento con contrato temporal cuyo supuesto nombre era Iván Guerrero, y que no había vuelto a dar señales de vida desde la

madrugada del 30 de agosto.

—¿El tipo ese que supuestamente se encontraba de baja médica? —intervino Antúnez—. Pensaba que ya habían localizado a toda la plantilla.

—No, qué va. Localizaron a los que estaban de vacaciones, pero el tal Guerrero ha desaparecido. Hemos comprobado su filiación y todos los datos facilitados a la empresa de servicios que le contrató son falsos. Ni el nombre, ni el DNI, ni la dirección facilitada, todo ha sido una burda patraña. El muy cabrón falsificó toda la documentación y nadie se percató de ello. Enviamos una patrulla a la dirección facilitada y allí vive una familia de origen subsahariano a la que dimos un buen susto. En el portal nadie le conoce y el teléfono que facilitó está apagado desde esa misma noche, no da ningún tipo de señal ni lo ha utilizado en ningún momento.

—¿Y las antenas de telefonía? —apuntó Roncero. Imaginaba que sus compañeros habrían tenido en cuenta todas las variables para localizar a un sospechoso que parecía no dejar cabos sueltos y así se lo confirmó Novoa.

—Tampoco, por ahí no hemos rascado nada. Su número es de prepago y estamos al habla con la compañía telefónica, a ver si conseguimos su lista de llamadas y mensajes.

Ya sabéis lo lenta que es la burocracia, a ver si nos ayudáis a presionar un poco en ese sentido. Hemos intentado también rastrear su ubicación durante todo este verano, pero el tipo sabe lo que se hace. Mantenía encendido el aparato mientras permanecía en su puesto de trabajo dentro del museo y lo apagaba al salir, imagino que quitando también la batería por si acaso. Por ese lado no podemos pillarle.

—¿Y cómo consiguió burlar el control de seguridad a la salida del recinto? Espero que los compañeros no estén pringados…

La pregunta del comandante tenía su enjundia, como bien sabía Roncero. No sería la primera vez que pillaban a un guardia civil corrupto haciendo la vista gorda por algún asunto. Ya había pasado en aduanas, puertos y otros lugares, casi siempre relacionado con temas de narcotráfico. Y no podían permitirse semejante escándalo en esos precisos momentos.

—Los dos compañeros tienen un disgusto terrible y creemos que no están en el ajo.

Al parecer, el tal Guerrero era un tipo peculiar, alguien que pretendía hacerse el simpático sin conseguirlo. Por lo visto, en ocasiones se comportaba como una persona tímida, alguien callado y taciturno. Y, sin embargo, otros días parecía más locuaz y de mejor trato. Tal vez pretendiera ganarse la confianza de los vigilantes y de sus compañeros sin llegar a conseguirlo del todo. Y lo más probable es que contara con algún tipo de ayuda interna, o alguien le facilitó datos precisos sobre las obras desconocidos para el gran público.

—¿A qué te refieres? —preguntó entonces Antúnez.

—Esos códices se guardaban en la Biblioteca Nacional y se llevaron a la sala de almacenaje del nuevo museo para su conservación. Querían también restaurarlos antes de su exhibición a mediados de octubre en el Museo del Prado, en una secuencia de fases que no se había publicitado. Según me explicaron, le habían quitado las guardas, almacenándolas en otra gaveta diferente tras su rehabilitación por parte de una empresa especializada. Mientras, los pergaminos permanecían sueltos, a la espera de su restauración y cosido posterior, antes de incorporarles de nuevo las tapas originales. El ladrón se llevó la verdadera esencia de los códices, sus hojas manuscritas, dejando tras

de sí unas cubiertas que solas pierden casi todo su valor. Sabía que hasta mediados o finales de septiembre, tras el paso del famoso Velázquez por el museo, los técnicos de Patrimonio no se pondrían a la faena con tiempo para la exposición del Prado.

—Tienes razón, contaba con información privilegiada —afirmó el comandante—. ¿Y

cómo camufló las hojas manuscritas para sacarlas de allí?

—Tenemos una hipótesis de base con la que hemos empezado a trabajar. Lo más probable es que sacara los códices camuflados en el interior de uno o varios libros, supuestas novelas de ficción que solía llevar al trabajo para leer en sus ratos muertos.

—¿En serio? —Roncero se sorprendió ante la inventiva del ladrón.

—Es lo más factible, eso creemos. El tipo se buscó la excusa perfecta a lo largo del verano, todo el mundo le había visto con libros en la mano y no tenían por qué sospechar de él. Durante la noche, en sus descansos o en los ratos con menos trabajo, había compañeros que dormitaban, otros trasteaban con el móvil o charlaban con alguien. Iván Guerrero leía novelas y nadie le importunaba, le tenían por un

intelectual.

Todos se buscaban la vida, ya sabéis, algo normal en un turno de noche que a veces se hacía muy largo y él se inventó una coartada plausible que le funcionó a las mil maravillas. Después, al terminar su turno en el fatídico día, tuvo que pasar la prueba del algodón en el control. Allí comprobaron su coche, examinaron sus pertenencias sin inspeccionar el interior de ese libro y el tipo salió del recinto sin que nadie se percatara del cambiazo.

El oficial de enlace de la Interpol se quedó pensando sobre esa última frase, tal vez hubiera una manera de lograr una pista sobre el paradero del ladrón. Si Estrada y su equipo de seguridad se habían percatado de la intrusión del delincuente en su sistema, tal vez podrían perseguirle desde ahí, utilizando otro tipo de herramientas tecnológicas que tal vez ni se hubieran planteado.

—¿Y la matrícula del vehículo? Imagino que no habrá dejado nada al azar ese capullo, solo por si acaso. ¿Habéis hablado con Tráfico por si pueden seguirle la pista?

—Nada que rascar, comandante, todo planificado al milímetro. Vehículo legal, con matrícula oficial, comprado con dinero en mano por el famoso Iván Guerrero a un particular. Efectuaron todo el papeleo administrativo a través de una gestoría, una compraventa legal que no tiene mucho más recorrido. Y en cuanto a las cámaras de la noche de marras, estamos al habla con el Ayuntamiento de Madrid y la Jefatura Provincial de Tráfico, pero al parecer le pierden la pista tras abandonar la M-30, en las

inmediaciones del Puente de Segovia, minutos después de salir de la Galería. Queremos remontarnos a otros días de este verano, para ver si ha cometido alguna equivocación que nos proporcione una pista, pero llevará su tiempo.

—Joder, menudo cabronazo —soltó Antúnez—. Parece que se las sabe todas, esta operación requiere una gran planificación. Pero nosotros somos mejores y le vamos a pillar. ¿Qué hay de los testigos? Los empleados que han trabajado con él este verano, ya sabes, alguien tiene que haber visto u oído algo que nos pueda servir. Sin olvidarnos de su apariencia, claro, entiendo que hay imágenes grabadas de él a lo largo de todo este tiempo en el museo.

—Sabemos que el tipo se comportaba de manera extraña en ocasiones, sobre todo en su interacción con otras personas, como si le costara

socializar. En cuanto a su apariencia física, contamos con los datos principales. Se trata de un hombre en torno al 1,75 de altura, de complexión media, entre cuarenta y cincuenta años. Pelo largo, de color castaño y con algunas canas. Ojos marrones, según los testigos. Llevaba también barba poblada y ninguna cicatriz u otro rasgo distintivo que recuerden los empleados que hemos interrogado. Lo malo es que no tenemos ninguna imagen buena de él en el museo. Estamos elaborando un retrato robot partiendo de la información facilitada por otros compañeros.

—¿Cómo no va a haber ninguna imagen buena de él en todo un verano? Imagino que llevará tiempo visualizar todas las cámaras y los cientos de horas de grabación, pero algo tenemos que encontrar.

La desesperación de Antúnez tenía sentido, nadie era tan bueno como para no dejar ningún rastro a su paso. Habían hallado meros indicios, pensó entonces Roncero, pero no un verdadero hilo del que tirar para dar con el delincuente. Un tipo inteligente sin duda, alguien que estaba poniendo en jaque a algunos de los investigadores más avezados de varios cuerpos de seguridad.

—Solía utilizar una gorra de béisbol calada cuando deambulaba por las instalaciones y se la quitaba en lugares seguros, sin cámaras, como el vestuario, los servicios o la sala de descanso del personal. Conocía la ubicación de las cámaras y en las imágenes grabadas suele aparecer con la cabeza gacha. De momento no le hemos pillado en ningún renuncio. Incluso cuando se bajaba del coche y charlaba tranquilamente con los guardias civiles de la entrada, se situaba de modo que la cámara allí instalada no tuviera una visión frontal de su rostro. Seguimos con los visionados, a la espera de hallar algo que merezca la pena.

—Me parece increíble, la verdad, ese tipo es un auténtico profesional —aseguró Antúnez con gesto serio—. Imagino que con la foto de carné que aparece en la documentación falsa tampoco se puede sacar mucho en claro. Joder, ahora nos vendrían bien esas herramientas de reconocimiento facial que utilizan en China. Igual el tipo se está descojonando de nosotros tomando un mojito, tumbado a la bartola en una playa del Caribe. Y los códices, en la mansión de cualquier millonario ruso o saudí, tampoco los encontraremos nunca.

—Nosotros vamos a seguir investigando, comandante, no cejaremos en nuestro empeño. Puede que las piezas ya estén en el extranjero, no es seguro. Pero me da en la nariz que el tipo anda todavía por España, sabe que estamos vigilando las fronteras.

Permanecerá escondido, alerta, sin llamar la atención. Y nosotros estaremos ahí para cazarle en cuanto cometa un error.

—Entiendo su postura, va a dejar que el tema se enfríe con el tiempo —dijo Roncero como un pensamiento en voz alta—. Y si encima no sale a la luz el robo, mejor para él.

Tampoco sabemos lo que decidirán en Patrimonio Nacional, en colaboración con el Museo del Prado y los ministerios involucrados. Puede que suspendan la exposición del mes que viene con cualquier excusa, o muestren los códices falsos bajo una vitrina como si fueran auténticos.

—No sería la primera vez que un famoso museo internacional exhibe en sus paredes un cuadro falso. A este tipo de instituciones no les apetece salir en los medios por asuntos de esta índole, y la mala publicidad puede hundir su reputación. Así que se callan, aunque les hayan robado o pegado un cambiazo, y aquí paz y después gloria.

Roncero asintió ante la afirmación de su compañero, él también había escuchado historias similares en la Interpol. Todavía no habían llegado a ese punto, las autoridades españolas esperarían para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. De todas formas, no se imaginaba al Museo del Prado exhibiendo obras de arte falsas de ese modo, cualquier experto podría desacreditarles si llegaran a enterarse del engaño.

—¿Y si le seguimos el rastro de forma virtual? —propuso entonces Roncero—. Tal vez a través del sistema BMS podamos encontrar una pista, no sé. Es un tipo inteligente que maneja los sistemas informáticos, pero tampoco es un *hacker*. Él es un profesional en su ramo, la falsificación y el robo de obras de arte, nada más. Sin embargo, nosotros contamos con expertos que tal vez puedan echarle el lazo por otro lado.

—¿Te refieres a Nadia? Siento decirte que ahora está muy ocupada con otros temas, no puedo sacarla de una operación en curso —aseguró Antúnez.

Roncero recordó a su antigua compañera, con la que había trabajado estrechamente en un complicado caso contra la mafia rusa en Valencia. Una investigación en la que tuvieron que infiltrarse en una peligrosa organización, jugándose la vida para alcanzar sus objetivos. Le había perdido la pista a la joven especialista y hacía tiempo que no coincidían en ningún lado. No obstante, conocía sus méritos y

aptitudes, su fama le precedía. Se había convertido en la mayor experta en la *deep web* de la Guardia Civil, una *hacker* que podía burlar algunos de los mejores sistemas de seguridad instalados en el mundo. Y quizá, su única baza para cazar al culpable.

Roncero no quiso insistir más, ya hablaría con Novoa en privado para no discutir con su antiguo comandante. Tampoco necesitaban apartar a Nadia Muñoz del operativo en el que estuviera inmersa, simplemente podían pedirle opinión. Tal vez para ella fuera un juego de niños entrar en el sistema BMS del museo, seguir el rastro que había dejado el ladrón al colarse en su interior y ofrecer a los compañeros una pista con la que avanzar en la investigación.

Charlaron un rato más y Antúnez dio por finalizada la reunión enseguida. El comandante prometió que todos se mantendrían en contacto, en aras de la transparencia, a la hora de la colaboración entre diferentes estamentos policiales.

Roncero sabía que, en la gran mayoría de las ocasiones, las buenas intenciones se quedaban solo en palabras. Todos querían llevarse el mérito de resolver un caso de semejante calibre y allí convergían demasiados intereses contrapuestos.

Pablo abandonó las oficinas de la UCO y pensó que tal vez podría enviarle un mensaje a su antigua compañera. Solo por saber de su vida, claro está, por charlar un rato y ponerse al día. Tal vez la conversación derivara hacia alguna pregunta técnica que la informática intentaría responder; le encantaban los retos intelectuales y Roncero lo sabía. No quería atraer la ira del comandante ni nada por el estilo, pero él también miraba por sus propios intereses. Si dejaba en buen lugar a la Interpol, ya que al parecer no les permitirían desplegar efectivos en Madrid, y conseguía encauzar la investigación o ayudar a sus antiguos compañeros de la Guardia Civil, ganaría muchos puntos de cara a un futuro ascenso en la organización internacional radicada en Lyon.

Llegado el caso, mantendría esa conversación en un plano estrictamente profesional y no se lo comentaría tampoco a Miriam. Él jamás le había dado ningún motivo para estar celosa, pero las malas lenguas a veces dañaban a terceras personas sin quererlo.

Durante aquella peligrosa operación en la costa levantina, en la que Nadia y él sufrieron lo indecible, surgió una camaradería especial que algunos no entendían. Pablo percibió esa química especial entre ellos y ninguno de los dos intentó llevarlo más allá, pero las

habladurías no entendían de relaciones personales afianzadas. Después de tanto tiempo no le apetecía meterse en una discusión absurda con su pareja.

Al que sí le apetecía contarle novedades era a su amigo, el inspector Bermejo. El policía siempre le daba buenos consejos como experto investigador, tal vez él viera algo que se les escapaba. Además, vivieron juntos lo sucedido durante la inauguración del museo y tanto él como su pareja, la jueza Velasco, tenían buena relación con la responsable de la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional. Le llamaría sin falta, así podrían tomarse una cerveza e intercambiar impresiones. No imaginaba que el inspector anduviera también enredado en una investigación compleja que les depararía a ambos más de una sorpresa.

14

Un susto de muerte

Madrid, 6 de septiembre de 2018

Julio Ortega andaba con la mosca detrás de la oreja. Creía que tras el robo y la entrega de la mercancía podría relajarse un poco, pero el comienzo del período lectivo le había pillado con el pie cambiado. Tras el susto inicial al encontrarse el cadáver de su compañero, vinieron los verdaderos problemas. Todavía se flagelaba por su patética actuación delante del inspector Bermejo, un hueso duro de roer según le pareció entrever. No tenían por qué pensar mal de él y, sobre todo, la UDEV ni llevaba el caso ni deberían relacionarle con lo ocurrido en las Colecciones Reales. Y, sin embargo, la angustia se había apoderado de él, trastocando todas sus previsiones.

Llevaba cuarenta y ocho horas en tensión, con los músculos agarrotados y una contractura en el cuello. No quería ir al médico, ni al fisioterapeuta, ni llamar la atención sobre él si cogía la baja o no acudía a su puesto de trabajo habitual. Como empleado público siempre tenía la opción de pedir un día de asuntos propios o cualquier otra licencia, algo que su departamento de personal no vería con buenos ojos en la primera semana tras las vacaciones de verano. Debía apechugar y acudir a la universidad como cualquier otro día, aunque la facultad de Ciencias Físicas estuviera todavía en shock por el asesinato de uno de sus profesores más ilustres.

Tras revisar a conciencia su domicilio y el coche que guardaba en un garaje, Julio no encontró micrófono, baliza o cualquier otro dispositivo policial de escucha o rastreo.

Intentó aparentar normalidad en el entorno de su domicilio y se comportó de la forma habitual, por si alguien espiaba sus movimientos. Ortega recorrió todo el barrio, inspeccionó las inmediaciones y se mantuvo atento desde sus ventanas, pero no encontró ninguna anomalía digna de destacar.

Quizá pecara de prudente, sin pretender que la paranoia se apoderara de sus actos.

Al parecer, no era un sujeto digno de interés para la policía, por lo menos de momento, e intentó tranquilizarse un poco. Nadie le vigilaba ni le seguían a ninguna parte, podía posponer la preocupación por el tema del homicidio de la facultad, sin olvidar que tal vez el sicario ya

se había dado cuenta de su error y husmeara tras su pista.

Los problemas de uno en uno, decidió entonces. Intentaría olvidarse por unas horas del inspector de la UDEV y del supuesto asesino que le perseguía, para centrarse en el otro frente que no debía descuidar: el mensaje llegado al correo de Iván Guerrero y las consecuencias de no haber dado señales de vida en varios días.

No podía llamar a ninguno de sus antiguos compañeros en el museo ni recuperar un móvil de prepago del que se había deshecho nada más ejecutar el golpe. Creía haber tenido cuidado en todos sus movimientos a lo largo del verano, pero cualquier pequeño fallo, un simple error del que ni siquiera fuera consciente, acabaría con sus huesos en la cárcel. Su mente viajaba a toda velocidad, analizando lo sucedido durante los últimos meses y todas las precauciones tomadas, sin llegar a ninguna conclusión. Tal vez su futuro estuviera en manos de un destino caprichoso que ya estaba escrito, algo que ningún comportamiento o contramedida a destiempo podría evitar.

Le quedaba también la opción de escapar del país, como le propuso en su momento Lizarraga, pero en esos momentos las autoridades tendrían controladas todas las salidas de España por tierra, mar y aire. Siempre podía elaborar un plan de contingencia, con dinero todo se puede conseguir. Sin embargo, no se veía atravesando los antiguos pasos fronterizos que utilizaban los contrabandistas, ya fuera para franquear los Pirineos antes de adentrarse en Francia o en dirección a Portugal, por las rutas colindantes con Galicia. Y la opción de cruzar el Estrecho de Gibraltar en algún tipo de embarcación a motor para llegar a Marruecos tampoco la contemplaba por ser una ruta demasiado vigilada.

Así que se decidió por la única opción viable, prefería atacar que defenderse.

Ignoraba la información completa de la que dispondrían en ese momento las autoridades sobre el falso empleado de mantenimiento, pero a esas alturas suponía que la identidad de Iván Guerrero estaba más que comprometida. Se había cuidado mucho para que su *alter ego* veraniego no pudiera relacionarse con su verdadera identidad, la de un anodino profesor de universidad y, sin embargo, barruntaba que tarde o temprano darían con la pista adecuada. Y la única manera que se le ocurrió de mejorar su situación era borrar todo tipo de prueba incriminatoria que pudiera haber dejado.

Intentó no dejar rastro alguno que pudiera conducirles a su persona.

Utilizó guantes en todo momento, se calaba la gorra y tenía cuidado con las cámaras al deambular por las instalaciones. Se llevó toda la ropa y limpió a conciencia su taquilla, el carrito que usó la noche de marras y otros utensilios que pudiera haber tocado. La policía científica no contaba con suficientes medios, ni tiempo suficiente, para procesar como escenario la totalidad del inmenso edificio que albergaba la Galería de las Colecciones Reales. Como mucho, se habrían centrado en los sitios más habituales en los que pudiera quedar

alguna huella digital o rastro de ADN, si es que de verdad el robo de unos códices merecía tanto esfuerzo y dinero del contribuyente.

No podía descartarlo, claro, y menos en un día tan aciago para el museo recién inaugurado. Patrimonio Nacional, la Casa Real y los Cuerpos de Seguridad del Estado no estarían muy contentos tras lo sucedido, pero sospechaba que la presión decaería con el transcurso de los días. Tampoco recordaba que se hubiera montado semejante dispositivo tras los robos sucedidos con anterioridad en la Biblioteca Nacional o el Palacio Real, donde treinta años antes habían desaparecido tres pequeños cuadros cuya investigación seguía abierta.

Misterios sin resolver que tampoco habían trascendido de manera grandilocuente ante el público en general. Ortega prefería curarse en salud, por si acaso, aunque no creía que la sustracción de unos códices conllevara un despliegue tan grande durante demasiado tiempo. Tanto la ciudad como el país tenían otras preocupaciones mucho más graves, algo que sin duda le beneficiaba.

De todos modos, prefirió intervenir por si algo se le escapaba. Esperó hasta que fue noche cerrada y, tras asegurarse de que nadie le seguía ni vigilaba su portal o su coche, puso rumbo a su taller. Media hora más tarde llegaba a su casa de Perales del Río. Se aseguró de que todas las ventanas del pueblo estaban a oscuras y entró.

Puso todo su equipamiento informático a trabajar, decidido a colarse de nuevo en el BMS, el sistema central que controlaba el museo. El objetivo era borrar las imágenes que cualquier cámara del recinto hubiera podido captar de él durante todo el verano, sin tiempo material para visionar todo el material guardado en la nube. Ignoraba si Estrada o alguien de su equipo había realizado alguna copia de seguridad, pero le daba igual.

Total, ya estaban tras su pista, así que decidió borrarlo todo, desde el primero hasta el último día que permaneció en ese edificio, todas las

imágenes que pudieran incriminarle.

Una vez realizada esta operación, y tras asegurarse de que nadie podría rastrear su procedencia, no pudo evitar fisgonear un poco más. Encontró correos encriptados de Félix Estrada a los que no pudo acceder. El jefe de seguridad se tomaba en serio su trabajo y no disponía de tiempo ni herramientas adecuadas en esos instantes. Pero alguna de las personas copiadas en esos mensajes no utilizó las mismas herramientas de protección al responder a los correos, por lo que accedió a información confidencial que podría servirle. Así se enteró de algunos de los avances de la investigación, por lo menos desde el punto de vista de Patrimonio Nacional, sin saber lo que la Policía o la Guardia Civil podrían haber averiguado por su cuenta.

Estuvo tentado de enviar un troyano para manejar en remoto los dispositivos de Estrada o alguno de sus hombres, pero le pareció una maniobra arriesgada; no iban a picar tan fácilmente. Borró sus huellas en el BMS y entonces se percató de otra anomalía en la red interna del museo. Alguien había accedido al sistema desde el exterior y había dejado allí instalado un programa espía. Sus conocimientos informáticos no llegaban tan lejos y no podía desentrañarlo en tan poco tiempo, aparte de que no quería que le descubrieran. Así que prefirió abandonar la nube del BMS y ocultar cualquier rastro que pudiera señalarle.

Las horas se le habían pasado volando y ya estaba amaneciendo. No tenía tiempo de pensar en ese momento en el significado de lo que había descubierto, debía regresar a Madrid antes de que el atasco matinal de acceso a la capital le impidiera llegar a tiempo.

Todavía le quedaba aparcar el coche en el garaje y llegar a su casa para ducharse y cambiarse antes de ir en metro a la universidad.

Condujo a una velocidad prudencial y llegó con tiempo a su barrio. El runrún del descubrimiento le martirizaba el cráneo, avisándole de que alguien con más conocimientos que él, tal vez un verdadero *hacker*, se había colado en el sistema BMS del museo. Y eso solo podía significar dos cosas. Una le asustaba bastante, ya que no podía descartar que le hubieran tendido una trampa y que la brigada tecnológica, ya fuera de la Policía o de la Guardia Civil, anduviera tras sus pasos al regresar virtualmente al lugar del crimen.

La segunda tampoco sabía cómo tomársela. Tal vez los rumores que había escuchado durante el verano eran ciertos, y allí se encontraba la prueba palpable. La banda del Fantasma pretendía robar *La Venus del*

Espejo y se habían colado en el sistema buscando la manera de hacerse con el famoso cuadro. El lienzo ya había regresado a su lugar de exposición y a los ladrones internacionales, si de verdad pensaban actuar en Madrid, no les quedaba mucho margen de maniobra antes de que la obra maestra de Velázquez regresara a la *National Gallery* londinense.

Con ese pensamiento se adentró en el portal, sin percatarse de que alguien le vigilaba tras una esquina. Subió a su piso con tiempo suficiente para ducharse, cambiarse y desayunar en condiciones. Un café bien cargado le ayudaría a pasar una mañana que tampoco tendría por qué alargarse demasiado. Solo tenía dos clases en la facultad ese viernes, una a las diez y otra a las doce, así que no se le haría muy pesada la jornada. Quizá se había precipitado al salir de Perales con tanta premura, tal vez le habría dado tiempo a averiguar más detalles del BMS si hubiera consultado la hora de su primera clase. Pero mejor así, había llegado a tiempo a casa y tal vez se había librado por los pelos de que lo pillaran en caso de tratarse de una trampa.

Estos pensamientos le hicieron bajar la guardia por unos instantes, algo que lamentaría por el resto de sus días. Conocía perfectamente el errático funcionamiento de la línea 6 del metro, la circular que le llevaría desde la estación de Diego de León hasta Ciudad Universitaria, y decidió ir con tiempo. Eran ya las nueve de la mañana cuando abandonaba su edificio. En ese momento se le heló la tímida sonrisa que pretendía aflorar a su rostro. Torció el gesto ante la sorpresa y amagó con regresar a la seguridad de su portal, pero no pudo. Alguien a quien por desgracia conocía le saludaba con la mano mientras cruzaba la calzada en su dirección, llamándole por su nombre.

—Señor Ortega, ¿tiene un momento? Me gustaría charlar con usted sobre…

El profesor universitario vio acercarse al inspector Bermejo en una sucesión de movimientos que, más tarde, cuando recordara el momento, le parecerían rodados a cámara lenta. Una escena de película antigua, en blanco y negro, en la que el mundo se paralizó por unos instantes mientras él permanecía inalterable, como un mero espectador que no pudiera hacer nada por evitar lo que sucedería a continuación.

Se vio a sí mismo escuchando un sonido potente que provenía de su izquierda. Giró la cabeza en esa dirección e instintivamente su cuerpo

se encogió. El policía pareció percatarse a su vez de la situación, miró hacia ese lado y comenzó a gritarle algo que no pudo entender, mientras corría hacia él haciendo aspavientos. Julio Ortega contemplaba con fascinación los movimientos aparentemente descoordinados del inspector, con sus facciones tensionadas por un rictus de pánico que no lograba comprender.

Todo ocurrió en un instante que su mente analítica tardó en comprender. Cuando quiso darse cuenta, su yo más cerebral perdía el tiempo en diseccionar cada fotograma de esa película, cada décima de segundo de la escena, como si fuera uno de sus proyectos de laboratorio. Toda su energía se concentraba en ese análisis, sin que las órdenes que su instinto reptiliano emitía para alertarle del peligro consiguieran llegar a su destinatario final. Sus músculos no respondían y se quedó bloqueado en su posición, sin que pudiera mover ni uno solo de sus miembros mientras veía acercarse a la muerte con la guadaña bien afilada.

Una potente moto frenó un poco antes de llegar a su posición. El piloto iba vestido con un mono negro y un casco oscuro que impedía verle la cara. Sin embargo, el profesor Ortega supo que la maldad personificada iba a su encuentro sin remedio. Con la muerte acechándole, a las puertas del mismo infierno, ni siquiera pudo reaccionar tras asumir su propio destino.

El policía se abalanzó sobre él a toda velocidad. Su arranque le recordó a uno de esos enormes jugadores de fútbol americano que placan a sus contrincantes sin contemplaciones, un tren de mercancías que chocaba sin remedio contra su adversario.

Detrás de él se encontraba la puerta del portal y la pared del edificio, por lo que Ortega no tenía demasiado margen de maniobra para librarse del choque y su cuerpo absorbió todo el impacto. Justo en el mismo instante escuchó unas detonaciones a poca distancia, como si tres petardos hubieran estallado en sus inmediaciones. Después percibió el sonido de un motor que aceleraba hasta perderse en la lejanía, sucediendo a otros ruidos más estridentes, como gritos y toques de claxon, que martirizaron sus castigados tímpanos.

El profesor sintió un intenso dolor en el hombro izquierdo, el pecho y la cadera. Se encontraba tirado en el suelo, atrapado por el corpachón del inspector Bermejo, que al parecer se había arrojado sobre él para protegerle. Ortega no podía moverse y respiraba con dificultad, pero su mente le decía que el dolor que sufría se debía más a un posible traumatismo que a una bala que le hubiera atravesado.

El policía parecía peor parado. Varias personas se acercaron para ayudarles y alguien llamó al 112. Pronto fue evidente que el policía había sido alcanzado al menos por un disparo.

Bermejo, en estado de shock, pero consciente de lo que ocurría, se recostó con cuidado sobre la pared y se taponó la herida con un jersey que le ofreció uno de los peatones.

Ortega se acercó al policía cuando consiguió recuperarse de las sensaciones de su propio organismo, al que por unos instantes pudo observar desde fuera, en una extraña *performance* extracorpórea que casi le cuesta la vida. Su mente y su cuerpo se disociaron durante esos interminables segundos en los que ni siquiera tuvo tiempo de pensar en nada más. La leyenda urbana no llegó a cumplirse: no vio pasar su vida ante sus ojos en el preciso instante en el que la muerte le acechaba. Por el contrario, su mente prefirió escapar a otro lugar, dejándole a merced de los elementos.

Por suerte, el destino quiso que el elemento crucial de la ecuación hiciera bien su trabajo y se jugara su propia vida para salvarle a él, sin pensar ni por un momento en su bienestar. Jamás olvidaría que un policía en acto de servicio le permitiría seguir respirando gracias a su valentía, a su arrojo y a su temeridad.

—Muchas gracias, inspector —consiguió decir—. Le debo la vida, y le estaré siempre agradecido.

—Supongo que es mi trabajo —respondió Bermejo cada vez más pálido—. Pero usted y yo tenemos que hablar muy seriamente.

Ortega asintió, asumiendo que la situación había cambiado. Todavía no era consciente de su suerte, ni del hecho de que todos habían visto al motorista dispararle a él igual que antes hizo con su compañero en la facultad. Muchos testigos confirmarían que él era el objetivo principal y que el policía simplemente se había interpuesto en el camino de las balas.

—Han tenido suerte —dijo uno de los peatones que había corrido a ayudarles—, yo lo he visto todo. Justo cuando el tirador ha frenado para apuntar bien con su pistola, un coche que iba a su altura ha pegado un volantazo para cambiar de carril y casi le tira de la moto. El tipo ha disparado dos o tres veces sin frenar del todo y después ha acelerado para huir.

En ese momento llegó una ambulancia, seguida de cerca por dos coches de la Policía Nacional. Bermejo le dijo algo al oído a uno de

sus compañeros, que se volvieron al instante hacia Ortega, que seguía inmóvil en el sitio, como si hubiera aceptado su destino. No opuso resistencia cuando el policía le pidió que le acompañara hasta su vehículo, había admitido su derrota y se dejó llevar, agotado tras unos días intensos que desembocaron en un final inesperado.

Los sanitarios atendieron al inspector malherido y enseguida lo colocaron en una camilla para subirlo a la ambulancia. El vehículo de emergencias salió de allí a toda velocidad mientras una patrulla de la policía municipal recién llegada se hacía cargo de la situación y comenzaba a desalojar el lugar, alejando a todo el mundo que no fuera testigo de primera mano, a quienes había que tomar declaración.

Ortega, rodeado de policías y consciente de pronto de su verdadera situación, comenzó a pensar en cómo reconducirla lo antes posible. No estaba todo perdido, no tenían nada serio contra él y tal vez quedara una posibilidad de salir con bien de aquel embrollo. Solo debía concentrarse, olvidarse de lo sucedido y buscar una solución alternativa.

O tal vez lo mejor fuera entregarse y pedir protección a las autoridades. No hay dos sin tres, el sicario volvería a la carga tras no conseguir su objetivo, por lo que su vida corría verdadero peligro. No quería ir a la cárcel, pero prefería eso a pudrirse en una tumba para el resto de la eternidad.

Nunca había sido devoto de ninguna fe ni pensaba en alegorías religiosas ni nada por el estilo, pero en ese momento una imagen potente se adueñó de su mente. En su hombro izquierdo, un pequeño ser con forma de demonio le alentaba para seguir en la lucha, buscando cómo escapar de la justicia y disfrutar de la recompensa material tras tanto esfuerzo. Por el otro lado, un ángel risueño insistía en lo contrario desde su hombro derecho. La solución más fácil a todos sus problemas sería entregarse, pactar con las autoridades y llegar al mejor acuerdo posible.

No podía decidirse en ese instante y, sin embargo, supo que la suerte estaba echada.

15

El ensayo

Alrededores de Illescas (Toledo), 5-6 de septiembre de 2018

El cabreo de Chiesa iba en aumento. Nada estaba saliendo como habían planeado en un principio. Primero, el ataque de los activistas climáticos había echado por tierra toda la preparación. Y después, cuando parecía que las aguas volvían a su cauce, uno de sus hombres había cometido un terrible error que tal vez pagarían todos.

El temperamento mediterráneo del italiano hizo que fuera capaz de ver un atisbo de esperanza. Todavía les quedaba una opción si se ajustaban al milímetro a lo establecido.

Trazó algunos cambios en el plan preparado con anterioridad, aunque no consiguió que las piezas del puzle casaran a la perfección. Tras una intensa noche de trabajo no lograron sincronizar ni una sola vez los movimientos en el tiempo necesario. Algo desmoralizante teniendo en cuenta que el día del golpe la tensión sería mil veces más poderosa, con la adrenalina disparada y, tal vez, con vigilantes o policías armados saliéndoles al paso para tratar de detenerlos.

—Esto es un puto desastre, Heisenberg —sentenció desesperado Marco ante el enésimo fallo en el ensayo general—. Así no vamos a ningún sitio. No voy a ponernos en peligro si no tenemos la mínima posibilidad de éxito, estoy a punto de tirar la toalla.

—Todavía tenemos tiempo, Enzo, creo que te has precipitado con las fechas. Hasta el día 16 no se llevarán el cuadro de Madrid, podemos prepararnos unos días más y atacar el sábado que viene, un día antes de la clausura. Así podremos ajustar mejor los mecanismos y, tal vez, encontrar alguna solución que nos permita aumentar las posibilidades de éxito.

—No lo sé, viejo amigo, estoy hecho un lío. No podemos acometer el robo con tan pocos efectivos, es un suicidio. Acabaríamos todos en la cárcel o algo peor; no deberíamos arriesgarnos de esa manera. Imagina por un instante que nos reciben tropas armadas y disparan antes de preguntar, nos estarán esperando.

—La policía no actúa así, aunque tienes razón al tener miedo, Enzo, y todos apoyaremos tu decisión. Abraham nos puso en peligro y nadie confía ahora en él, nos apañaremos sin su ayuda.

Chiesa agradeció las palabras de su compañero, aunque llevar la razón no le reconfortaba. El equipo lo formaban cinco personas porque todos cumplían una función específica en el desarrollo de la operación. Y ahora se encontraban con un problema irresoluble, la ausencia del israelí trastocaba todos sus planes. La oportunidad de sus vidas se iba a esfumar delante de sus narices.

—No se me ocurre otra manera de afrontarlo. Björk ya está instalada en el puesto de control en Madrid, su papel es imprescindible para que esto salga bien. Desde su atalaya vigilará todo lo que suceda, controlará cámaras y desactivará cualquier alarma que nos impida acceder al recinto. Se convertirá en nuestros ojos y nuestros oídos, controlando también las frecuencias de la policía para alertarnos de la llegada de cualquier patrulla. Además, ella no tiene experiencia sobre el terreno, no pienso ponerla en ese compromiso.

—¿Y si Rambo nos echa una mano dentro del museo? —preguntó entonces el ingeniero—. Siento que tengas que cargar conmigo, reconozco que no estoy en mi mejor forma. No lo conseguiremos los dos solos, asúmelo.

—No lo veo, ya sabes que tiene que mantenerse en su posición, justo al lado de la entrada principal. Él nos llevará hasta el museo en el vehículo preparado y nos sacará de allí a toda velocidad, aparte de que podrá avisarnos también si llega la policía. No puede abandonar su puesto, sería una locura ir a ciegas de ese modo.

—Creo que no has tenido en cuenta todas las variables, Enzo. Te recuerdo que el experto en explosivos es Abraham y, aunque yo consiga tumbar la resistencia de la puerta principal, ya habremos perdido un tiempo precioso. Luego hay que adentrarse en el vestíbulo a toda velocidad con el artilugio mecánico que hemos preparado, bajar hasta la sala de los Austrias tras recorrer esas inmensas rampas de granito y llegar hasta el lienzo. Y eso no es todo.

—Ya lo hemos hablado, no te preocupes. No vamos a desmontar el bastidor ni a recortar el lienzo de su marco, sería una chapuza. Nos lo llevaremos tal cual, si es que podemos acceder al cuadro tras su cristal de protección.

—Probaré algunas ideas para percutir en el cristal blindado sin perder demasiado tiempo. Y si no, pues tendremos que cargar con la plataforma entera, cuadro y cristal de protección incluidos. Después hay que subir de nuevo con ese peso muerto, atravesar todo el vestíbulo, franquear la salida y cargar la mercancía en el vehículo

antes de que llegue la policía. No lo veo, sinceramente.

—¡Maldita sea! —exclamó Chiesa—. Tienes razón, es una locura. Yo tendría que ayudarte a ti y a la vez vigilar que nadie se acerque a nosotros. Ignoramos las medidas adicionales de seguridad que han implantado tras el ataque del otro día, Björk no ha podido averiguar nada más.

Quizá el ingeniero alemán tuviera razón al decir que Marco se había precipitado en su toma de decisiones. El militar galés permanecía atento a la conversación sin intervenir, por lo que pensó entonces en animarle a participar. Quizá tuviera algo interesante que añadir, o veía la situación con una claridad diferente, con un punto de vista que permitiera seguir adelante con el proyecto. Allí solo quedaban ellos tres para afrontar un operativo que se había complicado de una manera casi definitiva.

Tras decidir que el golpe se daría ese mismo sábado, acometieron otra parte importante del plan. Björk abandonó las instalaciones de la finca toledana para instalarse en un piso turístico que habían alquilado para todo el verano en la calle Mayor, en pleno centro de Madrid y muy cerca del lugar del robo.

A lo largo de las últimas semanas había llevado equipamiento informático hasta ese piso, cargado en cajas y maletas para no llamar demasiado la atención. Acompañada por Rambo, como cualquier otra pareja joven de turistas que pasaba unos días en Madrid, se habían dejado ver por el inmueble sin interactuar demasiado con nadie.

Corrían un riesgo que creían calculado al mostrar su rostro a los vecinos, aunque en un edificio en el que predominaban los apartamentos turísticos nadie se fijaría demasiado en su presencia.

Desde allí, la informática controlaría toda la operación. El plan estaba pensado para que el resto del equipo huyera con el botín en el mismo vehículo que los llevaría hasta las Colecciones Reales, sin tiempo material de recoger a la informática si les esperaba en las instalaciones cercanas a Illescas. Tal vez escaparan con la policía pisándoles los talones, por lo que idearon otra alternativa en la que la noruega tendría un papel preponderante.

Un trabajo complicado, puesto que aparte de controlar todos los sistemas informáticos, alarmas, cámaras y avisos policiales, Björk tendría que pasearse por las inmediaciones del museo en las horas previas al atraco. Una salida demasiado arriesgada que no convencía

del todo al calabrés, pero su lugarteniente le aseguró que si la joven lograba colocar las trampas que había preparado, contarían con un tiempo precioso. Heisenberg había estudiado los protocolos policiales en la zona y sabía que las autoridades no podían jugársela ante una situación semejante, lo que les permitiría escapar con más facilidad.

Chiesa se concentró de nuevo en su problema principal, sin olvidarse de la compañera que en esos momentos montaba su equipo en Madrid para facilitarles la tarea.

—¿Y tú qué opinas, Rambo? —preguntó el italiano sin percatarse de que alguien se acercaba.

—Ambos tenéis razón, pero quizá la solución la tenéis aquí mismo.

El Fantasma procuró no alterarse ante la intervención del recién llegado, no quería echar más leña al fuego. Abraham se presentó ante ellos como si no hubiera sucedido nada, con un tono tranquilo y sosegado. Chiesa le había exigido que permaneciera encerrado en su habitación hasta nueva orden, pero el tipo ni se inmutó al desobedecerle. Desde la tarde anterior no se había vuelto a preocupar por él, ofuscado en buscar alternativas viables para llevar a cabo con éxito la operación, y ni siquiera se interesó por la ubicación del exmiembro del Mossad durante las últimas horas.

—Abraham, aquí no pintas nada. Haz el favor de largarte y dejarnos solos, no me quiero cabrear más.

—Solo será un segundo. Escucha lo que tengo que decir y si no te convence, no volveré a abrir la boca, lo prometo.

El jefe de la banda sintió cómo Rambo se colocaba a su lado a la defensiva, con un claro gesto de odio en el rostro. No quería peleas en su grupo, pero si Abraham no reculaba en su actitud, no le quedaría más remedio que impartir disciplina de una manera más desagradable. Y el jefe de la banda no quería llegar a esos extremos.

—Déjale hablar un momento, Enzo —intervino entonces Heisenberg.

Chiesa asintió a su pesar. La paciencia se le había agotado con un irresponsable que iba por libre de esa manera, con una actitud nada profesional.

—Obedeceré todas las órdenes sin rechistar, palabra de *boy scout*. Transportaré el explosivo necesario para abrir la puerta y os cubriré las espaldas en todo momento, aparte de ayudaros con el transporte

de la mercancía. Conozco tu aversión a las armas de fuego, pero es posible que nos encontremos resistencia armada en el interior del edificio. No obstante, estoy dispuesto a portar el rifle cargado solo con dardos tranquilizantes y un arma corta por si acaso, solo para casos estrictamente necesarios. Y

lo mejor de todo, todo eso lo haré por la mitad de lo estipulado. Es una oferta que no puedes rechazar.

—¿Estás loco? —soltó Marco, cabreado—. Ni por asomo voy a permitir que nos acompañes después de lo que has hecho. Y mucho menos voy a pagarte ni un solo euro, faltaría más.

—Piénsalo bien, amigo —intercedió el ingeniero—. Recuerda que llevamos todo el verano ensayando con la presencia del equipo al completo, sin él todo se resiente. Con su intervención accederemos antes al recinto y puede que le necesite también para destrozar el cristal. Aparte de cubrirnos las espaldas por si llega alguien y, además, nos ayudará con el transporte. Necesitamos un mínimo de tres personas dentro del museo para culminar la operación y Rambo debe continuar en su puesto.

—No puedo permitir que socave mi autoridad y que encima lo premiemos con…

—Pensadlo bien —los interrumpió el israelí—, quizá no tengamos otra oportunidad.

Todos ganamos con mi propuesta. Vosotros aumentáis la recompensa para cada uno, aparte de la probabilidad de éxito en la operación. Eso sí, deberíamos apresurarnos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Chiesa con curiosidad.

—A que mi oferta caduca hoy. Ya sé que he metido la pata y que me estarán buscando, por eso debemos atacar esta misma noche y largarnos enseguida. Como mucho, mañana por la noche, y creo que ya sería demasiado arriesgado. Si esperamos más, puede que nos encontremos guardias de asalto en la puerta o rodeando toda la plaza, entre el palacio y la catedral. Podemos ensayar lo que queda de día y prepararnos para actuar esta misma madrugada si lo prefieres.

—Esto se ha acabado, no pienso tolerar tus insolencias ni un minuto más.

Marco se paseaba nervioso por la sala; la situación se le iba de las

manos. Entonces vio cómo el ingeniero se acercaba para hablar con él e intentar convencerlo para acometer el plan original que ya tenían interiorizado tras un verano de prácticas. Solo tendrían que coordinar el ataque con la *hacker* y podrían acabar la operación antes del sábado. Si se daban prisa en organizarlo todo, podrían actuar esa misma noche o al día siguiente.

—Tal vez sea nuestra última oportunidad, no la malgastemos. Ya tendremos tiempo de castigar a Abraham, ahora la prioridad es salir de aquí con el botín. Y a ser posible con vida y sin perder ningún efectivo por el camino.

—No me termina de convencer —negó el Fantasma—, pero voy a darle una oportunidad teórica. Repasemos cómo sería el orden de ataque si nos atenemos al plan original.

Abraham sonrió ante el giro de los acontecimientos y Chiesa no quiso hurgar más en la herida. Si daba su brazo a torcer, muy posiblemente tendría que disolver la banda para siempre. Su autoridad habría quedado en entredicho y los hombres no volverían a respetarle del mismo modo. Tal vez Heisenberg llevara razón y esa fuera su última oportunidad de hacerse con *La Venus del Espejo*. Un reto exigente por el que habían trabajado mucho, por lo que la decisión estaba casi tomada.

Abraham se saldría con la suya, pero el Fantasma no había dicho su última palabra.

16

La sospecha

Hospital de La Princesa (Madrid), 6 de septiembre de 2018

La ambulancia trasladó al policía herido hasta el hospital más cercano al lugar de los hechos, en la misma calle Diego de León. Bermejo permaneció consciente durante el breve trayecto y tras las primeras curas de los sanitarios se quedó mucho más tranquilo.

La herida parecía superficial.

—Entonces, la bala no ha perforado el tejido, ¿verdad? —preguntó el inspector.

—Lo sabremos cuando le hagan unas radiografías, pero creo que solo le ha rozado la clavícula derecha y raspado el costado, no veo orificio de entrada ni salida. Ha tenido mucha suerte, caballero —contestó el paramédico.

—Hombre, tanta suerte no he tenido. Eso de que le tiroteen a uno en plena calle no es agradable, se lo aseguro. ¿Me puedo ir, entonces?

—No, vamos a llevarle a urgencias del hospital para que lo examinen a conciencia.

Hay que hacerle placas y otras pruebas para descartar cualquier problema subyacente.

Le vamos a dejar en buenas manos, usted ahora tiene que descansar y recuperarse del susto.

—De acuerdo —rezongó Bermejo—. Además, para ser un simple rasguño duele como si me hubieran insertado un hierro al rojo vivo, y yo no suelo quejarme demasiado. Joder, me hago mayor. Y encima, sigo sin saber por qué quieren cargarse a ese pobre desgraciado.

—¿Cómo dice, inspector?

—Nada, cosas mías. Y gracias de nuevo por acudir tan pronto a la llamada, menos mal que ese tipo falló con los disparos. Podía haber organizado una escabechina con tanta gente por la calle, el muy cabrón.

Lo atendieron en Urgencias, en un box para él solo a pesar de que el

hospital se encontraba a rebosar. Bermejo no pudo quejarse del trato del personal de La Princesa, unos sanitarios que se dejaban la piel por atender a los pacientes dentro de un sistema

deficitario de salud, con los hospitales públicos colapsados por la falta de medios. La sanidad pública madrileña se encontraba cada vez peor, y eso que todavía no había comenzado el pico estacional con la gripe, momento en el que todos los años se saturaba el sistema sin que los responsables encontraran una solución satisfactoria.

Le hicieron las curas y el médico le aseguró que la herida no le causaría mayores problemas. Le llevaron en silla de ruedas a otra planta para hacerle nuevas pruebas que descartaran problemas internos y le aseguraron que esa misma tarde podría abandonar el hospital.

En cuanto le dejaron solo, Bermejo buscó el teléfono móvil entre los efectos personales que le habían quitado al llegar a urgencias y depositado en una bolsa de plástico que permanecía en el suelo junto a él.

Primero llamó a Maca para tranquilizarla, aunque no pudo evitar que la magistrada se llevara un susto de muerte. Tuvo que jurarle que se encontraba perfectamente y que en unas horas le darían el alta, sin llegar a convencerla del todo. La jueza Velasco le aseguró que se escaparía de la Audiencia Nacional en cuanto pudiera para acercarse al hospital y, aunque Bermejo intentó disuadirla, prefirió no insistir más, conociendo su carácter.

Después telefoneó a la subinspectora Priego, que ya se había enterado de la noticia.

Le pidió que custodiaran en las instalaciones de Canillas a Julio Ortega hasta nuevo aviso, un tipo al que ya no sabía si considerar víctima, testigo u otra cosa. Bermejo intuía que el docente ocultaba algo relacionado con el asesinato de su compañero y pretendía hablar con él de nuevo para aclarar algunos puntos de su declaración.

A primera hora de esa misma mañana, Bermejo había llamado al departamento de Física Teórica preguntando por Ortega, pero no llegó a localizarle. La secretaria le aseguró que el profesor no se encontraba en el centro, ya que sus clases comenzaban a las diez. Y como el policía no estaba lejos de Diego de León, decidió hacerle una visita en el domicilio que aparecía en su ficha. Menuda ocurrencia tuvo.

—Que la científica procese el lugar en el que nos han disparado —le

indicó a su compañera mientras recordaba la sucesión de hechos de esa mañana—. Tienen que buscar los proyectiles, seguro que se han empotrado en alguna pared o han rebotado contra algún coche aparcado.

—No se preocupe, así lo haremos. Imagino que coincidirán con las balas que encontramos en el cuerpo y el despacho del catedrático asesinado. Parece que tenía usted razón, la coincidencia de los apellidos no era una simple casualidad.

—Maldita la hora en la que se me ocurrió pasar a visitar a ese tío, casi muero en el intento. Algo sigue sin cuadrarme en todo esto, no sé por qué alguien se toma tantas molestias en acabar con un tipo en apariencia tan anodino. Sé que nos oculta algo, habrá que averiguarlo.

—Si quiere, le aprieto un poquito para ver si se pone nervioso. Le dejo un rato en una de las salas de interrogatorios a solas, con la puerta cerrada con llave, y le hago alguna preguntilla con intención, para que reflexione si tiene algo que ocultar y así se cueza en su propio jugo. Sin querer entrometerme en su labor, por supuesto, imagino que querrá usted interrogarlo después a fondo.

—Me parece buena idea, Priego, a ver qué sacas en claro. No le aprietes mucho, imagino que todavía estará afectado después de lo sucedido. Aunque yo me he llevado la peor parte.

—Se quejaba de unas contusiones. Le ha visto el médico y no tiene nada grave, algún hematoma sin importancia, pero el hombre lleva protestando desde que lo trasladaron aquí. Se le ve algo inquieto, como nervioso; quizá se derrumbe y nos confiese por qué le persigue un sicario profesional.

—Ese tipo no es trigo limpio, te lo digo yo. Con esa cara de mosquita muerta a mí no me engaña, y vamos a averiguar lo que nos oculta. Mantenme informado, Priego; en cuanto los matasanos me den el alta voy para allá echando leches.

—Debería descansar. Ortega no se va a mover de aquí ni nadie va a atentar contra él.

Llega el fin de semana y…

—No te preocupes, prefiero reincorporarme cuanto antes. Todavía queda mucho viernes por delante.

—De acuerdo, inspector. Hasta pronto entonces. Le mantendré

informado de cualquier novedad al respecto. Y haga caso a los médicos.

Bermejo sonrió ante la última frase de su nueva compañera, que parecía haberle calado a la perfección. No iba a cambiar a esas alturas de su vida, y como viejo perro de presa, había encontrado un hueso que quería roer hasta extraer toda la sustancia. Y en ese extraño caso quedaba todavía mucha tela por cortar.

Llevaba en su chaqueta una copia del expediente de un individuo del que ya sospechaba que ocultaba algo tras su interrogatorio en la universidad, y ahora lo tenía mucho más claro. El sicario se había equivocado de Ortega y había vuelto para cumplir su cometido. De ahí la dichosa balacera en plena calle que casi se lo lleva por delante.

También era casualidad que le pillara allí, justo cuando iba al encuentro del aparentemente despistado docente. Y claro, su instinto policial se impuso al de supervivencia, jugándose la vida por salvar la de un tipo con demasiados claroscuros.

Estudiaba su ficha sin comprender muy bien lo que había sucedido cuando alguien llegó de improviso al box para interesarse por su estado. Siempre venía bien encontrarse con una cara amiga después de sufrir un atentado, por lo que Bermejo se alegró sobremanera al ver a Pablo Roncero.

—Hombre, parece que los rumores eran ciertos solo a medias —empezó Roncero con gesto relajado—. Me había asustado al conocer la noticia, pero veo que no ha sido tan grave como creía.

—Un placer verte de nuevo, Pablito, aunque sea en estas circunstancias. No te creas, he tenido suerte. Ese indeseable casi acaba con nosotros, nos hemos librado por un pelo.

El policía le explicó a su amigo lo que había sucedido, recalcando las peculiaridades de uno de los casos más extraños a los que se había enfrentado en toda su carrera policial. Roncero no supo que decirle, parecía también distraído con sus propios problemas.

—Ayer pensé en llamarle para tomarnos unas cervezas y charlar sobre algunos asuntos, pero las circunstancias han adelantado el encuentro. Y no creo que los médicos nos den su permiso para irnos ahora de cañas.

—Secundo la moción. Sácame de este agujero y te invito a esas cañas y a comer si hace falta. Odio los hospitales. Además, ¿qué es eso tan

importante que te preocupa?

Nos conocemos desde hace años, amigo, y sé que ese cerebro privilegiado tuyo le está dando vueltas a algo.

El nuevo oficial de enlace de la Interpol le contó al policía las últimas novedades en torno al robo de los códices de Da Vinci y las sospechas sobre una posible operación de la banda del Fantasma en busca del famoso cuadro de Velázquez. Bermejo conocía algunos datos gracias a la relación de la jueza Velasco con la inspectora jefa Herrera y le sorprendió la limpieza con la que habían efectuado un golpe tan audaz en el interior del museo.

—Parece que se lo ha tragado la tierra, es desesperante. Y mis jefes, emperrados en que no hay nadie más involucrado, que todo es obra de esa banda internacional. Novoa, el jefe de la unidad especializada de arte en la UCO, afirma que ha sido Erik el Niño, el famoso ladrón al que llevan siguiendo la pista desde hace una década. Además, esta misma mañana me han informado de que alguien ha accedido de nuevo al sistema central de vigilancia del museo y ha borrado las imágenes de las cámaras que se guardaban en la nube. Ahora sí que no tenemos nada, Antúnez está que echa humo y lo entiendo perfectamente.

—Menudos apaños, muchacho. Dos casos complicados que nos llevan por la calle de la amargura, es nuestro destino. Por lo menos a ti no te han disparado y ahora no te enfrentas a asesinos en serie o traficantes de personas, como ya nos ha ocurrido otras veces. La verdad, no me pillas en mi mejor momento.

—Lo entiendo, inspector, y no quisiera molestarle. Me apetecía intercambiar opiniones con un investigador de su experiencia, por si se le ocurría algún hilo del que podamos tirar.

Bermejo sonrió a su pesar, sin querer insistirle para que dejara de llamarle de usted.

Roncero parecía un caso perdido, así que prefirió obviar el tema. Sin darse cuenta, mientras hablaba, desdobló la copia de la ficha de Julio Ortega.

—No sé qué decirte, es todo muy extraño. Espero que ese individuo no cuente con un topo dentro del museo, es raro que se borren esas imágenes una vez avanzada la investigación. No sería la primera vez, tendréis que investigar por ahí. Por otro lado, según tu opinión, no se trata de la famosa banda internacional, pero este tipo sí que se ha

esfumado como un fantasma sin dejar rastro.

—¿Me permite un momento? —pidió entonces Roncero, señalando la fotocopia que manoseaba el policía—. Me ha parecido ver algo.

—Claro, Pablo, ¿qué sucede? Te has puesto blanco de repente.

—Joder, no puede ser. Este tipo se parece mucho a alguien que conozco. Espere un segundo.

Roncero manipuló su teléfono y buscó algo. Luego le enseñó al policía los únicos datos de los que disponían sobre Iván Guerrero, la ficha rellenada en la empresa de servicios que le contrató para el trabajo temporal en Patrimonio Nacional. Allí aparecía

una foto algo borrosa de un tipo con el pelo algo más largo y barba poblada al que Bermejo tampoco reconoció.

—No soy un experto fisonomista y, sin embargo, he saltado enseguida al ver esa ficha. ¿No cree que estos dos tíos son la misma persona? Imagínese a Guerrero con el pelo corto, afeitado y con gafitas.

—Joder, Roncero, puede que tengas razón. Creo que podemos comprobarlo en otro sitio, un segundo.

Ahora fue el turno del policía de manipular su teléfono, buscando la web de la facultad de Ciencias Físicas. Tardó un rato en encontrar el departamento correcto con toda la información, pero por fin accedió a la ficha correspondiente. Allí aparecían todos los datos de los profesores integrantes del departamento de Física Teórica, incluyendo una pequeña fotografía a color. El mismo Julio Ortega les sonreía con un rictus algo extraño desde su propia imagen congelada. Ambos investigadores se quedaron unos segundos contemplando esa foto que tal vez resolviera todos sus problemas.

—No sé, Pablo, yo no lo veo tan claro. No sé si vosotros contáis con herramientas informáticas para averiguar estas cosas. Tendríamos que enseñar la foto del profesor en el museo y la del empleado de mantenimiento en la universidad, a ver si alguien nos saca de dudas. No disponemos de medios suficientes, eso ya lo sé, pero algo tendremos que hacer. Quizá matemos dos pájaros de un tiro y nos apuntemos un buen tanto, muchacho. ¿Qué vas a hacer?

Bermejo supo por su gesto de suficiencia que su amigo había encontrado una solución. O al menos, se le había ocurrido alguna idea que poner en práctica antes de proseguir con la investigación.

—Ya sabe que no tengo término medio, Bermejo. O peco por exceso de prudencia o me meto en unos jardines de campeonato. Y ahora creo que es el momento de lanzarnos a la piscina. Le recomiendo que insista con los médicos para pedir el alta y vaya a interrogar a Ortega, si se encuentra con fuerzas, claro. Tiene que exprimirlo hasta que suelte todo lo que sabe. Mientras tanto, yo voy a localizar a una vieja amiga que puede ayudarnos a probar nuestra loca teoría. Ella sí que maneja herramientas informáticas de última generación, es la mejor en su especialidad.

—¿La cabo Muñoz? —preguntó entonces el inspector—. Recuerdo que su labor fue muy importante en la investigación contra la mafia rusa, es un activo muy importante.

Bermejo no quiso picar a su amigo, ya que recordaba los problemas que había tenido Roncero por su relación con Nadia Muñoz, una guardia civil de armas tomar que se jugó la vida para infiltrarse en una peligrosa operación. Un verano en el que todos sufrieron de lo lindo en la costa valenciana, algo a lo que el experimentado policía prefería no volver a enfrentarse.

Roncero asintió y cogió el teléfono para intentar localizar a su antigua compañera, que había pasado de cabo a sargento de la Guardia Civil en los últimos años. Bermejo aprovechó para buscar a algún sanitario en aquel caos de urgencias. Necesitaba hablar con el médico que le había atendido para que le diera el alta lo antes posible.

—Me marcho a la UCO para reunirme con Nadia, me va a hacer un hueco. Intente usted adelantar algo con Ortega y vamos hablando mientras tanto. Puede que estemos en la pista buena, creo que hemos dado con algo.

—Ojalá tengas razón, Pablo. A ver si por una vez tenemos suerte y se alinean los astros.

17

Tensa espera

Calle Mayor (Madrid), 7 de septiembre de 2018

El día se le iba a hacer eterno a la informática noruega, exiliada en aquel piso turístico situado en pleno centro de Madrid. Con el equipamiento ya instalado, solo le quedaba recibir las órdenes finales para poner en marcha la operación. Al parecer, el golpe iba a tener lugar esa misma madrugada, por lo que Astrid comenzó a ponerse nerviosa.

No quería pensar mal del resto de su equipo, pero le pareció un poco extraño que la enviaran a ella sola a la ciudad, escondida en aquel apartamento equipado para que los turistas pasaran un fin de semana en la capital de España. Y encima, esa noche tendría otra responsabilidad que no casaba nada con la imagen de *hacker* anónima, de esa friki acostumbrada a lidiar con ceros y unos digitales. Una misión algo peligrosa que no estaba segura de poder llevar a cabo, con el consiguiente perjuicio para las sucesivas fases del plan preestablecido.

No podía pensar mal de Enzo, el hombre que recondujo su accidentada carrera.

Astrid había hecho sus pinitos como *hacker* en el instituto. Sus altas capacidades y la falta de otros estímulos consiguieron que se metiera en más de un lío. Su familia disfuncional tampoco ayudaba, por lo que a los dieciocho años se largó de su casa para siempre, malviviendo con sus trapicheos informáticos.

Más tarde consiguió una beca para estudiar ingeniería informática en la universidad de Oslo, donde se juntó con algunos elementos antisistema que la llevaron por el mal camino. Incluso llegó a coquetear con el grupo de *Anonymous*, por lo que apareció también en el punto de mira de las autoridades escandinavas. La casualidad hizo que alguien de la organización le hablara de un tal Enzo, un extraño personaje que buscaba información confidencial sobre una sala de subastas en Copenhague por la que estaba dispuesto a pagar una cantidad interesante de dinero.

Se encargó de rastrear dicha información, más como un reto divertido que como un trabajo en sí. Enzo descubrió sus habilidades, positivas en el caso de las técnicas y negativas en cuanto a las relaciones

sociales. El italiano le ofreció un trabajo más estable, explicándole los peligros de las operaciones en las que solía participar su equipo. Astrid

no se lo pensó dos veces y aceptó la propuesta, convirtiéndose en la *hacker* de la banda del Fantasma, un ladrón de guante blanco que la acogió casi como a su ahijada.

Así que no pensaba fallarle. A lo largo del verano se había pasado varias veces por el inmueble para justificar un alquiler de tan larga duración. Sabía que Enzo había negociado un precio desorbitado por la renta de ese piso, un veinte por ciento por encima del valor de mercado, para curarse en salud. Un pago de esa cantidad, por adelantado y en metálico, acallaría las posibles reticencias del dueño, un tipo con varias propiedades muy céntricas que solo se dedicaba a especular con sus edificios para ganar cada día más dinero.

Astrid se cruzó en alguna ocasión con vecinos poco curiosos, turistas de diferentes nacionalidades con los que no intercambiaba más de un discreto saludo. En ocasiones le acompañaba Rambo, un exmilitar al que no terminaba de coger el punto. Tan pronto adoptaba una pose más que profesional, acostumbrado al duro trabajo por su antigua pertenencia a una de las unidades más exigentes del ejército británico, como intentaba relajar el ambiente con bromas que no venían al caso. Incluso, aunque ella no fuera experta en esas lides, habría jurado que en alguna ocasión le tiró los trastos, idea malísima para dos compañeros en medio de una misión tan importante. Nada de mezclar los negocios con el placer, esa máxima la llevaban a rajatabla.

La noruega no se consideraba una chica agraciada en lo físico y no se iba a engañar en ese sentido. Su mayor orgullo consistía en poseer una mente privilegiada y por eso se afanaba en ser la mejor en su especialidad. Tras un verano complicado en el que se había dejado las pestañas con sus equipos informáticos, la habían enmarañado de la peor manera. Le aseguraron que su trasvase al piso turístico sería la mejor manera para que ella controlara toda la operación y así poder escaparse en caso de que algo se torciera. Y en ese instante, pensó que tal vez se la habían jugado pero bien.

Quizá tuviera algún sentido el que los machitos del grupo se dirigieran todos juntos hacia el museo y huyeran de allí con el vehículo preparado para la ocasión, sin que se plantearan siquiera pasar a recogerla. En un primer momento les intentó convencer para que ella permaneciera controlando todo el operativo desde la finca de Toledo, pero desecharon la idea casi sin pensarlo. Los cinco abandonarían esas instalaciones y la gente de McNulty en España se encargaría después

de limpiarlo todo a conciencia. No podían regresar allí. Si las autoridades les perseguían una vez conseguido el cuadro, solo les quedaba huir a toda velocidad y encaminarse hacia el primer lugar de encuentro. Algo totalmente plausible, no tendrían tiempo ni modo material de ir a buscarla sin ponerse todos en peligro.

Así que Astrid aceptó las nuevas condiciones y se preparó para su función. Confiaba en su pericia con los ordenadores, máquinas que no guardaban ningún secreto que no pudiera desvelar. Había organizado todo para que el plan saliera a la perfección, pero la última petición de Heisenberg le pilló desprevenida. La estratagema en sí le pareció correcta, muy bien pensada, algo que les permitiría ganar tiempo. El único problema a la vista era quién ejecutaría esa acción, algo para lo que no se veía lo suficientemente preparada.

Astrid no era agente de campo y nunca se había personado en los lugares en los que la banda perpetraba sus golpes. Le bastaba con controlarlo todo desde las sombras. Ella manejaba la situación, guiaba a sus compañeros y les evitaba meterse en jaleos, o buscaba alguna solución si se veían apurados durante el atraco o en su huida. Y ahora se encontraba en una encrucijada que no sabía resolver; allí la ciencia, las matemáticas o el manejo de los ordenadores no le servirían de nada. Una situación difícil de asimilar.

Enzo no protestó ante la petición de su ingeniero principal, por lo que Astrid asumió que ambos habían ultimado esa parte del plan. Podía tener su lógica, no se lo discutiría.

Sin embargo, el modo de proceder distaba mucho de considerarse un movimiento poco arriesgado. Y encima, lo efectuaría alguien poco acostumbrado a lidiar con problemas sobre el terreno. Si todo salía mal…

Los problemas la perseguían en sueños, en esas largas noches de insomnio en las que no pegaba ojo imaginándose las peores situaciones. ¿Y si se cruzaba con algún policía?

¿Y si la intentaban atracar por la noche o se metía en algún lío? Ella no conocía bien esa zona, no manejaba el idioma y se encontraba bastante perdida. Le parecía una completa locura, todo se podía ir al traste si cometía algún fallo en la tarea asignada. Había mil formas de cagarla, y ella solo se sentía segura delante de una pantalla de ordenador, deberían saberlo.

El ataque estaba previsto para las tres de la madrugada, por lo que el

equipo saldría de Illescas con una hora de antelación. Antes de dirigirse hacia el museo tendrían que dar un rodeo por el noroeste de Madrid para que su coartada no se resquebrajara antes siquiera de comenzar, y debían ir con tiempo suficiente por si surgía cualquier inconveniente por el camino. A todos les entusiasmó la idea de Heisenberg al plantear el modo de desplazamiento, una locura maravillosa que les permitiría desarrollar el golpe en mejores condiciones.

Ella saldría también con margen para no pillarse los dedos. Tendría que recorrer a pie una zona extensa y la longitud de sus piernas no le permitía dar largas zancadas, por lo que tal vez abandonaría el nido entre la una y media de la madrugada y las dos.

El itinerario no llegaba a los dos kilómetros, entre la plaza de España y la catedral de la Almudena, pero debería efectuar varias paradas para asegurarse de que no la seguían, por lo que ignoraba en realidad cuánto tardaría en cumplir su cometido.

Y todo ello sabiendo que debía dejarlo todo preparado, regresar sin correr a su cueva y controlar el operativo en tiempo real desde su puesto de control. Programaría algunos *scripts* que la ayudarían en su tarea, como las cuatro llamadas automáticas que efectuarían otras tantas personas diferentes al 112 desde ubicaciones que no podrían rastrear desde su base de operaciones.

Con ayuda de una herramienta que había diseñado, basada en los últimos avances en ingeniería artificial, Astrid había preparado cuatro alocuciones diferentes en español.

Estas llamadas alertarían al teléfono de emergencias sobre amenazas concretas que sucedían en tiempo real en el centro de la ciudad. Durante la madrugada de un viernes, noche de fiesta para muchos vecinos y turistas en la capital, todos esperaban que las autoridades se tomaran en serio esas amenazas y dispusieran los medios necesarios para sofocarlas, ralentizando la llegada de efectivos ante un posible atraco en el museo y colapsando además las zonas aledañas.

Todo fue idea de Heisenberg, el verdadero cerebro de la trama. No solo había estudiado al milímetro y diseccionado cada espacio de la Galería de las Colecciones Reales. También se había empapado de los protocolos de actuación en Madrid, tanto policiales como sanitarios, aprovechando sus características en beneficio propio. Astrid alucinó ante el despliegue que llevarían a cabo para dar el golpe más complicado de sus vidas, sin percatarse de que quizá todo se torciera a

última hora si ella se encontraba con alguna dificultad en la noche madrileña.

Su mente desvariaba en busca de una solución adecuada que le permitiera minimizar los riesgos. No quería fallarle a Enzo, sobre todo después de darle una oportunidad e incorporarla a la banda con su nula experiencia delictiva. Y por si fueran pocos quebraderos de cabeza, la mala fortuna quiso que entonces se enterara de un suceso que preferiría no haber escuchado.

Si el dueño del piso turístico hubiera accedido en esos momentos a su propiedad habría alucinado ante el equipamiento dispuesto en su salón. Astrid se había montado su sala de control particular, con varios equipos informáticos interconectados, en una instalación compleja sustentada desde su propio rack. Sin olvidarse del sistema RAID

de discos redundantes o la unidad eléctrica de emergencia (SAI) que le proporcionaría energía en caso de fallo en la red, aparte de proteger los servidores. Y, por supuesto, varias pantallas situadas en cascada y un sistema para controlar diferentes emisoras, ya

fueran de policía, bomberos o emergencias sanitarias. Y fue allí, a través de una emisora policial, donde escuchó esa mañana una noticia que le heló la sangre en las venas.

La *hacker* noruega se enteró de que se había producido a primera hora un tiroteo en plena calle, al parecer a cargo de un motorista que huyó después a la carrera. Un *modus operandi* demasiado similar a lo ocurrido dos días antes en la universidad. No quiso preguntarle a su jefe por Abraham, ni preguntar si alguien le había controlado durante las primeras horas de ese día, y menos cuando le confirmaron que le habían readmitido en el equipo. Nadie le quitaría de la cabeza la idea de que el israelí había vuelto a actuar por su cuenta, Astrid lo llevaría siempre cargado en su conciencia. Y, además, ese psicópata había herido a un policía, con lo que la presión sobre el grupo sería brutal a partir de ese momento.

¿Debía comunicárselo al resto de la banda? Si ya se sentía incapaz de lidiar con la inmensa carga que le suponía controlar toda la operación para que nada fallara y encargarse también de sembrar los señuelos dispuestos por Heisenberg, se negaba a convertirse además en la mensajera de las malas noticias. En su fuero interno, Astrid sabía que cometía un error. Una lamentable equivocación que tal vez se volviera en su contra más adelante, como un bumerán, pero ya no había vuelta

atrás.

Se concentró en las tareas asignadas y se olvidó del maldito Abraham. Ya había metido bastante la pata al permitirle conocer datos sobre su investigación y el muy idiota se montó su propia película de espías, disparando al personal sin ningún control.

Si Astrid le insistía a Enzo con el tema tal vez se llevara ella la peor parte, así que mejor callárselo. Desde luego, no le tranquilizaba lo más mínimo contar con la participación de semejante elemento disruptivo durante una operación tan compleja. Y tampoco quería que el misterioso motorista asesino le hiciera una visita particular una vez finalizado el operativo. La joven prefería continuar con vida, sana y salva, y disfrutar de su dinero si finalmente conseguían el objetivo.

Solo le quedaba esperar, la jornada no había hecho más que comenzar y sospechaba que se alargaría más de la cuenta. Tal vez debiera tomárselo con más calma, relajarse un poco y afrontar uno de los días más complicados de su existencia.

18

La única solución

Complejo policial de Canillas (Madrid), 06 de septiembre de 2018

Su estado de nervios había ido empeorando con el paso de las horas y a esas alturas de la mañana, acercándose ya la hora de comer, Julio Ortega no dudó en que se había metido en un buen lío. El inspector Bermejo iba directo hacia su casa a primera hora de esa terrible mañana, tal vez con la idea de sonsacarle más información o pillarle en algún renuncio. No pensaba que fuera a detenerle directamente, ni a registrar su domicilio sin una orden judicial. Si la tuviera, se habría presentado acompañado de más efectivos policiales. Y, aun así, el profesor no conseguía tranquilizarse.

El motorista había vuelto a actuar, esta vez en plena calle. Le había mirado directamente, frenado su vehículo de dos ruedas y apuntado en su dirección sin dudar.

No consiguió verle el rostro a través de la visera de un casco tan negro como su alma o el mono que vestía para conducir la motocicleta. Y, sin embargo, pudo sentir la maldad a través de esa mirada opaca que no llegó siquiera a entrever.

Bermejo se había lanzado contra él para salvarle, sin pensarlo dos veces ni encomendarse a nadie en su vuelo sin motor. Quizá algún transeúnte despistado intuyera que el criminal quería atentar desde un principio contra la vida del inspector, vestido de paisano y sin ningún distintivo externo a simple vista que le identificara como policía. Pero ni él se engañaba, ni Bermejo o sus compañeros iban a dejarse confundir con patrañas de semejante calibre.

El ladrón llevaba varias horas allí, incomunicado y encerrado en ese cuchitril. Al principio pensó que le habían dejado en esa sala para que estuviera a salvo, pero cuando intentó salir para buscar un baño se percató de que la puerta estaba cerrada con llave. Un agente se había acercado en dos ocasiones, primero para llevarle un café y más tarde una botella de agua. Le preguntó por algún responsable y si sabía qué ocurría con su situación, pero el hombre se encogió de hombros y se marchó sin responder.

Si pretendían que se pusiera nervioso, lo habían conseguido. Al principio no quiso pensar mal, creyó que le habían metido allí porque no tenían ninguna otra sala habilitada. Sin embargo, el detalle del

famoso espejo le descuadró por un momento. Le recordaba todas esas películas policiales en las que alguien contemplaba el

interrogatorio de un sospechoso desde el anonimato de una sala anexa, mirando a través de un cristal que a él solo le devolvía su propio reflejo.

Sin mencionar el calor que hacía dentro de una sala sin ventanas ni conducto de aire acondicionado. Se acercaba el mediodía, a esas horas la temperatura habría subido bastantes grados en el exterior. Y allí dentro, con la humedad que reinaba en el ambiente, el bochorno era sofocante. Cuando empezó a sudar profusamente se bebió la botella de agua, aumentando entonces las ganas de orinar. Como tortura no parecía muy elaborada, pero sí bastante eficiente, pensó Ortega. Quizá pretendían sacarle de sus casillas antes de tiempo, por lo que necesitaba calmarse y analizar la situación desde otra perspectiva. No podían doblegarle tan fácilmente, se jugaba su futuro en aquel envite.

No quiso emparanoiarse demasiado, de momento nadie le había acusado de nada y solo se encontraba allí en calidad de víctima. Había sufrido un tiroteo y la policía debería dedicarse a buscar al culpable, no perder el tiempo en incomodar a un pobre profesor de universidad como él. Allí nadie conocía su doble vida, o eso suponía, por lo que no entendía la actitud de los mandos policiales. ¿A qué estaban jugando?

Pensamientos de todo tipo le cercaron por doquier sin que su mente analítica pudiera procesarlos bien. Se daba perfecta cuenta de la jugada, por lo que tendría que ser más listo que todos ellos juntos. Un juego psicológico para el que tal vez no se había preparado a conciencia.

¿Se habrían olvidado de él? A esas horas, muy posiblemente Bermejo se encontraría todavía en el hospital, tal vez incluso dentro de un quirófano. Ignoraba la gravedad de sus heridas, aunque esperaba que el policía saliera bien parado después de salvarle la vida. Recibir uno o más balazos no debía ser muy agradable, y el inspector tampoco podía considerarse una persona joven o en plena forma. El sentimiento de culpabilidad le embargaba a ráfagas, sin que pudiera evitarlo, a pesar de encontrarse normalmente en el otro lado de la ley. Quizá solo fuera un ladrón y un falsificador, un delincuente de cuello blanco en todas sus versiones, pero no un criminal sin alma ni conciencia.

Tras el tiroteo, Ortega contempló en primera persona una escena que concernía a su futuro más próximo. Bermejo le susurró algo al compañero que llegó en la primera patrulla, en una conversación en la

que se refirió a él sin duda alguna, según dedujo por los gestos y miradas que ambos policías le regalaron sin esconderse. Tal vez el agente le llevó hasta esas dependencias siguiendo esas primeras instrucciones del inspector y luego se despreocupó. Quizá llegara incluso a comunicárselo a algún superior y después todos se olvidaron de él. Seguro que tenían mil asuntos más urgentes que atender.

Sabía que no debía alterarse, su momento llegaría temprano o tarde. Allí solo se encontraba en calidad de víctima o, como mucho, testigo de un tiroteo. Se obligó a mantener la compostura por si alguien le vigilaba mientras las horas transcurrían en un lento devenir sin ningún cambio aparente en su situación. Su paciencia se acercaba peligrosamente al límite y la idea de aporrear la puerta y gritar para que le atendiera alguien se fue haciendo cada vez más fuerte en su mente. Julio Ortega estaba a punto de claudicar.

Entonces llegó la subinspectora Priego, a la que recordaba por haber acompañado a Bermejo dos días antes a la facultad, justo después del hallazgo del cadáver de su compañero. Le sorprendió su juventud pero no le engañó la aparente inocencia pintada en su rostro, tal vez al no haberse enfrentado todavía a lo peor del ser humano. Sobre todo, al toparse con una mirada incisiva que le taladró por un momento sin conmiseración. Las apariencias a veces engañaban, y la subinspectora estaba a punto de demostrárselo.

—Buenos días, señor Ortega, disculpe la espera. Estaba con un expediente urgente y no he podido acercarme antes a saludarle. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita algo?

—Querría ir al baño, si es posible.

—Claro, ahora mismo pido que alguien lo acompañe para que no se pierda en estos pasillos. Aquí se encuentra a salvo, pero mejor curarnos en salud, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso? —preguntó él—. ¿Creen que estoy en peligro aquí dentro?

Ortega no quería dejar traslucir sus nervios, pero la displicencia de la suboficial no le ayudó a serenarse. El calor, la sed, el agobio por encontrarse encerrado y las ganas de ir al baño no le dejaban pensar con claridad.

Poco acostumbrado a afrontar situaciones semejantes, pese a la gran sangre fría que mostraba cuando ejecutaba algunos de sus golpes, se molestó por dejarse embaucar de esa manera. Su cerebro emitía

señales confusas, algo que siempre había controlado a la perfección, y eso le hacía vulnerable. Si dejaba traslucir sus emociones perdería el primer combate, un duelo desigual que podría predisponer a las autoridades en su contra antes de comenzar la verdadera partida.

—No sé, usted sabrá quién le persigue con tanta insistencia. ¿Cuenta con muchos enemigos? Igual se ha metido en algún lío con gente desaconsejable, estas cosas le

pueden pasar a cualquiera. Seguro que podremos ayudarle, solo tiene que explicarnos lo que sucede.

—No sé a lo que se refiere, señorita… Perdón, quiero decir, subinspectora —replicó Ortega con la voz entrecortada. La vejiga le iba a reventar y era incapaz de concentrarse.

Consiguió tranquilizar sus pulsaciones un momento, se secó el sudor de la frente y continuó algo más sereno—. No tengo ningún enemigo, que yo sepa. Ni me he metido en ningún problema, ya le dije al inspector que llevo una vida monacal, de lo más aburrida, dirían muchos.

—Ya, claro, le comprendo —continuó Priego—. No obstante, ¿no le parece extraño que intenten acabar con su vida dos veces en tan corto intervalo de tiempo? Al parecer, el tirador misterioso, el motorista del casco negro, es el mismo individuo que atentó en su facultad. ¿No le llama la atención? Aquí no estamos acostumbrados a tanto tiroteo seguido, eso es más típico de las bandas criminales de otras latitudes.

—No sé de qué me habla, ya se lo he dicho. No entiendo por qué mataron a mi compañero ni el motivo por el que han disparado hoy contra mí. Tal vez se deba a alguna movida de la universidad y nos lo están haciendo pagar a nosotros, que somos completamente inocentes. Como comprenderá, estoy totalmente perplejo, aparte de muy asustado. No entiendo esta situación, la verdad.

Ortega fabuló sobre la marcha, inventándose una excusa peregrina que su interlocutora no pareció comprarle. Jugó con el doble sentido de su frase al asegurar que no entendía su situación, tanto en su papel de víctima de un tiroteo como en el de testigo encerrado en una sala de interrogatorios sin mayor explicación. La suboficial de la UDEV no quiso darse por aludida y continuó con sus cargas de profundidad.

—Creo que mi compañero, el inspector Bermejo, ya le puso en situación en su facultad. El mismo policía que se ha jugado la vida para salvar la suya, no sé si lo recuerda. Sé que le comentó esa

pequeña coincidencia con la que nos tropezamos nada más asomarnos al despacho de su departamento. ¿No le parece mucha casualidad? El otro día asesinan a sangre fría a un profesor Ortega y hoy atentan contra otro profesor Ortega. Quizá el sicario se equivocó la primera vez, le puede pasar a cualquiera, por muy profesional del crimen que se crea. Y ahora busca cerrar el círculo, ya que su objetivo prioritario sigue vivito y coleando.

—No le permito que hable de mi vida en esos términos, y dígame de una vez por qué me retienen aquí —replicó él fuera de sí—. Yo no tengo nada que ver con este embrollo, son ustedes los que tienen que investigar esos delitos. No me parece

adecuado que hable con esa ligereza, como si no le importara un pimiento lo que me suceda. Quiero hablar con su responsable ahora mismo, voy a poner una reclamación.

—¿Reclamación de qué, señor Ortega? Nadie le retiene aquí contra su voluntad, es usted libre de marcharse en cuanto quiera. Nosotros le manteníamos aquí a salvo siguiendo las instrucciones del inspector Bermejo, si cree que no corre ningún peligro, puede largarse cuando le venga bien. Mi compañero quería hablar con usted en un rato, parece que ya le van a dar el alta en el hospital, pero como prefiera.

Al menos una buena noticia, no tendría que cargar con más peso sobre su conciencia.

Se alegraba de que el inspector no hubiera sufrido heridas graves, aunque supusiera mayor presión sobre él. Si ya se encontraba al límite con unas preguntas tan sencillas, no imaginaba si de verdad sacaban la artillería pesada y le mostraban pruebas concluyentes contra él. No quería derrumbarse, no antes de averiguar lo que realmente sucedía.

De todas maneras, la subinspectora había conseguido sacarle de sus casillas. Si consideraba su propuesta y salía de allí sin protección, se enfrentaba a un dilema más complicado de lo que parecía en un principio. Por un lado, no podía negar la evidencia de que alguien le buscaba para matarle. Y, por el otro, si realmente la policía albergaba alguna sospecha concreta contra él y se negaba a colaborar, supondría un arma de doble filo. Sí, se convertiría de nuevo en un sujeto libre, pero quizá extremaran la vigilancia sobre él hasta que cometiera algún error. Y en su situación, tras el robo de los códices, no se podía permitir que la policía anduviera pisándole los talones en todo momento.

Prefirió aguantar un poco más para averiguar si realmente tenían algo en su contra.

Y también, para qué engañarse, porque no quería que le asesinaran nada más poner un pie en la calle. Ignoraba quién le perseguía con esa saña, pero sin duda los policías tenían razón. Habían matado a su compañero por error y le buscaban a él. Seguramente se debiera a las dichosas piezas de Da Vinci, aunque no podía asegurarlo al cien por cien.

—De acuerdo, esperaré a que llegue su compañero. Me alegra que esté bien, entiendo que la herida no ha sido de gravedad.

—No puedo facilitarle datos personales, profesor, imagino que conoce bien la ley en ese sentido por su trabajo habitual con alumnos. Seguro que el inspector se lo cuenta después, tendrán una charla más que interesante. ¿Puedo hacer mientras tanto algo más por usted? Tengo que atender otras obligaciones, lo siento, por lo que debería marcharme enseguida.

—Nada, muchas gracias. Bueno, sí, disculpe… Necesito ir al baño con urgencia, no puedo aguantar más.

—Es verdad, perdone. Ahora mismo envío a alguien para que le acompañe, no se preocupe. Y en un rato creo que podrá ver al inspector y decidirán qué hacer con su situación.

—Se lo agradezco. Aquí les espero, entonces.

—Perfecto, señor Ortega. Hasta luego, buenos días.

La subinspectora terminó la frase con una sonrisa, y lo dejó allí de nuevo a solas, encerrado y con más dudas corroyéndole el alma. Había realizado bien su trabajo, no lo podía negar. En su lugar él hubiera hecho lo mismo, si albergaban dudas sobre el posible testigo mejor curarse en salud. Solo le habían lanzado la primera andanada, lo peor estaba todavía por llegar.

Se dispuso a esperar de nuevo, rezando porque la muchacha no le hubiera mentido otra vez. Si no le enviaba a alguien en los próximos minutos terminaría por reventar. La vejiga no le aguantaría mucho más y la naturaleza seguiría su curso. No le apetecía lo más mínimo mearse encima, pero quizá esa humillación fuera mejor que la tortura cruel que sufría en silencio.

Reconsideraría su postura cuando pudiera pensar con más lucidez, en

esos momentos, sus neuronas solo se concentraban en un único objetivo: controlar sus esfínteres. Llegó incluso a pensar en plantear una especie de acuerdo con las autoridades, un *quid pro quo*. Si jugaba bien sus cartas, tras averiguar lo que tenían en su contra, podría obtener algo bueno a cambio. Necesitaría protección hasta que dieran con el sicario o sus patrones, aparte de inmunidad absoluta. Quizá él poseyera información interesante para la policía con la que podrían apuntarse más de un tanto, sopesaría entonces todas las posibilidades. Terminó por desechar su absurda idea planteada en un instante de zozobra; de momento nadie le había acusado de ningún delito, por lo que solo le quedaba mantener la calma y esperar el curso de los acontecimientos.

Por fin llegó alguien a buscarle y le acompañaron al servicio de caballeros. La tragedia estuvo a punto de consumarse, pero llegó a tiempo por muy poco margen. La subinspectora cumplió su palabra, aunque fuera con algo de recochineo, por lo que regresaban a la casilla de salida. Tras salir del baño le dejaron incluso acercarse a las máquinas situadas en un pasillo anexo, donde pudo comprar un par de sándwiches y dos botellas de agua para mitigar el hambre y la sed.

Volvió a la sala con el organismo más relajado y su mente recuperando sensaciones.

Sería complicado torear a Bermejo en semejantes circunstancias, solo esperaba enfrentarse a él en igualdad de condiciones. Con el cerebro despejado se convertiría en un mejor contrincante. Según lo que sacara en claro, así actuaría. No podía precipitarse.

Eso sí, la suerte parecía haberle abandonado después de tanto coqueteo con lo prohibido. No arrojaría todavía la toalla y pergeñaría su propio plan de contingencia.

En el horizonte divisaba un fino hilo de esperanza, solo debía preparar bien su estratagema. Nunca había sido un experto jugador, algo que no le arredraría llegado el momento. Le quedaba una oportunidad y no tenía por qué perder todo por lo que había luchado.

Todo en esta vida tenía un precio, reflexionó entonces. Y quizá el precio de la verdad acabaría por concederle lo que llevaba tantos años anhelando: la libertad más absoluta.

Dos viejos amigos

Oficina central de la UCO (Madrid), 6 de septiembre de 2018

A mediodía de ese jueves, el teniente de la Guardia Civil ahora destinado en la Interpol se personó en un edificio que conocía como la palma de su mano. Pablo Roncero a veces añoraba su trabajo en la Unidad Central Operativa, no podía negarlo, sin olvidar tampoco los peligros reales a los que se había enfrentado en muchas de las investigaciones en las que había participado bajo las órdenes del comandante Antúnez.

Un trabajo duro y sacrificado que se le daba bien y por el que había obtenido recompensas y gratificaciones, la cara amable de su paso por la unidad de élite de la policía judicial. Y, sin embargo, en ocasiones, primaban más los puntos más oscuros de esa vida, las consecuencias de enfrentarse a la maldad del ser humano. Roncero había sufrido secuelas tanto físicas como psicológicas de las que le costó recuperarse, y esa presión añadida, más las tiranteces que le provocaban en su relación con Miriam Monfort, le obligaron a buscar un destino menos exigente.

Algunos considerarían un brillante ascenso convertirse en el nuevo oficial de enlace de la Interpol con las fuerzas de seguridad españolas. Otros quizá pensaran que se trataba de un descenso en su carrera, de estrella de la investigación policial en España a simple correveidile entre organizaciones. En realidad, se trataba de un cargo más administrativo que técnico, un chupatintas de oficina, por muchos oropeles que le rodearan en su edificio internacional de mullidas alfombras y altos ejecutivos vestidos con trajes italianos.

Esas contradicciones pesaban a veces en el ánimo de Pablo, más acostumbrado a enfrentarse a criminales de la peor calaña que a lidiar con políticos y altos cargos que solo miraban por su poltrona. No negaba la validez y el buen hacer de la Interpol en Europa y el resto del mundo, habían conseguido logros muy importantes, pero echaba de menos el trabajo diario con sus compañeros de toda la vida. Tal vez se replanteara en un futuro su situación, aunque de momento le convenía mantener su estatus en una época de su vida en la que su pareja tampoco cesaba de viajar por el viejo continente.

Al adentrarse en las oficinas de la UCO, Roncero saludó a sus antiguos compañeros sin detenerse demasiado en ningún despacho. Antúnez le

hizo un gesto indolente que

podía significar cualquier cosa, quizá se pasara más tarde a hablar con él. En ese momento tenía otra prioridad: llegar al departamento tecnológico, donde había quedado con la sargento Nadia Muñoz.

—¡Cuánto bueno por aquí, querido Pablo! —exclamó Nadia nada más verle.

—¡Madre mía, Nadia! Yo cada día más viejo y tú sigues igual, no sé cuál será tu secreto —afirmó Roncero al ver a la informática.

El recién llegado no exageraba lo más mínimo, la exuberancia física de Nadia siempre le había sorprendido. Tres años después del operativo en el que participaron juntos, la mujer de origen eslavo parecía incluso más joven que la primera vez que la vio. Lucía radiante, incluso con las duras facciones que tan bien recordaba, quizá algo más suavizadas. Sin olvidar sus penetrantes ojos grises, con una mirada intimidante difícil de olvidar.

Roncero recordó su primer encuentro y no encontró demasiados cambios en su antigua compañera. Nadia era una mujer de baja estatura pero curvas pronunciadas, con una voz dulce que sorprendía ante su apariencia más fiera. Seguía llevando muy tensa su característica cola de caballo, en la que se recogía su melena lacia de color pajizo. Tampoco había perdido un ápice de energía en sus ademanes, conservando esa pose altanera que no sabía disimular.

—Es un placer saludarte de nuevo, ya sabes. Pero el viejo Antúnez me cronometra el tiempo que pierdo y ahora mismo estamos en medio de un operativo gordo, te puedes imaginar. Siento ser tan directa, ya me conoces.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente —respondió Roncero con una sonrisa, manteniendo una distancia de seguridad con una mujer que le seguía imponiendo más de lo normal. Por lo menos se disculpaba por ser tan directa, algo había aprendido en todo ese tiempo. Así que Pablo prefirió entrar en materia sin más demoras—. Verás, necesito tu ayuda con un asunto, a ver si se te ocurre algún camino por el que podamos cazar a esta gente.

—Cuéntame, soy toda oídos. Si está en mi mano orientaros, sabes que por mí encantada. Me habéis picado la curiosidad entre tú y Antúnez, a ver qué os traéis entre manos.

Roncero le explicó la situación con el mayor detalle posible,

incidiendo en los puntos más técnicos en los que la pericia de Nadia podría serles de utilidad. Le habló sobre el

robo del museo, el sistema BMS del edificio de las Colecciones Reales y todo lo que habían descubierto hasta la fecha. De momento, sin mencionar la posible relación con el tiroteo de Bermejo y el crimen de la universidad, eso tendría que hablarlo con más calma con su amigo el inspector de la UDEV. Se centró en la posible huella digital que el ladrón pudiera haber dejado en la máquina virtual del museo, única manera que se le ocurría para obtener alguna pista.

—Parece que se lo ha tragado la tierra, ha ocultado muy bien su rastro. Encima, las pocas imágenes en las que podía haber sido grabado han desaparecido de la nube.

—¿Y eso cómo ha podido suceder? —preguntó ella—. Imagino que el sistema dispondrá de copias de seguridad en algún disco externo, ¿verdad?

—En principio, el sistema se programó de ese modo, con copias en la nube y en un disco externo. Pero al percatarse de lo sucedido, Estrada dio orden de resetear todo el sistema y buscar posibles fallos tecnológicos. Uno de los técnicos se quedó al cargo de efectuar copias físicas mientras se restauraba todo con la configuración de fábrica, pero…

—¿En serio? Menuda cagada.

—Ya te digo, se montó una buena allí dentro. Estrada, el jefe de seguridad del museo, echa humo después de que el intruso se les colara de nuevo para borrar esas imágenes. Con tanto jaleo y la excusa de la investigación privada, nadie recordó hacer copia de seguridad de todo. Y al final el más débil, uno de los técnicos informáticos, ha pagado el pato. Le han despedido, pero no creo que el pobre sea el único culpable. De poco les ha servido, esa es otra cuestión.

—Vaya profesionales, menos mal que el edificio es la nueva joya de Patrimonio Nacional. Por mucho menos aquí habría ardido Troya. ¿Y no han despedido al tal Estrada? La responsabilidad es suya. El tipo ese se les ha colado dos veces en el sistema informático, y por si fuera poco les ha vacilado durante más de dos meses haciéndose pasar por un empleado de mantenimiento. Y encima les pega después el cambiazo, roba en su jeta dos códices de valor incalculable y se permite el lujo de volver a dejarles con el culo al aire. Perdona, pero la seguridad de ese lugar es de chiste. Y mejor que no se entere nadie,

porque podrían hacer una escabechina.

—Por eso te necesitamos, Nadia, quizá tú puedas averiguar algo de ese tío. Me niego a pensar que sea tan listo, seguro que alguna pista nos ha dejado. Además, si con tu actuación el sistema se robustece e impide futuros atentados, ambos ganaríamos

muchos puntos. Ya sé que esto ni te va ni te viene, pero a Antúnez le encantará quedar bien delante de los de Patrimonio Nacional. Por no hablar de sus amigos de Interior y Cultura, seguro que les suelta alguna fresca si les solucionas el problema.

—Sí, todo eso suena muy bonito. Pero ¿qué pinta la Interpol en todo esto? Se trata de un robo en suelo español, de un organismo español y de unas piezas que pertenecen a Patrimonio Nacional. ¿Me he perdido algo? Creo que tú estabas en Madrid por un tema diferente, algo me comentó el comandante y no le presté la debida atención. Perdona, ando de cabeza con varias historias y no almacené bien la información. Mi disco duro no admite muchos más datos, un día de estos tendré que hacer limpieza si no quiero que se colapse.

Roncero le explicó entonces con más detalle la operación originaria de Interpol, las amenazas y rumores que se manejaban entre bambalinas sobre una posible operación internacional contra el cuadro de Velázquez prestado por la *National Gallery*. Después le detalló la coincidencia del ataque sobre *La Venus del Espejo* y el robo de los códices de Da Vinci, con las controversias entre los diferentes cuerpos policiales sobre dichos sucesos.

Y, sobre todo, le confesó el miedo que tenían a la banda del Fantasma y su reputación profesional, un grupo criminal que todavía no había dicho su última palabra.

—Yo no estoy de acuerdo con mis jefes, me casan más las teorías de Novoa —

aseguró Roncero tras explicarle la tesis sobre el robo supuestamente perpetrado por Erik el Niño—. Tal vez, con tu ayuda, podamos matar dos pájaros de un tiro, porque creo que hay algún tipo de conexión.

—No sé, Pablo, todo esto me suena a ciencia ficción. Tendría que meterme a fondo en el sistema, destripar esa máquina virtual y buscar posibles errores del intruso. Puede que tengas razón, no me cuadra que un ladrón de guante blanco sea a la vez un *hacker* de categoría. O cuenta con ayuda, ya sea interna o externa, o anda por medio la banda esa internacional. No obstante…

Roncero no quiso intervenir en ese momento, satisfecho tras ver la mirada de Nadia mientras la joven reflexionaba en voz alta. Casi podía oír los engranajes de su cerebro girando para buscar posibles soluciones, sabía que le atraería un reto de semejantes características. Así que se abstuvo de interrumpir sus pensamientos, convencido de que la informática retomaría el hilo argumental con algún dato interesante.

—Se me ocurren varias formas —siguió ella—, tendría que ver primero los entresijos del dichoso BMS. Tal vez con ingeniería inversa podría seguir el rastro. O con algunas de las herramientas que utilizamos en nuestro trabajo, hemos desarrollado sistemas

basados en inteligencia artificial que nos ayudan en muchas tareas. Un campo apasionante que anda todavía en pañales, creo que será el futuro. Un futuro distópico que habrá que controlar para no acabar devorados por Skynet.

—No sé, tú eres la experta. Si quieres, hablo con los de Patrimonio y cerramos una reunión. Podrías pasarte por allí, mejor hoy que mañana, aunque imagino que con tan poca antelación será imposible. Si lo necesitas, hablo yo con Antúnez, sabes que el carcamal a veces me hace caso y todo —aseguró Roncero mientras le guiñaba un ojo.

—Tranquilo, perro ladrador poco mordedor. Otros le tienen pánico, solo hay que saber tratarle. Yo me encargo, no te preocupes. Me organizo y te digo algo. Habla mientras con los del museo y con Novoa, no se vayan luego a mosquear en su unidad por nuestras injerencias. Tú te encargas del politiqueo y demás, yo me pongo con la práctica en cuanto me despeje aquí un poco. No te prometo nada, intentaré sacar un hueco y pasarme mañana por allí.

—Eso es todo lo que quería escuchar, Nadia —afirmó Roncero más contento—.

¡Muchas gracias! Ya te invitaré a una buena mariscada o lo que prefieras, ojalá podamos atrapar a esa gente.

—No cantes victoria, Pablo. No sabemos a lo que nos enfrentamos, igual no hay manera de localizarles. En cuanto a lo de la mariscada, estaría bien. O un buen chuletón, deja que me lo piense.

—Da igual, lo que prefieras. Hablamos entonces mañana, voy a organizarlo todo mientras tanto. Me toca hacer unas cuantas llamadas, déjalo de mi cuenta.

Roncero se despidió de la experta en ciberdelincuencia y abandonó las instalaciones de la UCO con más optimismo. Antúnez parecía alterado mientras hablaba por teléfono en el interior de su despacho, por lo que prefirió marcharse sin despedirse. Tiempo tendría de tratar con él. Primero contactaría con todas las partes implicadas, no quería ningún malentendido por el camino, y después hablaría también con Bermejo para comentarle las novedades. No se había olvidado de su conversación con el policía, tal vez se pasara esa misma tarde por el museo para hablar con los responsables. Y de paso, sin levantar todavía la liebre, le daría tiempo de enseñar la foto de Julio Ortega entre los empleados del recinto, para ver si alguien le relacionaba con el esquivo Iván Guerrero.

Mucho trabajo por delante, ojalá pudieran dar con la tecla adecuada y atrapar a los culpables.

20

Los últimos ajustes

Alrededores de Illescas (Toledo), 6-7 de septiembre de 2018

Tras una jornada maratoniana de ensayos y correcciones sobre el plan original, los miembros de la banda del Fantasma se retiraron a sus habitaciones para descansar un rato antes del gran día. Quedaban escasas horas para que intentaran acometer uno de los robos más audaces de la historia en pleno centro de Madrid. Un golpe sin igual que le hacía especial ilusión a Andy Brennan, el exmilitar del SAS reconvertido en conductor oficial del equipo, más conocido entre sus compañeros por Rambo.

El carácter nervioso de Brennan le impidió conciliar el sueño en una noche más tórrida de lo habitual. Aparte del israelí, y en menor medida el italiano, ninguno estaba demasiado acostumbrado a esas altas temperaturas avanzado ya el mes de septiembre.

Se suponía que habían pasado lo peor de la canícula, un verano que en España se alargaba cada año un poco más, para desgracia de los integrantes del grupo.

Heisenberg, muy consciente de esta circunstancia, le recomendó al galés una pastilla suave para dormir. Sin embargo, Brennan prefirió no meter química de ningún tipo en su cuerpo. Así que intentó dejar la mente en blanco y se colocó en la mejor posición para que el ventilador que se había agenciado le refrescara un poco con el giro de sus aspas.

Su cerebro no se desconectaba del todo y se dedicó a repasar los acontecimientos vividos a lo largo de las últimas semanas, justo antes de evocar, con resultado óptimo, los diferentes movimientos que tendrían que ejecutar en pocas horas para hacerse con el preciado botín. La máxima de visualizar previamente una misión con éxito la llevaba a rajatabla como garantía de triunfo en el operativo.

Recordó el encuentro de los diferentes miembros de la banda en España, organizado de tal manera que la llegada escalonada de cada uno de ellos no hiciera saltar las alarmas en ningún aeropuerto o aduana. Todos contaban con pasaportes falsos de alta calidad que incluían fotografías actuales de sus portadores, por lo que confiaban en llegar al país sin ningún contratiempo. Siempre utilizaban un pasamontañas durante un golpe, nunca los habían detenido y ningún

cuerpo policial en Europa guardaba imágenes o retratos robot concretos de ninguno de ellos, por lo que preferían seguir pasando inadvertidos antes de afrontar una arriesgada operación con la que todos soñaban.

Enseguida Enzo los puso a trabajar en aquellas naves situadas en medio de la nada, en una finca en la que pudieron entrenar durante todo el verano sin injerencias de ningún tipo, gracias sobre todo al buen hacer de su benefactor. Brennan conocía la fama del escocés McNulty en el Reino Unido, un viejo zorro podrido de dinero al que las élites respetaban y las autoridades no osaban molestar, por lo que se sintieron seguros mientras preparaban el golpe.

Su labor fundamental consistía en ser el conductor del grupo, una misión no exenta de responsabilidad. Brennan se encargaba de llevar a sus compañeros hasta la misma puerta del edificio que decidieran expoliar y los sacaba después del atolladero, desapareciendo a toda velocidad antes de que nadie se percatara del atraco o, en casos contados, huyendo de las autoridades en condiciones extremas. Había conducido todo tipo de vehículos en su vida y estaba enganchado a la adrenalina que le producía el momento en el que solo su pericia al volante les permitiría hablar de un éxito rotundo.

Ya fuera en coche, moto, camión o cualquier otro vehículo a motor, Brennan se había preparado a conciencia para no fallar a la hora de la verdad.

Además, su experiencia militar le servía para apuntalar otras deficiencias del equipo.

No le gustaba inmiscuirse en la parcela de Abraham, para eso el jefe nombró al israelí encargado de armas de fuego y explosivos en el equipo. No obstante, le daba su punto de vista y le orientaba en algunos asuntos, detalle que el ex del Mossad le agradecía en silencio.

Se trataba de un tipo peculiar al que Andy no conseguía comprender del todo. En ocasiones se sentía identificado con muchos de sus gestos y reacciones, ya que ambos fueron entrenados en su momento para pertenecer a algunos de los cuerpos de élite mejor formados del mundo y, sin embargo, no terminaba de congeniar del todo con su silencioso compañero. Y eso que, en su caso y tras conocer el carácter de Abraham, prefirió no hacerle partícipe de sus bromas más pesadas.

Aun así, Brennan se sintió igual de decepcionado que el resto de la banda al enterarse de sus desmanes. Abraham los había puesto en

peligro a todos con sus torpes movimientos que llamarían la atención de las autoridades. Desconocía la verdadera situación anímica y los problemas personales del tipo, un hombre introvertido que prefería guardarse para sí sus historias. Intuía que no los había vendido por una pataleta juvenil, Abraham era un profesional. Algo terrible le sucedía, lo veía a través de unos ojos negros intimidantes por los que no se dejaba engañar. Sus razones tendría para cometer semejante tontería y exponerles de ese modo, pero no sería fácil perdonarle.

Allí había algo más. Le extrañó que el israelí atentara de ese modo contra un profesor universitario. Ni siquiera la excusa de que ese tipo fuera el verdadero ladrón de los códices o cómplice de los activistas que actuaron contra el lienzo de Velázquez en la inauguración del museo le valía, eso no colaba. Se inclinaba más bien por la posible pérdida de su parte del botín, un dinero muy goloso que quizá necesitara para alguna urgencia, como causa principal de su desasosiego. De ahí su locura transitoria y su ofuscación, aunque la muerte de ese hombre no les reportara en realidad ningún beneficio. Al contrario, la policía andaría ahora tras su pista y se había ganado la animadversión de toda la banda. Un plan sin fisuras, menudo fenómeno.

Brennan no fue tan lapidario como algunos de sus compañeros en sus apreciaciones.

Quizá su empatía se había desarrollado más a lo largo de los años. No conseguía ponerse del todo en la piel de Abraham porque ignoraba sus verdaderos motivos, pero quiso darle un voto de confianza al hombre que les había salvado de más de un problema en la consecución de sus últimos atracos exitosos. Quizá alguien debería apoyarle y no machacarle sin piedad, aunque no pensaba inmiscuirse en las decisiones finales de Enzo.

Cuando quedó meridianamente claro que el atraco sería del todo inviable en esas condiciones, con solo dos hombres en el interior del museo para encargarse de tantas tareas, Björk a los mandos desde su consola central, y él parado como un pasmarote, sentado en el vehículo mientras iban en busca del cuadro, Brennan decidió mojarse.

Total, si ya estaba todo perdido, quizá habría que recomponer el equipo, aunque fuera de forma provisional.

Apoyó las tesis de Heisenberg, un ingeniero a veces demasiado cuadriculado que no permitiría que nada saliera mal, y presionó para desnivelar la balanza a su favor. Darle una nueva oportunidad a

Abraham no significaba que le perdonaran o que el judío no debiera recibir un justo castigo por su insubordinación, pero se trataba del único hombre preparado y a mano que podría ayudarles a conseguir el objetivo. Ya habría tiempo de pensar en otras cuestiones, lo primordial en esos momentos era hacerse con el cuadro de Velázquez y salir del país lo antes posible. El tiempo se les echaba encima y no existía otra alternativa viable.

De vuelta al plan original, con alguna pequeña alteración introducida por Heisenberg con el beneplácito de todos los presentes, decidieron darlo todo y preparar un ensayo general para el gran evento que tendría lugar al día siguiente. Había que engrasar la maquinaria a conciencia, sin dejar nada al azar, para no fallar en el momento más inoportuno. La disciplina militar de sus miembros, controlados en todo momento por el buen hacer de Enzo, la privilegiada mente de Heisenberg y la impagable labor de

Björk desde su atalaya electrónica, les permitiría alcanzar el cielo. Algo que todos anhelaban después de un verano exasperante en muchos sentidos. Lo veían muy cerca, al alcance de la mano, solo les quedaba el último arreón hasta la meta.

Brennan recordó entonces las primeras semanas de duro trabajo. Heisenberg no había mentido cuando les aseguró que pensaba montar un escenario digno de Hollywood para ensayar el golpe, nada que envidiar a esas grandes películas de atracos que todos tenían en mente. Y allí no había trampa ni cartón, todo era de verdad. Si fallaban, se verían abocados a la cárcel o, en el peor de los casos, a una muerte a manos de las fuerzas de seguridad. Algo que les preocupaba sobremanera, por lo que siguieron las enseñanzas del italiano y las instrucciones del alemán para preparar un golpe con la máxima limpieza posible.

El ingeniero, concienzudo y cabezón como buen bávaro, preparó las diferentes fases de un plan ambicioso. El tipo quiso construir una maqueta a escala natural de algunos de los elementos más importantes a los que se tendrían que enfrentar en el museo: la puerta principal de entrada, las rampas de acceso a la sala de los Austrias desde el vestíbulo y, sobre todo, el cuadro y su protección de cristal. Así que se pusieron manos a la obra para agilizar las tareas pendientes.

Consiguieron una puerta de similares dimensiones y características, con la que estuvieron ensayando diferentes formas y maneras de franquearla en el menor tiempo posible. Con ganzúas, palanquetas, herramientas de presión hidráulica e incluso explosivos plásticos.

Abraham probó con diferentes elementos hasta dar con un método aceptable. Los cálculos debían ser muy precisos si no querían salir escaldados.

El israelí experimentó con varios tipos de explosivos, cargas, detonadores y ubicaciones del peligroso material dentro de la gran estructura hasta dar con la tecla adecuada. Solo querían reventar los cierres para poder abrir la puerta y colarse en el edificio, no necesitaban destrozarla ni provocar una gran explosión que llamara la atención de medio Madrid. Sin olvidarse del peligro que suponía colocar una carga tan peligrosa a corta distancia, sin mecha ni otros elementos de seguridad que le permitieran alejarse lo suficiente de la detonación.

Abraham pretendía no perder ningún dedo o algo peor al encontrarse tan cerca de la explosión, por lo que debía ser lo más controlada posible. De ahí los numerosos ensayos producidos, de prueba y error, hasta dar con la fórmula exacta que les permitiera hacer bien su trabajo. Una misión complicada que el israelí acabó por solventar con el tiempo, tras algunos ensayos infructuosos que a punto estuvieron de arruinar toda la operación.

Después, todos ejercieron labores de carpinteros ocasionales para preparar una réplica en madera de las rampas que les conducirían hasta el corazón del museo. Y allí, en una sala de los Austrias de ciento seis metros de longitud y dieciséis de ancho, con una altura de ocho metros para albergar las piezas más grandes de las Colecciones Reales, se llevaría a cabo el golpe definitivo.

Heisenberg consiguió una copia de los planos del edificio y, además, contaban con las fotografías reales que Enzo y Björk obtuvieron durante su visita en las jornadas de puertas abiertas para el gran público. Prepararon una maqueta de las rampas con las medidas exactas para ensayar la entrada a toda velocidad en la sala de los Austrias y su huida con el cuadro en cuestión. No podían dejar nada al azar, solo entrenando bajo las condiciones más similares a las que se encontrarían dentro del golpe en tiempo real les conduciría hasta la victoria.

Después se toparon con el problema de la protección extra de *La Venus del Espejo*.

Heisenberg había estudiado los mayores golpes de la historia: atracos a bancos, organizaciones benéficas, museos y otras instituciones, por parte de los ladrones más imaginativos del mundo. De sus aciertos y

sus errores se podía aprender mucho, por lo que organizó un plan dividido en varias etapas que dejó sin habla al resto de la banda cuando lo explicó con detalle.

En principio, el ingeniero bávaro consideró que sería muy difícil desembarazarse del cristal blindado que protegía el cuadro, al menos sin que les demorara demasiado en sus planes. Y si lograba vencer sus defensas, no tendrían tiempo material para desmontar el bastidor del cuadro y guardar el delicado lienzo en un recipiente adecuado para su carga. Tal vez necesitaran trasladarlo con todo el armazón que lo rodeaba, cargando con la vitrina blindada que custodiaba la obra de Velázquez. Un peso adicional con el que tendrían que contar para el posterior transporte, otro ingrediente que añadir a una ecuación ya de por sí compleja de controlar y calcular.

Heisenberg les detalló algunas anécdotas relacionadas con uno de los golpes más espectaculares que había tenido lugar en los últimos años en Europa: el robo de los diamantes de la Cúpula del Milenio, en el mismo corazón de Londres, un atraco frustrado por Scotland Yard en el año 2000. Una operación que contaba con elementos tan surrealistas como una excavadora para adentrarse en el recinto a orillas del Támesis, así como botes de humo, armas de fuego, máscaras de gas, chalecos antibalas, herramientas hidráulicas y una lancha fuera borda para huir por el río. Todo por hacerse con un botín de miles de millones, nada menos que los doce diamantes de la colección De Beers, entre ellos, uno de los diamantes más puros del mundo, la Estrella del Milenio, de 203 quilates.

La policía británica les había tendido una trampa a los ladrones y estos cayeron en el engaño. Tras recibir un soplo anónimo con datos concretos sobre el atraco, las autoridades prepararon un gran operativo. En el día señalado, ni siquiera se llegaron a exponer las verdaderas joyas en las vitrinas, solo unas réplicas sin ningún valor como burla final. Y los ladrones ni siquiera se percataron.

La banda fue capturada, pero Heisenberg aprovechó algunos detalles conocidos del golpe en su propio beneficio. Tal vez una pistola de clavos les ayudara a vencer la resistencia de la vitrina reforzada, por lo que prepararon las herramientas y efectuaron diversas pruebas con cristales de características similares. El arte del atraco perfecto no era una ciencia exacta, por lo que preferían contar con la mayor cantidad de elementos que les facilitara su consecución. Sin olvidar tampoco las dimensiones del habitáculo en el que se trasladarían, el lugar en el que tendrían que caber todas las herramientas a la ida y después, tras el golpe, el famoso cuadro.

Antes de preocuparse por el vehículo de transporte, Heisenberg les contó lo que había pensado para trasladar el cuadro dentro del museo, teniendo en cuenta que quizá el paquete aumentara de peso y volumen. Contaban con transpaletas de diferentes tamaños y bases rodantes industriales para cargar mercancías. Así que prepararon un vehículo híbrido, con ruedas neumáticas que aguantaran hasta una tonelada de peso, una buena estructura de acero reforzado, brazos articulados y un sistema que garantizara su maniobrabilidad.

Heisenberg se encargaría de manejar el artilugio mecánico, por lo que también le tocó ensayar su cometido una vez accedieran al vestíbulo principal. Él lo bajaría con la mayor velocidad posible hasta el primer sótano, flanqueado en todo momento por Enzo y Abraham, que se encargarían de allanarle el camino. Después atacarían la protección del lienzo y, en caso de que no lograran romper a la primera el vidrio reforzado, cargarían con todo el conjunto. Una vez estuviera la mercancía colocada en el carro y bien sujeta, lo subirían entre el italiano y él, por si Abraham tenía que cubrirles las espaldas durante el escape. Ese sería el momento culmen del atraco, en el que se encontrarían más expuestos hasta que abandonaran el edificio.

Una vez en el exterior, solo les quedaba subir la carga al vehículo en el que les esperaría Brennan y salir de allí a toda velocidad. Ignoraban si en ese momento tendrían a las fuerzas de seguridad detrás, ya fuera desde dentro del museo o tal vez esperándoles en la plaza principal después de una explosión que podía alertar a las autoridades. Esos instantes se convertirían en los segundos más cruciales de todo el operativo.

De ahí que fuera imprescindible contar con un vehículo potente, de gran cilindrada, que los sacara de allí sanos y salvos. En su momento, al comienzo de la operación, Brennan ya había pensado en hacerse con un vehículo de emergencias para escapar. Tal vez una ambulancia medicalizada, en la que cabría de sobra el cuadro de Velázquez, el material necesario para el atraco y los tres hombres que lo ejecutarían. Solo tenían que conseguir una furgoneta potente, de gran cilindrada y buen volumen de carga, y tunearla para convertirla en un vehículo oficial de emergencias sanitarias.

A Heisenberg le gustó la idea en un principio y quiso añadirle su toque personal. Les habló entonces de otro fantasioso atraco, esta vez efectuado a un depósito de dinero en metálico en la ciudad de Estocolmo, en el que los ladrones utilizaron un sofisticado método para hacerse con el botín y huir de la policía. No les explicó el final de la aventura, ya que los delincuentes habían sido detenidos, pero sí les

comentó que tal vez algunos de sus métodos y, sobre todo, el medio de transporte, podrían servirles para sus propios fines.

Cuando Brennan conoció en detalle lo que tenía en mente el lugarteniente de la banda sonrió para sus adentros. Por fin se divertiría de verdad, aunque la operación conllevaba otro tipo de riesgos. Solo tendrían que pintar el vehículo del modo adecuado para no llamar la atención, controlar las emisoras tanto de la policía como de los servicios de emergencias y adaptar el interior para la carga que tendría que soportar.

No les daría tiempo a efectuar demasiadas pruebas una vez terminada esa fase, por lo que tendrían una única oportunidad de victoria.

—¿Te ves capaz de llevarnos y sacarnos de allí con este armatoste? —preguntó Enzo una vez preparado el vehículo.

—Sí, jefe; pan comido. Le hemos instalado mejoras en el motor y una sorpresita por si nos persigue la policía, por lo menos a modo de advertencia. Ya sé que no te gusta la violencia, no te preocupes. Es un elemento disuasorio y no limita nuestra carga.

El Airbus H145 era un helicóptero bimotor de trece metros de longitud, podía albergar hasta nueve pasajeros y soportar casi dos toneladas de carga. Con un radio de acción de unos seiscientos ochenta kilómetros y una velocidad de crucero de doscientos cuarenta y seis kilómetros por hora, Brennan confiaba en que sus prestaciones les servirían de sobra para los propósitos que tenían en mente.

—Perfecto, entonces —aceptó Enzo—. Confiamos en tu pericia, Rambo, lo dejo en tus manos. Nosotros nos encargaremos de la bella dama y después saldremos a toda velocidad hacia Portugal. Una vez allí, contactaremos con los intermediarios y ya será

cosa suya preocuparse por la mercancía. Nosotros nos escabulliremos según lo acordado y nos reuniremos un mes más tarde, cuando las aguas se hayan calmado un poco, para repartir el dinero. *Capisci*?

Todos asintieron, soñando con el momento en el que ejecutarían su plan maestro. Y

ese día por fin había llegado. Los nervios se apoderaron de un cuartel general que habría que desalojar en breve, no sin antes realizar una tarea fundamental para no dejar pistas que alguien pudiera rastrear en un futuro: tocaba limpieza general.

Recogieron y limpiaron bien todo el recinto y el material utilizado, procurando borrar todas sus huellas dactilares, pelos y cualquier otro rastro de ADN que pudiera haber quedado. Los dormitorios, aseos, cocina y otras estancias se desinfectaron a conciencia antes de abandonar el lugar en el que habían compartido las últimas semanas. McNulty les había asegurado que, una vez desalojaran la finca toledana, enviaría un equipo especial para deshacerse de todas las pruebas, ya fuera de equipamiento utilizado, comida, enseres o cualquier otra cosa. Sin embargo, ni Enzo ni Heisenberg se fiaban de terceras personas, siempre les había ido bien preocupándose de su propia seguridad y así pretendían continuar, sin dejar nada al azar.

Solo quedaba esperar a la señal de Enzo para acometer la última y definitiva fase del plan. Decidieron cenar pronto para no comenzar el operativo con el estómago pesado, relajarse un poco a esas horas de la noche y efectuar un último repaso de los puntos principales. Todos conocían su función e intentarían realizarla con la mayor pulcritud.

Les iba la vida en ello y tenían el objetivo al alcance. Se encontraban a escasos metros de la meta y ya se veían levantando los brazos al cruzarla como ganadores.

El optimismo invadió entonces a Brennan y creyó que la suerte estaba de su lado, que todo saldría bien. Un buen presagio que le acompañaría durante el resto de la noche, sin saber que el destino a veces les jugaba malas pasadas a los pobres mortales.

21

El rostro de la culpabilidad

Complejo policial de Canillas (Madrid), 06 de septiembre de 2018

Al final se retrasó más tiempo del que había previsto. La burocracia médica tampoco entiende de prisas policiales. Bermejo obtuvo el alta médica a mediodía y decidió cambiar de destino original. La subinspectora Priego ya le había puesto al corriente sobre su conversación con el sospechoso, testigo o lo que fuera realmente aquel tipo tan extraño al que el veterano policía no terminaba de encuadrar.

—Muy bien, déjale que se cueza en su propia salsa un poquito más. Me acercaré más tarde, primero quiero pasarme por otro sitio a ver si tengo suerte —le dijo.

—Perfecto, no se preocupe. Estoy también al habla con el Ayuntamiento y con Tráfico, por si podemos sacar algo en claro de las cámaras. Y si me da tiempo me pasaré por el barrio, por si hay algún establecimiento que haya podido captar imágenes del tiroteo. Será complicado dar con el rastro del motorista, pero lo intentaremos.

—Bien hecho, mantenme informado de cualquier novedad al respecto. Y cuando balística tenga los resultados, me avisas. Apriétales un poco, que tenemos prisa. Diles que es cosa de Bermejo, ellos ya me conocen y así no la tomarán con la novata. Ese cabrón no se saldrá con la suya, vamos a atraparle, no te preocupes.

El inspector abandonó el hospital de la Princesa con un dolor mitigado en parte por los calmantes que le habían inyectado. El problema serio llegaría cuando se le pasara el efecto y comenzara a sufrir de verdad. El médico no se había mostrado de acuerdo con darle el alta y tuvo que insistir bastante, asegurándole que se encontraba bien. Quizá Bermejo había pecado de exceso de optimismo, tal vez engañado por la sensación de que su organismo levitaba gracias a los analgésicos y al chute de adrenalina proporcionado por el tenue rastro proporcionado por Roncero. El inspector de la UDEV

no creía demasiado en las casualidades y allí convergían muchas coincidencias. Solo le quedaba averiguar si su pálpito redundaría en algo práctico o, por el contrario, en un callejón sin salida.

Sin tiempo que perder, se acercó hasta el lugar en el que había aparcado su coche a primera hora de esa mañana, antes de dirigirse

hacia el domicilio de Julio Ortega. Se

trataba de una zona de estacionamiento regulado por la autoridad municipal de Madrid en la que había que pagar a partir de las nueve de la mañana, por lo que se encontró con un par de multas en el parabrisas. Hablaría con administración para que se encargaran del tema y así librarse de la sanción del ayuntamiento, problema que en ese instante no le preocupaba lo más mínimo. Tenía otros asuntos más urgentes que tratar.

Desde Diego de León no tardó nada en llegar a Ciudad Universitaria. Aparcó de nuevo su coche al lado de la Facultad de Ciencias Físicas. El mismo conserje con el que había tratado la vez anterior se encontraba en su puesto, cerca de la entrada del edificio, por lo que se dirigió directamente hacia él. Tal vez pudiera ayudarle o, por lo menos, confirmarle si su intuición era cierta. Bermejo confiaba en su instinto y no perdía nada por intentarlo. Quizá fuera solo una simple corazonada que no le llevaría a ninguna parte o la confirmación de unos hechos cada vez más rocambolescos.

Tras el saludo inicial, Bermejo tuvo que soportar una soporífera charla para la que no estaba preparado. El conserje aseveró que él también había realizado sus pesquisas en el interior del recinto universitario, sin sacar demasiado en claro. Al parecer, nadie se había fijado en comportamientos extraños durante esa mañana ni a ninguno de los empleados de la facultad le sonaba el misterioso motorista. Desde la policía ya se habían puesto en contacto con las empresas de mensajería con las que solían trabajar en la facultad y ninguna efectuó entrega alguna la mañana del atentado, detalle que le corroboró enseguida el bedel.

—Ya le digo, ese tipo no era mensajero ni nada por el estilo —confesó contrito—. Los profesores que esperaban un paquete ese día lo recibieron por los cauces habituales.

—Necesitamos que se persone lo antes posible en nuestras oficinas centrales para hablar con nuestros especialistas en la materia y elaborar un retrato robot del motorista con los datos que pueda proporcionarnos.

—Claro, comisario, no se preocupe. Esta tarde mismamente, sí les viene bien, podría pasarme por allí. Y de nuevo, siento mucho lo sucedido, es culpa mía. No debería haberle permitido entrar sin identificarse a ese tipejo.

—Hablaré con mis compañeros para que estén al tanto de su llegada, ahora le paso la dirección —replicó Bermejo antes de continuar con su estrategia —. Y no se preocupe, no es culpa suya. El verdadero culpable es el asesino que cometió el crimen, por eso estoy de nuevo aquí, para atraparle. Necesito hacerle unas preguntas sobre la víctima y sus compañeros de departamento. Ah, y solo soy un humilde inspector, los comisarios no suelen hacer este trabajo.

—Claro, inspector, pregunte lo que quiera. Mi nombre es Andrés Yáñez. Y disculpe por el malentendido.

Bermejo se centró en Julio Ortega, aprovechando las cuestiones previas lanzadas sobre las rutinas del profesor asesinado. Le dio un poco de carrete al conserje, al que le gustaba hablar, y conoció algunos cotilleos del edificio universitario. Al fin y al cabo, ese hombre se enteraba de todo lo que ocurría en la facultad, o eso creía él hasta que un sanguinario sicario accedió a sus instalaciones.

Yáñez le comentó los chascarrillos que sobrevolaban en la facultad en torno a Julio Ortega, un profesor peculiar cuyo comportamiento era a veces chocante. Los alumnos, como en cualquier otro recinto estudiantil, le habían bautizado con varios motes, algunos de mejor gusto que otros, pero ese dato no le ayudaba a Bermejo en su labor investigadora. Necesitaba algo con más enjundia.

—Andrés —le cortó el policía—. Normalmente los hombres no solemos fijarnos en esas cosas, pero igual usted sí ha reparado en ello, se nota que es una persona observadora. ¿Sabe si el profesor Ortega siempre llevaba esas pintas? Ya sabe: pelo corto a cepillo, bien afeitado, gafas de intelectual y ropa un poco pasada de moda.

—Bueno, sí, es lo habitual, aunque a finales del curso pasado se dejó el pelo un poco más largo y no sé si llevaba también barba de algunos días. Tal vez fuera simplemente que todavía no había pasado por la barbería esa semana.

—Claro, puede ser. ¿Algo parecido a esto?

Bermejo le enseñó en su móvil la foto de la ficha del supuesto Iván Guerrero, el empleado de mantenimiento que Roncero y la UCO buscaban sin descanso. Quería ver la reacción del conserje. En un juicio, tal vez el abogado defensor protestara por dirigir la declaración del testigo, pero allí solo se encontraban ellos dos solos. Cualquier comentario de Andrés Yáñez al respecto no constituiría ninguna prueba de cargo, solo le serviría para confirmar sus sospechas.

—No, qué va, imposible. Eso es demasiado hippy para él, un señor tan serio. El profesor Ortega es un hombre muy pulcro, no llevaría jamás el pelo tan largo ni la barba tan poblada, por lo menos en los años que le conozco desde que estoy aquí. Además, sin sus gafas no ve nada, parece Rompetechos.

La referencia le hizo gracia a Bermejo, recordando los viejos tebeos del gran Ibáñez, un detalle que su joven compañera de patrulla seguramente ni conocería. Las nuevas

generaciones venían pisando fuerte y cada vez los entendía menos, unos chavales cuyas referencias culturales se encontraban muy alejadas de sus gustos particulares. El policía de la UDEV sabía que la brecha generacional se agrandaba cada vez más y por mucho que intentara vadearla, cada día se encontraba más perdido en un mundo que avanzaba a toda velocidad hacia el precipicio.

—Ya, pero entonces…

—Disculpe un momento, inspector. ¿Me puede enseñar otra vez esa foto?

—Claro, ¿ha visto algo extraño?

—No sé, es que se parece una barbaridad a Julio Ortega. Es verdad que este hombre va mucho más desaliñado y tiene los ojos de diferente color, pero podría pasar sin duda por un familiar cercano. Yo creía que era hijo único, pero igual tiene un hermano perdido o algo así.

—Ya sabe lo que se dice por ahí, que todos tenemos un doble en algún lugar del mundo, aunque no tenga nada que ver con nosotros. Y cambiando de tema, dígame las clases que impartió Ignacio Ortega la mañana de autos.

Bermejo decidió reconducir la conversación en otra dirección para confundir al conserje. La prueba no era concluyente, pero a él le servía para continuar con la investigación. Solo esperaba que Andrés Yáñez no hiciera insinuaciones por ahí que le complicaran la existencia. Así que finalizó la charla y se despidió del conserje con una advertencia.

—No le entretengo más, Andrés. Muchas gracias de nuevo por su ayuda. Y ya sabe que esta conversación es totalmente confidencial; no puede compartirla con nadie y solo quedará entre nosotros. Nos encontramos en medio de una importante investigación y tenemos que atrapar a los culpables, por lo que no se puede filtrar ningún dato.

Confío en su discreción, y si recuerda algo más que pueda ayudarnos, no dude en llamarme en cualquier momento. Le esperamos también en nuestras oficinas centrales para el tema del retrato robot —le reiteró el policía antes de pasarle su tarjeta profesional con el teléfono y demás datos de contacto.

—Claro, faltaría más. Si recuerdo algún otro detalle, yo le llamo sin falta. Espero que atrapen a ese indeseable cuanto antes. El ambiente en la facultad está muy enrarecido después del crimen, se puede usted hacer una idea.

—Ya imagino, no se preocupe. Hasta pronto, entonces. Buenas tardes.

Bermejo abandonó las instalaciones universitarias cerca ya de las tres y media de la tarde. A esa hora de un viernes de finales de verano el tráfico sería infernal en la mayoría de las carreteras, circunvalaciones y calles principales de Madrid, así que prefirió aprovechar que el campus de Ciudad Universitaria comenzaba a vaciarse para dirigirse hacia la cafetería de la facultad de Matemáticas y comer algo rápido antes de volver a sus oficinas.

Engulló un menú insulso mientras pensaba en sus siguientes movimientos. El conserje no había dudado ni un momento al afirmar que Iván Guerrero y Julio Ortega podrían ser la misma persona. Ese detalle cambiaba totalmente las tornas en un tablero de juego más enrevesado de lo habitual.

Los investigadores de la UCO y Patrimonio Nacional nunca habrían dado con el falso empleado de mantenimiento en circunstancias normales, se enfrentaban a un delincuente cuidadoso que había borrado muy bien todas sus huellas. No existían imágenes grabadas de su paso por el museo y la foto de su ficha de personal no arrojaba demasiadas pistas. Necesitarían las herramientas de reconocimiento facial que utilizaban otros gobiernos para localizarle o un golpe de suerte como el que habían tenido.

Bermejo sopesó la verdadera dimensión de su descubrimiento. El asesinato del profesor en su despacho, el tiroteo en Diego de León y los acontecimientos del museo parecían todos relacionados entre sí. Si no se hubiera producido un crimen en la universidad, tal vez jamás habrían coincidido con Julio Ortega. O si se hubiera encargado esa investigación a otro policía, nadie habría relacionado los dos casos. Solo su amistad con Roncero hizo posible el pequeño milagro, una carambola que aprovecharía en su propio beneficio.

En ese momento recibió un mensaje de Priego para decirle que el testigo convertido en sospechoso se encontraba muy nervioso, todavía esperándole en aquella infame sala de interrogatorios. Bermejo contestó que iba de camino. Un poco más de espera le ayudaría en sus planes; prefería que Ortega se hiciera preguntas para las que tal vez no conociera las respuestas.

Cuando llegó al complejo policial de Canillas buscó a la subinspectora. Priego le detalló lo sucedido a lo largo del día y le señaló la sala en la que se encontraba el científico. Bermejo sonrió y le dio unas indicaciones a su compañera. Quería preparar un pequeño vodevil que confundiera aún más al testigo. Cuando tuvo dispuesta una carpeta con los papeles y las fotografías que necesitaba, se dirigió al encuentro de Ortega con gesto resignado.

—Buenas tardes, señor Ortega. Disculpe la espera. Al final he salido del hospital más tarde de lo que pensaba y luego he tenido problemas con mi coche. ¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien, gracias. ¿Y usted? Me quedé muy preocupado al ver cómo se lo llevaban en la ambulancia, aunque su compañera me ha dicho que la herida no revestía demasiada gravedad. Le debo la vida, inspector, y no sé cómo agradecérselo.

Bermejo se fijó en que parecía sinceramente preocupado por su salud y agradecido por su valentía al salvarle. Ignoraba si su comportamiento era debido a una empatía real o por haber estado a punto de morir en su presencia. Si él no hubiera aparecido a la puerta de su domicilio, seguramente el sicario habría logrado su objetivo. Y la policía nunca habría encontrado el nexo de unión entre dos casos tan diametralmente opuestos: unos asesinatos por encargo y un atraco de altos vuelos en un museo de primera categoría.

—Al final he tenido suerte, no ha sido nada. Un rasguño, según los médicos, aunque me dará la lata durante unos días. Tocará atiborrarse a pastillas, no me queda otra. Por lo menos me libré de una muerte segura. Quizá si no me hubiera equivocado en mi primera apreciación ahora estaría muerto, así que soy yo el que tiene que darle las gracias.

—No sé si termino de entenderle, inspector —contestó Ortega, confundido—. ¿A qué se refiere exactamente?

—A que yo pensé que el sicario quería disparar contra usted, de ahí que me lanzara sin pensarlo sobre su cuerpo para protegerle. Y ahora sabemos, o por lo menos tenemos fundados motivos para intuirlo, que

el asesino pretendía atentar contra mí. No le puedo facilitar detalles de investigaciones en curso, pero creemos que se trata de un miembro activo de una mafia del Este con la que ya hemos tenido más de una trifulca. Al parecer, no andan muy contentos con nuestras actuaciones y todo mi departamento está en su punto de mira.

—Pero entonces…

A Bermejo siempre le pillaban las señas cuando jugaba al mus con sus compañeros más veteranos, por lo que no pretendía engañar al testigo con sus dotes interpretativas.

Se limitó a aparentar tranquilidad, sin modificar un rictus serio a la par que confiado, esperando el fallo del contrario. La telepatía tampoco entraba entre sus virtudes, pero intuía que dentro de ese cerebro analítico de físico teórico las ideas contradictorias

colisionaban a toda velocidad. Solo quedaba que Ortega verbalizara en voz alta sus inquietudes, y esperar que reconociera que temía por su vida.

—No sé, estoy confuso —dijo por fin—. Su compañera me dio a entender lo contrario. Creía que yo era el objetivo del tirador, o eso me pareció entrever. ¿Está usted seguro de lo que dice?

—Sí, no se preocupe. Y entiendo su confusión —siguió Bermejo—. Se refiere a la pedrada que me dio el otro día, seguro que Priego le ha soltado algo similar sobre los apellidos, no tiene mayor importancia. No se preocupe, no tiene nada que ver el asesinato de su compañero con el tiroteo de esta mañana. Lo de hoy ha sido simple casualidad, usted se encontraba en el momento más inadecuado y en el lugar más inoportuno. Casi le matan por mi culpa, siento mucho que se haya visto envuelto en esta situación.

—Entonces, ¿saben ya lo que le ocurrió a mi compañero?

—No exactamente, todavía estamos investigando. De hecho, lamento que le hayan retenido aquí hasta mi llegada. Solo le quería hacer unas preguntas sobre Ignacio Ortega para concretar una línea de investigación en la que estamos trabajando.

—Claro, no hay problema. Entonces, ¿yo no corro ningún peligro ahí fuera? No sé si sería apropiado que saliera a la calle sin protección después del atentado de esta mañana.

—No se apure, en serio, no corre usted ningún peligro y es libre de

marcharse cuando quiera. Lamento el malentendido, lleva aquí todo el día esperando por mí.

Confío en que lo hayan tratado bien, ya sabe que estamos bajo mucha presión y a veces no reaccionamos de la mejor manera, no nos lo tenga en cuenta.

Bermejo contempló el rostro cada vez más lívido del profesor universitario, que, sin embargo, no se quejó. Siguió con su estrategia.

—Y no, lo siento, no contamos con efectivos suficientes para asignarle una patrulla de protección y menos sin motivos de peso. Mis jefes no lo aprobarían, imagínese. Así que, si me lo permite, me acerco un momento a por un café y vuelvo enseguida para terminar con las preguntas. ¿Quiere usted agua o alguna otra cosa?

Ortega había comenzado a sudar de nuevo. Asintió sin despegar los labios y Bermejo lo dejó a solas en la sala. Sobre la mesa quedó la carpeta que había llevado. Al colocar

los papeles se cercioró de dejar un folio descolocado, con parte de una fotografía asomando por la esquina inferior derecha.

—Ahora mismo vuelvo, no se preocupe. Le traeré una botella de agua y finiquitaremos esta conversación en pocos minutos para que pueda regresar a su casa.

Bermejo salió con tranquilidad y cerró la puerta a sus espaldas. Se dirigió entonces al pasillo en el que se encontraban las máquinas expendedoras, no sin antes enviar un mensaje a Priego.

—¿Lo tienes controlado?

—Tranquilo, se está grabando todo. De momento no se ha levantado de su sitio, aunque parece muy nervioso. No deja de mirar la carpeta, pero no se atreve a tocarla.

—Vamos a darle tiempo. Mientras tanto, me tomaré un café tranquilamente y le pillaré una botella de agua. Y avísame si hay movimiento.

El policía se tomó su café con parsimonia mientras esperaba la reacción del sospechoso. Permaneció en el exterior de la sala de interrogatorio, atento al posible aviso de su compañera, situada en un despacho anexo desde el que controlaba los movimientos de Ortega.

—¡Ahora!

El mensaje urgente de Priego obligó a intervenir al veterano policía. Bermejo entró de forma despreocupada, como si estuviera hablando con alguien y sin mirar directamente al interior de la sala. Esto le dio tiempo a improvisar a Ortega, aunque el policía pudo percibir perfectamente su movimiento de evasión por el rabillo del ojo.

—Ya estoy aquí, disculpe la espera —dijo Bermejo mientras le ofrecía la botella de agua—. Lamento de verdad los inconvenientes, tendremos que dejar nuestra charla para otro día. Me acaba de surgir un imprevisto y tengo otro asunto urgente que atender.

—Entonces…

—Sí, claro, perdone. Puede usted marcharse cuando quiera, llamaré a alguien para que le acompañe hasta la salida. Si quiere, le digo a un compañero que le pida un taxi. Y

si necesita algo más, no dude en llamarme, ya tiene mi número.

—Muy bien, inspector —replicó Ortega, algo sobrepasado. En ese momento olvidó ocultar sus sentimientos y el policía pudo atisbar reacciones muy elocuentes en su rostro, sus gestos y su lenguaje corporal. El científico parecía no comprender bien la situación, pero se sobrepuso enseguida—. No se preocupe, ya llegaré a casa por mis propios medios, tampoco es tan tarde.

—Gracias de nuevo por su colaboración, estaremos en contacto. Disculpe, me están esperando para el otro asunto. Buenas tardes.

El policía salió de allí y se escabulló antes de darle la oportunidad de reaccionar.

Bermejo se refugió en el despacho desde el que Priego se había comunicado antes, con tiempo para ver la salida de Ortega de la sala de interrogatorio a través del monitor que mostraba las imágenes de la cámara allí instalada. El profesor tardó todavía unos segundos en asimilar lo ocurrido, según intuyó Bermejo al vislumbrar su comportamiento: estaba libre, nadie le acusaba de nada, pero tampoco le ponían protección frente a un desconocido asesino que le buscaba con ahínco. Una situación que parecía haberle dejado bastante descolocado.

—Dime que ha abierto la carpeta y ha visto las fotografías a todo color de su *alter ego*, el escurridizo Iván Guerrero.

—En todo su esplendor, Bermejo. Y menos mal que ha disimulado usted al entrar, le ha pillado con las manos en la masa y el tío se ha recompuesto de mala manera. Sudaba a mares, se habrá sorprendido incluso de que le haya ignorado de ese modo.

—Es un tipo listo, no creo que se deje manipular tan fácilmente. Es cierto que no ha escondido demasiado bien sus emociones, pero sabe que le hemos tendido una trampa.

Un científico de su categoría, con una mente privilegiada como la suya, no cae tan fácilmente en el engaño. Yo solo quería ponerle nervioso, y creo que lo he conseguido.

—Eso sin duda. ¿Quiere que me encargue de su vigilancia?

—Te lo agradecería, yo estoy hecho polvo después de un día tan largo. Hazlo con discreción, tenemos que obtener pruebas concluyentes contra él. Y si de verdad nos enfrentamos al escurridizo ladrón que llevan persiguiendo nuestros compañeros desde hace una década, no creo que sea tan fácil que cometa una equivocación. Habrá que ir con pies de plomo, ten cuidado.

—Así se hará, no se preocupe. Le mantendré informado.

Bermejo se marchó satisfecho a su casa. Tampoco podía haber retenido a Ortega con los pocos datos con los que contaban en esos momentos. Aunque lo hubieran detenido con cualquier cargo, solo disponían de setenta y dos horas para obtener pruebas concluyentes antes de ponerlo a disposición judicial, y prefería postergar ese momento.

Hablaría con Roncero y con la amiga de Macarena, la inspectora jefa Asunción Herrera, para comunicarles sus hallazgos antes de afrontar los siguientes pasos.

22

La confirmación

Sala de control de la Galería de Colecciones Reales (Madrid), 07 de septiembre de 2018

La reunión en el sanctasanctórum del museo, la sala de vigilancia desde la que se controlaba el sistema BMS, no había comenzado con buen pie. Juntar a varios gallos en el mismo corral, cada uno con su problemática y sus intereses propios, no conduciría a nada bueno. Roncero lo sabía por experiencia, ya había lidiado con situaciones parecidas en otras ocasiones y le tocaba contemporizar. Consiguieron que los invitaran con bastantes reticencias, por lo que entendía las suspicacias de los demás ante la llegada de una experta en ciberdelincuencia que tal vez dejara en vergüenza a más de un responsable.

Después de convencer a Nadia le tocó humillarse un poco ante Antúnez, momento que el viejo comandante disfrutó como en los mejores tiempos. Tampoco comprendía Roncero por qué se lo ponían tan difícil, él solo realizaba su labor buscando el bien común: atrapar a los culpables para llevarlos ante la justicia. Ya habían robado unas piezas insustituibles de Leonardo da Vinci y, como se descuidaran mucho, acabarían por sustraer también el cuadro de Velázquez en sus propias narices, con el consiguiente conflicto diplomático con el Reino Unido.

Y, sin embargo, el politiqueo y las desavenencias entre diferentes instituciones y administraciones volvían a pesar en el ánimo de todos los involucrados. Una melodía que le sonaba demasiado familiar, harto de enfrentarse siempre a las mismas tonterías de las competencias de cada uno cuando se suponía que todos navegaban en el mismo barco. Un camino de espinas por el que Roncero ya había transitado en demasiadas ocasiones, sin que al cambiar de responsables o instituciones mejorara en algo la situación. Así no había manera de llevar una investigación en condiciones.

Félix Estrada los recibió de uñas. Tras la recomendación de la directora del museo, Laura Ruiz, y la mal indisimulada advertencia del presidente de Patrimonio Nacional, Arturo Muñiz, el jefe de seguridad consintió en que los recién llegados hurgaran en las tripas de una sala de control que era como su segunda casa. Estrada no se molestó en ocultar su malestar; para él, todo aquello era una pérdida de tiempo, y así se lo hizo saber a los antiguos compañeros en la UCO.

—No entiendo que tenga que venir nadie a fisgar en mis equipos. Ya trasladamos todos los datos de nuestra investigación a la policía, la inspectora jefa Herrera está al tanto. Y sus jefes en la Guardia Civil, el capitán Novoa y el comandante Antúnez, también tienen todos los detalles encima de la mesa. Esto es una pérdida de tiempo y tengo otros muchos asuntos que atender.

—Solo hacemos nuestro trabajo —respondió Nadia, tajante—. Le aseguro que a mí tampoco me hace maldita la gracia estar aquí, pero recibo órdenes y las acato. Haga usted lo mismo y permítame el acceso a su sistema. Le aseguro que no le causaré ningún problema al BMS, soy la mayor experta de la Guardia Civil en ciberseguridad.

—No se lo discuto, señorita, pero estos son mis dominios. Aquí mando yo, y si algo ocurre, toda la responsabilidad recaerá sobre mi persona. No le permito que…

Roncero pensó en intervenir solo un instante antes de que Nadia pusiera en su sitio al impresentable del jefe de seguridad. Y no solo por su comportamiento machista ante una mujer de la valía de la sargento. Estrada pretendía seguir siendo el rey en su cortijo y que nadie le tosiera allí dentro. Se creía un gran investigador que sí, había adelantado trabajo policial en el interior del museo, pero también había cometido muchas equivocaciones durante el proceso.

—Solo una puntualización. Puede dirigirse a mí como sargento Muñoz, gracias —le informó Nadia antes de continuar—. No habrá hecho tan bien su trabajo si un tipo cualquiera se les ha colado dos veces en el sistema y ha logrado borrar todas las imágenes que podrían incriminarlo. Por no hablar de lo obvio: el delincuente se hizo pasar por un empleado de mantenimiento durante dos meses, les robó en su cara dos códices valiosísimos y pegó el cambiazo delante de sus narices sin que se percataran de nada. ¿Hace falta que continúe?

En ese momento se presentó en la sala Laura Ruiz y le lanzó una mirada furibunda a Estrada, antes de que se lo llevara a un rincón para hablarle en privado. Roncero entendió que la directora conocía bien a su subordinado e intentaba suavizar los ánimos, detalle que agradeció en su fuero interno. Perdían un tiempo precioso que tal vez luego echaran en falta, y Nadia tampoco se caracterizaba por su paciencia, por lo que les convenía cualquier gesto que facilitara las cosas.

—No se preocupen, ya está todo arreglado —aseguró la directora poco después—.

¿Qué necesitan?

—Gracias, directora —replicó Roncero, haciéndose cargo de la situación—. La sargento necesita acceso completo al BMS y a todos los equipos y redes interconectados.

Va a realizar una auditoría exhaustiva a todos los niveles para buscar determinados patrones, por lo que también nos ayudaría contar con los parámetros originales que descubrieron tras el primer *hackeo* de su sistema.

El rostro de Estrada subió de color, pero Laura Ruiz no le permitió ninguna otra salida de tono. El jefe de seguridad obedeció a su pesar y accedió al sistema con sus claves de administrador. Después les entregó todos los informes y se cruzó de brazos delante de ellos con gesto fiero. Con los datos obtenidos por los informáticos al averiguar lo que el intruso provocó al colarse en el BMS, Nadia podría orientarse mejor en su búsqueda. La suboficial se sentó en la consola central y comenzó a teclear a toda velocidad mientras acomodaba la silla a su antojo y manipulaba los sistemas principales para buscar la pista definitiva.

Estrada parecía dispuesto para la lucha, ofendido porque alguien usurpara su lugar, aparte de la humillación sufrida tras la última intervención dialéctica de Nadia. En el fondo, su actitud le hacía gracia a Roncero; se creía el sheriff del condado y solo era un pobre hombre con ínfulas. No le preocupaba en exceso, contaban con el beneplácito de los que de verdad mandaban y ese tipo no les iba a poner palos en las ruedas. El golpe final le había llegado a continuación, con la demoledora frase de Nadia; su excompañera no se dejaba arredrar con facilidad.

—Muchas gracias, eso es todo —zanjó la sargento—. Si me lo permiten, quiero trabajar en silencio y a solas, necesito concentrarme. Además, utilizaré herramientas informáticas que no puedo compartir con ustedes, imagino que comprenderán el tema de la confidencialidad. La UCO dispone de equipamiento que no está al alcance del público, solo lo utilizaremos para dar con los culpables y dejar el sistema limpio como la patena, no se preocupen.

Laura Ruiz asintió con un gesto y se llevó refunfuñando al jefe de seguridad.

Roncero no se sorprendió ante la confianza mostrada por su amiga. Nadia era una mujer de armas tomar y la mejor especialista en su área

de conocimiento. Si había algún rastro virtual que pudiera conducir a una pista fiable, ella la encontraría.

El oficial de enlace de la Interpol acompañó a Laura Ruiz hasta la cafetería para dejar trabajar a gusto a su compañera, sin distracciones de ningún tipo. Estrada aprovechó para escabullirse también de allí con la excusa de que tenía que atender otros asuntos en una de las salas de mantenimiento. Roncero se quedó entonces charlando con la directora, que parecía muy preocupada ante el devenir de los acontecimientos.

—Ojalá la sargento pueda dar con algo concreto, oficial Roncero, estamos muy preocupados. Todavía no ha saltado a la opinión pública el asunto del robo de los códices, pero no sé si podremos mantenerlo oculto durante mucho más tiempo.

—Vamos a esperar, y confiemos en la pericia de mi compañera, es una grandísima profesional. Ella es de las pocas personas en este país que puede encontrar ese rastro si de verdad permanece oculto en su sistema, no se preocupe. Con suerte, daremos con el ladrón más pronto que tarde y nadie tendrá por qué enterarse. Si recuperamos las piezas de Da Vinci en perfectas condiciones podrán organizar su exposición sin más demoras.

—Dios le oiga, estamos en el punto de mira de todo el mundo. Podríamos retrasar unas semanas la inauguración de la exposición, pero si no encontramos los códices no serviría de nada. No vamos a mostrar al mundo esas copias ni ninguna otra que pudieran preparar nuestros expertos, seríamos el hazmerreír del mundo académico y cultural. Y después del ataque al Velázquez no soportaríamos una humillación más, en el ministerio ya huelen la sangre. No le tengo apego a mi cargo y no tendría problema en dimitir, pero esa no sería la solución.

—Hablando del Velázquez, yo en su lugar tomaría medidas adicionales de seguridad. Es una recomendación que le hago personalmente después de hablar con todos los cuerpos implicados, no es una directriz de la Interpol.

—Gracias por el aviso, desde Patrimonio Nacional nos han insistido también. Hemos aumentado la plantilla de personal de seguridad, revisado las cámaras y colocado más alarmas, volumétricas y perimetrales, aparte de reforzar el cristal blindado que protege el lienzo. Incluso nos han ofrecido dejar una patrulla permanente de policía en la puerta de entrada, desde el acceso principal de la plaza

de la Armería, pero me parece algo exagerado y contraproducente.

—Yo no lo descartaría, señora Ruiz. Y, además, si me lo permite, le añadiría otro elemento de seguridad que podría ayudarles en un futuro.

Roncero le expuso su idea a la directora de las Colecciones Reales. Laura Ruiz le miró de hito en hito y puso el grito en el cielo ante lo que consideraba un sacrilegio, pero el exmiembro de la UCO le explicó la mejor manera de llevarlo a cabo sin dañar el patrimonio. Tal vez no sirviera de nada en esos momentos, pero a futuro sería una medida a tener en cuenta para salvaguardar la integridad de una obra tan magnífica.

—No sé, puede que tenga razón. Hablaré con Estrada y el jefe de restauración, a ver si es viable su idea. Eso sí, tendré que ponerme de acuerdo con mi homólogo en la *National Gallery*. Al fin y al cabo, aunque sea la obra de un gran maestro español, el cuadro pertenece legalmente a los ingleses. Y no quiero más follones, bastantes broncas me he llevado ya después del chasco de la inauguración.

—Imagino, no me gustaría estar en su lugar. Ojalá atrapemos pronto al ladrón de los códices y lo del cuadro quede solo en un susto, sería una buena noticia para todos.

—Eso esperamos, a ver si llega pronto el día 16 de septiembre y nos quitamos este problema de en medio, bastante tenemos con el robo de los códices. Con su permiso, tengo que atender otros asuntos. Si necesita algo de mí pregunte en administración, ellos podrán localizarme.

—Gracias, no se preocupe. Me acercaré de nuevo a la sala de control, a ver si mi compañera ha obtenido algún resultado. Y si es así, se lo comunicaremos a la mayor brevedad.

Cuando Roncero llegó de nuevo a la sala principal del BMS encontró a Nadia en un estado casi febril, tecleando a toda velocidad mientras controlaba varias pantallas a la vez y juraba en arameo mientras tanto.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Roncero—. Parece que te hayas pegado con una manada de gatos salvajes, ¿estás bien?

—Eh, sí…, perdona, Pablo. Estaba absorta en esto y ni te he oído llegar. Tengo algunas novedades interesantes que contarte, ya lo verás. Me ha costado encontrar el hilo, pero creo que los he cazado a

ambos.

—Soy todo oídos, ojalá tengas razón.

Nadia Muñoz le detalló a Roncero los complejos movimientos que había realizado para dar con la pista correcta. Había utilizado complicados algoritmos matemáticos, herramientas predictivas de última generación basadas en inteligencia artificial y otros programas de software propietario, aparte de su amplia experiencia como *hacker*. Pablo no era lego en materias informáticas, pero sus conocimientos distaban mucho del nivel al que podía llegar una experta en ciberdelincuencia. Nunca sabría que su compañera se había servido de algunos de los mismos trucos que, días atrás, una *hacker* noruega utilizó para seguir la pista del ladrón de los códices.

—Me topé con un programilla instalado en el servidor central del BMS, alguien los estaba espiando. Sus *scripts* me sonaban demasiado e investigué un poco por ahí, tengo mis contactos en las redes más oscuras de internet. Y creo que se trata de una *hacker* del norte de Europa conocida por Lisbeth en la dark web.

—¿Lisbeth? —preguntó entonces Roncero—. ¿Como la protagonista de la saga *Millenium*?

—Sí, eso creo. Juraría que es una tía sueca o noruega, no sé; alguien en un foro de *hacker* s la bautizó de ese modo y con ese mote se quedó. No tengo muchos más datos sobre ella. Creo que es una chica joven que se lo monta por su cuenta; ha dado algún que otro golpe relevante en el pasado. Hace tiempo que no se sabe nada de ella, no descarto que trabaje para el Fantasma.

—¡Fantástico! Si pudieras preparar un pequeño dossier sobre esa *hacker* te estaría muy agradecido. Se lo pasaré a los técnicos de la Interpol, seguro que tienen ganas de echarle el guante. Y más si nos puede llevar hasta su jefe.

—Ahí vamos, que te has adelantado. Lisbeth se coló en el sistema del museo y espió a conciencia dentro del BMS, se ha paseado por aquí como ha querido. Aunque ha borrado su rastro, he localizado algunos vestigios, creo que ha seguido al detalle la investigación de Estrada. Seguro que activó las cámaras y micrófonos de cualquier dispositivo conectado a su red, estos idiotas le han facilitado el trabajo. Vamos, que están al tanto de todo lo que ha sucedido en el museo. Pero eso no es lo mejor…

—¿A qué te refieres?

—Creo que Lisbeth andaba también detrás de nuestro misterioso ladrón. Y tuvo una idea muy buena: seguir el rastro de los activistas climáticos que atacaron el cuadro de Velázquez. Utilicé mis propias armas para ver si obteníamos los mismos resultados, y creo que ambas acertamos. Yo llegué por otro camino, pero juraría que no andamos muy erradas ninguna.

—Me he perdido hace rato, Nadia. Aparte de encontrar el programa espía, ¿te has podido colar en el sistema de la tal Lisbeth?

—No, eso no, Lisbeth es muy cuidadosa. Es una de las mejores *hacker* s de Europa, no como el pardillo que se coló en un primer momento en el BMS. Imagino que ella llegó a las mismas conclusiones que yo. Ese tipo controla de ordenadores, pero no es un

verdadero profesional. Y seguro que las dos hemos seguido el mismo rastro. Aquí tienes toda la información en pantalla.

—¡La madre que me parió! —exclamó Roncero—. Joder, habíamos dado en el clavo.

Tengo que hablar con Bermejo sin falta.

Roncero se fijó en los datos que aparecían en las pantallas de Nadia sin saber que se trataba de la misma información que obtuvo la informática noruega días atrás. Alguien se había conectado a la red Tor para hablar con los activistas climáticos, dejando un rastro que también conducía hacia los diferentes accesos realizados al sistema central de vigilancia de las Colecciones Reales. Uno de los puntos de conexión aparecía en los alrededores de Getafe, algo más enmascarado, y otro más claro señalaba sin duda alguna a la facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense.

Nadia le mostró los datos de la ubicación desde la que se conectaron a la *deep web* en esa universidad, concretamente desde el departamento en el que coincidían dos profesores apellidados Ortega. A uno de ellos lo habían asesinado y el otro estaba en el punto de mira de la UDEV. La peregrina idea que compartió horas antes con Bermejo tomaba forma tras la investigación de la sargento Muñoz. Ahora sí contaban con un verdadero sospechoso: Julio Ortega se había convertido en su hombre.

Roncero le habló a la guardia civil sobre el crimen cometido en esa misma facultad y la investigación que llevaba a cabo su amigo, el inspector Bermejo. Tenían que dar la voz de alarma, ese tipo había robado los códices y ahora contaban con una de sus ubicaciones

principales cerca de Getafe, aparte de su domicilio habitual en Madrid. El punto de conexión a través de la red Tor, enmascarado por complejos sistemas de seguridad informática, seguro que los llevaría hasta su guarida, el lugar en el que preparaba sus fechorías. Si de verdad habían encontrado a Erik el Niño, habrían dado un paso de gigante. Solo les quedaba que Nadia consiguiera especificar más la ubicación en concreto, no podían peinar una ciudad de casi doscientos mil habitantes y sus alrededores en tan poco tiempo.

—Vaya, me alegra haberos servido de ayuda. Me pongo con la ubicación. Lo que no me queda muy claro es la relación entre Lisbeth y el tal Erik, Julio o como se llame.

—¿Cuándo dices que la *hacker* nórdica averiguó lo de este tío? —preguntó Roncero.

—A ver, espera un momento. Creo que en la madrugada del lunes al martes de esta semana.

—Eso es unas horas antes de que asesinaran al profesor en su despacho. Mucha casualidad me parece a mí.

—¿Crees que han sido ellos, algún miembro de la banda?

—No lo sé, podría ser. Seguro que el Fantasma y Erik el Niño han coincidido a lo largo de estos últimos años en algún encargo o alguna obra de arte que les interesara a ambos. Quizá hubo algún conflicto de intereses entre las dos bandas criminales, ni idea.

Pensé que los ladrones de guante blanco no eran tan sanguinarios, pero en el mundo criminal nunca se sabe. Me parece una posibilidad que no hay que descartar, tal vez se quisieron quitar de en medio a un posible competidor. Y parece que alguien se equivocó de víctima…

—¡Madre mía! Menudo pollo tenéis montado con toda esta historia. Bueno, yo ya he hecho mi trabajo. Con tu permiso, me largo para la UCO, que Antúnez me está friendo a mensajes. Os pasaré un informe detallado lo antes que pueda, pero he impreso los datos más relevantes que he encontrado hasta ahora. Y si averiguo la ubicación real de este tío te doy un toque, no te preocupes.

—Perfecto, Nadia. Una última cosa antes de que te vayas.

—Si está en mi mano… Dispara, no tengas miedo. Tienes solo un minuto, me largo de aquí antes de que le dé un ictus al viejo carcamal.

—Tranquila, ahora te acerco yo a la UCO. Imagino que es complicado si la tal Lisbeth es tan buena, pero quizá hayas podido dar también con alguna de las ubicaciones desde las que se ha conectado en Madrid. Si es que anda por aquí cerca, claro.

—No he podido concretar mucho, pero juraría que en esos primeros días andaba por la provincia de Toledo, en algún lugar cercano a la autovía A-42. No he podido averiguar más, lo siento, creo que ya no están por allí.

—Es un terreno muy amplio para abarcarlo, será difícil dar con alguna pista fiable.

Pero ¿a qué te refieres con qué ya no están allí?

—La conexión desde Toledo ha desaparecido del todo. Y, sin embargo, se conectó anoche para fiscalizar su programa espía instalado en el BMS desde otra localización.

Me da en la nariz que piensan atacar pronto, están por el centro de Madrid.

—¡Joder, lo sabía! —soltó Roncero, asustado ante las posibles implicaciones—. Esos cabrones van a atracar el museo durante este fin de semana, se les acaba el tiempo.

¿Sabes en qué parte de Madrid andan escondidos?

—La señal es muy difusa, no tengo parámetros suficientes para especificar con más detalle. Te diría que podrían esconderse en un círculo, si tomamos el museo como epicentro, de unos tres kilómetros de radio. Ya sé que eso no te sirve de nada, pero…

—Menos da una piedra, no te preocupes. Anda, ve recogiendo tus cosas mientras me despido de la directora. Le diré que contactarán con ella desde Patrimonio Nacional para darle más instrucciones. Voy a tener que efectuar varias llamadas desde el coche, hay que hablar con todos los implicados. Aparte de a mi responsable en la Interpol tendré que telefonear a Novoa y a Bermejo, y luego que ellos se encarguen de seguir la cadena e informar a los jefazos. Me temo que hoy va a ser un día muy movido.

La última oportunidad

Alrededores de Diego de León (Madrid), 6-7 de septiembre de 2018

Tras una noche de incertidumbre, Julio Ortega decidió actuar antes de que la situación empeorase. Había abandonado las instalaciones de la Policía Nacional en Canillas con una tremenda confusión que le impedía concentrarse con claridad.

Después de sufrir un tiroteo en plena calle a primera hora de la mañana y permanecer retenido durante casi todo el día en dependencias policiales, se encontró horas más tarde con la absurda representación del inspector Bermejo.

El ladrón se jactaba de su sangre fría a la hora de acometer sus golpes, atracos perfectos en su gran mayoría que le habían reportado sus buenos beneficios sin que esos actos le acarrearan demasiadas consecuencias. Ortega creía hallarse lejos del radar de la Guardia Civil tras actuar en varios lugares situados en la España rural y, sin embargo, ahora se encontraba en el punto de mira de la UDEV. Paradojas del destino, siempre se había zafado de la Brigada de Patrimonio Histórico de la Policía Nacional y ahora se topaba con una curiosa tesitura: un inspector de la unidad de delincuencia especializada y violenta le interrogaba en relación con un asesinato cometido en su lugar de trabajo habitual.

Al parecer, Bermejo había encontrado una relación entre el crimen de su compañero Ignacio y el robo en el museo, delito que de momento no había aparecido en los medios de comunicación. De ahí que el inspector enviara a su perro de presa mientras permanecía en el hospital, la tal subinspectora Priego, para presionarle y ponerle nervioso. Y no sabía si por el buen hacer de la policía o por su propia incompetencia, pero realmente Julio había caído en la trampa y se había comportado como un pardillo.

Ortega nunca se había enfrentado a una situación semejante, y su alarma interna le avisaba de una inminente colisión en cadena. Ni siquiera se molestaron en buscar otra estrategia en la comisaría, les sirvió la típica historia del poli bueno y el poli malo para distraerle. Priego interpretó su papel y después Bermejo le mostró su cara más amable para confundirle, asegurándole que el tiroteo no tenía nada que ver con él y que era libre de marcharse cuando quisiera. «¡Y una

mierda!», pensó entonces el profesor universitario.

Se la habían jugado de mala manera, y la osadía del escurridizo Erik el Niño no le sirvió en aquel trance. La opereta orquestada por Bermejo incluía un último acto, el momento en el que salió de aquella sala de interrogatorios sin recoger el expediente que llevaba en la mano. Un descuido sin malicia alguna podría pensar cualquiera, una golosina para llamar la atención de los incautos. Y de nuevo, su proceder más impulsivo se impuso a su mente racional, cometiendo el error definitivo.

Se fue directo hacia ella, porque la foto que asomaba por una esquina le sonaba demasiado. No podía ser cierto, aquel detalle se escapaba a su raciocinio y, sin embargo, allí estaba, delante de él. Encontrarse con su propio rostro de frente, en una foto ampliada a color de su ficha en la empresa de servicios que le contrató para el museo, le supuso un shock tremendo. Iván Guerrero, empleado de mantenimiento de Patrimonio Nacional, le miraba directamente a los ojos.

Bermejo regresó a la sala y Ortega no supo reaccionar a tiempo. Menos mal que el inspector se demoró en entrar. No sabía si le había pillado *in fraganti*, ya que mantuvo su papel, asegurándole que no había ningún problema y que podía marcharse a su casa.

Seguro que esa sala contaba con circuito cerrado de televisión con grabación de imagen y sonido, menudo incauto. No vislumbró ningún piloto encendido a lo largo de todo el día, por lo que, si todo formaba parte de un engaño y le habían grabado en vivo y en directo, lo tenían más que pillado. De ahí que le sorprendiera la reacción posterior del policía y esa forma tan displicente de tratarle.

Ortega Pulido conocía la ley. Podían retenerle allí en busca de pruebas durante setenta y dos horas hasta ponerlo a disposición judicial y, sin embargo, decidieron dejarlo en libertad. De hecho, ni siquiera eso, ya que él no formaba parte de ninguna investigación según lo comentado hasta ese preciso instante. Todo se debía a una lamentable equivocación, según ellos, nada más. Una situación rocambolesca que afrontó de la peor manera y ahora se percataba de su error de novato.

«¿Qué podía hacer entonces?», se preguntó. Nada, solo salir de allí con la cabeza bien alta, como quien no tenía nada que ocultar. Si la policía quería jugar de ese modo, él no se iba a poner en evidencia. Quizá debería haberse indignado por el trato recibido a lo largo de esa jornada, pero prefirió largarse de allí, regresar a casa y pensar en una

estrategia diferente.

Lo normal era que tuvieran sospechas sobre él, leves indicios que de momento le libraban de la cárcel. Se había protegido para que nadie le relacionara con Iván Guerrero, que no hubiera ninguna prueba fehaciente aparte del notable parecido entre las dos personas. Ese detalle, por sí solo, no les servía para imputarle. Podría achacarse

a una casualidad, a una anomalía de la naturaleza. Sí, esos dos hombres se daban un aire, pero no tenían huellas dactilares que lo corroboraran ni ADN para compararlos. En caso contrario le habrían puesto las esposas sin dudarlo, pero seguían buscando la manera de pillarle.

Todavía no lograba comprender cómo le habían relacionado de una manera tan rápida con el empleado de mantenimiento. Si aquel maldito sicario no hubiera atentado en su facultad, quizá nunca habría conocido al inspector Bermejo. El viejo sabueso que había dado con su rastro, algo que le fascinaba y horrorizaba a partes iguales, ya que su posición se alteraba de manera drástica tras los últimos acontecimientos.

Asumió que le habrían asignado vigilancia policial tras salir del complejo de Canillas, por lo que ni se molestó en ocultar que se dirigía a su domicilio, situado en las inmediaciones de Francisco Silvela. No miró atrás en ningún momento y se mostró tranquilo, aguantándose las ganas de detenerse en el portal para averiguar si alguien le seguía. Entró en el edificio, subió a su piso y echó las persianas de todas las habitaciones para mantener su privacidad, por si alguien le espiaba desde las inmediaciones.

Pensó entonces en que a lo largo del día habrían tenido tiempo de colocarle escuchas o algún tipo de micrófono oculto o cámara de vigilancia en su casa. Utilizó de nuevo las herramientas electrónicas que compró en su momento y efectuó otra vez un barrido en cada rincón de la casa. No encontró nada. Tal vez ahora, si Bermejo y sus compañeros conseguían convencer a un juez con los débiles indicios con los que contaban, consiguieran esa orden de registro. De momento se mantenía virgen y eso le otorgaba una pequeña ventaja.

Su edificio contaba con garaje en las plantas subterráneas, pero cuando alquiló ese piso no consiguió hacerse con ninguna plaza libre y tuvo que buscar un aparcamiento privado para su vehículo en las inmediaciones. Sin embargo, se llevaba bien con un vecino que le proporcionó en su momento una llave del garaje, por si le ocurría algo

a su coche y él podía echarle un vistazo. Se trataba de una maniobra arriesgada, quizá la última que afrontaba antes de perder la libertad, pero no le quedaban muchas opciones.

Intentaría dormir algunas horas antes de enfrentarse a una de las jornadas más complicadas de su vida. A primera hora de la mañana del día siguiente, con el trasiego normal de gente saliendo y entrando del garaje, aprovecharía para escabullirse por la puerta del garaje, situada en un lateral del edificio que no se veía desde el portal. Si alguien vigilaba el acceso principal al inmueble y no se percataba de esa salida, quizá tuviera una oportunidad.

Asumiendo que le hubieran investigado a fondo, las autoridades conocerían también la ubicación de su plaza de garaje, situada a escasos cinco minutos de su casa. ¿Tendrían vigilancia continua en las dos ubicaciones? Posible, mas no demasiado probable conociendo los escasos medios con los que contaba la policía.

De todas maneras, Ortega no había observado nada anómalo en el barrio durante las últimas horas, aunque eso no significara nada. Tampoco es que fuera un experto en espionaje o seguimientos, tal vez tuviera a los sabuesos a escasos metros de su madriguera. Además, ya no le quedaba nada que perder. Si pretendía largarse de allí y desaparecer para siempre debía poner en marcha su plan a la mayor celeridad.

Si les daba esquinazo, para el caso de que alguien le controlara de verdad, se montaría en su coche y se acercaría después hasta Perales del Río. Destruiría todas las pruebas que pudieran incriminarle, recogería dos juegos de pasaportes, por si acaso, y algo de ropa en una maleta de viaje. En su caja fuerte guardaba también dinero en efectivo que le vendría bien para empezar de cero. Conduciría en dirección oeste e intentaría entrar en Portugal a través de algún punto que no contara con demasiada presencia policial. Y a partir de ahí, si todo transcurría con normalidad, tal vez lo lograra con algo de esfuerzo.

Le extrañaba que, a esas alturas, su foto no apareciera como una alerta destacable en los accesos a aeropuertos o estaciones de tren, detalle imposible de corroborar en esos momentos. Así que no se la jugó y optó por buscar un vuelo para abandonar la península ibérica desde algún aeropuerto portugués. Debía haberle hecho caso a Lizarraga en un primer momento y disfrutar de la buena vida en algún lugar paradisíaco, con todo el dinero que atesoraba en paraísos fiscales. Ahora se encontraba a merced de la policía y el agobio comenzaba a apoderarse de su mente.

La ansiedad se adueñó de él y comenzó a hiperventilar. Sus pulsaciones se alteraron y temió sufrir un síncope. Consiguió atemperar los nervios poco a poco, se tomó una pastilla suave que le habían recetado hacía tiempo y efectuó unas respiraciones profundas. Si el pánico le embargaba antes siquiera de salir a la calle, más le valdría entregarse directamente.

Tras calmarse y conseguir descansar un rato, repasó de nuevo el plan. Le quedaban escasos minutos para abandonar ese piso, sin tiempo para preocuparse por el rastro que dejaba tras de sí en el que había sido su hogar durante los últimos años. A partir de entonces se convertiría en un fugitivo de la justicia, por lo que debería irse acostumbrando a los cambios. Su nueva vida estaba a punto de comenzar, sin lamentaciones de ningún tipo.

Creyó que podría salirle bien sin percatarse de la realidad: quizá había dado con la horma de su zapato, un adversario formidable que no se lo pondría nada fácil. Un detalle relevante que no tardaría en descubrir.

24

La caza del zorro

Casa en Perales del Río (Madrid), 6-7 de septiembre de 2018

La subinspectora Priego cumplió el encargo de su jefe y siguió a una prudencial distancia al sospechoso. Cuando estuvo segura de que Ortega se encerraba en su domicilio, montó el dispositivo de vigilancia. A las diez de la noche de ese jueves se marchó a casa a descansar un rato, prometiéndole a su relevo que acudiría a ocupar su puesto antes de las seis de la mañana. No podían levantar la guardia ni un segundo.

La joven policía comunicó la falta de novedades al inspector antes de retirarse. Al parecer, Bermejo también necesitaba una buena noche de descanso después de una jornada tan ajetreada, por lo que acordaron continuar al día siguiente con las pesquisas.

—No lo pierdas de vista, Elena, por el amor de Dios. Ese tío va a cometer un fallo, lo sé, y nosotros tenemos que estar allí para pillarle con las manos en la masa.

—No se preocupe, inspector —respondió Priego, sin sorprenderse al escuchar su nombre de pila en boca de su responsable directo—. La patrulla está alerta y en su puesto, y mañana a primera hora acudiré en persona a relevarlos. Creo que también habría que preparar un buen informe para presentarle al juez si queremos obtener una orden de registro.

—Seguro que la literatura se te da mejor a ti que a mí, no me gusta redactar informes prolijos y los jueces cada día son más quisquillosos con ese tipo de diligencias. Además, estoy pendiente de una confirmación por parte de mi contacto en la Interpol. Tal vez en la orden debamos incluir otro domicilio aparte del que estáis vigilando. Al parecer, nuestro amigo tiene un escondrijo cerca de Getafe.

Elena Priego escuchó entonces las explicaciones de Bermejo. Por lo visto, el oficial de la UDEV había hablado con su amigo Roncero, enlace con la Interpol y antiguo miembro de la UCO, sobre unos datos obtenidos gracias a una experta en ciberdelincuencia. No poseían todavía la ubicación exacta del inmueble desde el que se efectuaron las conexiones del supuesto ladrón de los códices, pero al parecer habían confirmado sus sospechas: Iván Guerrero era el *alter ego* de Julio Ortega, también conocido en círculos policiales como el

escurridizo Erik el Niño.

—De acuerdo entonces, Bermejo, hablamos mañana. Si surge alguna novedad nos mantenemos informados. Le aviso en cuanto esté en posición de nuevo.

—Que descanses, mañana nos espera un día complicado. Tal vez tengamos que salir de caza, a ver con qué armas contamos para atrapar al posible culpable.

La subinspectora cumplió su promesa y a las seis menos cuarto de la mañana ya se encontraba en su puesto de observación. Se despidió de la patrulla nocturna y se acomodó en su vehículo, pertrechada con un termo de café bien cargado, ya que tampoco había logrado descansar bien durante la noche. Bermejo la había prevenido sobre una posible intervención en esa jornada, en la que se consideraría su primera y real caza del hombre, por lo que estaba algo nerviosa. Un estado difícil de combatir con cafeína, pero prefería encontrarse alerta antes que somnolienta si de verdad debía actuar ante una eventual huida del sospechoso.

Priego permanecía atenta a la puerta del portal. Durante la mañana, muchos inquilinos salieron camino de sus trabajos. Tenían localizada también la entrada del garaje comunitario, aunque no fuera visible desde su posición, asumiendo que la posibilidad de que Ortega escapara por allí era menos creíble. Tal vez les engañara y consiguiera hacerse con otro vehículo que pernoctara en el parking de su edificio, un detalle que les rompería todos los esquemas. Así que convino con Bermejo una ayuda extra para su estrategia de vigilancia. No habían podido acceder legalmente al domicilio del sospechoso, pero la tarde anterior se coló en el aparcamiento privado en el que Ortega guardaba su vehículo y le colocó una baliza con permiso del inspector a cargo del caso. Su responsable le aseguró que no habría problema y, si surgía alguno en un futuro, él cargaría con las posibles consecuencias; ella no tenía por qué preocuparse de nada.

A las siete de la mañana, Priego comprobó en la aplicación que tenía instalada en su tableta la situación actual del vehículo de Ortega, aparcado todavía en su plaza habitual. El problema vino cuando esa señal comenzó a moverse a los pocos segundos, un movimiento que le pilló momentáneamente desprevenida. Menos mal que siguió el consejo que Bermejo le brindó la tarde anterior; de no haberlo hecho, el sospechoso habría eludido la vigilancia sin que se percataran de su huida.

—¡Bermejo, se escapa! —avisó a su superior en cuanto puso el coche en movimiento, manteniendo una distancia prudencial con el objetivo para no alertarle de su presencia—. Voy a seguirle con prudencia y le voy avisando de posibles cambios.

—Bien hecho, Priego. Si tenemos razón cogerá dirección sur, ahora lo comprobaremos. Yo estoy todavía en casa, salgo ahora mismo para allá. Tú solo mantente a la expectativa, no intervengas si no hay un motivo muy claro y espera mi llegada. No le pierdas, a ver si centramos el tiro y localizamos su guarida.

—No se preocupe, no se me va a escapar. Hay bastante tráfico, pero le tengo localizado tanto visualmente como en la pantalla táctil a través de la baliza. Nos encontramos a la altura de la Casa de la Moneda, no sé si saldrá a la M-30 ahora. No, parece que sigue por Doctor Esquerdo, suele haber menos tráfico de bajada a estas horas.

—Perfecto, sigue así. Voy a hacer un par de llamadas y salgo enseguida, hay que pillar a este tío con las manos en la masa.

La subinspectora permitió que se colocaran dos o tres coches intercalados entre ella y el vehículo perseguido, que parecía ajeno al seguimiento. Ortega conducía con prudencia, sin saltarse ningún semáforo ni sobrepasar la velocidad permitida en ciudad. Imaginaba que no querría enfrentarse a las cámaras de tráfico o a posibles patrullas municipales que le interceptaran en su camino de huida, aunque realmente a esas alturas todavía ignoraban hacia dónde se dirigía.

Puso rumbo hacia la zona de Méndez Álvaro, por lo que Priego interpretó que se adentraría en los túneles de la avenida del Planetario para salir al nudo de comunicaciones en el que convergían varias carreteras principales. Ortega continuó después en dirección sur por la A4, autovía de Andalucía, todavía sin un destino definido.

Pocos minutos después se desvió en la salida 9, en dirección a la M-45. Desde allí podía dirigirse a la zona norte de Getafe, a Villaverde o a otras ubicaciones cercanas.

Ortega escogió el desvío a San Martín de la Vega, lo que descolocó momentáneamente a su perseguidora. Priego no conocía bien esas carreteras y andaba un poco perdida, así que decidió enviarle un mensaje de audio a Bermejo para avisarle del cambio de rumbo.

—Inspector, se ha desviado por San Martín de la Vega. No sé si nos dirigimos al entorno del parque Warner o a alguna finca cercana.

Tengo que aumentar la distancia para que no se percate de mi presencia, por aquí hay menos tráfico y no puedo dejar vehículos intercalados entre ambos. En cuanto se detenga busco una buena posición de vigilancia y le informo.

El objetivo pareció entonces reducir la velocidad, quizá se estuvieran acercando a su destino definitivo. El delincuente no dudó ni un segundo en sus siguientes movimientos, desviándose en las salidas con su correspondiente aviso con el intermitente y trazando las curvas con prudencia. Poco después se adentraron en una zona desconocida para la subinspectora, solo reconocible al llegar a una rotonda que incluía el nombre de la ubicación: Perales del Río.

Se trataba de una pedanía de Getafe, una antigua villa independiente que se había anexionado como barrio a la población mayor. Cuadraba con los datos que le había facilitado Bermejo sobre la posible guarida del ladrón, según la información facilitada por sus contactos en otras fuerzas de seguridad. La subinspectora esperaba pasar desapercibida en una localización mucho más despoblada que el centro de Madrid, donde el denso tráfico le ayudaba a ocultarse entre el resto de vehículos.

Dejó que Ortega se distanciara un poco, manteniendo la vigilancia a través del mapa mostrado en la aplicación de su dispositivo digital. Gracias a la baliza instalada, localizó finalmente el destino del profesor universitario en una zona algo alejada del núcleo principal de la población. Habían dejado atrás los barrios con chalés adosados o zonas residenciales con bloques de pisos a varias alturas de diferente antigüedad para alcanzar un enclave en el que predominaban las casas más aisladas, cada una con su parcela particular.

La casona de Ortega se encontraba en lo alto de una pequeña loma, situada sobre una privilegiada atalaya que le otorgaba buena visibilidad de todo el entorno. Eso no le ayudaba en nada a Priego, que se encontraba demasiado expuesta si salía de su refugio, situado dos calles más atrás. La construcción se encontraba en medio de una gran extensión de terreno, de unos dos mil metros cuadrados aproximadamente. En ese momento no disponía de prismáticos ni ninguna otra herramienta que le permitiera vislumbrar lo que sucedía en el interior del inmueble, por lo que la subinspectora decidió informar y mantenerse a la expectativa.

—Bermejo, el pájaro ha llegado a su nido —aseguró Priego por teléfono—. Le envío la ubicación en tiempo real, se trata de un casoplón en Perales del Río.

—¿En Perales del Río? —preguntó confundido Bermejo—. Vale, no me lo esperaba, pero nos cuadra con los datos disponibles. ¿Tienes visibilidad directa desde tu posición?

—No, y no me puedo acercar mucho debido a su ubicación. Me juego la paga a que nos estará vigilando desde lo alto de su puñetero castillo, solo le faltan los fosos con cocodrilos. Sin olvidarnos de la imponente valla que rodea la finca, y seguro que cuenta

con algún que otro elemento de seguridad, como cámaras o alarmas perimetrales.

Desde aquí no podría asegurarlo con certeza.

Priego le explicó a su superior la situación. Desde su posición en lo alto de una loma, y rodeada por aquella valla reforzada con setos para garantizar la privacidad, el inquilino de la casona contaba con demasiada ventaja táctica. Si no querían descubrir sus cartas demasiado pronto debería mantenerse oculta y esperar instrucciones. Desde luego, un ataque frontal no garantizaba el éxito.

—De acuerdo, sigue a la espera y me avisas de cualquier cambio. De momento no te muevas de ahí y procura que no se percate de tu presencia. Voy a llamar de nuevo al despacho del juez, a ver si consigo algo. Y avisaré también a Roncero, por si nos pueden echar una mano desde la Guardia Civil o la Interpol. No te la juegues, no sabemos lo peligroso que es ese tipo.

—Descuide, inspector, me mantendré a la espera.

Bermejo conducía a toda velocidad camino de una pedanía que no había visitado con anterioridad en toda su carrera. Sabía que se encontraba a las afueras de Getafe, bañada por el río Manzanares, pero poco más. Un lugar no demasiado conocido en el que parecía que se escondía su hombre, un tipo aparentemente anodino reconvertido en un delincuente con más calle de lo que presuponía. Le engañó en primera instancia y se lo haría pagar con creces.

El policía intentó contactar con su amigo Roncero, pero no logró localizarle. La UDEV se vio involucrada en el seguimiento de un supuesto ladrón de arte, cuando el caso que ellos en realidad investigaban era el asesinato de un catedrático en la universidad. Ignoraba si Ortega les conduciría hasta el sicario que también había atentado contra ellos en el portal de Diego de León pero, sin embargo, Bermejo decidió actuar lo antes posible. Aquella situación tan rocambolesca no terminaba de convencerle, había llegado la hora de

la verdad. El dichoso profesor se encontraba en su punto de mira, y de una manera o de otra le apretaría bien las clavijas.

En el despacho del juez de turno continuaron dándole largas, por lo que tampoco disponía de la orden judicial necesaria para registrar a fondo dicha propiedad. Tal vez Ortega se encontrara en esos precisos momentos deshaciéndose de pruebas que le relacionaran con algún tipo de delito y ellos no podían hacer nada por evitarlo. El robo de obras de arte tampoco había sido nunca la prioridad principal de Bermejo, pero al

verse involucrado en un caso que parecía disponer de numerosas aristas decidió llamar a los especialistas en la materia.

Durante la noche anterior, tras su conversación con Roncero, el inspector comentó la situación con su pareja, la jueza Velasco. Maca llamó poco después a su amiga Asunción Herrera, la responsable policial de la Brigada de Patrimonio Histórico, para comunicarle las novedades. Bermejo sabía que la UCO y la unidad especializada de la Policía Nacional se mantenían en contacto por el robo en el museo. De todos modos, a esas horas de la mañana prefirió llamar directamente a la inspectora jefa Herrera con los nuevos datos de los que disponía, por si querían intervenir. Al fin y al cabo, la UDEV no perseguía ladrones de arte, por lo que Bermejo prefirió curarse en salud.

Herrera escuchó las noticias sin demasiado entusiasmo, como si no se creyera del todo la idea pergeñada en su momento por Bermejo y Roncero. Quizá no le convenciera lo de la doble personalidad de Ortega: por un lado, un profesor universitario, y por el otro, un empleado de mantenimiento ilocalizable tras su paso por el museo recién inaugurado. Herrera también pertenecía a la vieja escuela, como Bermejo, por lo que las explicaciones técnicas sobre los hallazgos obtenidos por Nadia Muñoz tampoco consiguieron doblegar sus resquemores. Algo que terminó por sacar de quicio al inspector de la UDEV, cansado de tanta desidia.

Intentó de nuevo localizar a Roncero, esperando que su viejo amigo respondiera a la llamada. El antiguo miembro de la UCO era el único que podría confirmar sus teorías y le necesitaba a su lado en un momento de tanta zozobra. Tenían en el punto de mira a Ortega y, sin embargo, permanecían atados de pies y manos por la burocracia y el mal entendimiento entre los diferentes estamentos involucrados. Algo que siempre había soliviantado a Bermejo, el verdadero cáncer de las investigaciones policiales, unos desequilibrios que en ocasiones obligaban a poner en libertad a criminales peligrosos por no disponer

de medios o pruebas suficientes.

Bermejo llegó hasta la posición de su compañera, aparcó en las inmediaciones y se acercó hasta el coche de Priego con discreción. La joven se llevó un pequeño susto al escuchar un golpeteo rítmico en la ventana del acompañante, al parecer absorta en su labor de vigilancia. Enseguida reaccionó y le abrió la puerta al inspector.

—Disculpe, Bermejo, menuda vigilancia la mía —se disculpó la joven mientras el rubor se adueñaba de sus mejillas—. Se acerca hasta mi posición con sigilo y ni siquiera me he percatado, pendiente de la finca y su entorno. Lo siento, esta es mi primera misión importante y reconozco que estoy algo verde.

—Tranquila, lamento haberte asustado. Yo tengo el culo pelado de hacer seguimientos y enfrentarme a todo tipo de situaciones con criminales, no debería haberte dejado aquí sola. Pero bien es cierto que debes mantenerte alerta siempre, vigilando todo lo que se mueve a tu alrededor. Si te hubieras encontrado en otro tipo de operativos, como controlar alguna entrega de armas o drogas, podías haber salido escaldada si alguno de los malos te hubiera encontrado aquí sola.

Priego agachó la cabeza. Bermejo no quería contrariarla, ni mucho menos. Pretendía inculcarle las conductas básicas para mantenerse a salvo en situaciones de peligro. La joven subinspectora podía haber resuelto casos importantes en la UDEF y contar con las máximas recomendaciones, pero enfrentarse a situaciones reales en una investigación criminal y salir bien parada de ellas sería lo que la convertiría en una buena policía. El inspector veía madera en ella, demasiado bisoña en ciertos aspectos, aunque con buena disposición y un talento innato todavía por aflorar, por lo que decidió apadrinar sus primeros pasos en la unidad.

—El sospechoso no ha vuelto a dar señales de vida. Y tampoco se aprecia ningún movimiento en la casa desde aquí. ¿Qué vamos a hacer ahora?

La pregunta de Priego tenía su miga, pensó Bermejo. Le explicó a su compañera la verdad, que en realidad se encontraban ellos dos solos allí y no contaban ni contarían con ayuda exterior. La brigada especializada no parecía por la labor y la carta de Roncero no terminaba de funcionar. Se acordó entonces del comandante Antúnez, pero prefirió no involucrar a más gente. Esperarían allí un rato y, si no había novedades, tomaría una decisión siguiendo sus propios criterios.

Tras intentar de nuevo contactar con el despacho del juez, al parecer muy ocupado para atenderle, Bermejo asumió que no dispondrían tampoco de cobertura legal en caso de decidir intervenir. Prefirió comunicarse con su superior, la comisaria Munuera, para consensuar las operaciones. No es que la responsable de la unidad le diera una orden concreta, más bien lo dejaba todo en manos del inspector, por lo que Bermejo comenzó a cabrearse de verdad.

La mañana transcurría a toda velocidad, con los dos oficiales de la UDEV parados en aquel vehículo sin poder intervenir. Nadie parecía tomar en serio esa operación, por lo que Bermejo decidió tomar la iniciativa.

—Al lío, Elena, ya estoy harto. Se me va a quedar el culo cuadrado de estar aquí sentado y, a mi edad, sabes que los médicos recomiendan moverse. Así que manos a la obra.

—Pero…, inspector. ¿Qué vamos a hacer? No tenemos cobertura, y usted mismo me ha dicho antes que…

—Tranquila, no creo que ese tipo nos esté esperando, seguro que anda con sus cosas.

Si de verdad hemos acertado con nuestro hombre, le preocupará más escabullirse y no dejar ningún rastro detrás de él. Te apuesto lo que quieras a que está preparando su plan de huida, a ser posible a algún país extranjero sin tratado de extradición con España.

—Sí, muy bien, puede ser… Quizá he visto muchas películas policíacas o soy demasiado novata en este tipo de casos, pero no lo veo yo tan claro. ¿Y si se encuentra escondido en lo alto de una buhardilla, apuntándonos con un rifle de precisión? Nos cazaría como a patos si se nos ocurre acercarnos siquiera a la finca, nos conoce de sobra.

—Esperemos que no. Ojalá esos datos pertenezcan exclusivamente a tu imaginación desbordante. No digo que sea imposible, pero lo veo bastante improbable. Una cosa es que nuestro querido profesor sea un experto ladrón y un falsificador de obras de arte, algo que me sigue maravillando de todos modos. Y otra cosa muy distinta es que se haya convertido también en un francotirador de élite, eso no me lo trago.

—Pero antes…

—No te preocupes, confía en mí. Vamos a acercarnos hasta la finca, ya verás como no pasa nada. Mantente detrás de mí si sigues preocupada

y déjame hablar al principio.

Luego sígueme la corriente, tengo una idea.

Bermejo le explicó a su compañera lo que se le había ocurrido para enfrentarse a Ortega, si es que el sospechoso les abría la puerta. Tal vez se mantuviera oculto, sin hacer ruido, esperando que dejaran de llamar al timbre. O, por el contrario, decidiera afrontar la situación de cara y asumir su responsabilidad. Su coartada parecía haber saltado por los aires, y si se había escabullido de aquella manera de su domicilio habitual en Madrid sería por una buena razón. Seguía sin ser delito, pero Bermejo contaba con alguna carta que quizá sorprendiera a su contrincante.

Los dos policías se acercaron a cara descubierta, con sus armas a buen recaudo, como si no tuvieran nada que esconder. El inspector comprobó que su pupila se mantenía algo más rezagada, estrategia que le parecía prudente. No llevaban las pistolas en la mano para no alarmar a su adversario y tampoco contaban con chalecos antibalas para repeler una posible agresión, por lo que solo les quedaba su instinto. Y

Bermejo rezó para no equivocarse, no querría cargar sobre su conciencia cualquier contratiempo que pudiera sucederle a la joven Elena Priego.

El inspector no temía por su vida, ya se había enfrentado en numerosas ocasiones a la muerte y su bajo vientre no le avisaba de una inminente situación de peligro. No obstante, admitía que todo lo relacionado con aquel extraño caso le desconcertaba, por lo que quizá apostar además por la prudencia tampoco sería un mal consejo.

Llegaron hasta la entrada de la finca y llamaron al intercomunicador que había medio escondido en un lateral. Tras el segundo timbrazo temieron que nadie les contestaría, por lo que Bermejo pensó en un plan alternativo. No se veía escalando el seto ni contaban con escalas o elementos con los que franquear la valla. Y tampoco permitiría que la subinspectora se arriesgara a entrar sola en la finca. Se había equivocado de pleno y ahora les tocaba recular.

Intentó una última llamada antes de desandar sus pasos y buscar otra estrategia.

Entonces, de repente, la puerta exterior se abrió sin que ningún sonido saliera por el intercomunicador. Priego le miró con cierta alarma en sus pupilas y Bermejo la animó a continuar. La subinspectora hizo

amago de sacar su arma y él le hizo un gesto negativo.

Seguirían con el plan inicial hasta las últimas consecuencias. Se puso él delante, por si acaso, y avanzaron con paso algo más temeroso hasta la puerta principal de la casona.

Se fijó en que la propiedad era más grande de lo que parecía desde el exterior. La única construcción parecía ubicarse en el centro de la finca, sobre una pequeña loma, rodeada por árboles frutales, una zona mejor cuidada con césped natural y otra de tierra sin tratar. Desde la verja hasta la puerta principal había cerca de treinta metros, y desde los laterales de la valla hasta la casa también habría una distancia parecida, por lo que las dimensiones totales se acercarían a más de tres mil metros cuadrados.

—Menuda finca tiene aquí el amigo Ortega —susurró Bermejo al acercarse con cautela a una puerta que permanecía cerrada—. Investigamos sus finanzas y esta casa no aparecía por ningún sitio, otro motivo más para andarse con ojo.

Priego asintió sin mucho convencimiento, más preocupada de mirar a su alrededor, atenta a cualquier detalle alarmante mientras permanecía a rebufo de su superior.

Ambos se fijaron en la estructura de la casa, formada por dos plantas construidas de forma desigual, con rejas en todas las ventanas y una cancela externa a la puerta principal. Todas las persianas aparecían bajadas, por lo que no podía verse ni un milímetro del interior de la casa desde fuera. Entonces comenzaron a escuchar lo que parecía un juego de llaves.

No habían llegado todavía a su destino cuando se abrió la puerta interior y asomó a la calle Julio Ortega. Parecía tranquilo y confiado, mostraba una ligera sonrisa en su rostro, como si le hiciera gracia la situación. A Bermejo le sorprendió su actitud, por lo que decidió asumir sus galones y pasar a la ofensiva.

—Buenos días, señor Ortega. Disculpe que nos presentemos sin avisar, pero necesitábamos hablar con usted.

—Claro, inspector, no se preocupe. ¿Ha sucedido algo?

—No, tranquilo, es una visita rutinaria. Aunque no conocíamos esta propiedad suya, nos ha costado localizarle.

Bermejo se fijó en la reacción de Ortega, tal vez algo desconcertado.

Ambos sabían que esa finca no aparecía a su nombre en el registro de la propiedad, por lo que si le habían localizado había sido gracias a un seguimiento más riguroso. El inspector tampoco quería insultar la inteligencia de un científico brillante que seguramente tendría mucho más cociente intelectual que él; solo pretendía buscarle las cosquillas. Y

esa era una de sus especialidades.

—Se puede imaginar que, después de lo de ayer, necesitaba desconectar. Me gusta venir aquí, a esta finca de mi familia, a descansar y olvidarme de los problemas.

El sospechoso se mantenía a salvo, entre la puerta abierta y la cancela exterior todavía cerrada, sin permitirles franquear el paso. No eludía el enfrentamiento, manteniéndose también a la expectativa. Bermejo decidió continuar entonces con su estratagema.

—Claro, lo entiendo perfectamente. ¿Nos permite pasar para charlar con más calma?

Hay algunos asuntos que nos gustaría discutir con usted en privado.

Ortega pestañeó en exceso, como si sus ojos no consiguieran aclimatarse a la luz de aquel entorno o buscara ocultar la reacción de sus pupilas. Su contestación puso en guardia a los dos policías, ya no se mostraba tan colaborador.

—Me encantaría, inspector, pero ahora mismo me pilla bastante ocupado. Otra cosa sería que dispusieran de una orden judicial, pero entiendo que ese no es el caso.

Bermejo no se inmutó ante el golpe dialéctico, él también sabía jugar a ese peligroso juego. Ortega le había mostrado sus cartas sin darse cuenta. Si no les permitía entrar con

la excusa de la orden judicial era porque quizá ocultaba algo que no quería que supieran. Así que decidió utilizar algo de mano izquierda, a veces surtía efecto.

—No, claro, nada de órdenes de registro. Se trata de una charla informal, nada más, señor Ortega. Es por su bien, se lo aseguro, tenemos nuevos datos sobre el asesinato de su compañero que tal vez le interese conocer.

El sospechoso torció un poco el gesto, pero acabó por abrir la cancela

y les invitó a entrar. Lo siguieron hacia el interior del inmueble.

A su izquierda vislumbraron una especie de vestíbulo que parecía conducir a un salón. Pero Julio Ortega les conminó a acompañarle a mano derecha, recorriendo un estrecho pasillo en dirección hacia uno de los laterales de la vivienda. Se adentraron en una amplia cocina con *office*, revestida con muebles antiguos y electrodomésticos de última generación. El anfitrión les invitó a sentarse en una mesa de madera que contaba con un banco corredero y varias sillas. Los policías declinaron la cortesía y el café que les ofreció a continuación.

—No se preocupe, señor Ortega, tenemos algo de prisa. Y tampoco quisiéramos importunarle demasiado. Si le parece, vamos al grano.

—Por mí, perfecto.

—Disculpen —intervino la subinspectora—, pero me urge ir al baño.

—Claro, subinspectora. Por esa puerta a la derecha, y luego al final del pasillo.

Bermejo aplaudió la idea de su compañera, mostrando iniciativa en una situación complicada. Eso le serviría para escapar de la cocina e intentar encontrar algo en el inmueble que les sirviera para sus pesquisas. Sin orden judicial no podían registrar a fondo la casa, pero cualquier detalle fuera de lugar podría orientarles en ese momento.

Ortega les había invitado a pasar, dirigiéndoles por alguna razón a la cocina, por lo que ellos también debían usar las armas de las que dispusieran en ese momento.

—Dejémonos de tonterías, señor Ortega. O Iván Guerrero, como prefiera usted. Tal vez le venga mejor Erik el Niño, ¿verdad?

—No sé de qué me está hablando, inspector. Mi nombre es Julio Ortega, creo que ya lo comprobaron en su momento.

—Sí, y comprobamos otras muchas cosas. Por ejemplo, que esta casa no aparece a su nombre en ningún registro.

—Ya le he dicho que se trata de una casa familiar, no creo que eso sea ningún delito

—contestó Ortega con insolencia.

—No, eso no, claro. Quizá mentir a la policía sea algo más grave.

¿Recuerda la historia que se inventó sobre las deudas de juego de su compañero de departamento?

Pura patraña.

—Bueno, no sé, ya le dije que eran simples rumores, tampoco me los inventé yo.

—Claro, eso será. Lo de hacerse pasar por un empleado de mantenimiento de un museo y desaparecer justo cuando roban unas piezas de valor incalculable tampoco le atañe. Aunque su careto aparezca en la ficha de personal de Iván Guerrero, eso tampoco es importante, ¿verdad? Por lo pronto, a mí me suena a suplantación de identidad y unos cuantos delitos más.

—De verdad, inspector, no sé de qué me habla. Yo solo he venido hasta aquí después de la jornada tan estresante de ayer, imagino que es entendible.

—Ya, y tampoco miró el expediente que dejé encima de la mesa. Usted y yo sabemos que lo hizo y está grabado. Sabe que le tenemos en el punto de mira, que se ha convertido en el sospechoso número uno. ¿Nos dejamos ya de tonterías?

—No entiendo mucho de departamentos policiales, creí que la UDEV no se encargaba de esos temas. Robos en museos, suplantación de identidades y cosas similares, me tiene algo confundido, la verdad. ¿Lo saben sus responsables? Está usted acosando a un ciudadano inocente y esto no va a quedar así.

—No se preocupe, yo se lo explico —replicó entonces Bermejo al regresar su compañera. El gesto de negación con la cabeza le dio a entender que no había encontrado nada digno de mención, algo que no le hizo cambiar su idea primigenia—.

Tenemos fundadas sospechas de que está usted involucrado en el asesinato de Ignacio Ortega. Y ese caso sí lo lleva la UDEV, por si no se había percatado todavía.

—¿Qué dice? Eso es imposible, yo no tengo nada que ver con ese asunto.

La arrogancia de Ortega había desaparecido de repente, ese giro insospechado de los acontecimientos le pilló con el pie cambiado. Bermejo aprovechó para atacar a conciencia.

—Contamos con varios testimonios creíbles en la facultad. Al parecer, su animadversión hacia el catedrático era más que conocida, y sus trifulcas públicas, algunas con amenazas y palabras gruesas, estaban a la orden del día en la universidad.

Aparte de otras pruebas con las que contamos, que de momento son secreto de sumario.

Le recomiendo buscarse un buen abogado, por si acaso.

—Se están equivocando, yo no he hecho nada —replicó Ortega con gesto de pánico—. No tienen derecho a tratarme así en mi propia casa, no saben con quién están hablando.

—Subinspectora, póngale las esposas al detenido. Llame a una patrulla y que se lo lleven a dependencias policiales. Creo que se le ha acabado el cuento a nuestro amigo.

Priego obedeció, sin que el delincuente supiera reaccionar en ese momento. Su lenguaje corporal olía a derrota, el tipo no parecía esperar ese desenlace. Y Bermejo pensaba aprovecharse de la situación.

25

Una aguja en un pajar

Autovía Madrid-Toledo, 7 de septiembre de 2018

La jornada de Pablo Roncero tampoco había sido demasiado fructífera hasta esos momentos. Tras el chute de optimismo logrado con las averiguaciones de Nadia Muñoz, el miembro de la Interpol creyó que se encontraban en el buen camino. No imaginaba que en el momento álgido de la partida regresarían los problemas habituales en ese tipo de operaciones.

Sus jefes en Lyon se desmarcaron de sus elucubraciones sobre Erik el Niño y el posible ataque de la banda del Fantasma al museo. Al parecer, estaban desbordados por una macrooperación contra la mafia marsellesa en la que se habían involucrado sus operativos más importantes, por lo que no le prestaron demasiada atención a su oficial de enlace en España. Roncero no pensaba quedarse quieto, por lo que movió también sus contactos en busca de una solución por su cuenta.

Decidió llamar directamente al capitán Novoa, saltándose al responsable de la UCO; no le apetecía discutir de nuevo con Antúnez. Ya le debía un favor enorme por haberle permitido utilizar las habilidades de Nadia, detalle por el que le estaba muy agradecido, y sabía que la paciencia del comandante no era precisamente su mejor virtud. Así que organizó una reunión al mediodía con el responsable de la unidad especializada en Patrimonio Histórico, esperando sacar algo en claro.

Llevaba una mañana de locos, entre llamadas telefónicas infructuosas y reuniones que no conducían a ningún lado. Roncero sugirió colocar miembros armados de las fuerzas de seguridad del Estado a la entrada del museo, o por lo menos patrullas disuasorias en las inmediaciones. Desde el Ministerio del Interior pusieron el grito en el cielo y los de Cultura ni se lo plantearon.

«Estamos en un país civilizado, esto no es Egipto», llegó a responder el subdirector general de museos enviado desde el ministerio. Roncero se sorprendió ante esa salida de tono, recordando las patrullas armadas que vigilaban los lugares más turísticos en El Cairo y otras localizaciones egipcias. Entendía al político, pero se encontraban ante una situación excepcional. Y nadie parecía comprender que ese mismo fin de semana podrían sufrir un robo de incalculables consecuencias

que afectaría a la reputación

internacional de España y podría abocarla incluso a un conflicto diplomático con Gran Bretaña. Ni siquiera mostraron interés desde Patrimonio Nacional, más preocupados por sus piezas robadas, los códices de Leonardo, que por la obra maestra que exponían gracias al préstamo de la *National Gallery*.

Roncero comprobó en su móvil las llamadas y mensajes pendientes, a los que no había podido contestar después de tanta reunión. El número de su amigo, el inspector Francisco Bermejo, sobresalía por encima de los demás, y eso solo podía significar una cosa. El veterano policía había dado con alguna pista fiable y quería compartir la información con él. Así que le devolvió la llamada antes de dar un paso más. Él solo pretendía preservar la integridad de un lienzo que no parecía importarle a nadie, detalle que comenzaba a desesperarle.

Llamó a Bermejo, pero no consiguió localizarle. Comunicaba, por lo que entendió que andaría igual de atareado que él. Roncero no podía estarse quieto, así que intentó convencer a Novoa para organizar una batida a espaldas de Antúnez. El tiempo apremiaba y no le quedaban muchos recursos para evitar el desastre.

—¡Estás loco, Pablo! —exclamó el capitán al conocer la idea de su antiguo compañero en la Benemérita—. Si nos pilla Antúnez se monta la de Dios, te aseguro que no está el horno para bollos con las competencias y demás zarandajas.

—Lo sé, no te preocupes —replicó Roncero—. Tú consígueme la manera o localízame a alguien que pueda echarme una mano y yo me encargo del resto. Será como buscar una aguja en un pajar, igual es un tiro al aire. Pero algo tenemos que hacer, compañero.

—No sabes lo que haces y a mí se me va a caer el pelo por movilizar esos recursos.

Oye, ¿y qué ha pasado con la pedrada esa del profesor universitario? Si por lo menos diéramos con Erik el Niño podríamos enfrentarnos a la ira de Antúnez con algo en las manos, ahora mismo estamos vendidos.

—No sé, estoy intentando localizar a Bermejo, ahora volveré a llamarlo. Y si me acuerdo, hablaré también con la inspectora jefa Herrera, igual sabe algo del tema.

Puedes probar por tu cuenta también, imagino que entre unidades especializadas en robo de patrimonio tendréis buena relación.

—Según se mire, eso es muy relativo. No creo que te sorprenda la realidad de nuestros trabajos. Al final, el politiqueo se impone a la cordura. Todos los jefes quieren apuntarse la medalla y así es muy difícil trabajar. No sé ni cómo conseguimos

resultados con los pocos medios de los que disponemos y las numerosas trabas a las que nos enfrentamos.

—Me lo imagino, Novoa; eso no ocurre únicamente en España. Lo nuestro debe ser vocacional, de lo contrario no entiendo cómo seguimos trabajando en estas condiciones, como si enfrentarse a los delincuentes no fuera ya complicado de por sí.

El capitán asintió ante las palabras de Roncero, cansado también de encontrarse con palos en las ruedas a la hora de afrontar cualquier investigación. Las trabas burocráticas y administrativas, los egos de los políticos y de los mandos policiales, la escasez de medios y los salarios poco competitivos, los problemas de competencias y las jornadas maratonianas de trabajo no contribuían a aliviar una situación cada vez más complicada entre los diferentes cuerpos de seguridad.

Novoa cumplió su palabra y, tras varias conversaciones con la central y la Dirección General de Tráfico, le consiguió a Roncero su juguetito. No pudo ser un helicóptero de la DGT, se tendría que conformar con su hermano pequeño. El tiempo no jugaba a su favor, por lo que se tendrían que apañar con los medios disponibles.

Pablo no olvidaba el dato facilitado por Nadia Muñoz sobre la ubicación del posible escondite de la banda internacional de ladrones, a escasos kilómetros de Madrid. Se centrarían en la zona que rodeaba a la villa toledana de Illescas, en las inmediaciones de la autovía A-42, a unos cuarenta kilómetros del centro de la capital.

La mayor parte de los drones que utilizaba la DGT en España se encontraban en Madrid, por lo que Roncero consiguió que los mandos le asignaran el piloto y el operador que necesitaban para manejar el aparato. El piloto se encargaba únicamente de guiar el dron de forma remota, mientras que el operador controlaría la cámara montada en el propio dron. Ambos técnicos pertenecían a la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil y contaban con el certificado de la Agencia Española de Seguridad Aérea (AESA).

Tras varias llamadas de ida y vuelta, Pablo consiguió su objetivo. Tendría que acercarse a Valdemoro, donde se encontraba la unidad especializada de Tráfico de la Guardia Civil en la zona sur de Madrid.

Desde allí harían el seguimiento de uno de los drones con los que la DGT controlaba el tráfico, aunque su rango de alcance no les permitiría demasiadas alegrías.

Desde Valdemoro, el dron podría controlar la M-404 hasta Torrejón de la Calzada antes de sobrevolar los alrededores de la autovía Madrid-Toledo, la A42, hasta alcanzar

las inmediaciones de Illescas. El aparato, de seis kilos de peso, contaba con una autonomía de sesenta minutos y un rango de acción de unos veinte kilómetros. La cámara instalada tenía un zoom óptico de cuarenta aumentos y un digital de seis, con un sistema de *tracking* que le permitía seguir vehículos en marcha.

Roncero se acercó hasta el municipio madrileño de Valdemoro, donde le recibieron en la Agrupación de Tráfico dispuestos a realizar una batida con pocos visos de éxito.

Tal vez la fortuna les sonriera por una vez y los técnicos divisaran desde el aire algo que les llamara la atención, un milagro complicado al intentar abarcar un área tan extensa.

—Tenemos que sobrevolar los alrededores de la autovía en dirección Toledo.

Buscamos alguna nave industrial o una finca que nos llame la atención por actividades fuera de lo corriente.

La frase de Roncero no pareció convencer demasiado ni al piloto ni a su operador.

No obstante, ellos cumplían órdenes de un capitán y además conocían la fama del exmiembro de la UCO, por lo que no le pusieron demasiadas pegas. Quizá perdieran el tiempo de forma lamentable, pero tal vez dieran con alguna pista fiable.

Pablo se olvidó por un rato del teléfono, enfrascado en fijarse en las imágenes captadas por el dron en su vuelo a cien metros de altura, por si captaba cualquier detalle que pudiera llamar su atención. Tampoco sabía muy bien lo que buscaban, solo intuía que lo reconocería nada más verlo. Un golpe de semejantes características habría que prepararlo con cuidado, seguro que dejaban pistas a su paso. Según los datos que pudo conseguir Nadia, la banda del Fantasma llevaba tiempo en España, por lo que entendía que contaban con una base de operaciones discreta desde la que preparaban el futuro atraco.

Gracias a la labor de la experta en ciberdelincuencia también averiguaron que la *hacker* nórdica, a sueldo del grupo criminal según todos los indicios, se había conectado al servidor BMS del museo desde una localización nueva ubicada en el centro de Madrid. Roncero intentó ponerse en la piel de los criminales para imaginar el tipo de operación organizada, buscando algo que resultara plausible.

Creyó que tal vez la informática controlara el golpe desde las inmediaciones de las Colecciones Reales y que el resto del grupo permanecería oculto en la guarida inicial hasta el mismo momento del ataque. Esa era la única razón por la que seguía luchando en busca de un imposible, una corazonada que nadie comprendería del todo. Se la jugaba a todo o nada en un momento delicado, desobedeciendo las órdenes directas de sus responsables de la Interpol, por lo que quizá se enfrentaba a su último caso en el

cuerpo policial internacional. Si todo salía mal, nadie le vería con buenos ojos y le costaría también regresar a su puesto en la Guardia Civil.

Sobrevolaron las poblaciones de Casarrubuelos, Torrejón de la Calzada y Torrejón de Velasco sin encontrar nada digno de mención. Se concentraron entonces en la zona de Illescas, que contaba con numerosos polígonos industriales y grandes naves, pertenecientes en algunos casos a importantes corporaciones internacionales. Roncero nunca sabría que llegaron a situarse muy cerca de su objetivo sin encontrar la pista correcta a tiempo, obligando al piloto a dirigir el dron de nuevo hacia su base antes de que se quedara sin batería.

El piloto y su operador negaron con la cabeza ante la falta de evidencias y Roncero no quiso seguir abusando de su hospitalidad ni de los recursos de la DGT. Quizá con otra batida más específica lograran su objetivo, pero ni los mandos de la Guardia Civil ni su propia conciencia le permitirían seguir utilizando recursos de ese modo sin una pista más fiable.

Roncero estaba a punto de abandonar las instalaciones de Valdemoro tras recoger su vehículo, sin que el esfuerzo realizado hubiera logrado ningún tipo de recompensa.

Sabía que existía una oportunidad entre mil y no lo habían conseguido. Se quedaban sin opciones, con la espada de Damocles de un inminente golpe amenazándoles sin piedad.

Parecía que a nadie le importaba, y él estaba a punto de arrojar la

toalla.

Hasta que de pronto, justo cuando se disponía a arrancar su coche para regresar a Madrid, llegó una llamada del inspector Bermejo. Llevaban todo el día uno detrás del otro como el perro y el gato, por lo que por fin lograrían sacar un momento para dialogar entre ambos.

—Joder, Pablo, menos mal que te encuentro —dijo el policía nada más contestar—.

Tengo noticias frescas, no te lo vas a creer.

—Yo también he intentado llamarle en varias ocasiones, llevo un día de locos. Acabo de acompañar a…

—A ver, muchacho, céntrate. Vente cagando leches para Canillas, tenemos al tipo bien agarrado de los huevos y creo que está a punto de cantar. Y con suerte, matamos dos pájaros de un tiro. Creo que tenías razón.

—¿De qué me habla, Bermejo? —preguntó Roncero, desubicado.

El policía le explicó la situación a su amigo y este salió disparado hacia el complejo policial. Tal vez por fin hubieran dado con la pista adecuada.

26

Las contramedidas

Centro de Madrid, madrugada del 8 de septiembre de 2018

La alarma dispuesta con antelación sonó exactamente a la 00:45 de la madrugada de un sábado recién comenzado. Astrid se había mentalizado para ese momento, pero al llegar la hora el miedo la paralizó por unos instantes. ¿Y si no era capaz de llevar a cabo su misión? Todo dependía de ella, no podía fallarle a Enzo y al resto del equipo, no cuando se encontraban tan cerca de la orilla.

Dejó programados todos los *scripts* necesarios para la primera fase del plan, por si acaso se retrasaba al regresar de su paseo nocturno. Nunca había sido una mujer asustadiza y se veía capaz de enfrentarse a cualquier situación. Lo primordial sería pasar completamente desapercibida, colocar los señuelos y regresar cuanto antes a su puesto de control.

Cargó una mochila grande con todo lo necesario y se vistió para la ocasión: mallas oscuras, sudadera con capucha de color gris y una gorra de béisbol. Con esas pintas no la reconocería nadie, ni las posibles cámaras que captaran sus movimientos por el centro de Madrid lograrían una imagen definida de su rostro. La zona por recorrer no podía considerarse como una de las más transitadas en Madrid durante una noche de fiesta en fin de semana, algo que la favorecía en esos momentos. Y, sin embargo, un mal presentimiento se apoderó de su estómago sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

Astrid se aguantó las náuseas tras la arcada que le sobrevino en ese instante. Bilis mezclada con jugos intestinales y algo de comida le subió a la garganta, en el peor escenario posible. No se podía permitir vomitar ni dejar más rastros de ADN en un piso que tendría que limpiar a fondo después del golpe, en una noche muy larga que no había hecho más que comenzar. Y eso si se cumplían todos los planes a rajatabla, algo que todavía estaba por ver.

La informática conocía las últimas medidas biométricas que las autoridades de todo el mundo experimentaban para la localización de sospechosos, por lo que en ese momento nadie podría asegurarle que no la localizarían más tarde tras estudiar sus movimientos. Ella nunca había sido detenida ni fichada por ninguna organización policial, por lo que debía tranquilizarse antes de cometer cualquier error que diera al

traste con la operación. Simplemente se trataba de una *hacker* anónima, conocida en la red con el sobrenombre de Lisbeth, y a la que nadie había logrado echarle el guante en toda su carrera. Y esa noche no iba a ser la excepción.

Astrid salió del inmueble con paso decidido y se fijó en el edificio de enfrente, algo relacionado con el ejército, según entendió. Atravesó el final de la calle Mayor y giró a la derecha, adentrándose en la calle Bailén por su acera de la derecha, en dirección hacia la Plaza de España. Tras memorizar el mapa de la zona, consiguió situar bien todas las paradas de su recorrido, aunque hasta su regreso no colocaría las falsas bombas que habían preparado entre Heisenberg y Abraham.

No había querido pensar en el israelí para no alterarse demasiado. Tal vez fuera una casualidad lo escuchado en la emisora policial, pero aquel tiroteo efectuado por un motorista misterioso no le sonaba demasiado bien. Si no le habían avisado desde la base de operaciones en Illescas, tal vez ni Enzo ni el resto del equipo se hubieran percatado de la nueva travesura, y ella no iba a ser la chivata. Aunque en el fondo supiera que cometía una equivocación, un error que acabaría por trastocar todos sus planes.

Caminó a buen paso sin cruzarse con nadie, contemplando la majestuosidad de los edificios situados en la acera de enfrente. Dejó atrás la catedral de la Almudena y el Palacio Real, sin querer fijarse demasiado en un punto casi indistinguible desde su posición: el acceso al vestíbulo principal de la Galería de las Colecciones Reales desde la plaza de la Armería. Atravesó la plaza de Oriente y continuó su camino hasta la plaza de España, dejando a un lado el edificio del Senado.

Hacía buena noche, por lo que le sobraba la sudadera. Caminaba con la cabeza gacha sin querer mirar a nadie a la cara. La gorra calada y la capucha por encima la estaban haciendo sudar y la convertían en un espécimen extraño que atravesaba una zona con poco movimiento a esas horas. Prefería no encontrarse con nadie a ser posible.

Cualquier transeúnte podría confundirla con una turista extraña, pero también con una persona sin hogar o alguien en busca de problemas. Y si una patrulla de la policía municipal le daba el alto o le pedía la documentación en plena calle, se enfrentaría a serias dificultades.

Astrid tranquilizó sus pulsaciones, bastante alteradas por los nervios, el calor y la caminata a buen ritmo. No estaba demasiado

acostumbrada al ejercicio físico. Además, llevaba una mochila cargada y el bochorno de la noche madrileña no la ayudaban a respirar mejor. Después de todo el verano en España no había conseguido aclimatarse a su altitud sobre el nivel del mar, algo que afectaba a su rinitis crónica. A veces sufría

episodios de asma y utilizaba un inhalador, un pequeño detalle que no había tenido en cuenta al preparar su aventura nocturna.

Por fin llegó a su destino, una Plaza de España que se encontraba de obras. El entorno se iba a transformar completamente en un futuro próximo y no tenía muy claro si eso les favorecía. Un poco más arriba, en la calle Leganitos, se encontraba una comisaría de Policía Nacional cuyos integrantes tal vez tuvieran problemas para llegar hasta el museo en caso de emergencia. De ahí su intervención, necesaria para entorpecer esa labor.

Con cuidado de no toparse con ningún vigilante nocturno que permaneciera a pie de obra, Astrid colocó dos de las bombas falsas en las ubicaciones elegidas por Heisenberg, una en el interior de una papelera y otra escondida en un seto. Después regresó por dónde había venido y realizó la misma maniobra en cinco localizaciones más.

Ni se le ocurrió asomarse a las inmediaciones del Senado, lugar que contaría con seguridad adicional. Mejor ir un poco más allá. Cerca de la estatua del cabo Noval, en los jardines del mismo nombre, depositó otro de los artefactos en un lugar no demasiado visible. En la plaza de Oriente dejó otros dos regalos, uno debajo de un banco de piedra, entre dos de las estatuas de reyes allí plantadas, y otra en una papelera situada entre el Teatro Real y la estatua ecuestre de Felipe IV que señoreaba la plaza. De ese modo podría dificultar la labor de la policía municipal si pretendían acceder a la zona por ese enclave desde su base de operaciones en la calle Montera, situada muy cerca de allí, en pleno centro de la ciudad.

De regreso al apartamento, Astrid cruzó al otro lado y pasó junto a la catedral. En la semiesquina de Bailén con Mayor colocó su último señuelo sin que la hubieran interceptado. Las pulsaciones seguían a mil, pero al menos se acercaba al final de su periplo. Tal vez nadie se dejara engañar por los artefactos de pega, pero eso no dependía de ella. Había cumplido su misión y necesitaba guarecerse en el piso turístico antes de que le diera un ataque al corazón.

Entre los nervios, la búsqueda de los lugares más idóneos y la colocación de los señuelos en lugares accesibles pero no demasiado

visibles para que no saltaran las alarmas antes de tiempo, la *hacker* había invertido un tiempo precioso. Los aparatos contaban con una base metálica envuelta por cables que rodeaban un material que se asemejaba a un explosivo plástico, además de un *display* muy llamativo.

En esa pantalla aparecían unos dígitos en rojo, señalizando una cuenta atrás sin sonido que llegaría a cero a las 03:05 de la madrugada. Los habían programado de ese

modo para asustar a cualquiera que tuviera la mala suerte de encontrarlos o, si todo salía bien, para que el personal de emergencias o la policía no se jugaran el tipo sin saber lo que contenía el artificio mecánico. El conjunto visualmente daba el pego, aunque un artificiero desmontaría la patraña en pocos segundos. Y eso era lo que pretendían ellos para ralentizar los movimientos de la policía.

De vuelta al piso franco, Astrid se quitó la ropa antes de dirigirse al baño. Se lavó como pudo antes de situarse en su puesto para dirigir el ataque, con el pulso todavía acelerado. Quedaban escasos segundos para las dos de la madrugada y requerían sus servicios al pie del cañón. Desde allí controlaría la exigente operación que estaba a punto de comenzar.

Había llegado el momento de la verdad. Sus compañeros abandonarían la base de Illescas, camino de la zona noroeste de Madrid, antes de dirigirse hacia su objetivo principal: el primer sótano de las Colecciones Reales, el nuevo y flamante museo español que ellos pensaban desvalijar esa misma noche.

El momento supremo

Alrededores de Illescas (Toledo), madrugada del 8 de septiembre de 2018

Como buenos profesionales, no debía afectarles ese momento inicial en el que la zozobra se instala en el organismo mientras procura dirigir sus movimientos. Marco y sus hombres ya se habían enfrentado en numerosas ocasiones a golpes igual de arriesgados, aunque el atraco a las Colecciones Reales contaba con algunos componentes diferentes que lo hacían único. De ahí esa pequeña sensación de desasosiego que Chiesa no quiso compartir con sus compañeros para no añadir más leña al fuego. Después de varias trifulcas y numerosos problemas, solo debían concentrarse en su objetivo. Y para ello se ceñirían al plan establecido sin desviarse ni un milímetro.

—¿Está todo preparado, Rambo? —escuchó decir a su ingeniero en voz alta.

El galés asintió y los cuatro hombres se dirigieron hacia uno de los laterales de la nave. Habían limpiado a conciencia las estancias utilizadas y recogido todo el material, a expensas de que llegara la brigada enviada por McNulty para deshacerse de cualquier tipo de rastro de su presencia. Con suerte, en unas horas, se encontrarían muy lejos de allí y con una suculenta prima en el bolsillo después de cumplir con su cometido.

—¿Qué os parece? —preguntó el exmiembro del SAS—. Creo que da el pego, ¿no?

Nos lo hemos currado bien, nadie podrá decir que no pertenecemos al servicio de emergencias de Madrid.

Rambo les mostró orgulloso el fruto de su trabajo. Se trataba de un flamante helicóptero Airbus H145, el mismo modelo con el que trabajaban en el Summa 112, Servicio de Urgencias Médicas de la Comunidad de Madrid. La idea de Heisenberg no funcionaría si no contaban con el mismo equipamiento que la organización pública, por lo que Enzo habló con McNulty para proponerle una complicada lista de deseos. El millonario escocés puso el grito en el cielo en primera instancia, pero al final todos quedaron contentos con los resultados.

El coste de un aparato de dichas características rondaba los nueve

millones de dólares, así que terminaron por alquilar uno a través de un testaferro de McNulty.

Necesitaban contar con el helicóptero durante varios días y muy posiblemente no lo devolverían en óptimas condiciones, por lo que pagaron una cantidad extra a modo de fianza que nadie esperaba recuperar.

Para empezar, porque habían tenido que tunear el equipamiento completo. Pintaron el fuselaje de amarillo antes de colocar las banderas, la española y la de la comunidad de Madrid, en los lugares adecuados. Y, por último, las siglas A112, para identificar claramente el helicóptero como una de las unidades móviles del servicio de emergencias.

Chiesa recordó las explicaciones de Heisenberg para venderles la propuesta, una idea descabellada que rechazaron al principio, hasta acabar convencidos por la rotunda firmeza de los argumentos del ingeniero alemán. Se trataba de una locura, algo arriesgado y totalmente fuera de lugar. Y tal vez por todas esas razones se convertiría en su mejor baza, la manera más segura de efectuar el golpe con éxito y escapar sin que nadie pudiera atraparles.

—Ya habéis visto la explanada entre el Palacio Real y las Colecciones Reales, el lugar idóneo para aterrizar un helicóptero sin problemas. Es la mejor manera de acceder a la ubicación y, sobre todo, el único medio de escapar de allí con garantías. Las calles aledañas son una ratonera y la policía puede montar una operación jaula en cuestión de minutos. Si pretendemos salir de allí con un vehículo de cuatro ruedas, cargados además con el cuadro, nos pillarán antes siquiera de salir de esa plaza.

—¿Y desde el acceso situado en el tercer sótano? —preguntó Marco, rememorando los planos del edificio—. Ya sé que allí se ubica el puesto de control de la Guardia Civil, pero quizá tuviéramos una oportunidad.

—Muy complicado, Enzo, no lo veo. Primero, deberíamos bajar con el cuadro dos plantas más antes de salir al exterior junto a los jardines. Después, eludir el control de los guardias civiles con la presión añadida de los vigilantes del museo. Y, para terminar, tendremos que escapar por unas callejuelas repletas de curvas y virajes que no conocemos bien. Y, aun así, nos cazarían como a conejos un poco más adelante. No nos quedaría más remedio que incorporarnos a la M-30, la vía de circunvalación que rodea la almendra central de Madrid, con

lo que nos convertiríamos en presa fácil. Una carretera llena de túneles y medianas, con multitud de cámaras por todos lados, no me parece la mejor opción de huida.

—¿Y seguro que podremos sobrevolar la ciudad sin llamar la atención? —preguntó Rambo, que iba a encargarse de pilotar el aparato.

—En Nueva York y otras ciudades puedes alquilar un helicóptero y sobrevolar la ciudad de forma particular. Eso en Madrid es imposible, el tráfico aéreo se controla desde el CTR del Aeropuerto de Barajas. Los únicos vehículos permitidos serían helicópteros de la policía, de Tráfico y, en algunas ocasiones, de alguna cadena de televisión, sobre todo para retransmisiones deportivas. Sin contar con los servicios de emergencias, claro, que será la excusa que utilicemos nosotros.

Heisenberg les detalló su plan. Cuando un ciudadano avisa al teléfono 112 por una emergencia y solicita asistencia sanitaria inmediata, el SUMMA madrileño cuenta con varios tipos de recursos móviles. En ocasiones, por ejemplo, para rescatar a un montañero accidentado y llevarlo después a un hospital, un helicóptero preparado puede acceder a lugares a los que una ambulancia no puede llegar, trasladando al herido en mucho menos tiempo si las condiciones meteorológicas lo permiten.

—Ese será nuestro caballo de batalla, la coartada perfecta. Llevaremos a un accidentado. Puede ser un senderista que se ha perdido en la sierra de Madrid o alguien que ha sufrido un accidente grave de tráfico y llama al 112 para avisar de su problema.

La base de operaciones del Summa se encuentra junto al parque de bomberos de Las Rozas, en la zona noroeste de la provincia, por lo que nos dirigiremos hacia allí en un primer momento. Aterrizaremos en un descampado cercano y, antes de que nos localicen, despegaremos como si nos dirigiéramos a una misión real con parada provisional en algún lugar de la sierra y destino definido: el helipuerto del hospital Doce de Octubre, al sur de la capital.

Heisenberg les mostró en un mapa los diferentes puntos por los que tendría que pasar el helicóptero para que la coartada sonara plausible. Saldrían de la base de operaciones real del Summa 112, camino de la cercana sierra de Guadarrama, antes de encaminarse a toda velocidad hacia uno de los hospitales más conocidos de Madrid, donde supuestamente depositarían al herido para que fuera atendido por los facultativos.

—Pero ¿no se darán cuenta desde la torre de control? —preguntó angustiado el piloto.

—No te preocupes, conseguiremos los códigos para comunicarnos correctamente tanto con el aeropuerto de Barajas como con el hospital de destino. Será entonces el turno de Enzo, tendrá que desempolvar su dominio del español para hablar con los controladores. Y camuflar al máximo su maldito acento italiano —bromeó el ingeniero.

—Eso es pan comido, no hay problema —respondió Enzo—. ¿Y cómo procederemos después?

—Como imaginaréis, jamás llegaremos a ese helipuerto y aterrizaremos junto a la entrada principal del museo. Menos de cinco minutos después abandonaremos el lugar y pondremos rumbo a Portugal antes de que las autoridades se percaten del engaño.

Esa pequeña ventaja nos permitiría salir del radar del CTR en pocos minutos. Tardarán bastante en hablar con la policía u organizar una persecución aérea.

—Todo eso está muy bien, pero sigo con dudas. El aterrizaje de un helicóptero en pleno centro de Madrid llamará la atención a esas horas de la madrugada, alguien puede sorprenderse y avisar a la policía. El mundo está lleno de buenos samaritanos y gente que no tiene otra cosa mejor que hacer, no podemos soslayar ese punto.

—No te agobies, Enzo, no creo que eso suceda. A esas horas de la noche la plaza de la Armería es una explanada bastante solitaria. Puede que alguien vea el helicóptero, pero tras comprobar el color amarillo del fuselaje y el logo del SUMMA 112 su subconsciente lo asociará a algún tipo de emergencia y no se preocupará demasiado. Tal vez los curiosos se vean tentados de acercarse para ver lo que sucede, pero las aspas del rotor en movimiento no permitirán muchas alegrías. Tranquilos, no creo que haya problemas en ese sentido. Tendremos que preocuparnos más por los guardias civiles que se encuentran tres plantas más abajo de la entrada, en el puesto de control anexo a los jardines.

—¿Tienen manera de escalar esa pared de algún modo y llegar en pocos segundos hasta el helicóptero? Recuerda que Rambo permanecerá allí solo, a la espera, y no es plan de que se le presenten allí dos guardias armados sin invitación.

—Descuida, eso no es posible. No creo que tengan dotes de alpinistas, y el único modo de llegar hasta nuestra posición sería abandonar su

puesto, algo que tienen totalmente prohibido. Después tendrían que entrar al edificio desde la puerta de acceso que comunica con el tercer sótano y subir de nuevo hasta la superficie, ya sea por las rampas o en el ascensor. Para cuando llegaran al vestíbulo, nosotros ya nos habríamos marchado, o eso espero.

—Dependemos de vosotros, tenemos el tiempo muy justo. Si no lográis abrir la puerta principal a la primera y os desembarazáis del cristal de protección, se nos echarán encima. Abraham nos cubrirá mientras tanto y yo permaneceré también atento, pero sigo sin verlo claro.

—Solo tendremos que preocuparnos de los vigilantes del interior del edificio, y te aseguro que no pertenecen a cuerpos de élite como nuestros hombres. Los guardias civiles pueden estar algo más preparados, pero estarán cansados del turno de noche y la situación les sobrepasará. Se encontrarán demasiado lejos del objetivo y se limitarán a informar, ni siquiera creo que intervengan.

—Por si acaso, no aterrizaré cerca del mirador que se asoma al vacío desde los jardines. No vayan a aparecer por allí debajo los guardias y nos disparen a lo loco.

—Me parece buena idea, Rambo. ¿Y los señuelos de Björk?

—Serán nuestro seguro de vida —aseguró Heisenberg—. Cuando el teléfono de emergencias reciba varias llamadas simultáneas alertando de múltiples bombas activadas en el centro de la ciudad, las autoridades se volverán locas. Por protocolo, tendrán que actuar primero los artificieros, y hasta que ellos no lo vean claro, no permitirán a nadie pasar por allí. Eso bloqueará la llegada de policías, ya sean municipales o nacionales, por lo que no podrán organizar la captura hasta que ya sea demasiado tarde.

—Veo que lo tienes todo pensado, ojalá fuera tan fácil como lo pintas. Sabemos que pueden surgir otro tipo de complicaciones —dijo Chiesa.

—Confiemos en nuestra buena suerte por una vez. Si hubiera tenido más tiempo me habría encargado también de sabotear las bases de helicópteros de la policía para que no pudieran perseguirnos, pero creo que tardarán en percatarse del engaño desde el hospital y el CTR. Contamos con una ventana de oportunidad que hay que aprovechar al milisegundo. Tenemos que sincronizar nuestros movimientos y no cometer un solo fallo. Cualquier error dará al traste con la operación, nos jugamos mucho.

Esa noche, Marco Chiesa arengó a sus hombres para acometer el

operativo en las condiciones óptimas. Se fijó en que Brennan parecía más serio de lo habitual, lejos del bromista que en ocasiones les sacaba de quicio a todos, e incluso Rottman permanecía callado y muy concentrado. No quiso provocar de nuevo al israelí, ya tendrían tiempo de ajustar las cuentas tras su grave desobediencia; ahora prefería centrarse en su objetivo.

Todos se habían vestido con ropa táctica negra, botas militares y pasamontañas oscuros. Con el aparato que les servía como intercomunicador colocado en la oreja, los cuatro hombres se subieron al helicóptero con el ánimo por las nubes. Chiesa comprendía que la responsabilidad y la preocupación podría abrumarles en algún

momento, pero confiaba en aquellos hombres, que ya le habían demostrado sus habilidades en numerosas ocasiones. Había llegado la hora de enfrentarse a su mayor reto y se sentían preparados para lograr la victoria total.

—Björk ha colocado los señuelos sin novedad y se encuentra ya en su puesto, controlando toda la operación —informó el ingeniero alemán —. Es hora de partir, chicos. ¡Nos espera la gloria!

Chocaron las manos como señal de camaradería y para insuflarse ánimos, mientras ocupaban los asientos del helicóptero después de colocar a su lado el material necesario para la misión, incluido el artilugio mecánico que les serviría como carrito de transporte. Habían habilitado también, en la parte posterior del aparato, una zona diferenciada de carga en la que cabría el lienzo de Velázquez, a ser posible sin el armazón de cristal reforzado que lo protegía en esos momentos. Ya cruzarían ese puente cuando llegaran a él, pensó el jefe de la banda; no podían perder más tiempo.

Pulsaron el mecanismo que abría el techo, instalado en el hangar anexo que custodiaba el helicóptero, dispuestos a abandonar la finca para siempre. Rambo encendió los motores, todos se colocaron los auriculares para estar también comunicados dentro del helicóptero y salieron al cielo estrellado de una noche para la historia.

Siguieron las directrices del plan de Heisenberg, con Brennan a los mandos del aparato y Enzo como copiloto y responsable de las comunicaciones. Björk se encargó de controlar las comunicaciones entre el CTR, el centro de emergencias del 112 y la verdadera base de helicópteros de Las Rozas, por si surgía cualquier inconveniente al simular la recogida de un herido.

Desde las inmediaciones de Las Rozas se dirigieron hacia El Escorial y fijaron rumbo en dirección a Guadarrama. Desde ahí, Enzo llamó al CTR, comunicando que tenían un aviso para recoger a un herido grave por accidente de tráfico en la carretera M-600 y llevarlo al hospital Doce de Octubre. La torre de control dio su consentimiento sin mayores problemas. Heisenberg les había explicado que desde el CTR no se iban a preocupar en llamar al 112 ni al puesto de la Guardia Civil más cercano, bastante jaleo tenían con atender una centralita semejante. Se limitarían a controlar el tráfico aéreo, no averiguarían si existía de verdad un accidente tan grave en el que los bomberos tuvieran que excarcelar el cuerpo de una víctima para trasladarla con urgencia al hospital.

Tras simular la recogida en esa zona de media montaña, regresaron de nuevo hacia la capital. Brennan había estudiado bien los mapas y contaba con un navegador a bordo, por lo que no tuvo mayor problema para orientarse. Mantenía el aparato a baja altura y se aproximó a la ciudad sobrevolando el pulmón verde de Madrid, la Casa de Campo. Una enorme área forestal que les permitiría llegar hasta el mismo centro de manera más segura.

Tras dejar atrás el lago famoso de aquel parque llegaron al peor momento del vuelo.

Tendrían que atravesar el Manzanares y la M-30, la carretera que discurría paralela al río, en ocasiones soterrada y otras veces en superficie, para dirigirse en línea recta hacia su objetivo. Ya habían perdido demasiado tiempo con las maniobras de distracción en la zona noroeste de Madrid y decidieron acortar por el camino más recto.

El controlador de Barajas quiso conocer su posición actual, pero Enzo bajó el volumen del intercomunicador sin contestar. En breve, en el CTR se darían cuenta de que no se dirigían hacia el hospital, por lo que tendrían que acelerar sus movimientos.

Brennan entendió entonces el gesto del jefe de la banda y el piloto se preparó para las maniobras de aproximación.

Segundos después se encontraron sobre la vertical de los jardines del Campo del Moro, a escasos metros de su destino. Desde allí, los guardias civiles del puesto de control anexo al parque de Atenas podrían verlos, por lo que esperaban que el camuflaje como helicóptero del Summa 112 les permitiera confundirlos, por lo menos durante un tiempo.

El exmilitar galés aterrizó el aparato en la explanada aledaña al acceso principal de la Galería de las Colecciones Reales. Procuró no acercarse mucho al borde para no ser vistos desde abajo, pero la cercanía de la reja que separaba ese mirador de la catedral de la Almudena le complicó un poco la aproximación. Él había cumplido con su misión, había llegado el turno de sus compañeros.

28

El precio de la verdad

Complejo policial de Canillas (Madrid), 7 de septiembre de 2018

La situación había cambiado en las últimas horas. Por fin Bermejo disponía de armas suficientes con las que doblegar a su enemigo. Ortega había permanecido incólume durante toda la tarde, sin inmutarse lo más mínimo ni querer hablar con nadie hasta que no llegara su abogado. El inspector sabía que el detenido se encontraba en todo su derecho, pero habían dilatado un poco el momento de llamar al teléfono facilitado por el sospechoso.

El miembro de la UDEV jugaba con los tiempos, a sabiendas de que podría ganarse una fuerte reprimenda de sus superiores en el escalafón, por no hablar de una querella de Ortega por vulneración de sus derechos. Como perro viejo sabía que, una vez estuviera el abogado en sus instalaciones, el delincuente se cerraría en banda siguiendo sus instrucciones. Por lo menos hasta que el jurista se hiciera una composición de lugar, hablara con su cliente y conociera los cargos que pretendían imputarle.

Por fin habían obtenido el consentimiento judicial, por lo que sus hombres contaban con la pertinente orden de registro que les permitiría poner patas arriba aquella casa de Perales del Río. Decidió tocarle entonces las narices al detenido, por si así se ablandaba un poco.

—¿Necesitas algo, Ortega? Ya es tarde e imagino que tendrás hambre, voy a ver si puedo conseguirte algo de cena.

El interpelado ni siquiera reaccionó, mantuvo la cabeza agachada sin querer enfrentarse a la mirada del policía. Bermejo decidió entonces utilizar su última baza.

—Por cierto, te felicito. Mis chicos no han encontrado nada relevante en tu casa, se ve que la tenías limpia como una patena. Y tampoco podrás acusarnos de allanamiento o cualquier otra tontería, un juez nos ha dado su autorización para desmontar ese lugar si hace falta.

Ortega levantó entonces el rostro, satisfecho al parecer por la información recibida.

Gesto que le cambiaría en escasos segundos, gracias a la mala leche del inspector.

—Eso en las plantas visibles, claro. Acabamos de dar con tu preciado tesoro. Nos costó encontrar la trampilla escondida, el sótano estaba muy bien camuflado. Su construcción no aparece en los planos originales ni se ve a simple vista desde el exterior, imagino que la obra te costaría un ojo de la cara. Seguro que los chicos de la UDEV

encuentran alguna cosilla allí escondida.

—No pueden…

Bermejo dejó al sospechoso con la palabra en la boca y cerró de nuevo la puerta.

Esperaba que Ortega comenzara a derrumbarse. De momento ignoraba lo que encontrarían sus hombres en el interior de aquella madriguera tan bien escondida, solo confiaba en que dieran con rastros suficientes para encerrar entre rejas al delincuente durante muchos años.

El inspector no olvidaba tampoco que un asesino seguía suelto por las calles de Madrid. Según Roncero, quizá el sicario perteneciera a la misma banda del Fantasma, un grupo internacional de atracadores que tal vez se vieron amenazados por la presencia de otro ladrón de guante blanco en la misma ciudad. Decidió llamar a Priego, que se había quedado coordinando el registro en Perales del Río.

—¿Cómo marchan por allí las cosas?

—Muy bien, inspector. El tío lo tenía muy bien montado, menuda cueva de los ladrones había organizado en el sótano. Los técnicos se han llevado una caja fuerte a ver si consiguen abrirla, ahí habrá algo interesante seguro. Por no hablar del equipamiento informático, esto parece la NASA. Los de la brigada de investigación tecnológica van a tener tajo para desentrañarlo todo, aquí hay discos duros y otros dispositivos electrónicos que guardarán información interesante.

—Perfecto, a ver si es verdad, aunque eso nos llevará tiempo. ¿Algo más concreto que podamos echarle en cara ahora mismo?

—De momento ya hemos dado con una ristra de pasaportes y otros documentos de identificación falsos, aparte de cien mil euros en metálico. Tenemos también a dos miembros de la Brigada de Patrimonio inspeccionando documentación que hemos encontrado, además de utensilios, herramientas y otro tipo de objetos que han podido servir para sus falsificaciones de arte. En cuanto tengamos algo concreto se lo haré saber, no se preocupe.

—Ok, Priego, buen trabajo. Ya sé que la jornada de hoy se está alargando demasiado, este trabajo es así. Vamos a ver si cerramos bien el caso, lo empaquetamos con un lazo y podemos poner al señor Ortega a disposición judicial con las pruebas suficientes para que lo enchironen.

—No se preocupe, inspector, aquí tenemos todavía para rato. Por cierto, hablé también con mi contacto en el Ayuntamiento y con los compañeros de Tráfico.

Seguimos sin ninguna pista fiable del motorista. Parece que el tío se ha esfumado, siento no poder darle mejores noticias.

—Tranquila, me lo imaginaba. Ese tipo es un profesional y no se va a dejar pillar tan fácilmente. Quizá a través de Ortega obtengamos más resultados, yo mantengo todavía la esperanza. Buen servicio, Priego, seguimos en contacto.

Tampoco quería torturar al profesor universitario, por lo que hizo que le llevaran un bocadillo y una botella de agua, por lo menos para que pasara el mal trago y rumiara despacito la última información compartida con él. Bermejo también acusaba el cansancio después de una jornada agotadora, por no mencionar que seguía convaleciente de un disparo, por muy superficial que fuera la herida. Tiraba de adrenalina para seguir aguantando sin querer pensar en nada más, como por ejemplo, la fecha de nacimiento que aparecía en su carnet de identidad.

Macarena también le había llamado en un par de ocasiones. Primero, por la preocupación natural de su pareja, acostumbrada a un trabajo en el que los más allegados siempre sufrían de más. Y segundo, por si podía echar una mano gracias a sus contactos, ya fuera en la magistratura o a través de su amiga Asunción, la inspectora jefe Herrera, con la que la UDEV ya mantenía una estrecha colaboración por las características del detenido.

Bermejo la calmó asegurándole que se encontraba mejor de lo que en realidad se sentía. Sabía que ella no se tragaba sus mentiras piadosas en un momento en el que le entraban ganas de olvidarse de todo y pedir la jubilación anticipada. El arrebato le duraba unos pocos minutos, nada peligroso ni demasiado fuera de lo común; ya estaba acostumbrada a lidiar con sus inseguridades y sus cambios de humor. Y de pronto volvía a sentirse lleno de energía, dispuesto a todo por cerrar un caso más y apartar de las calles a criminales de diferente calaña.

Ese chute de optimismo le ayudó a sobrellevar mejor una jornada que se acercaba ya a la medianoche. Para su alegría, recibió entonces un aviso desde la garita de entrada,

donde alguien preguntaba por él. Cuando supo que se trataba de Pablo Roncero, le pidió al compañero del puesto de control que le indicara a su amigo donde encontrarle.

—Buenas noches, Pablito. Iba a decir que me alegro de verte, pero no sé yo si esa cara que traes implica necesariamente buenas noticias.

—Lo siento, inspector, llevo un día de locos. Creo que por aquí también han estado entretenidos.

El veterano policía y el guardia civil en excedencia se pusieron al día sobre las operaciones realizadas después de su última comunicación. Al parecer, Roncero no había logrado averiguar nada sobre el escondite de la banda del Fantasma. Por su parte, Bermejo le comentó las novedades sobre el presunto ladrón conocido por Erik el Niño.

—Al final teníamos razón, el dichoso profesor universitario era el mismo tío que estuvo vacilando al personal del museo durante todo el verano. Espero que hallen pruebas concluyentes, la verdad es que esa dualidad me sorprende bastante en un tipo con sus características.

—¿A qué te refieres? No será otra de tus zarandajas psicológicas, sabes que me suelo perder con tus explicaciones al respecto.

Bermejo recordaba que una de las virtudes del antiguo miembro de la UCO era su capacidad para desentrañar la mente de los criminales. Como psicólogo de carrera con experiencia contrastada en numerosos casos, Roncero era capaz de establecer el perfil psicológico de cualquier sospechoso. Aparte de sus numerosos estudios y cursos especializados, como los realizados como *profiler* en el FBI y otros más recientes en la Interpol, Roncero se había enfrentado a peligrosos criminales e incluso a sanguinarios asesinos en serie. De ahí su fijación por la psique de sus adversarios.

—Bueno, algo así, Bermejo. La cabra tira al monte, no lo puedo evitar. Lo decía porque me sorprende esa doble vida en un tipo como Ortega. Un hombre aparentemente apocado, anodino, poco empático y con algún rasgo cercano al espectro autista, por lo que me ha comentado. Y, sin embargo, en su personalidad más desconocida se transforma en alguien capaz de ejecutar con maestría un golpe tan arriesgado como el robo de los códices de Da Vinci.

—No sé, el experto eres tú, yo no me meto en esos temas. Con pillarle me vale, no me da la cabeza para tanto a estas horas de la noche. Seguro que te encantaría diseccionar su mente, real o metafóricamente hablando, pero no tenemos tiempo. Eso sí,

si quieres, me puedes acompañar a la sala de interrogatorios. Si te parece, podemos tocarle un poquito las narices mientras llega su abogado, a ver si sacamos algo en claro.

—Ya sabe que no podemos interrogarle sin la presencia de su abogado, no querrá que luego se libre de la condena por un defecto de forma.

—No te preocupes, muchacho. Será solo un breve intercambio de pareceres, para ponerle un poquito nervioso, nada más.

—De acuerdo, pero sin pasarse, que nos conocemos.

Justo en ese momento llegó el abogado solicitado por Ortega y el policía frunció el ceño, tendría que cambiar de estrategia a partir de ese momento.

—Por cierto… —añadió Roncero—, estaré también pendiente de Nadia, la pobre está pluriempleada y creo que todavía sigue trabajando a estas horas de la noche. Al parecer, se ha picado con la *hacker* que supuestamente controla el operativo del Fantasma, anda tras su pista. Si encuentra algo que nos pueda servir me llamará, ojalá podamos acabar con esta pesadilla cuanto antes.

—Genial. Y, además, me has dado una idea. Vamos a ponerla en práctica, igual conseguimos el premio gordo.

El miembro de la UDEV le explicó a Roncero lo que tenía en mente, por si el ataque conjunto de los dos contra el sospechoso lograba su objetivo. Quizá con un pequeño incentivo lograrían sacar al detenido de su caparazón. Los dos amigos se dirigieron entonces hacia la sala de interrogatorios, acompañados del letrado. Bermejo había tenido cuidado de utilizar la misma estancia que Ortega ya conocía del día anterior, cuando le dejaron a solas con el expediente que acabó por delatarle. Tal vez el profesor universitario no se dejara amilanar por chorradas de ese estilo, pero no perdían nada por probar. Así le obligaban a pensar, y un cerebro científico con su capacidad, encerrado en aquella habitación sin ventanas ni ventilación, podría colapsar solo por darle demasiadas vueltas a las cosas. Solo les quedaba encontrar el punto justo para quebrarle y obtener una confesión en toda regla.

—Hola de nuevo, Julio. Espero que hayas cenado bien, tenemos todavía una noche muy larga por delante.

—¿Y mi abogado? —preguntó entonces Ortega, sin quitarle ojo a Roncero.

—Tranquilo, ya está aquí. Se ha quedado un momento fuera, atendiendo una llamada —replicó Bermejo—. Ya veo que te ha impresionado mi acompañante, y no me extraña. ¿Quieres que te lo presente?

El detenido se encogió de hombros y Roncero aprovechó para pasearse por la sala con gesto circunspecto. Vestido con un traje de corte impecable, con esa planta y su porte, imponía solo con su presencia. Bermejo se fijó en la actitud de Ortega, al parecer algo intimidado por su compañero. En ningún momento le habían dado a entender que el recién llegado fuera a ejercer de poli malo o utilizar la fuerza bruta para obligarle a confesar, pero contemplar su fachada desde abajo, sentado en aquella silla tan incómoda colocada a baja altura, imponía al más templado.

—Ya lo hago yo, inspector, no se preocupe. Mi nombre es Pablo Roncero y soy agente de la Interpol. Mi organización está muy interesada en usted, señor Ortega, y quería conocerle en persona. Nos tiene muy impresionados, la verdad.

—No sé de qué me habla. Y ni siquiera sé si esto es legal. Ya le he dicho al inspector que no pienso decir nada sin la presencia de mi abogado. ¿Pueden decirle que pase?

—No te pongas nervioso, me ha dicho que entra en un momento. ¿Quieres un poco más de agua? Creo que el conducto de aire acondicionado no funciona bien en esta sala y veo que estás un poco acalorado.

Bermejo siguió con su estratagema mientras contemplaba como las gotas de sudor comenzaban a perlar de nuevo la frente del sospechoso. Así que siguió atacando sin piedad.

—Por cierto, no le hagas caso, Julio. Mi amigo no es mucho de alardear, pero se ha quedado corto con la presentación. Igual has oído hablar en alguna ocasión del teniente Roncero, uno de los mejores hombres de la UCO. Es cierto que ahora tiene mando en plaza en la Interpol, todo un honor que un pez gordo de la policía europea venga a verte, ¿verdad? Ten cuidado, Pablo es experto en mentes tenebrosas como la tuya. Se ha enfrentado a *serial killers* y a criminales de la peor

calaña, así que te tiene más que calado, no vas a poder engañarle.

El profesor universitario tragó saliva, sin saber si mirar al policía o al miembro de la Interpol. Su actitud y su lenguaje corporal evidenciaban su malestar, por lo que continuaron apretándole.

—El inspector Bermejo exagera, señor Ortega, no se lo tenga en cuenta. Como le decía, estamos muy interesados en sus logros, nadie daba un duro por su participación en estos hechos. Y, sin embargo, aquí estamos, con pruebas concluyentes contra usted.

Nos parecía imposible que alguien con su perfil pudiera realizar un golpe tan magistral como el de los códices de Leonardo.

—No tengo nada que ver con ese asunto, ya se lo he dicho a su amigo —intentó replicar con aplomo el detenido, sin lograr que su intervención sonara contundente.

En ese instante accedió a la sala el abogado, que torció el gesto al ver la escena que allí se estaba desarrollando.

—Buenas noches. Imagino que no estaban interrogando a mi cliente sin la presencia de su abogado, ¿verdad?

—Tranquilo, no se preocupe —intervino Bermejo—. Solo nos estábamos conociendo, sin entrar en materia. De todas maneras, esto puede ir deprisa si su cliente colabora, así que vayamos al grano.

—El inspector lleva razón, no perdamos más el tiempo. Responda de una vez, Ortega. ¿Dónde se encuentran ahora mismo las piezas originales? Las imitaciones no estaban mal, una copia barata para turistas despistados. Cualquier advenedizo del Rastro podría hacerlo mejor, entiendo que no ha sido su mejor obra. Eso sí, logró burlar la vigilancia del museo y llevarse las piezas auténticas, de eso sí que puede estar satisfecho.

El sospechoso acusó el golpe dialéctico y su organismo reaccionó sin que pudiera disimularlo. Le había dolido la diatriba de Roncero y su rostro comenzó a congestionarse, adquiriendo una tonalidad rojiza que podía deberse tanto al cabreo como a la vergüenza por escuchar semejantes palabras sobre su obra, de la que estaba muy satisfecho. Bermejo aprovechó para intervenir, lo tenían a punto de caramelo.

—Venga, Julito, no te cabrees. Roncero no lo decía a mala leche, ya has visto que ha venido desde Lyon expresamente a conocerte. Yo no entiendo mucho de arte, tú mismo me lo indicaste, seguro que diste lo

mejor de ti al realizar el encargo. Como inspector de la UDEV me dedico a otras cosas y puedo adelantarte algo sobre ese sicario que te persigue por medio Madrid.

—Eso no es de mi incumbencia, inspector —intervino Roncero—. Mis jefes están más interesados en el robo y tráfico ilegal de obras de arte en nuestro continente, y ahí

puede ayudarnos el señor Ortega. No obstante, no sé si sería prudente adelantarle al detenido ese dato. Ya sabe que la relación entre ambos hechos y la otra investigación que lleva a cabo mi equipo no ha sido demostrada al cien por cien.

—Caballeros, por favor… —quiso terciar el jurista.

La mirada de Ortega mostraba confusión, atolondrado ante la conversación que mantenían los dos miembros de los cuerpos de seguridad en su presencia, sin que el abogado pudiera hacer gran cosa. Bermejo echó entonces el sedal, con el anzuelo incluido, en busca de la pieza más codiciada.

—Venga, Pablo, no vamos a putear así a nuestro invitado, ya lo hemos hablado. No pretendo insultar la inteligencia de un destacado científico, miembro de un claustro universitario tan importante como el de la facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense.

—No siga por ahí, inspector. No me han dado permiso para…

—Venga, no seas aguafiestas. Ya hemos visto su equipamiento informático y sus dotes de *hacker* para colarse en el sistema BMS del museo, sin mencionar el arriesgado plan que llevó a cabo para hacerse con las piezas de Da Vinci. Un operativo de esa envergadura requiere inteligencia, planificación, audacia y un punto de locura, por no hablar de la maestría a la hora de crear las copias y colarlas por los originales. Casi que me dan ganas de aplaudir al arrogante imitador de Erik el Belga, si no fuera porque es un hombre con una diana sobre su cabeza.

—Les ruego que se ciñan al asunto que nos concierne. Si siguen así me veré obligado a detener el interrogatorio si no se aseguran las garantías procesales de mi cliente.

—Inspector, le pido por favor que no continúe —contestó Roncero, ignorando al experto en leyes—. Somos amigos, pero no creo que mis jefes en la Interpol lo aprueben.

Mejor lo hablamos fuera y…

Bermejo observaba los gestos y las reacciones del detenido. Parecía perdido, no sabía lo que estaba pensando. A veces se mostraba enfadado, a punto de saltar, como cuando le espetaron en su cara que era un vulgar imitador de un ladrón de fama mundial. Otras veces se mostraba cabizbajo, con la moral por los suelos. Y, sin embargo, creía que la conversación le interesaba, la curiosidad le devoraba por dentro. Ortega quería averiguar lo que de verdad le ocultaban y ellos no hacían más que jugar al gato y al ratón en un alarde de crueldad innecesaria.

—Hombre, creo que debería saberlo. Yo me preocuparía si supiera que un exmiembro de las fuerzas especiales, actual integrante de una banda internacional de atracadores, me tiene en el punto de mira. El otro día le salve el pellejo, pero no creo que pueda seguir protegiéndole. Ni en la cárcel, ni fuera de ella. A no ser que nos diera algo a cambio, claro.

—Por favor, inspector, no me haga enfadar —intervino Roncero con gesto airado—.

Esto sobrepasa sus competencias, no puede inmiscuirse en una investigación de la Interpol. Lo de la banda del Fantasma es cosa nuestra, no vamos a discutir ahora por este asunto.

—Perdonen, ¿de qué están hablando?

Bermejo miró a su amigo con una sonrisa triunfal, se encontraban muy cerca de la meta. La voz entrecortada del detenido casi ni se escuchó en aquella sala tan cargada en la que dos investigadores acorralaban a un tercer hombre que parecía a punto de claudicar. El que sí se hizo notar fue al abogado, fuera de sí, asegurando que iba a elevar una queja formal por el comportamiento de los policías.

—No le hagas caso, a veces el teniente Roncero es un poco rígido. Aquí estamos entre amigos, Julio, no te preocupes. Solo tienes que entregarnos las piezas robadas y te pondremos protección. Incluso podríamos conseguir un buen acuerdo con el fiscal si pudieras darnos más información, aparte de confesar el robo y entregar los códices, claro.

—Bermejo, esto pasa ya de castaño oscuro. No le consiento que…

—Venga, Roncero, si nuestro amigo quiere colaborar. No podemos dejar a un pobre hombre sin protección ante asesinos desalmados,

somos servidores de la ley.

—Disculpen, esto tendré que consultarlo con mi abogado. Puedo darles detalles de algunos golpes que quizá les interesen. Aparte de los datos del conseguidor, el hombre que está detrás de esos encargos y la ubicación de muchas de esas piezas extraviadas. Si me consiguen la inmunidad total y acceso prioritario al programa de protección de testigos puedo alegrarles el día. Hablen con la fiscalía, no abriré la boca hasta que tenga el acuerdo firmado por escrito y lo consulte con mi abogado.

—Eso es imposible, Ortega, y usted lo sabe —contestó Roncero—. Conozco el funcionamiento de la justicia española. Como mucho, podría lograr una rebaja en la condena por confesar sus delitos y aportar pruebas que ayuden en una investigación en

curso. Esto no es una película americana en la que el presidente le da el indulto total, no funciona así.

El detenido intercambió unas palabras en voz baja con su abogado, que no pareció muy conforme con la decisión tomada por Ortega.

—Quizá la Interpol podría interceder por mí. Tengo algo que tal vez les interese, seguro que podemos hacer un buen trato.

—De ninguna manera, no creo que tenga nada con lo que negociar. Si me disculpa, tengo otros asuntos que atender. Lo siento, inspector, todo esto me ha parecido una pérdida de tiempo.

Bermejo no le quitaba ojo al detenido, que a su vez observaba a Roncero mientras se marchaba. Estaban a punto de perderlo, quizá se habían excedido en su pantomima.

Hasta que escucharon una frase que les sonó a música celestial.

—Espere un momento, por favor. Tengo pruebas de que la banda del Fantasma pretende cometer un robo en las Colecciones Reales. Conozco su *modus operandi*, hemos tenido algún roce en el pasado y están a punto de dar el golpe.

—Eso ya lo sabemos, menuda novedad. No me haga perder más el tiempo. Bermejo, por favor, indíqueme la salida. Me están esperando en Barajas y no quiero llegar tarde para el vuelo que tenemos programado.

—De acuerdo, ustedes ganan —aseguró el ladrón ante la mirada

furibunda del letrado—. Puedo darles detalles de la identidad real del Fantasma. Y creo que también conozco al inversor que pone el dinero, el que ha encargado el cuadro. Les daré todo eso, más lo prometido anteriormente, pero con un acuerdo por delante.

Bermejo intentó disimular su alegría, habían conseguido doblegarle. Permitió que Roncero se marchara con dignidad y él asumió la culminación del interrogatorio.

—Ya veremos, a ver si el fiscal se aviene a negociar. Tendrá que ser una información jugosa y demostrable, que se pueda concretar. Y tal vez, si devuelve las piezas, entrega a su empleador, nos permite atrapar a la banda internacional y evitar otro robo, podamos conseguir un buen acuerdo. Llamaré ahora mismo a mi contacto en la fiscalía, imagino que no será fácil, y menos a estas horas.

—Usted consiga el acuerdo. Y tráigalo rápido para que lo revise con mi abogado cuanto antes. Quiero acabar con esto de una puñetera vez.

Entre unas cosas y otras, la noche avanzaba a cámara lenta. Bermejo y Roncero comenzaron a efectuar llamadas, despertando a más de un interlocutor en la madrugada del sábado. El inspector telefoneó después a la jueza Velasco para pedirle consejo, aparte de para comunicarle que no le esperara esa noche para dormir.

Amanecería un nuevo día antes de que pudieran abandonar las instalaciones de Canillas.

Bermejo se encargó de avisar también a la comisaria Munuera, mientras Macarena le aseguró que ella hablaría con Asunción Herrera. Con la fiscalía avisada, Roncero se comunicó además con sus responsables en Lyon, sus contactos en la UCO y en Patrimonio Nacional.

—Bueno, algo hemos avanzado. Sigo con una sensación extraña y no sé bien qué es.

No logro contactar ni con la directora del museo ni con la sala de control de las Colecciones Reales. Y Nadia me ha enviado antes un mensaje muy preocupante:

«Riesgo inminente de ataque».

—No creerás que van a robar esta noche el cuadro de Velázquez, ¿verdad?

—No lo descarto, todos los indicios apuntan en esa dirección. Espero que en el museo hayan tomado sus medidas, ya que no quisieron hacer caso de mis observaciones.

En ese momento escucharon golpes, gritos y sonidos de alarma en la sala central de guardia. Bermejo se acercó para averiguar lo que sucedía, con Roncero a su vera. Miró el reloj y comprobó que eran las tres en punto de la mañana. Cuando llegaron hasta la consola principal, en la que los compañeros controlaban las alertas que pudieran surgir en Madrid, se encontraron con un descontrol total. Algo gordo había sucedido.

—¿Qué ocurre, Pardeza? —preguntó Bermejo al oficial de guardia.

—No lo sabemos todavía, pero el 112 echa humo, según hemos podido saber. Hay varias alertas por el centro de la ciudad, esto es un caos. Nos estamos coordinando con los municipales, el SUMMA y demás. Creemos que varias bombas han sido colocadas en la zona, ya van para allí los artificieros.

—Joder, no puede ser, otra vez no —contestó apesadumbrado Bermejo al evocar tragedias pasadas que habían destrozado Madrid con atentados terroristas de diverso calado—. Activa todos los protocolos de emergencia, esto tiene prioridad absoluta.

Bermejo contempló la calma que parecía emanar del guardia civil en excedencia. Sus pulsaciones se habían disparado al escuchar la noticia y, por el contrario, Roncero se mostraba casi tranquilo, como si supiera algo que los demás ignoraran.

—Entiendo que se activen los protocolos y ojalá no sea nada grave. No obstante, a mí me suena a maniobra de distracción.

—¿De qué estás hablando? Por el amor de Dios, esto es gravísimo y tú…

—Son los ladrones, ahora lo veo claro. Mire los avisos, Bermejo, son bombas de humo. Han aparecido en Plaza de España, el Teatro Real y las inmediaciones de la Almudena.

—No te entiendo, de verdad, estoy muy espeso a estas horas.

—Rodean el museo, las bombas forman un perímetro a su alrededor. Quieren que los artificieros tomen el control e impidan que el resto de las fuerzas de seguridad se les acerquen. ¡Están atracando ahora mismo las Colecciones Reales!

El atraco

Galería de las Colecciones Reales (Madrid), madrugada del 8 de septiembre de 2018

La disciplina militar asumió el control y todo el equipo se comportó como un solo hombre. Con Brennan a los mandos del helicóptero recién aterrizado, Chiesa y sus dos compinches descargaron el material necesario para el ataque, atentos a las indicaciones con las que Björk dirigía el operativo desde su puesto de control. Se acercaron hasta la puerta principal empujando el carrito con el resto de las herramientas cargadas en el artilugio mecánico, dispuestos para el gran momento. Solo esperaban la señal definitiva para entrar.

—Todo despejado, compañeros. Acabo de desconectar las alarmas, daos prisa en reventar la puerta. No sé cuánto tardarán en resetear el sistema —informó Astrid.

—Perfecto, ya están con ello —replicó Marco—. ¿Funciona bien mi cámara? Espero que puedas tener también visión desde nuestra perspectiva. ¿Algún movimiento en el interior del museo?

Entre Heisenberg y Björk habían convencido al jefe para que se instalara una cámara frontal con la que ella pudiera contemplar el interior del museo desde su propio punto de vista. Según la informática, era la única manera de controlar la situación con las máximas garantías de éxito. Así que, aparte del pasamontañas, Chiesa se colocó una especie de visera como la de los mineros, con una linterna y una minicámara instalada.

Todo fuera por el bien de la misión, aunque el italiano se sentía un poco ridículo con todo aquel equipamiento.

—He engañado al sistema para que tarden en percatarse de la desconexión de las alarmas, pero veo nerviosismo en la sala de control. Supongo que ya se habrán enterado de la que hay montada en el centro. Al final, Heisenberg tenía razón. Entre el 112, los artificieros y el resto de policías, se está colapsando el centro sin que nadie sepa muy bien lo que sucede.

Marco apresuró a sus hombres, el segundero corría en su contra. Abraham colocó sus artefactos explosivos en los goznes de la puerta y consiguió abrirla sin demasiado escándalo. El rotor del helicóptero a

pleno funcionamiento silenciaba el resto de sonidos

a su alrededor, por lo que esperaban que los guardias civiles del puesto de control junto a los jardines no se hubieran percatado de la operación. Seguro que les sorprendió la llegada de un helicóptero de emergencias a la explanada superior y estarían intentando averiguar el porqué de su presencia en la plaza de la Armería.

—¡Vamos, vamos! —les urgió Heisenberg al franquear la puerta. Entre él y Marco empujaron el carrito hacia el interior del vestíbulo y lo atravesaron a toda velocidad mientras Abraham les cubría las espaldas.

Chiesa intentaba escuchar las indicaciones de Björk, acompañar al ingeniero y vigilar a su vez al exmiembro del Mossad, todo al mismo tiempo. Abraham había cumplido por el momento y se limitaba a controlar el perímetro con su rifle, cargado con dardos tranquilizantes. Chiesa sabía que el israelí llevaba escondida una pistola y su cuchillo de combate, detalles por los que no quiso desautorizarle más. Solo esperaba que no tuviera que utilizar esas armas y pudieran salir de allí sin derramar ni una gota de sangre, ya fuera suya o ajena.

—¡Atención, chicos! —gritó la informática por el pinganillo—. Se acercan varios individuos dispuestos a cortaros el paso; han debido de escuchar el alboroto o los guardias civiles les han avisado de que algo no marcha bien.

—¿Puedes hacer algo desde ahí? —preguntó Chiesa resoplando mientras corrían ya por la rampa abajo, camino del primer sótano, donde se ubicaba la sala de los Austrias.

—Hay dos idiotas que se han montado en el ascensor, los voy a bloquear desde aquí.

Pero otros se acercan a pie, tened cuidado.

No había terminado la frase cuando se toparon con los vigilantes. Abraham disparó sin pensárselo dos veces, acertando en el pecho de los dos primeros hombres. Uno se desplomó como si lo hubiera derribado un rayo, pero el otro se resistía a caer. Quizá el narcótico del dardo lanzado no le causara el mismo efecto debido a su enorme volumen, por lo que Rottman utilizó un segundo disparo a bocajarro para noquear también a su segundo adversario.

A continuación, se adentraron en la sala más importante del museo, empujando un carro con demasiada carga. Bajar el artilugio por la

rampa no les resultó demasiado complicado, pero girarlo después en cada curva los obligó a un esfuerzo extra para controlarlo sin chocar con las paredes. La subida posterior sería más complicada.

Llegaron a su destino y Heisenberg se concentró en el cristal de protección. Abraham continuaba alerta por si llegaban más efectivos, por lo que de momento no podía ayudarle. Si el ingeniero no lograba su objetivo en un tiempo prudencial, Marco pensó en cambiar su lugar con el israelí, aunque su puntería al disparar se encontraba muy lejos del nivel del mercenario.

—¡Espabilad, por favor! —escucharon todos con claridad la voz de Björk en sus oídos—. Creo que los artificieros ya se han percatado del engaño por lo que he escuchado en las emisoras policiales. Y tenéis compañía de nuevo, en breve llegarán más visitantes a vuestra sala.

Abraham se parapetó tras el inmenso cuadro del caballo blanco de Velázquez, el mejor lugar para una emboscada que le permitiera controlar la llegada de terceras personas desde una posición segura. Marco le hizo un gesto de asentimiento, confiando en que su hombre pudiera hacer frente a los vigilantes que llegaran. Él prefería ayudar a Heisenberg mientras tanto, aunque también disponía de su propio fusil cargado con dardos tranquilizantes, por si tenía que desdoblarse para apoyar a cualquiera de sus compañeros.

Mientras tanto, Heisenberg se afanaba con la tarea. Aplicó una pistola de clavos en determinados puntos del vidrio reforzado para romper la tensión del cristal. Después utilizó una herramienta hidráulica que ejercía una gran presión y por fin una maza para deshacerse de aquella molesta envoltura. *La Venus del Espejo* estaba ya casi en sus manos, le quedaba muy poca resistencia que vencer para alcanzar la gloria.

Chiesa tuvo un arrebato mientras se movía inquieto de un lugar a otro. Contempló el cuadro de Caravaggio colgado a su lado, sin ningún tipo de protección, y pensó en llevárselo sin más. El óleo sobre lienzo de *Salomé con la cabeza del Bautista* le llamaba poderosamente la atención y estaba a punto de cometer otra locura. Nadie se lo había encargado, no tenían comprador, pero ese cuadro valía una fortuna y tal vez consiguiera una recompensa mayor.

Al final desestimó su alocada idea y se concentró en su verdadero trabajo: ayudar a Heisenberg a desmontar el cuadro de Velázquez de su parapeto. Enseguida consiguieron desembarazarse de los últimos restos del cristal y depositaron el lienzo de *La Venus del Espejo* en el

carro. En este caso, una pintura de 122 x 177 cm, aunque el peso total con la carga del resto del equipo les supondría una rémora quizá infranqueable para subir todo el material hasta el vestíbulo principal.

Todos utilizaban guantes, por lo que decidieron deshacerse del equipamiento superfluo, aun a riesgo de dejar pistas para la policía. Abandonaron allí las herramientas más pesadas, el martillo hidráulico, las mazas y la pistola de clavos, guardándose Marco el resto del explosivo en la mochila que portaba a su espalda. Se les acababa el tiempo, debían subir sin más dilación.

Estaba a punto de avisar a Abraham cuando se percató de que el israelí se encontraba en problemas. Había conseguido tumbar a otros dos vigilantes, pero un tercero luchaba con él cuerpo a cuerpo. Chiesa corrió hacia él. No quería que su impulsivo compañero utilizara la pistola o le cortara el cuello a su oponente. No podían permitirse dejar víctimas tras el robo, eso les complicaría mucho la vida.

El jefe de la banda consiguió inmovilizar al vigilante desde atrás cogiéndole por el cuello, momento que Abraham aprovechó para darle un puñetazo certero en el rostro, acompañado de un culatazo en la frente que terminó por dejarlo inconsciente. Habían perdido demasiado tiempo y todavía les quedaba el peor trecho.

—¡Salid de ahí ya! —avisó Björk por el pinganillo—. Han avisado a la caballería y creo que también van para allí los guardias civiles del control. Por no hablar de que los artificieros están despejando una a una las zonas afectadas por los señuelos que instalé, en unos minutos eso se va a llenar de policías.

—¡Maldita sea! —exclamó entonces Heisenberg—. Pensé también en las cadenas esas con pinchos que utilizan para los controles de tráfico, pero no había manera de colocarlas en las inmediaciones con tan poco margen y sin que nadie se percatara. Así habría impedido el acceso de vehículos a la plaza de la Armería, se nos van a echar encima como perros de presa.

—¡Venga, vamos para arriba con el carro! —arengó entonces Chiesa a sus hombres.

Al abandonar esa sala, Abraham se fijó en una preciosa escultura de un Cristo, tallada casi a tamaño natural. Marco sabía que se trataba de una obra de Bernini realizada en bronce, por lo que su gesto inequívoco de negación le dejó bien claro a su compañero que no cargarían con más peso innecesario. El israelí se encogió de hombros y

siguió empujando el carro, justo antes de enfilar la primera rampa cuesta arriba.

Entre los tres hombres les costó menos esfuerzo del que pensaban, algo más para girar entonces a la derecha y encauzar el último tramo complicado. Se escuchaban voces a lo lejos, mientras ellos seguían a lo suyo. Se encontraban muy cerca de su meta y no podían desfallecer a esas alturas. En unos segundos llegaron a la planta principal, solo

les quedaba atravesar la zona de la tienda y después el gran vestíbulo que les conduciría directamente a la salida.

—¡Ya están ahí, los tenéis casi encima! —chilló Björk, histérica.

Marco no supo discernir si la informática se refería a los vigilantes que les acechaban desde el interior del edificio o si, por el contrario, las fuerzas policiales les esperaban ya en la plaza de la Armería. El dato acabó por confirmárselo Brennan, que había permanecido bastante callado durante toda la operación, aunque atento a todo lo que sucedía.

—La chica tiene razón, oigo sirenas acercándose. Y me parece ver destellos azules, las patrullas están al caer.

Atravesaron por fin el hall de entrada y salieron a la noche estrellada. Entre los tres subieron enseguida el lienzo al portacargas del helicóptero, deshaciéndose también del pesado carro que ya no les servía y además añadía un peso extra innecesario para volar.

Cuando consiguieron cerrar las puertas del aparato y colocarse todos en sus asientos, los primeros coches policiales hicieron su entrada en la plaza de la Armería.

El falso aparato del Summa se elevó sobre los cielos madrileños, mientras los policías salían de sus vehículos y les apuntaban con sus armas cortas. El piloto se alejó a toda velocidad, consciente de que un disparo fortuito podría dañar el motor o el depósito de combustible, arruinar la huida y tal vez provocar un aterrizaje forzoso o que se estrellaran aparatosamente. Abraham pareció comprender la gravedad de la situación y se colocó en posición para disparar con su arma, pero Chiesa se lo impidió.

—Se han dado cuenta, no pueden dispararnos a lo loco, ya están enfundando las pistolas. No querrán que nos estrellemos contra un edificio lleno de vecinos, no se la van a jugar.

—Pues menos mal, nos hemos librado de milagro —suspiró el galés.

—Venga, chicos, nosotros a lo nuestro —los animó el jefe—. La parte más difícil ya está hecha, veamos ahora si podemos llegar hasta Portugal sin problemas.

Todos asintieron y se recostaron algo más tranquilos en sus asientos. Habían dejado con un palmo de narices a las fuerzas del orden, que estarían buscando la manera de interceptarlos. Sabían que no podrían seguirles por el aire de una manera inmediata, por lo que tenían que alejarse cuanto antes volando a baja altura, escapar del control del

CTR de Barajas y perderse por las montañas que separaban la comunidad de Madrid de la vecina Ávila.

Si todo salía bien, volarían después hacia Salamanca y los Arribes del Duero, una agreste comarca que les permitiría adentrarse en Portugal por una zona de complicada orografía. Las autoridades españolas podrían ponerse en contacto con sus homólogos portugueses, pero para cuando quisieran darse cuenta, ya habrían llegado a su destino.

—Buen trabajo, Björk —la felicitó Marco unos minutos después, cuando sobrevolaban ya las montañas abulenses—. Has estado increíble, sin ti esto no hubiera sido posible de ningún modo.

—Muchas gracias, Enzo, me alegra haber sido de ayuda. Reconozco que lo he pasado mal, creí que al final os pillaban.

—Ve recogiendo y limpiando por ahí. Vigila la zona por si acaso, aunque no creo que nadie llame a tu puerta esta noche. Y después, sigue todas las indicaciones sin excepción. A primera hora de la mañana llamas al teléfono que tienes apuntado y sales de allí como una turista más. Nuestro benefactor te enviará a alguien que se encargará de rematar lo que falte, aparte de deshacerse del equipamiento informático prescindible. Y, además, te traerá un vehículo limpio para que salgas cuanto antes camino del Algarve. Nadie tiene por qué sospechar de ti y cruzarás la frontera sin problema. Después, te instalas en el apartamento que hemos reservado cerca de Faro y esperas instrucciones.

—Claro, jefe, eso está hecho. Bueno, chicos, me despido por hoy de vosotros. ¡Hasta la próxima!

El final del trayecto

Trancoso (Portugal), 8 de septiembre de 2018

Brennan consiguió eludir el control de los radares españoles volando a baja altura.

Tras salir de la zona de influencia del CTR de Barajas se dirigió en dirección noroeste.

Tuvo algún problema para bordear la sierra de Guadarrama por encima de sus picos más importantes antes de enfilar las inmediaciones de Ávila, pero consiguió solventarlo. Con el helicóptero al máximo de su velocidad, unos doscientos ochenta kilómetros por hora, sabía que consumiría más combustible, pero no podían permitir que les cazaran.

Desde la ciudad amurallada hasta Salamanca tuvo menos dificultades, conteniendo el consumo para conseguir llegar a su destino sin dificultades. Las modificaciones que le habían hecho al aparato habían aumentado la potencia del motor y la velocidad sin tener que variar el tamaño del tanque de combustible. La autonomía de vuelo rondaba los seiscientos kilómetros en condiciones óptimas, y con ese tipo de pilotaje y a velocidad máxima, rozarían el límite para alcanzar su destino.

Tras sobrevolar el parque natural de los Arribes del Duero, manteniéndose siempre a la altura más baja que le permitía la orografía del terreno, Brennan vislumbró desde su posición los primeros picos de los montes portugueses. Cruzó la frontera lusa por uno de los puntos marcados en su mapa con anterioridad por el ingeniero alemán, rezando para que su presencia no fuera detectada por la policía portuguesa. Dejaron atrás la zona de media montaña y dirigió el morro del Airbus H145 en dirección suroeste, hasta el punto en el que se encontrarían con el contacto asignado.

Si seguían las coordenadas fijadas por Enzo tras su conversación con el intermediario, Brennan tendría que efectuar una peligrosa maniobra para aterrizar.

Según el mapa se encontraban a las afueras del municipio de Trancoso, pero sabían que el helicóptero debía desaparecer lo antes posible. Lo que el piloto ignoraba en ese momento era que tendría que

descender el aparato y aterrizar sobre una enorme plataforma de carga con ruedas, enganchada a una poderosa cabeza tractora de camión que les ahorraría mucho tiempo para trasladar el Airbus H145.

—¡Maldita sea, Enzo! —exclamó el piloto ante la arriesgada operación —. Seguro que había un plan más sencillo, cabrón.

Brennan vio la sonrisa de suficiencia de su jefe, por lo que se calló para concentrarse en efectuar la maniobra. Tras dos aproximaciones infructuosas, consiguió colocar el aparato en la plataforma. Unos segundos después, unos hombres anclaron el helicóptero a su improvisada pista de aterrizaje y el camión comenzó a moverse hacia su escondite final en el interior de una inmensa nave agrícola que ejercería de hangar provisional.

Una vez dentro de la nave, Enzo y Heisenberg bajaron del helicóptero para hablar con los intermediarios mientras Brennan permanecía todavía a los mandos del aparato.

Rottman también se mantenía alerta en la parte de atrás del Airbus H145 mientras custodiaba su valiosa carga, a la espera de las instrucciones del jefe.

—Esperemos que no se tuerzan las cosas —murmuró el piloto—. Como esto salga mal, a ver cómo salimos de aquí con el lienzo. Han amarrado el aparato a la plataforma y bloqueado la puerta de la nave, lo íbamos a tener jodido.

—No te preocupes —respondió el israelí—. Ya he cargado el fusil con munición de verdad, nada de dardos tranquilizantes. Si me tengo que abrir paso a tiros, sabes que no me voy a cortar ni un pelo. Esta gente no nos la va a jugar, no lo permitiré.

—Tranquilo, fiera, no creo que lleguemos a ese extremo. Mira, parece que el jefe sonríe y nos hace gestos. Quiere que bajemos el cuadro, vamos allá.

Entre los dos exmiembros de las fuerzas especiales sacaron el lienzo de Velázquez del portacargas del helicóptero, sortearon la altura de la plataforma hasta llegar al suelo y se encaminaron con su valioso botín hasta la posición de Enzo. Este reunió a sus hombres en un cónclave para darles las últimas instrucciones.

—Está todo arreglado, compañeros. El intermediario, que opera bajo las órdenes del tipo inglés con el que negocié, el tal Henry Brown, ha cumplido con su parte. Acaba de efectuarnos el pago de los veinticinco

millones de libras pactados. Yo lo repartiré y os haré llegar el dinero según lo acordado en su momento. Ahora tenemos que desaparecer cada uno por nuestro lado y después, dentro de un mes, nos volveremos a reunir en el punto de encuentro en Francia para celebrarlo como es debido.

—¿Está todo preparado? —preguntó el piloto.

—Sí, aquí tenéis —contestó Enzo, ofreciéndoles una bolsa a cada uno de los integrantes de la banda —. Aquí van diez mil euros para cada uno, para ir tirando estos días. Mantened un perfil bajo, no vayamos a cagarla a última hora. Y no utilicéis el teléfono de prepago hasta que sea completamente seguro, vamos a dejar que se enfríe el asunto.

Brennan asintió con la cabeza mientras contemplaba la reacción de Abraham. El judío parecía sorprendido al recibir su parte.

—Ya hablaremos tú y yo, Abraham, ahora no es el momento. Vamos a seguir el plan y ya veré el castigo que te mereces, y si finalmente te llevas tu parte completa. Os felicito a todos por el trabajo realizado. Ahora debemos marcharnos. Brown nos ha facilitado dos vehículos limpios, con matrículas portuguesas, que no deberían darnos problemas. Así que cambiémonos de ropa y larguémonos de aquí antes de que llegue alguien para fastidiarnos el día.

Todos obedecieron y siguieron las instrucciones del jefe. Cada uno llevaba su mochila personal con un hato de ropa de paisano. Depositaron el equipamiento táctico en un bidón y le prendieron fuego para no dejar ningún rastro. Abraham refunfuñó al saber que tendrían que abandonar allí todas sus armas para que las hicieran desaparecer los ingleses, al igual que el helicóptero.

—Es lo mejor, chicos —intervino Heisenberg—. Si vamos a hacernos pasar por turistas, mejor no llevar nada comprometedor encima.

—No me fío de los ingleses, estamos en sus manos. Si dejan aquí alguna prueba sin destruir, irán a por nosotros —dijo Abraham.

—No te preocupes, está todo controlado. No hemos dejado huellas en el helicóptero ni en las armas. Y hemos quemado la ropa, no encontrarán ningún otro rastro de nuestro ADN. Aparte de que, llegado el caso, para cuando las autoridades portuguesas o españolas den con alguna pista, nosotros ya nos encontraremos muy lejos.

El antiguo miembro del Mossad pareció quedarse tranquilo después de las explicaciones del jefe. Brennan le animó y ambos se dirigieron

hacia el vehículo que compartirían para llegar a Lisboa. Una vez allí se separarían, se desharían del coche y cada uno se alojaría en sitios diferentes, sin volver a tener ningún tipo de trato hasta el reencuentro.

Por su parte, Enzo y Heisenberg compartirían el segundo vehículo para desplazarse hasta Oporto, donde separarían también sus caminos. Los cuatro integrantes de la banda podrían hacer turismo por unos días manteniendo un perfil discreto y abandonarían Portugal de forma escalonada para no llamar la atención. No era la primera vez que seguían un plan así, por lo que todos sabían lo que tenían que hacer.

—¿Y qué será del cuadro? —preguntó Brennan antes de despedirse.

—No es problema nuestro —intervino Heisenberg—. Vosotros preocupaos de pasar desapercibidos y en unos días podremos celebrarlo como se merece.

—La verdad es que tampoco he querido saberlo —contestó Enzo—. Mejor ignorarlo, por si alguien nos pregunta, ¿no creéis? Supongo que lo sacarán del país por barco para hacérselo llegar al destinatario final, del que tampoco os voy a contar nada. No necesitamos más información. Nosotros hemos cumplido con nuestra parte y ellos han pagado. Asunto resuelto.

El galés estuvo de acuerdo, por lo que se despidió de sus compañeros y se dirigió hacia el vehículo asignado para salir de allí en compañía del mercenario judío. Todavía les quedaba un largo trecho hasta Lisboa, una ciudad que no conocía y de la que le habían hablado muy bien. Solo esperaba que el trayecto no se le hiciera demasiado largo con alguien tan taciturno como Abraham, por lo que prefirió guardarse sus bromas para otro momento.

Contentos por el fin del operativo, los cuatro hombres abandonaron la nave industrial dispuestos a abordar la última parte del plan. Lo más difícil ya estaba hecho, pero todos sabían que muchos ladrones acababan con sus huesos en la cárcel por cometer alguna equivocación a partir de ese instante, cuando se relajaban después de realizar un atraco perfecto.

Brennan no pensaba dejarse pillar. Cumpliría las órdenes a rajatabla y se separaría lo antes posible de alguien tan problemático como Abraham, un tipo que esperaba que no le causara demasiados quebraderos de cabeza. Se pondría en sus manos para que le fuera indicando las mejores rutas con los mapas en papel que les habían proporcionado y conduciría hasta la capital portuguesa, con la

coartada prevista siempre en mente para el caso de que les detuvieran en algún control camino de Lisboa.

La banda del Fantasma se había salido con la suya, cometiendo uno de los mayores robos de arte de la historia.

31

Un nuevo comienzo

Portugal, primeros de septiembre de 2018

El viaje hasta Oporto desde las estribaciones montañosas cercanas a la frontera con España fue bastante placentero para Chiesa y el ingeniero alemán durante las primeras horas, asumiendo que ya se había puesto en marcha un dispositivo policial para darles caza. De hecho, las autoridades españolas habían localizado poco después del robo en el museo las diferentes ubicaciones que la banda del Fantasma había utilizado para perpetrar su gran golpe.

En aquel preciso momento, un equipo especial de la Guardia Civil, asignado a la Brigada de Patrimonio, peinaba al milímetro las instalaciones que el grupo criminal había ocupado en las inmediaciones de Illescas durante gran parte del verano. Además, otra brigada especializada de la Policía Nacional hacía lo propio con el piso franco de la Plaza Mayor, el utilizado por Astrid para controlar la última fase del plan, en busca de cualquier pista que pudiera conducir hasta los ladrones.

El delincuente italiano y su compinche ignoraban que las autoridades portuguesas fueron bastante reacias al principio a colaborar con sus homólogos españoles, aunque gracias al esfuerzo de las dos administraciones terminaron por encontrar el escondrijo de Trancoso, el enclave en el que había aterrizado el helicóptero tras su huida a través de la frontera. Desde ahí fue sencillo tirar del hilo y seguir la senda correcta.

Mientras tanto, ajenos a estos movimientos, Marco y Heisenberg se aproximaban a Oporto, siempre circulando por carreteras poco concurridas, alejándose de las poblaciones más importantes y evitando las autopistas y autovías. Se felicitaron por conducir un vehículo con matrícula portuguesa para pasar más desapercibidos, ya que cualquier matrícula extranjera hubiera hecho saltar las alarmas al pasar por alguno de los numerosos controles con cámara incorporada que pululaban por las carreteras lusas, enfocadas a cobrar un peaje a los turistas en diversas zonas del país.

A menos de ochenta kilómetros de su destino se encontraron con un embotellamiento a la salida de una pequeña población. Siempre alerta, dieron media vuelta y se perdieron por un camino poco convencional, alejándose de un control aleatorio que la policía

portuguesa había desplegado en la comarca. Terminaron por

perderse en una región de media montaña cercana a Nespereira, en la que decidieron cambiar de estrategia.

En un principio, Chiesa pretendía separarse de su acompañante lo antes posible para tener más posibilidades de huir, pero Heisenberg insistió en permanecer juntos hasta Oporto. Buscaron entonces un alojamiento rural en la comarca, cerca ya de las estribaciones del río Duero, dispuestos a pasar unos días en la región hasta que se calmaran las aguas.

Llegaron a la población de Cinfães y consiguieron dos habitaciones en un espectacular establecimiento a orillas del Duero. Un agroturismo con vistas al río, terraza al aire libre, piscina y unas cabañas en las que poder mantener la privacidad, lejos de ojos indiscretos. Todavía hacía calor a esas alturas del año, terminando ya el verano, por lo que no eran los únicos turistas de la zona, algo que habría llamado más la atención sobre los recientes visitantes.

Contaron en recepción que eran aficionados al senderismo, que venían desde el cantón alemán de Suiza y que llevaban todo el verano recorriendo el tercio más septentrional de Portugal. Chiesa se defendía bien en la lengua de su lugarteniente en caso de necesitarlo, por lo que ambos entregaron dos de los pasaportes que tenían preparados para la ocasión y no llamaron la atención del personal del complejo hotelero al hablar en inglés con acento, ya que en Portugal los empleados de hostelería dominaban más el idioma de Shakespeare que sus vecinos españoles.

Un par de días después, tras efectuar por su cuenta algunas de las excursiones recomendadas en la zona para disimular, los dos ladrones decidieron buscar otra salida para llegar a Oporto. Al final, gracias a la intervención de uno de los camareros, localizaron a un paisano que poseía un pequeño concesionario de coches. Consiguieron cerrar un trato tras un rato de regateo y se hicieron por mil euros al contado con un viejo Ford Escort de segunda mano. Rellenaron los papeles sin demasiado entusiasmo.

El dueño del coche prefería no declarar ese dinero a la hacienda portuguesa, por lo que cumplimentaron un contrato de compraventa privado que nunca llegaría a ningún lado.

Algo que convino a todas las partes implicadas, por lo que un apretón de manos sirvió para acordar el trato final sin que nadie más se

entrometiera en la operación.

Chiesa y Neumann se sintieron aliviados ante su nueva adquisición, ya que no sabían si alguien estaba buscando el otro coche. Permanecieron un par de días más por la zona y siguieron con su papel de turistas excéntricos del centro de Europa.

Abandonaron su alojamiento poco después, rumbo a Oporto, donde separarían por fin sus caminos antes de buscar la manera de pasar desapercibidos el resto del tiempo

estipulado y dirigirse de nuevo hacia el sur de Francia, lugar de encuentro con el resto de la banda.

Heisenberg había alquilado en Oporto un modesto estudio a través de Airbnb, un alojamiento cercano al famoso puente Luis I sobre el río Duero. Chiesa condujo hasta su ubicación y se despidió de su amigo. Tuvo que tranquilizar a su fiel escudero, algo nervioso ante la encrucijada final, asegurándole que nadie los perseguía y que pronto se encontrarían completamente a salvo. Neumann sonrió a su pesar y se despidió de Chiesa, conminándole a seguir manteniendo un perfil bajo para escapar del radar de la policía. Algo que el Fantasma le confirmó con la boca pequeña, ya que él tenía pensada otra manera de viajar algo menos traumática para dirigirse hacia su último destino.

Chiesa abandonó el vehículo en un descampado sin cámaras alrededor y se dirigió andando hacia su alojamiento, en este caso un apartamento más señorial situado en una de las mejores zonas de la ciudad. Sabía que el alemán pretendía viajar en un carguero que saldría de Oporto dos días después, camino del sur de Francia. El barco costearía por toda la franja norte de la península ibérica hasta desembocar en Bayona, en el suroeste de Francia. Desde allí buscaría el mejor medio de alcanzar la finca a las afueras de Burdeos, donde tendría que reunirse con el resto de la banda para repartirse el botín y celebrar su triunfo en condiciones antes de desaparecer cada uno por su cuenta durante un tiempo indeterminado.

El calabrés, sin embargo, prefirió un medio de locomoción algo más cómodo y rápido. Sin saber que la policía portuguesa, en colaboración con la española y miembros de la Interpol, se encontraba más cerca de lo que le hubiera gustado, decidió quedarse unos días más en Oporto antes de partir hacia Francia. Intentó pasar desapercibido en una ciudad de contrastes en la que disfrutó de una magnífica estancia, como un turista más que aprovechaba el final del verano para recorrer Oporto, antes de localizar a un viejo contacto que le debía un favor.

Nunca supo que Heisenberg había zarpado en el buque de bandera portuguesa escasas horas antes de que una patrulla policial irrumpiera en su alojamiento. Mientras tanto, él permanecía en el suyo, ajeno a la investigación en curso mientras preparaba su salida del país. Compró un pasaje exclusivo a precio de oro, un dinero que no le dolió gastar si con ello se ahorraba un montón de horas de sufrimiento en un viaje incómodo.

Lejos del radar de la policía, Chiesa logró un billete en vuelo privado desde un aeródromo a las afueras de la ciudad que contaba con pocas medidas de seguridad. Un pago en metálico a través del intermediario que le debía un favor le ayudó a conseguir

un pasaje a precio rebajado para viajar en un lujoso aeroplano que le llevaría hasta Burdeos en muy poco tiempo.

Los dos miembros más importantes de la banda abandonaron tierras portuguesas sin saber lo cerca que habían estado del desastre y, sobre todo, ajenos al devenir del resto del grupo en aquellos días de zozobra.

Astrid tuvo un viaje mucho más placentero hasta su destino vacacional de sol y playa a las afueras de la población de Armaçao de Pera, en pleno Algarve. Se tomó con calma la conducción, teniendo cuidado de no cometer ninguna infracción de tráfico, y disfrutó de un viaje en soledad de más de setecientos kilómetros.

La joven llegó sin más sobresaltos a la zona costera, a unos cincuenta kilómetros del aeropuerto internacional de Faro, y se alojó en un apartahotel repleto de turistas ingleses, donde pasaría más desapercibida. Se mimetizó con ellos y se relajó, dispuesta a disfrutar de unas merecidas vacaciones.

Astrid se maravilló ante el entorno elegido, a escasos metros de la *Praia de Nossa Senhora da Rocha*, una playa que comunicaba con su vecina *Praia Nova* a través de una cueva horadada en la roca. Dos arenales señoreados por una hermosa ermita situada sobre vertiginosos acantilados que desafiaban al océano Atlántico. Un enclave paradisíaco ideal para relajarse como cualquier turista del Algarve.

Durante los primeros días se mantuvo en tensión, preparada para cualquier contingencia, pero con el paso del tiempo asumió que nadie la perseguía y se olvidó de algunas de las precauciones necesarias ante una situación como la que estaba viviendo.

Por ejemplo, sabía que no debía contactar con ningún miembro de la banda durante aquellos días. Ya tenían una fecha fijada para reunirse y no podían romper esa regla a no ser que se encontraran en verdadero peligro. No era su caso, así que mantuvo su coartada de turista extranjera tostándose al sol del Algarve, un sol demasiado dañino para una mujer con la piel tan pálida como la de la *hacker* noruega.

Tampoco debían buscar información sobre el robo en el museo o posibles operaciones policiales en su búsqueda, una regla que sí rompió Astrid sin remordimientos. Se sentía feliz, eufórica tras el gran golpe, y quizá pecó de inmodestia.

Se consideraba una gran profesional informática y estaba segura de que nadie podría seguir sus pasos a través de la *deep web*, por lo que bajó la guardia y buscó las últimas noticias sobre el robo en el museo o cualquier información relacionada desde su propio ordenador. Ni siquiera fue consciente de lo cerca que estuvieron de cazarla desde la

Interpol, por lo que su nivel de relajamiento bajó incluso un poco más en los últimos días de descanso antes de emprender vuelo hasta París, vía Londres desde Faro, camino de encontrarse con sus colegas.

Así que se comportó como una joven alocada más y ligó con un irlandés al que le costaba entender con su acento cerrado. Las copas de más que ambos llevaban encima tampoco ayudaron en la tarea, aunque no les importó lo más mínimo. Acabó por pasar la noche en la habitación del turista tras un patético encuentro sexual del que ambos ni siquiera se acordaban, dispuesta a dormir la borrachera antes de regresar a su apartamento.

Por lo menos no se le ocurrió llevar a nadie a su alojamiento, algo que podría ocasionarle más de un problema si algún alma curiosa fisgoneaba entre sus cosas. Se había encargado de dejar como recién salido de fábrica el equipamiento informático utilizado en el atraco y borrar todas sus huellas; no se fiaba de los hombres enviados para limpiar el apartamento del centro de Madrid. Lo dejó todo allí cuando abandonó la capital española, con una única excepción: su propio portátil, una vieja máquina muy robusta que había ido puliendo con el tiempo, añadiéndole mejoras para convertirlo en mucho más potente y versátil de lo que podría parecer a simple vista. Un dispositivo electrónico que contaba con sus propias contramedidas para evitar ser *hackeada* o que alguien la siguiera a través de sus propias conexiones a la Internet profunda.

Nadie tenía por qué enterarse de su *affaire* con el irlandés, por lo que Astrid desapareció de su habitación horas después, alejándose del hotel para no tener que despedirse siquiera del joven turista. Tampoco es que se arrepintiera de su noche de juerga, se lo había merecido con creces. Aunque, pensándolo bien, aparte de una resaca de campeonato, tampoco es que recordara aquella velada como una de las mejores de su vida.

Días después, Astrid salió de Portugal a través del aeropuerto internacional de Faro gracias a la documentación que le habían proporcionado. Se había teñido el pelo y añadido unas gafas al conjunto para alejarse de la imagen mostrada en Madrid y parecerse más a la fotografía que aparecía en su pasaporte. No divisó más policía de lo habitual en un entorno como el del aeropuerto, por lo que creyó que no habría mayores problemas para viajar. Nadie la paró en ningún control y pudo subir al avión sin contratiempos, por lo que se relajó en el vuelo sin saber lo que le habría ocurrido al resto de sus compañeros. Todavía le quedaba un largo periplo que incluía escalas en Londres y París antes de dirigirse al sur de Francia, pero esa parte del itinerario le preocupaba algo menos.

Solo le quedaba cumplir el resto del plan y reunirse con sus compañeros en aquella magnífica finca vinícola a las afueras de Burdeos. Esperaba que todos ellos hubieran cumplido con las instrucciones sin meterse en líos ni encontrarse con ninguna desagradable sorpresa. Como, por ejemplo, la visita inesperada de alguna autoridad policial.

Se encontraban muy cerca de la meta, solo faltaba el último empujón. A escasas horas del triunfo total, Astrid sonrió ante su buena fortuna. Nunca podría jactarse en público de su participación en uno de los golpes más audaces del siglo, por lo que la satisfacción por el trabajo bien hecho solo podría compartirla con los cuatro hombres que la habían aceptado como una más. Tenía ganas de encontrarse con ellos para poder celebrarlo en condiciones antes de disolver el grupo por un tiempo.

Solo esperaba que aquella no fuera la última vez que se reunieran para perpetrar un golpe semejante, por muy peligrosa que fuera la situación a la que se habían enfrentado.

Conocía los riesgos de creerse invencibles, y seguramente tanto Enzo como Heisenberg abogarían por distanciarse para no caer en los errores que otros grandes ladrones de la historia cometieron antes que ellos. La adrenalina, el peligro y el morbo de enfrentarse a esas

situaciones eran una droga demasiado potente que había que racionar para no caer en una espiral sin control. Y Astrid, una mujer muy racional que en ocasiones parecía solo manejarse en ceros y unos como los sistemas binarios que tan bien controlaba, había catado las mieles del éxito sin llegar a darse cuenta de la realidad: se había convertido en una adicta al peligro que debía velar por sus propios intereses.

El destino dictaría su sentencia definitiva, solo le quedaba esperar unas cuantas horas más.

A menos de trescientos kilómetros del Algarve, en las inmediaciones de la capital portuguesa, los dos últimos hombres de la banda del Fantasma vivían sus propios avatares en busca de la libertad. Dos exmilitares que se enfrentaron, casi desde el principio, a situaciones complicadas en su afán por pasar desapercibidos. Quizá eligieron la peor ruta para escapar o Lisboa se convirtió en un foco mucho más peligroso que el de sus compañeros a la hora de eludir a las autoridades, hechos que ya no tenían vuelta atrás.

Al igual que Enzo y Heisenberg, los dos mercenarios eligieron carreteras secundarias para llegar a la capital portuguesa desde las inmediaciones de Trancoso, la población en la que cada miembro del equipo comenzó su propio camino. Su vehículo tampoco llamaba la atención y tenían preparadas un par de coartadas para el caso de que tuvieran que dar algún tipo de explicaciones si alguien se las requería. Ambos contaban con pasaportes británicos de excelente factura, una falsificación que no tenía por qué dar la voz de alarma ni siquiera ante policías o funcionarios experimentados. En ese sentido se encontraban tranquilos y no temían ser descubiertos.

Sin embargo, el expiloto galés no las tenía todas consigo en otro asunto: el carácter de su compañero. Abraham era un tipo volcánico, imprevisible, alguien en quien no se podía confiar al cien por cien. El antiguo miembro del Mossad se convirtió en un elemento prescindible en el momento en el que actuó por su cuenta, poniendo en peligro la seguridad del grupo. A Brennan le pareció bien en un principio el castigo impuesto por Enzo, pero tuvo que claudicar ante la devastadora realidad, al igual que el resto de sus compañeros: sin la presencia del judío, no serían capaces de dar el golpe.

Sabía que la última parte del plan, la huida, estaba planificada de antemano y no se sometió a ningún cambio a pesar de sus reticencias. Desde el principio asumió que tendría que escapar en compañía de

aquel tipo tan arisco, alguien con el que no conseguía congeniar, y eso que ambos tenían formación y un pasado militar. Aunque, en realidad, quizá por un orgullo mal entendido, por una visión sesgada de la realidad o por sus simples prejuicios, Rambo se sentía muy superior a Abraham, tanto en lo personal como en lo profesional.

Y no solo por su adiestramiento o pericia en combate, o por su desenvoltura a la hora de perpetrar atracos a esos grandes museos. No, todo iba más allá. Tal vez su animadversión se debía a que Brennan nunca había aprobado los métodos del Mossad, una de las agencias de inteligencia más poderosas del mundo. Y eso que sus antiguos compañeros del SAS no se quedaban atrás, aunque pensara que el honor siempre era un elemento fundamental en el desempeño de un oficial del ejército británico.

De todas formas, tendría que tragarse sus pensamientos y aunar fuerzas con Abraham si querían llegar a buen puerto. Ya habían esquivado más de un control de carreteras en las últimas horas, sin saber si dichas operaciones policiales se debían a que sospechaban que podían estar en la zona o simplemente tuvieron la desgracia de coincidir con operativos en busca de conductores borrachos o drogados. Pero a menos de cien kilómetros de Lisboa tuvieron que cambiar de estrategia.

Sin darse cuenta se metieron en un embotellamiento, rodeados por vehículos por todas partes, por lo que no había manera de escabullirse sin llamar la atención.

Ignoraban si más adelante se encontrarían con un control policial, con un accidente de tráfico que hubiera provocado el monumental atasco, unas obras o cualquier otra razón que les impidiera conducir con la fluidez habitual. Por suerte, se encontraban a las

afueras de un pueblo de mediano tamaño y en los márgenes de la carretera comarcal; a un escaso centenar de metros se adivinaba el comienzo de un denso bosque.

No se lo pensaron dos veces y decidieron actuar antes de ser cazados como conejos en un cepo. Recogieron sus cosas y salieron del vehículo como otros muchos conductores que, desesperados, estiraban las piernas junto a sus coches sin saber lo que ocurría. Disimuladamente, Brennan se alejó en dirección al bosque. Segundos después, Abraham le siguió hasta que se perdieron dentro de la frondosa arboleda.

Abandonaron el coche en medio de la carretera. Nunca sabrían si se

habían precipitado en su huida, pero siempre era mejor prevenir que curar. La prudencia jamás era mala consejera y ambos estuvieron de acuerdo en que no se la podían jugar tan cerca de la meta.

Atravesaron el bosquecillo y aparecieron en el pueblo por el que habían pasado minutos atrás con el coche. No querían llamar la atención, por lo que se dirigieron hacia el barrio más alejado del centro, en el que parecía no haber un alma. Buscarían un lugar tranquilo en el que descansar, comer algo y recargar pilas. Debían pensar en un plan alternativo antes de continuar su viaje.

La casualidad o la buena fortuna vino a ponerse de su parte pocos minutos después.

En el lateral de una gran casona divisaron un vehículo que podría servirles para sus fines: una flamante motocicleta de motocross parecía llamarles a gritos desde su posición de descanso, apoyada en la pata de cabra. Abraham incluso insinuó una sonrisa en su pétreo rostro y Brennan asintió ante el gesto de su compañero. Escaparían campo a través.

El israelí se acercó sigiloso, con Rambo a su vera, dispuesto a llevarse la moto. Entre los dos la cogieron en volandas y la llevaron hasta la parte trasera de la casa, donde encontraron una especie de caseta auxiliar que hacía las veces de almacén o trastero.

Allí Brennan buscó las herramientas necesarias para puentear el sistema de arranque de la moto y ponerla en marcha.

El galés sonrió ante su destreza. Al judío se le daría muy bien lo de montar explosivos y disparar, pero si no llega a ser por sus habilidades no habrían conseguido disponer de un medio de escape. La sonrisa se le borró rápidamente del rostro al ver cómo Abraham subía a la moto con la inequívoca decisión de conducirla. Brennan no quería discutir, ni se sentía con fuerzas para recordarle a su compañero quién era el piloto experto del grupo. Así que se resignó y se colocó a su espalda para salir de allí antes de que alguien se diera cuenta.

Viajar como paquete en una moto preparada para un único conductor, campo a través por tierras desconocidas, guiado por un tipo que tendría experiencia con motos de carretera, pero no tanto con ese modelo, no fue la mejor experiencia para el galés.

Entre la velocidad, el viento que les azotaba en la cara, los saltos que efectuaba la moto con sus dos ocupantes a bordo y el ruido del motor, Brennan ni siquiera fue capaz de guiar al piloto en su alocada huida.

Bastante tenía con agarrarse a la parte trasera de la moto, ya que no quería abrazarse al israelí, y no caerse ante la enésima pirueta de un loco al volante.

Pocos minutos después abandonaron la zona más agreste y se adentraron por caminos de tierra más o menos transitables en los que la conducción se suavizó.

Brennan lo agradeció y le sugirió a Abraham continuar por la senda que se abría a su derecha. El judío hizo caso omiso y siguió de frente por el mismo camino que ya transitaban. El británico cabeceó contrariado.

Al final, ambos tenían razón, ya que ambas sendas convergían en un camino principal que desembocaba en una carretera comarcal. Se encontraban sobre una pequeña colina que les permitía vislumbrar, a pocos kilómetros, el comienzo de la gran urbe. Lisboa aparecía en el horizonte. Ahora solo les quedaba llegar a los alojamientos elegidos evitando cualquier otro percance.

Dejaron a un lado el aeropuerto y se adentraron en la ciudad por su parte nororiental. Abandonaron la motocicleta en una acera repleta de vehículos de dos ruedas para que pasara desapercibida durante un tiempo y siguieron a pie un trecho.

Desde su posición, en las inmediaciones de la boca de metro de Areeiro, tardarían más o menos una hora a pie hasta sus alojamientos finales. En el caso de Brennan, en el conocido barrio de la Alfama. En el de Abraham, un poco más al suroeste, en el no menos famoso barrio del Chiado.

El piloto galés había elegido una modesta pensión en la Alfama, un lugar repleto de turistas en el que pretendía pasar desapercibido durante unos días. Tenía pensado salir de la ciudad en un vuelo comercial con destino a Burdeos, a escasos kilómetros de la finca donde debían reunirse todos los miembros de la banda. Entre la capital portuguesa y la ciudad francesa solo había dos horas de vuelo, que se convertirían en tres reales por el diferente huso horario, algo que le parecía más que razonable. Solo esperaba no tener ningún problema en el aeropuerto, por lo que debía preparar un plan de contingencia ante cualquier imprevisto.

La despedida entre los dos mercenarios no fue demasiado efusiva. Brennan le recordó a su compañero que no debía llamar la atención, sobre todo en esas horas tan

cruciales en las que se jugaban alcanzar la libertad. Abraham le gruñó por toda respuesta y le dio una palmada en el hombro como único gesto de camaradería antes de desaparecer de su vista.

Por fin se había librado de él, aunque eso no significaba que estuviera completamente a salvo. Brennan ignoraba si alguien los seguía o si, algo mucho peor, las autoridades los estaban esperando a su llegada a Lisboa, que se convertiría en una auténtica ratonera.

Así que prefirió descansar en su pensión, camuflarse bajo un disfraz diferente cada vez que salía a la calle e integrarse entre la numerosa horda de turistas que pululaban por una ciudad tan bella y melancólica como Lisboa. El británico disfrutó de la comida y la música lisboeta en algunos de sus locales más concurridos, a la espera de que llegara el día señalado para salir de allí.

Lo que no se esperaba era que, días después, se diera de bruces con la realidad, viviendo en primera persona una persecución que afectaría a su seguridad. Las autoridades se encontraban mucho más cerca de lo que jamás hubiera imaginado y estaban a punto de pillar a Abraham, por lo que decidió salir de allí de forma sigilosa y buscar otro escondrijo, por lo que pudiera suceder.

Tuvo que ahogar un grito al visualizar el desenlace de su compañero, una verdadera fatalidad que no se detuvo a comprobar. Abraham había llegado al final de su camino y a él solo le quedaba escapar antes de que también lo atraparan. La policía estaba tras sus pasos y Lisboa se había convertido en una trampa mortal, por lo que debía planificar muy bien sus siguientes movimientos.

Salir de nuevo por carretera le parecía inviable, por lo que estudió la posibilidad de hacerlo por mar, descartándola en cuanto valoró todos los inconvenientes que acarreaba: buscar un carguero o medio de transporte en el que pasar desapercibido, conseguir un pasaje o colarse de polizón, y que ese medio de transporte le trasladara hasta Francia, o por lo menos a alguna región cercana a Burdeos. Demasiadas incertidumbres y mucho tiempo desaprovechado que le harían llegar tarde a su cita.

Intuía que Abraham no podría llegar tampoco a esa reunión, pero ese era el menor de sus problemas. Valoró entonces la idea de atravesar de nuevo la península ibérica por el aire, robando un helicóptero o un aeroplano en algún aeródromo con poca seguridad, una maniobra demasiado arriesgada sin una buena planificación previa. Si la policía ya estaba sobre aviso, no se iban a andar con medias tintas en caso de

una nueva persecución aérea; se arriesgaba incluso a que derribaran su aparato en pleno vuelo. No

es que se tratara de un asesino en serie perseguido por las fuerzas policiales de media Europa, pero no se la podía jugar con la Interpol y los medios portugueses y españoles tras su captura.

Al final, y tras sopesar varias opciones, se decidió por continuar con el plan primigenio. Se acercó un par de días al aeropuerto para calibrar las medidas de seguridad y no encontró nada fuera de lo habitual. Quizá se abalanzaran sobre él en cuanto hiciera el *check-in* o entregara su tarjeta de embarque antes de subir al avión, eso no podía saberlo en esos momentos. Así que se la jugó, rezando para que la buena fortuna siguiera sonriéndole.

Tuvo suerte y logró salir de Lisboa sin mayores contratiempos, sin llegar a saber a ciencia cierta lo que le había sucedido a su compañero. Hablaría con Enzo y el resto de la banda para explicárselo. Confiaba en que todos llegaran sanos y salvos al encuentro a las afueras de Burdeos. La última etapa del trayecto parecía que se les había atravesado, enfrentándose casi a mayores dificultades que para robar el dichoso cuadro en aquel museo recién inaugurado.

Rottman también tenía ganas de desembarazarse de la carabina que le habían asignado. El dichoso exmiembro del SAS nunca le convenció del todo, con ese tonito y sus ganas constantes de bromear. Él siempre se había tomado muy en serio su trabajo, hasta que perdió la perspectiva y puso en peligro a toda la banda por la ansiedad que se había adueñado de sus actos. No era ninguna excusa, no se había comportado como un verdadero profesional, pero ya no había marcha atrás. Entendía la reacción de Enzo y el resto de los integrantes del grupo; había cometido una terrible equivocación que le marcaría para siempre.

Consiguió convencerlos para participar en el ataque final, aunque solo fuera por el egoísmo de no quedarse tirados en el último momento, ya que necesitaban ese cuarto hombre que no dejara cojo al equipo a la hora de la verdad. Acostumbrado a lidiar con todo tipo de situaciones peligrosas a lo largo de su vida, Abraham se había asustado ante la perspectiva que asomaba por el horizonte. No temía por su integridad física, pero pensar que su familia podría acabar en una fosa común por su culpa le sumió en una situación difícil de sobrellevar. El pánico comenzó a apoderarse de sus actos, le nubló el sentido y se dejó llevar en una serie de catastróficas decisiones que sabía que pagaría con

creces en algún momento.

Eso lo tenía claro, era consciente de que no todo podía ser tan fácil. Tras el asesinato del profesor equivocado y el tiroteo posterior en plena calle, una desastrosa acción que

no parecía haber incidido en la mala opinión que ya albergaban sus compinches sobre él, Rottman decidió cambiar de estrategia. Convenció a Enzo y a Heisenberg de la imperiosa necesidad de reclutarle para la causa, esa era la única manera de lograr el éxito a la hora de robar el cuadro. Solo le quedaba escapar y lograr reunirse de nuevo con el equipo en Francia, donde intentaría que le dieran su parte del botín.

Suplicaría a Enzo si hacía falta, de rodillas si se terciaba, solo por conseguir ese dinero que salvara la vida de su familia. Necesitaba liquidar sus deudas con la mafia de Tel-Aviv y buscar ayuda para no caer de nuevo en la tentación. Era consciente de que su adicción le había llevado al borde del abismo y no estaba dispuesto a que ocurriera de nuevo.

Tras un viaje complicado en compañía de Rambo, llegaron a Lisboa con retraso sobre el plan inicial. Habían sorteado todos los peligros de un periplo incómodo, para llegar a la ciudad lisboeta dispuestos a acometer la última fase de su huida. Y para ello debía mantener la cabeza fría y no cometer más tonterías, ya había superado su cupo.

Llegó a pensar en huir directamente a Brasil o a cualquier otro país americano en el primer buque que saliera del puerto y atravesara el océano Atlántico de este a oeste.

Solo tenía que buscar después algún lugar que no tuviera tratado de extradición con España, por si llegaban a acusarle del asesinato cometido en la universidad madrileña.

Y, por supuesto, lograr que Enzo le pagara por lo menos la cantidad necesaria para saldar su deuda en Israel. Tarea harto complicada que terminó por desechar.

Se alojó en un pequeño apartamento del barrio del Chiado y se encerró bajo llave durante un par de días. No quería cometer ninguna otra estupidez y prefirió obedecer las órdenes y mantener un perfil bajo. Compró algunas provisiones para no tener que depender de nadie y así pasó las siguientes cuarenta y ocho horas, temeroso de que las fuerzas del orden tiraran la puerta abajo en cualquier momento.

La espera lo estaba matando y la angustia comenzó a carcomerle por dentro. Su estado de ánimo no se encontraba en su mejor momento, y esa situación le sobrepasaba.

Ni siquiera había disfrutado de los encantos de la ciudad, ni paseado por sus hermosas calles como cualquier otro turista. La ansiedad le devoraba y temía caer de nuevo en una espiral de descontrol. Necesitaba hablar con su familia, saber que se encontraban bien, pero debía mantenerse oculto y no llamar la atención sobre él.

Seguía dándole vueltas a la mejor manera de salir de la ciudad sin ser visto cuando decidió despejarse un rato. Ya era noche cerrada sobre Lisboa y entendía que podría dar un paseo que le ayudara a centrar sus ideas. Así que se dispuso a abandonar el

apartamento, no sin antes asegurarse de que nadie lo vigilaba ni le esperaba para echarse sobre él en cuanto asomara a la calzada. Tardó todavía unos minutos en comprobarlo antes de decidirse a salir.

Recorrió el barrio del Chiado sin fijarse demasiado en el entorno, preocupado por su situación. No le convencía ninguno de los medios que se le planteaban para salir de allí y encaminarse hacia Burdeos, una ciudad situada a más de mil kilómetros de distancia.

Todavía le quedaba margen de maniobra para llegar a tiempo según el intervalo prefijado para su reunión, pero debía decidirse de una vez.

Mientras esos pensamientos ocupaban su mente, sus pasos le dirigieron hacia una zona muy animada en la que turistas y vecinos disfrutaban de una noche agradable de finales de verano. Se dejó llevar por la música ambiente que salía de los numerosos locales y se adentró en el primero que le llamó la atención, dispuesto a ahogar sus penas. Ese primer trago de alcohol le llevó a otro, y a otro más, mientras visitaba diversos locales de la zona.

Conocía su mal genio y su peor carácter cuando el alcohol se adueñaba de sus sentidos. Se volvía un auténtico camorrista, dispuesto a buscar pelea a la mínima ocasión. No sabía controlarse como cuando estaba sobrio. Así que prefirió abandonar la zona de marcha antes de meterse en algún lio. Ya había tenido esa misma noche algún encontronazo con grupos de hombres por el simple hecho de tropezarse con alguien o que le miraran de alguna manera que no le gustaba, y tuvo la feliz ocurrencia de no buscarse más problemas. Mejor sería regresar a su alojamiento y dormir unas pocas horas hasta que se le pasara la cogorza.

Lo que nadie podía adivinar era la encerrona que le esperaba a la vuelta de la esquina. Las noches lisboetas, repletas de ese aroma a ciudad decadente y melancólica, con el halo triste del fado como música de fondo, cautivaban a los turistas. Pero aquellas callejuelas oscuras, repletas de recovecos y sin una mísera farola alrededor podían también convertirse en una trampa mortal.

Ajeno a la situación, Rottman se adentró en una zona desconocida mientras rumiaba sus desgracias en silencio. Cuando quiso darse cuenta del peligro que se cernía sobre él, ya era demasiado tarde. Al girar una esquina lo deslumbró un faro potente que apuntaba directamente hacia él. Se giró entonces un segundo y vislumbró a cinco tipos que se acercaban a él de forma amenazadora. Uno de ellos llevaba un bate de béisbol en las manos, otro una gruesa cadena y un tercero portaba una barra de hierro que parecían querer utilizar para romperle los huesos.

Abraham se esforzó por despejar sus sentidos, abotargados después de trasegar demasiadas copas, tras asumir que se encontraba ante un escenario extremo en el que podía perderlo todo. Como integrante de uno de los cuerpos de élite mejor entrenados del mundo no se asustaba fácilmente ante una situación de ese calibre, pero las circunstancias no le favorecían lo más mínimo.

Su mente se despejó a la fuerza y comenzó a calcular sus probabilidades de éxito. Se encontraba en franca minoría, en un terreno desconocido, en una callejuela oscura y a merced de sus adversarios. Intuía que había molestado a alguno de esos tipos en los bares visitados a lo largo de la noche antes de que se formara un pequeño ejército para ir en su búsqueda. Una reacción algo exagerada a su entender, no recordaba haber ofendido a nadie de manera tan grave para que quisieran darle una lección de semejante calibre.

En una confrontación de ese tipo, con la adrenalina a tope y las pulsaciones disparadas, cualquier mal golpe podía acabar con una vida. No creía que esos individuos pretendieran matarlo, o quizá sí, pero lo que no iba a hacer era quedarse quieto esperando su ejecución. Debía luchar, y para ello necesitaba diseñar la estrategia que mejores resultados pudiera ofrecerle para salir vivo de un encontronazo no demasiado casual.

Rottman lo tuvo claro desde el principio. Los atacantes avanzaban despacio, calibrando sus opciones mientras se acercaban a su posición con precaución. A su espalda, se escuchaba el ronroneo amenazante de una moto de gran cilindrada al ralentí. Por un lado, se enfrentaba a

cinco tipos armados y, por el otro, un sexto hombre esperaba su turno a lomos de su motocicleta. Matemáticas puras: tenía más posibilidades de sobrevivir en un combate cara a cara contra el motorista que en una pelea contra cinco extraños que buscaban apalizarle.

Cierto era que su preparación militar era excelente y siempre se había desenvuelto bien en las peleas cuerpo a cuerpo. Rottman se consideraba un experto en armas y explosivos, algo que lamentablemente no podía utilizar en esa ocasión, así que buscó otra manera de salir victorioso. De uno en uno podría acabar con esos idiotas sin apenas inmutarse, aunque había bebido y sentía sus capacidades algo disminuidas por el efecto del alcohol. No sabía si esos tipos eran expertos en peleas callejeras o simplemente se trataba de unos bravucones que se animaban unos a otros por la fuerza del grupo.

Al parecer, querían gresca esa noche y habían encontrado al chivo expiatorio perfecto para darle una lección. Podría derribar a uno o dos tipos casi con el primer golpe, pero no sería capaz de controlar todos los flancos desde los que le atacarían cinco

hombres a la vez, quedando a merced de la turba en cuanto le derribaran o le dieran un mal golpe. No se la podía jugar de esa manera, a pura bravuconería. Debía ser más inteligente.

Así que eligió enfrentarse al motorista. Ignoraba si llevaba algún cuchillo, cadena o cualquier otra arma con la que pudiera derribarle al pasar a su lado, desde allí no lograba distinguirlo. O tal vez solo pretendiera arrollarle con la potencia de su vehículo, derribarle y pasarle después por encima hasta que llegara el resto de la manada.

El israelí no se lo pensó dos veces y se alejó lo que pudo del grupo de cinco hombres armados. Se lanzó entonces a por la moto sin pensárselo, rugiendo con furia mientras aceleraba casi hasta llegar a la carrera.

Oyó gritos e increpaciones en portugués que le llegaban desde su espalda, pero no les hizo caso. Siguió concentrado en su plan, que al parecer pilló por sorpresa a su adversario. El motorista iba a cara descubierta, sin casco, y eso favorecía al judío.

Como si de un duelo medieval se tratara, Rottman se lanzó sobre su contrincante con las manos desnudas mientras el rugido de la moto se encabritó hasta que su dueño soltó gas. Un choque de trenes en el que llevaba las de perder. Solo tenía una única oportunidad de acertar en

el blanco y lograr una primera victoria que le permitiera afrontar con esperanza el resto de la batalla.

Se despreocupó de los adversarios que quedaban a su espalda, cada vez más alejados, quizá pendientes del inminente enfrentamiento, y se concentró en un único punto. La moto se acercaba en línea recta, aumentando su velocidad sin variar su trazada ni un milímetro. Un error en su modesta opinión que intentaría aprovechar a su favor.

Abraham hizo lo mismo y corrió en línea recta. En el último momento zigzagueó a ambos lados, esquivó la moto que pretendía arrollarle y saltó hacia un lado, estirando el brazo todo lo que pudo. Consiguió impactar con el puño en el cuello del motorista, sin llegar a infligirle un daño importante por la poca contundencia con la que se produjo el golpe.

El motorista se enfureció; no solo había fallado a la hora de derribarle, sino que encima se había llevado un golpe en el cuello. Abraham le oyó bufar desde su posición y se preparó para el siguiente lance. Se encontraba ahora en una mejor posición para una posible huida, solo que las oportunidades se le acababan. Si en el próximo ataque

no lograba su objetivo, habría perdido su pequeña ventaja y los adversarios se abalanzarían sobre él como aves de rapiña.

Al menos ahora no tenía ningún contrincante a su espalda. De hecho, en ese momento el motorista quemaba rueda frente a él, a escasos cincuenta metros de su posición. Más atrás, a unos cien metros, los otros cinco hombres se mostraban expectantes. No corrían, quizá prefirieran que el tipo de la moto se encargara del trabajo sucio antes de rematarlo ellos.

Abraham decidió confundir de nuevo a su adversario y cambió de estrategia. Esta vez le esperó a pie firme, confiando en que aquel energúmeno no pudiera controlarse y se lanzara sobre él con todas sus fuerzas. No se movió de su posición y aguardó la llegada del jinete de negro. Se concentró en un único punto fijo, el blanco que necesitaba alcanzar al primer intento, e inspiró aire con fuerza. Justo cuando el motorista estaba a punto de embestirle tomó impulso con las piernas y saltó, desplazando ligeramente su cuerpo hacia la derecha.

El motorista se vio sorprendido por su estratagema y no tuvo tiempo de reaccionar.

Cuando la moto estaba a punto de sobrepasar su posición, con Rottman volando por encima del jinete, estiró la pierna izquierda y le

golpeó con todas sus fuerzas en el lateral del cráneo. Se escuchó un nítido chasquido que no podía significar nada bueno para el conductor, que cayó derribado de su cabalgadura como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

Rottman aterrizó sobre sus piernas, de frente a los cinco hombres que cada vez estaban más cerca y giró sobre sí mismo. La moto había derrapado unos cuantos metros, todavía con el motor en marcha, y su conductor había salido volando antes de caer desmadejado sobre el asfalto. No se preocupó siquiera de saber si se encontraba vivo o muerto, ahora solo necesitaba apoderarse de la moto.

Corrió hacia el vehículo, lo puso de pie y se montó de un salto, saliendo de allí a escape mientras escuchaba todo tipo de blasfemias en portugués. Tuvo incluso tiempo de detenerse al final de la calle, mirar de modo desafiante a aquellos tipos y hacerles un gesto obsceno antes de despedirse con la mano. Había logrado salir con vida de aquel enfrentamiento, ahora debía escapar de allí.

No podía regodearse en su victoria, ya que enseguida escuchó sirenas acercándose.

Tal vez algún vecino hubiera llamado a la policía al ver la pelea desde alguno de los balcones de la calle. Tenía que salir de allí. Maldijo la hora en la que había decidido salir a tomar el fresco. Luego se concentró en buscar una salida que le permitiera escabullirse

sin ser visto, poniendo también distancia contra unos enemigos que seguramente querrían venganza.

Abraham desconocía la disposición de aquellas callejuelas intrincadas, pavimentadas con un suelo empedrado, resbaladizo tras el paso de los equipos nocturnos de limpieza municipal. Era un barrio muy complicado para orientarse si no lo conocías bien. Efectuó varios giros y revueltas, buscando a la vez escapar de las sirenas que parecían rodearle por todas partes y encontrar alguna avenida más amplia por la que pudiera dar gas, acelerar la moto y largarse de allí a máxima velocidad.

Cuando quiso darse cuenta, el israelí se encontró de bruces con una patrulla policial que le cerraba el paso en la siguiente esquina. En unos segundos se vio rodeado: de frente, el coche con las sirenas a todo volumen, y a su espalda, una moto oficial se acercaba a gran velocidad. Debía espabilar o acabarían por pillarle.

Abraham derrapó y salió quemando rueda. Se subió a la acera para

esquivar el coche que le cerraba el paso y aceleró calle abajo, desembocando en una avenida más amplia en la que se encontró un tráfico más denso. Tal vez ahora tuviera alguna posibilidad de escapar. Se concentró en esquivar a los vehículos mientras se jugaba el tipo serpenteando a toda velocidad, una maniobra que podría repetir su perseguidor de dos ruedas, no así los policías que conducían el coche patrulla.

Revolucionó el motor y logró abrir un hueco con sus perseguidores, saltándose semáforos en rojo mientras dejaba atrás gritos, toques de claxon e incluso golpes de chapa entre vehículos que se veían sorprendidos por sus maniobras. No quería lanzar las campanas al vuelo, pero el camino aparecía ahora más despejado y se permitió el lujo de respirar durante un segundo con más calma, mirar al frente y decidir qué camino seguir de los que se le presentaban pocos metros más allá.

La mala suerte o el destino hicieron entonces su trabajo. Abraham desconocía el maquiavélico laberinto de callejas en el que estaba a punto de adentrarse, desembocando en una zona complicada de transitar hasta para los vehículos autóctonos. Maldijo para sus adentros y le pegó un golpe al carenado del vehículo antes de salir de nuevo derrapando sobre el empedrado húmedo. Esquivó un camión de la basura de frente, comprobó que se había metido en dirección contraria en una calle de único sentido y decidió subirse de nuevo a la acera, a riesgo de atropellar a algún peatón despistado a esas horas de la madrugada o llevarse por delante la terraza de cualquier bar.

Cuando por fin pudo salir de aquella ratonera, enfiló otra calle más despejada antes de darse de bruces con una barrera policial. Parecía que los guardias se habían organizado y estaban cercando el barrio para que no escapara. De momento nadie le había disparado, pero tampoco se podía permitir el lujo de que lo detuvieran. Daba igual que lo acusaran de golpear a otro motorista, sin saber a ciencia cierta en esos momentos si su patada de kárate lo había matado o provocado daños irreversibles, o simplemente le metieran en el calabozo por conducción temeraria, atentado a la autoridad o cualquier otra tontería que se les ocurriera. Si caía en manos de la policía, estaba acabado. Y lo que era peor, su familia pagaría las consecuencias de sus actos.

Así que se la jugó y se subió a una plataforma de madera que le sirvió para saltar por encima de uno de los coches que le impedían el paso en una maniobra circense que asombró a los allí presentes. Se felicitó por su inesperada fortuna antes de afrontar el siguiente movimiento.

Una acción que en su cerebro se efectuó a cámara lenta y en la que pudo distinguir con el máximo detalle algunos elementos que le acompañarían en sus últimos segundos en este mundo.

Nada más aterrizar sobre el asfalto tras el arriesgado salto, observó cómo una cara conocida le observaba desde una esquina. Habría jurado que el maldito galés se encontraba allí mismo, viviendo como espectador en primera persona la loca persecución en la que se había visto involucrado. Esa visión fugaz le despistó unas décimas de segundo y no vio cómo una pareja salía de otro local sin mirar a su alrededor, invadiendo la calzada. Solo tuvo tiempo de girar el manillar para intentar esquivarlos, por pura inercia, cuando tal vez hubiera sido mejor para sus intereses atropellarlos con todas las consecuencias y salir de allí a toda velocidad.

Su movimiento le hizo perder momentáneamente el control de la motocicleta, aunque intentó recuperarlo por todos los medios. A su espalda se escuchaban las sirenas de la policía, y de frente aparecieron de golpe nuevos adversarios, dos motos oficiales que le desafiaban desde la siguiente bocacalle. Así que aceleró de nuevo, giró bruscamente hacia la derecha e intentó escapar por el único recoveco posible.

Ese fue su postrero error. La rueda trasera patinó sobre un adoquín mojado, no controló la dirección, perdió la verticalidad y la rueda delantera impactó con dureza contra un bordillo demasiado elevado. El golpe fue terrible y su cuerpo salió volando por encima del manillar, cayendo de mala manera sobre el pavimento. El crujido mortal que escuchó al caer sobre aquel maldito empedrado solo le permitió lamentarse por su situación durante unos pocos segundos.

Se quedó boca arriba, con el cuello roto, mirando al cielo infinito. Sobre él, el firmamento repleto de estrellas le daba la bienvenida tras despedirse de su vida en la tierra. Una amalgama de gritos, exclamaciones de asombro y dolor, sirenas y otros ruidos inclasificables se fueron apagando en sus oídos mientras el cerebro se desconectaba. Ni siquiera se percató de que una cara conocida se acercaba con disimulo desde un lateral, escabulléndose en cuanto la zona se vio rodeada por las fuerzas del orden.

Rottman pensó en su familia antes de exhalar su último suspiro, la misma a la que le había fallado de forma lastimosa. Ya nada ni nadie podría salvarles, y solo esperaba que sus acreedores tuvieran un mínimo de decencia para no hacerles pagar con la muerte sus desdichados errores. Quiso emitir un último sonido, pero su organismo

no funcionó y se dejó llevar, sin pensar siquiera que abandonaba este mundo camino del paraíso.

Todo se fundió a negro y el mundo desapareció a su alrededor.

32

El desenlace

Madrid, 12 de septiembre de 2018

El inspector Bermejo había quedado a última hora de la tarde con su amigo Pablo Roncero. Eligieron una coqueta terraza situada en La Latina, con inmejorables vistas sobre el viaducto, para ponerse al día sobre las novedades de los diferentes casos en los que se habían visto involucrados. El policía llegó primero a la cita y pidió una cerveza para combatir el bochorno que todavía reinaba a esas horas. Enseguida hizo acto de aparición el oficial de enlace con la Interpol, con una sonrisa en el rostro que auguraba buenas noticias.

—Buenas noches, Pablito. ¿Te apetece una cerveza y algo de picar?

—Sí, claro, será estupendo. Vengo a la carrera y llevo días así, me vendrá muy bien para calmar la sed. ¿Cómo va todo, inspector?

—Creo que ya conoces algunas de las novedades, imagino que tus compañeros de la UCO te habrán puesto al día. Ahora te cuento mejor, no te preocupes. Y de paso, me comentas lo que ha pasado con el dichoso cuadro, me tienes intrigado.

Los dos investigadores vivieron en directo la alarma que se produjo a las tres de la madrugada del sábado anterior en las instalaciones de la Policía Nacional en Canillas.

Cuando los efectivos enviados a la plaza de la Armería intentaron interceptar a los ladrones, estos lograron escapar utilizando un helicóptero, un medio de huida que nadie esperaba, por lo que todos los cuerpos involucrados comenzaron a efectuarse reproches los unos a los otros.

—Nuestros medios aéreos no estaban preparados para una persecución con tan poco margen de maniobra y los ladrones aprovecharon la coyuntura. Allí se personaron patrullas de la Policía Nacional y también de la Municipal, sin que pudieran hacer nada para evitar la fuga. Contactamos con el CTR de Barajas, pero ellos tampoco lograron rastrear al helicóptero, que enseguida escapó de su radio de influencia.

—Parece que el golpe estaba muy bien organizado —comentó Roncero —. Sé que después hubo algunos avistamientos de un helicóptero de emergencias a baja altura en

el noroeste de la comunidad de Madrid y por tierras abulenses y salmantinas. A esas horas de la madrugada no tuvieron muchos problemas para huir y se dirigieron a toda velocidad hacia Portugal, por lo que tengo entendido. Me acerqué esa misma noche a las oficinas centrales de la UCO y llamé a mis superiores en Lyon, pero no anduvimos listos y se nos escaparon.

—Tenías razón con lo de las bombas, eran simples señuelos para interferir en las labores policiales y ganar tiempo. Le comuniqué a Munuera los datos que conocía y preferí centrarme en Ortega para ver lo que le sacaba en claro. Que se encargaran otros de perseguir fantasmas por el aire.

—Nos la jugaron de mala manera. Los portugueses tampoco se apresuraron al recibir las llamadas de la UCO y la Interpol, por lo que los delincuentes cruzaron la frontera, al parecer por la zona de los Arribes del Duero, y entraron en el espacio aéreo luso sin que nadie los interceptara. Suponemos que aterrizaron en las inmediaciones de una población llamada Trancoso, donde se deshicieron del helicóptero, la ropa y las armas. No obstante, no fueron tan listos como creían. Se dejaron atrás algunos indicios y conseguimos dar con los tipos que los estaban esperando en un hangar.

—¿Los habéis cazado? Imagino que con esas pistas y los datos que nos ha facilitado Ortega podréis atraparlos pronto.

—Estamos en ello, Bermejo, pero es complicado. Igual le sorprende saber que lo encontrado en esa nave industrial portuguesa nos llevó directamente hasta unos ciudadanos ingleses que al parecer ejercieron de intermediarios con los ladrones.

Recogieron la mercancía, efectuaron el pago y se deshicieron de las pruebas sin mucho éxito. La policía portuguesa halló los restos del helicóptero y algunos otros rastros que se están investigando. Lo que sí le puedo asegurar es que han detenido a dos tipos de nacionalidad británica, ambos fichados por Scotland Yard como integrantes del clan mafioso de Henry Brown.

—¿De qué me suena a mí ese tal Brown? No será el que…

—Efectivamente, inspector. Le suena porque estaba relacionado con el dichoso Volkov y todo el operativo que montamos en Valencia en el 2015. Henry Brown cumplió condena en una cárcel alicantina tras ser detenido en un gran operativo organizado por la UCO junto a fuerzas británicas y francesas. El capo del East End ha seguido trapicheando

desde una prisión en Manchester y ahora le ha dado por las obras de arte. Se está estrechando el cerco sobre su organización y la operación orquestada, todo en connivencia con un tipo poderoso que movía los hilos desde su castillo escocés.

Scotland Yard y la Interpol van a caer con todo el peso de la ley sobre McNulty, un millonario originario de las Highlands que era el destinatario final del cuadro.

—¿Lo habéis encontrado de verdad? Yo ya esperaba un conflicto diplomático con los ingleses por culpa del puñetero cuadro de Velázquez.

—Sí, hemos tenido suerte. Además, el lienzo se encuentra en perfectas condiciones.

Y deberíamos agradecérselo a la *National Gallery*, su prudencia nos ha salvado. No se fiaban demasiado de nosotros y terminaron por proteger el cuadro a su modo.

—¿A qué te refieres?

—Ahora se lo cuento, inspector. Pero antes, explíqueme cómo acabo lo de Ortega.

Creo que el tipo confesó sus delitos y también se han recuperado los códices de Leonardo en buen estado.

El miembro de la UDEV le explicó a su amigo lo sucedido en aquellas horas trascendentales, durante la madrugada del sábado al domingo. Ortega terminó por claudicar y admitió los robos que había cometido en los últimos años, en presencia de su abogado y de la inspectora jefa Herrera. También acusó con pruebas concluyentes a su empleador, el navarro Antón Lizarraga, como artífice, instigador y propietario ilegítimo de esas obras expoliadas, incluidos los cuadernos de Da Vinci.

—Con la confesión y las pruebas encontradas en su casa-taller tenemos suficiente para armar el caso. El fiscal se avino a preparar un acuerdo que satisfizo a ambas partes, aunque Ortega se pasará unos cuantos años en la cárcel. Se le juzgará del modo más discreto posible, con pseudónimo y sin medios de prensa en la sala. Luego pasará una temporada en prisión. El profesor temía por su vida, no solo por entregar a su principal contratante, sino porque suponía que todavía estaba en el punto de mira de un peligroso sicario.

—Ese asunto creo que también lo han resuelto los portugueses, ahora se lo explico.

¿Y qué ha pasado con el tal Lizarraga?

—Menudo pájaro de cuidado. Sus abogados y los contactos que mantiene en Navarra intentaron impedir la acción policial, pero al final la unidad de la inspectora jefa Herrera entró a saco en sus propiedades. Macarena tuvo que ejercer sus influencias para conseguir las órdenes oportunas de registro, no fue nada fácil. Al tipo lo protegían los del Opus, el alcalde de la localidad e incluso algún juez en ejercicio. Al verse rodeado, Lizarraga intentó escapar a través de un túnel que había en el interior de su

finca, como los narcos mexicanos, pero le pillaron *in fraganti*. El capullo atesoraba verdaderas joyas en el interior de su propiedad, todavía están haciendo inventario de todo lo que han encontrado allí. Muchas más piezas de las que Ortega había confesado haber robado, el tipo era un auténtico coleccionista de obras de gran valor.

Bermejo sacó una lista para recordar lo que habían encontrado. En aquella finca se hallaron piezas como una silla de tijera de madera esculpida, del siglo IX. También báculos episcopales, mitras, sudarios y tapices de valor incalculable. Por no hablar de tallas románicas de vírgenes, retablos hermosísimos o sillería y campanas de una ermita mudéjar. Una colección inmensa todavía por catalogar. Los especialistas tardarían meses en estudiar todo lo expoliado. El millonario incluso contaba con su propia iglesia románica, transportada pieza a pieza desde su enclave original en Palencia hasta su propiedad de las montañas navarras.

—La Brigada de Patrimonio opina que se trata de una operación histórica, están encantados. Y Lizarraga no lo tendrá fácil para conseguir un acuerdo con la fiscalía, lo empapelarán de mala manera.

—Me alegra saberlo. Hemos conseguido recuperar todo lo robado en el museo.

Nadie se enteró de la sustracción de los códices y, al final, el cuadro de Velázquez también ha regresado sano y salvo a la *National Gallery*.

Roncero le explicó entonces cómo consiguieron encontrar el cuadro. Al parecer, la directora Laura Ruiz hizo caso al oficial de la Interpol y contactó con sus homólogos ingleses para preparar algún tipo de contramedida en el caso de que el lienzo desapareciera del museo español. Los ingleses, siempre tan soberbios, le aseguraron que ellos

ya habían tomado medidas adicionales para localizar el cuadro en caso de que sufriera algún contratiempo. Y la directora de las Colecciones Reales tardó en trasladar esa información a las autoridades.

—Nos enteramos cuando mi unidad recibió una llamada de Scotland Yard. Al parecer, los expertos de la pinacoteca londinense habían colocado una especie de baliza en el marco del cuadro de Velázquez. Esa medida no serviría de mucho si el lienzo se desmontaba del bastidor para enrollarlo e introducirlo en algún otro tipo de recipiente para su traslado, se la jugaron a que los ladrones no tuvieran tiempo o no quisieran dañar la obra antes de cobrar su recompensa.

—¿Y consiguieron localizarlo? —preguntó entonces Bermejo.

La *National Gallery* facilitó los datos a la policía británica, que informó a su vez a la Interpol. El rastro se perdía en una nave industrial de Trancoso, al noreste de Portugal, el lugar en el que los ladrones hicieron el intercambio del cuadro por el dinero y los vehículos para huir. La banda del Fantasma no se fijó en la baliza ni tuvo tiempo de desmontar el lienzo con una huida tan precipitada.

—Menos mal que localizaron pronto a los hombres de Brown y pudieron sonsacarles la información. Trasladaron el lienzo por carretera, dentro de un contenedor especial, y lo depositaron en las bodegas de un carguero que salía de Aveiro el domingo por la mañana. Cuando el barco se encontraba en alta mar, ya en aguas internacionales, fue interceptado por unidades de intervención de la Interpol antes de llegar a su destino en Escocia.

—¿Y no conseguisteis más datos sobre los ladrones? No sé si con la información facilitada por Ortega os será suficiente para atraparlos.

—Los mafiosos ingleses se cerraron en banda en ese sentido, no dieron más información sobre la banda. Solo que se trataba de cuatro extranjeros que hablaban inglés con acento y que se habían dirigido por parejas, en vehículos entregados por la organización de Brown, a Lisboa y Oporto, según les pareció entender. Ellos efectuaron el pago siguiendo las instrucciones que tenían y entregaron el cuadro al contacto que tenían en el carguero de bandera panameña. Seguiremos también el rastro del dinero.

Por lo visto, les pagaron veinticinco millones de libras. Seguro que Brown pensaba sacarle por lo menos cien millones al destinatario final por poseer en exclusiva tan preciado tesoro.

Ortega confesó la información que conocía sobre la banda internacional de ladrones.

Ambos delincuentes habían chocado en alguna ocasión por encargos coincidentes y, además, el español también había hablado del tema con Lizarraga. El navarro utilizó sus influencias y averiguó algunos datos que tal vez servirían ahora a las autoridades.

—Ortega y su jefe creían que el famoso Fantasma era un ladrón italiano, un tipo originario de Calabria con contactos por media Europa —aseguró Bermejo—. Un hombre sofisticado, de buenos modales y cultura refinada, que ha estudiado en las mejores escuelas artísticas del viejo continente. Un enamorado de la buena cocina, los coches deportivos y las mujeres despampanantes. En esos ambientes se le conocía por Enzo, aunque creían que su verdadero nombre era Marco. El italiano utilizaba numerosos alias e identidades falsas, ojalá esos datos os permitan atraparlo. Nosotros informamos en su momento a la UCO y a la inspectora jefa Herrera, no podemos hacer nada más.

—Bueno, no nos podemos quejar. Por un lado, se ha solucionado el tema de los códices de Leonardo, atrapado a Erik el Niño y a su empleador. Y por el otro, se ha recuperado el cuadro de Velázquez y se está estrechando el cerco sobre la banda internacional de ladrones de arte. Y en esta ocasión, al menos, no hemos tenido que jugarnos el cuello durante la investigación.

—Bueno, yo sigo con un caso pendiente y no me doy todavía por satisfecho.

Tenemos un asesinato sin resolver, el del otro profesor Ortega. No hemos podido confirmar si el sicario pertenecía a la banda de ladrones y se trataba de un ajuste de cuentas con Erik el Niño o algo por el estilo. Me falta ese detalle por concretar. En caso contrario, buscaré algún otro hilo del que tirar.

—Es verdad, al final no se lo he comentado. Cuando supimos que los criminales se escondían en Lisboa y en Oporto apretamos a las autoridades portuguesas y enviamos varios hombres para ayudar en las tareas policiales. Del jefe no hemos tenido noticias de momento. Y de su lugarteniente, creemos que un alemán, sabemos que estuvieron a punto de pillarle en su alojamiento, pero al final se les escapó. Entendemos que ambos salieron de Portugal y permanecerán ocultos hasta que se calme un poco la situación. Lo bueno es que sí localizaron a uno de los mercenarios del grupo.

—¡No me digas! —exclamó el inspector.

—Al parecer, hubo una pelea en el barrio del Chiado. La policía acorraló a un motorista que parecía involucrado en el altercado. La persecución se complicó entre esas callejuelas laberínticas, repletas de cuestas empinadas y resbaladizas. El fugitivo tuvo la mala fortuna de que la rueda trasera le patinara en una de sus arriesgadas maniobras, perdiera el control y chocara después su rueda delantera contra un bordillo demasiado alto. Salió volando y cayó de mala manera. Se partió el cuello y murió casi en el acto. Los sanitarios no pudieron hacer nada para salvarle la vida. Lo trasladaron al instituto forense, donde consiguieron algunos datos interesantes sobre el fallecido.

»Según las huellas obtenidas y tras numerosas gestiones a nivel internacional —

siguió Roncero—, la Interpol averiguó que se trataba de un antiguo miembro del Mossad llamado David Rottman. Las autoridades israelíes le habían perdido la pista, pero sospechaban que pertenecía a alguna organización criminal. Todo parece indicar que podría tratarse de un miembro de la banda del Fantasma, aunque no hemos logrado localizar al resto de sus compañeros. Le he traído la ficha oficial del Mossad y alguna fotografía de la autopsia —añadió—, aunque no son muy agradables de ver.

Quizá su testigo pueda corroborar si se trata del mismo tipo que entró en la facultad haciéndose pasar por un mensajero.

—Hombre, según el retrato robot que elaboramos a partir de las explicaciones del conserje podría tratarse de nuestro hombre, no lo tengo del todo claro —dijo Bermejo—.

Hablaré con la comisaria para ver cómo procedemos, nos gustaría cerrar el caso igual que vosotros el vuestro.

—Eso espero, nos lo hemos ganado. En Lyon no lanzan las campanas al vuelo por haber recuperado el cuadro; quieren atrapar a la banda completa y habrá que seguir las pistas de las que disponemos. Aunque no sé si seguiré en la Interpol. Miriam me está presionando para que regrese a mi puesto en Madrid.

—Vaya, muchacho, no lo sabía. Por mí ya sabes que encantado, prefiero tenerte por aquí que todo el día sobrevolando Europa. Y eso que en España tampoco es que nos lo pongan nada fácil los criminales, no creo que tenga que recordarte lo que hemos pasado juntos.

—Ya lo sé, no se me olvida. Le daré una vuelta al asunto y lo consultaré con la almohada. Miriam me ha prometido que ella también va a viajar menos con la promoción de sus libros, igual nos planteamos entonces un cambio de vida.

—Eso estaría bien, Pablito. No me importaría compartir contigo alguna que otra investigación en el futuro, a ser posible sin enfrentarnos con peligrosos psicópatas.

—Nunca diga de esta agua no beberé. Mejor nos olvidamos del tema y pedimos algo de cenar, que yo estoy muerto de hambre.

El policía asintió y le hizo un gesto al camarero para que les atendiera. Sin una satisfacción completa tras la resolución de los casos, se conformarían con el triunfo a medias logrado entre todos los cuerpos implicados. La ingratitud del trabajo policial conformaba el día a día de unos investigadores que se jugaban la vida al enfrentarse a criminales de la peor calaña. Solo les quedaba disfrutar de esos breves momentos de júbilo antes del siguiente caso, que siempre esperaba esquivo tras la siguiente esquina.

Francisco Bermejo y Pablo Roncero brindaron con su segunda ronda de cervezas, dispuestos a disfrutar de la noche madrileña mientras cenaban al aire libre. Un descanso merecido después de unos días estresantes en los que ambos parecían haber reflexionado sobre su futuro.

Quizá el inspector también hablara con su pareja, la jueza Macarena Velasco, para replantearse su situación. Bermejo se sentía todavía con fuerzas para permanecer durante un tiempo en activo, se le habían quitado por el momento las ganas de

jubilarse. Tal vez prefiriera cerrar su carrera policial con un caso que pudiera solucionar por completo, sin injerencias de ningún tipo. Y eso solo lo lograría aguantando en su puesto como inspector de la UDEV.

Una decisión todavía por meditar de la que tal vez se arrepintiera más adelante. Solo el tiempo pondría a cada uno en su lugar, tras un verano que no terminaba de agonizar en Madrid.

Nota del autor:

Gracias por acompañarme en esta historia. Si la has disfrutado, te invito a dejar una reseña en Amazon. Tu opinión no solo significa mucho para mí, sino que también ayuda a que otros lectores descubran el libro. Como autor independiente, tu apoyo marca una

gran diferencia. Solo tienes que visitar la página del libro en Amazon y compartir unas líneas.

¡Mil gracias por estar ahí!

Escribir mi opinión

Armando Rodera

El origen de esta historia

Me gustaría compartir brevemente con vosotros cómo surgió la idea para esta novela que acabáis de leer, una de las obras que más me han costado escribir en toda mi vida, aunque por motivos completamente ajenos a la literatura.

Después de una pandemia que nos trastocó a todos de una forma u otra, atravesé una etapa especialmente difícil a nivel personal desde octubre de 2022 y durante todo el año 2023. Fue una época muy dura, que ojalá no hubiera tenido que vivir por todo lo que supuso para mí y los míos, con un desenlace terrible: la pérdida irreparable de un familiar muy cercano, que me afectó profundamente.

Ya llevaba tiempo dándole vueltas a este proyecto de saga policial, retomando las aventuras de Bermejo y Roncero. Tenía varias ideas en mente para continuar la serie con una novela algo diferente a las anteriores, más oscuras e inquietantes, con una trama algo más ligera. Centrada esta vez en un robo de guante blanco como eje de la acción, alejándome de asesinos en serie y psicópatas diversos.

En esa época tan complicada para mí, sumergirme en la construcción de esta novela fue una tabla de salvación. Una especie de terapia de choque, un bálsamo para mis heridas invisibles. Embarcarme en esta historia, sin un rumbo claro al principio, me permitió avanzar con la idea de escribir algo diferente: una novela policial más luminosa, con tintes de aventuras y unos personajes que atrajeran al lector desde el primer momento. Esta historia me ayudó a no caer más hondo; me empujó a seguir adelante, recordándome que, a pesar de todo, la vida continúa.

Con esas ideas iniciales necesitaba un escenario original, uno que funcionara casi como un personaje más. Lo encontré en un edificio singular que acababan de inaugurar en Madrid: las Galerías de las Colecciones Reales.

Lo mencioné al principio del libro, pero lo reitero aquí: la

inauguración oficial de este museo no tuvo lugar en 2018, como aparece en la primera escena de la novela, sino en 2023. Modifiqué esa fecha con fines puramente literarios, para mantener la coherencia interna de la trama y respetar la cronología establecida en los libros anteriores y posteriores de la saga. Aunque la ficción se nutre de la realidad, en este caso fue necesario ajustar ciertos hechos para que la historia funcionara mejor.

Así que, en diciembre de 2023, como El Fantasma al inicio de su aventura, visité el museo con ojos de escritor. Disfruté mucho del recorrido como visitante, pero también tomé buena nota de todo lo que pudiera servirme: las salas, la arquitectura, las obras o

los detalles técnicos. Con esos mimbres, y apoyándome en abundante documentación pública sobre el proyecto y la construcción de este impresionante recinto, empecé a esbozar la estructura de la novela.

Por cierto, os recomiendo mucho visitar este museo, es un espacio muy especial, que alberga obras impresionantes. No cuenta, al menos por ahora, con un préstamo como el de *La Venus del Espejo*, pero esa licencia literaria me permitió desarrollar mejor a la idea que tenía en mente.

Aunque la obra esté inspirada en hechos y lugares reales, intenté ser fiel a la inauguración oficial, que sí tuvo lugar con la presencia de los reyes de España. A partir de ahí, todo es ficción. Pero el recorrido por las salas, las obras de arte y todo lo relacionado con el museo está descrito con la mayor fidelidad posible.

Fueron meses intensos de documentación: leí tanto libros de no ficción como novelas sobre robos de obras de arte, buscando la forma ideal de diseñar mi propio atraco literario. Estudié técnicas pictóricas, métodos de falsificación y restauración de cuadros, e incluso aspectos relacionados con manuscritos antiguos. Fue una tarea distinta, muy divertida, mucho menos árida que otros procesos de documentación anteriores. Me lo pasé especialmente bien leyendo las andanzas del verdadero Erik el Belga, un ladrón de arte profesional cuya vida parece sacada de una película.

También me empapé de diferentes series y películas sobre el tema, desde clásicos atemporales como *Atrapa a un ladrón* de Hitchcock o *La cuadrilla de los once*, a los remakes de la saga *Ocean's Eleven*. O series más actuales que recrean robos o atracos más o menos verosímiles. Incluso varios documentales de *True Crime*, vistos en diferentes plataformas de streaming, en los que se narraba con todo lujo de

detalles algunos de los robos más audaces que han tenido lugar en el mundo en los últimos años.

Todos los otros robos que menciono en la novela están basados en hechos reales, que ocurrieron en museos y espacios de todo el mundo. Quería introducir esas notas de realidad para contrastarlas con el desafío casi imposible que plantea el golpe de la banda del Fantasma y, cómo no, con la arriesgada maniobra de Erik el Niño para hacerse con los manuscritos de Da Vinci.

Ya sólo quedaba lo más difícil, sentarme a escribir. Fueron unos meses complicados, en los que intentaba sobreponerme a mi situación personal con el apoyo de mi familia y amigos, mientras avanzaba poco a poco con el manuscrito de esta novela que, espero, hayas disfrutado tanto como yo al escribirla.

En esta obra hay menos asesinatos que en las anteriores, pero había que darle algo de trabajo al bueno del inspector Bermejo. Así que decidí ambientar un crimen improbable en un lugar que conozco bien y que me parecía original como escenario de ficción: el campus de la Ciudad Universitaria de Madrid.

Tardé varios meses en terminar el primer borrador, y aún quedaba mucho trabajo por delante. Para llegar hasta aquí he contado con la ayuda de personas que quiero reconocer por su apoyo incondicional, tanto a nivel profesional como personal .

A Pedro Urvi, por seguir apostando por esta saga y abrirle espacio en un proyecto editorial que no deja de crecer. Gracias por tu visión, por el entusiasmo constante y por confiar —una vez más— en las posibilidades de esta historia.

A Susana R. L., por acompañarme con rigor y sensibilidad desde el primer borrador hasta la última revisión. Tu ojo certero y tu instinto narrativo son guía imprescindible en este camino.

A Pilar García, por vestir esta novela con una imagen poderosa y evocadora. Tus portadas no solo ilustran: dialogan con el texto, lo completan y lo realzan.

A Tanya, por devolverme cada capítulo con la precisión de una artesana. Tu trabajo silencioso pero esencial convierte el manuscrito en libro, palabra por palabra.

A mi amigo Juan Carlos R., por todo. Por apoyarme en los momentos más complicados de mi vida y, a la vez, ejercer de lector cero de esta

novela. Tus impagables comentarios me sirvieron para pulir mejor el texto. No es fácil conservar una bonita amistad desde hace más de 35 años, pero contigo el tiempo no ha hecho más que afianzarla. Como los buenos libros, nuestra amistad resiste lecturas y relecturas.

A quienes, desde su vocación y profesionalidad, me ayudaron a sostenerme en los meses más difíciles. Este libro también se escribió gracias a su cuidado, su escucha y su paciencia. Ellas ya saben quiénes son.

A mi prima Tatiana, por tu apoyo en los momentos en que más lo necesité, tanto en lo personal como en lo emocional. Gracias también por poner tu talento y tu precisión técnica y artística al servicio de este proyecto, ayudándome a pulir detalles que hicieron que esta novela brillara un poco más.

A toda mi familia y amigos más cercanos, por estar siempre presentes, con su cariño y apoyo incondicional, incluso cuando las palabras faltan. Este libro también es fruto de ese respaldo silencioso que nunca dejo de sentir.

Y sobre todo, quiero dedicarle este libro a Arantza, mi ancla y mi norte. Cuando la historia se desbordaba y la vida también, estuviste ahí, como siempre, marcando el rumbo con firmeza y cariño. Sin ti, este libro —y mucho más que este libro— no existiría. Gracias de corazón, por todo.

Y por supuesto a ti, querido lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido.

Armando Rodera